

MANUELA PIGNA

ENTRENAR CONTIGO



MANUELA PIGNA

ENTRENAR CONTIGO



Manuela Pigna

ENTRENAR CONTIGO
Traducido por Marta Barajas Alonso

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los hechos y los lugares son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es puramente casual.

Foto de portada: @Shutterstock, Inc/ copyright: Mohamed Mekhamer

Diseño de portada: Azzurra

El blog de Azzurra, en caso de queráis echar un vistazo a su trabajo o poner os en contacto con ella:

<http://azurefolio.tumblr.com/>

<http://azurestrawberry.deviantart.com>

<http://azurestrawberry.altervista.org>

Índice

[Título](#)

[Aviso Legal](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Citación](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[Agradecimientos, notas, contactos](#)

*A Isa,
y a todas las personas que tienen o han tenido una relación
tormentosa con la comida.*

-

-

-

When you feel my heat
Look into my eyes
It's where my demons hide
It's where my demons hide

Don't get too close
It's dark inside
It's where my demons hide
It's where my demons hide

Demons (Imagine Dragons)

1.

Son las dos de la madrugada, la lluvia golpea con fuerza los postigos de la ventana de mi habitación y yo acabo de tomar una decisión histórica: tengo que perder peso, o más bien *quiero*.

No es que nunca lo haya intentado, no. Lo he intentado alguna vez a lo largo de mi vida. “Alguna vez” quizás sea demasiado limitado; digamos que lo he intentado *varias* veces. Vale, por lo menos unas cien veces sin haberlo conseguido nunca realmente, pero nunca había tenido la iluminación que he tenido esta noche.

Hasta hoy, he pasado toda mi vida con sobrepeso y lo he intentado todo con tal de quitarme de encima estos malditos kilos de más. No es que tenga el mito de las top model en la cabeza, no. No aspiro ni a soñar con llegar a tanto; me conformo con ser “normal”. Sí, normal. Me conformo con salir de casa vestida con algo que no parezca la túnica de un Tuareg o una bolsa de basura, con todo el respeto por los Tuareg. Me conformo con entrar en una tienda de ropa, elegir las prendas que me gusten, buscar entre las tallas y encontrar la que necesito, así, sin más, sin problemas, sin tener que preguntarle a la dependienta, por supuesto delgada como un junco, si por casualidad no tendrían una talla más (en realidad dos) y luego tener que oír cómo dice que solo tienen hasta la 44. Me conformo con no tener escalofríos de miedo y terror cuando alguien me propone que vayamos a la piscina o a la playa, y no tener que devanarme los sesos después para inventarme siempre excusas nuevas y creíbles para no ir. Me conformo con no sentirme incómoda cuando la gente me mira. Me conformo con no sentirme, siempre y adondequiera que vaya, como el clásico elefante en una cristalería.

Pero esta noche he descubierto, o quizás solo lo he reconocido ante mí misma por primera vez, que hay algo más que me gustaría además de comprar ropa e ir a la playa con una relativa serenidad. La famosa iluminación de la que hablaba antes.

Ha sido en casa de Marco y Nic. Marco es el novio de Linda, mi mejor amiga, y Nic es su hermano gemelo. Linda y yo somos amigas de toda la vida, somos vecinas y hemos crecido juntas; pero ella es guapísima, es rubia con los ojos azules, tiene una cara prácticamente

perfecta y nunca ha tenido problemas de peso. No es casualidad que salga con Marco, uno de los “célebres” gemelos, desde hace seis años. En cambio Nic, diminutivo de Nicola, no quiere saber nada de sentar la cabeza, es más, yo creo que en los últimos años está batiendo el récord de aventuras, por él y por su hermano juntos. Los gemelos han estudiado en diferentes institutos: Marco letras, como Linda y yo, y Nic ciencias. A pesar de eso, ambos eran conocidos en el instituto del otro como “los gemelos Bueno”, o solo “los Bueno”, por su apellido, pero entendido por las chicas como un diminutivo de “buenorro”.

Yo no los conocí hasta que Linda empezó a salir con Marco, que desde ese momento también ha tenido que soportar forzosamente mi perenne presencia. A fuerza de ir habitualmente a casa de los gemelos Bueno, algo que si alguien me hubiera dicho cuando estaba en el colegio no me hubiera creído jamás, he conocido a Nic un poco más. Con el tiempo, Nic y yo hemos instaurado una amistad superficial, digamos unos *cordiales conocidos*. Creo que le caigo bien, pero seguro que no me ve como una potencial “aventura”. Eso no me molesta en absoluto, porque aunque sea guapísimo, tiene la cara demasiado idéntica a la del novio de mi mejor amiga...

De hecho no ha sido él el que ha desencadenado mi iluminación de esta noche, aunque ha sido un chico igual de guapo. Sí, porque no se trata solamente de ropa y de vacaciones, la “normalidad” también es tener un novio, un amante, un prometido; tener un rollete o una relación seria, da igual, basta con aparentar que tienes una vida sentimental y sexual. No es normal que mi abuela, en las salas de baile, tenga más movimiento en este campo que yo, joven de veinticinco años recién licenciada.

Así que esta noche, cuando Nic ha llegado con Giancarlo, he sentido de verdad la necesidad imperiosa de tener una historia sentimental. Giancarlo es moreno, con los ojos de un azul tan intenso que parecen azul eléctrico. Pelo oscuro, ojos azules: mi combinación preferida. Cuando ha llegado y nos han presentado, a pesar de haber hecho la broma que más odio en este mundo, es decir: «¿Olivia? ¿Cómo la mujer de Popeye?» - y la odio porque Olivia la de Popeye es lo opuesto a mí y porque en primaria me tomaron el pelo hasta el infinito por su culpa y por culpa de mi corpulencia – lo he perdonado porque diciéndolo ha mostrado una sonrisa de infarto. A lo largo de la noche me he enterado de que estudia ingeniería mecánica, pero que le queda mucho para licenciarse, que es un

apasionado de snowboard y lo practica asiduamente, y que tiene un trabajo de media jornada en un call center de lunes a viernes. A la hora de cenar, Nic y Giancarlo, alias “Gianca”, han ido a por las pizzas y luego nos las hemos comido en casa: este fin de semana los padres de los gemelos no están, de hecho Linda se ha quedado a dormir allí esta noche. Estábamos sentados al lado y hemos estado bromeando toda la noche, porque no solo es guapo, también es simpático Gianca.

La iluminación me ha llegado después de cenar, en cualquier caso. Una vez terminada la pizza, Marco y Linda han ido al salón a elegir una película; yo me he quedado sola en la cocina con Nic y Gianca, y estábamos charlando los tres mientras yo recogía – no tenía por qué hacerlo, los gemelos siempre me dicen que no lo haga, pero lo hago porque quiero y porque a veces me da un poco de vergüenza estar siempre de jueves – hasta que ha sonado el teléfono de Nic, y él con una sonrisita ha dicho: «perdonad un momento», y se ha ido a hablar a otra habitación. Seguro que era uno de sus rolletes. Gianca y yo hemos intercambiado incluso una mirada de complicidad mientras Nic salía de la cocina y, bueno en fin, si no es una buena señal intercambiarse miradas de complicidad con un chico al que conoces desde hace menos de tres horas... Cuando he comenzado a lavar los platos en el fregadero y le he dado la espalda se ha hecho un extraño silencio. He empezado a reflexionar y a imaginar. Me he imaginado que se levantaba de la silla y venía hacia mí, abrazándome por la cintura con sus brazos, que me apartaba el pelo del cuello y me daba una tierna fila de besos, como creando un invisible collar de dulzura; me he imaginado que movía sus manos por mi cuerpo, que me tocaba de verdad. Y ha sido en ese instante cuando he tenido la iluminación, porque imaginándomelo tan bien, tanto como si fuera a pasar de un momento a otro, casi he notado escalofríos por los brazos. Solo que en vez de sentir placer, he sentido miedo e incomodidad. Y he entendido que en realidad no quería que se levantara de la silla y me pusiera las manos encima, porque habría notado todos mis michelines, habría descubierto todos mis pliegues de carne de la espalda, la chicha que sobresale de los vaqueros demasiado estrechos escondida bajo una camiseta extragrande, los muslos que se tocan sin dejar espacio. Y he entendido que no quería sus manos sobre mí, a pesar de que me gustaba y de que quería sus manos sobre mí. Parece un contrasentido, el razonamiento de una loca, pero no lo es.

Siempre pensé que quería una historia de amor como todas las chicas de este mundo, pero la verdad, la verdad pura y dura, es que no quiero. No quiero ahora, no así. La verdad es que no quiero que nadie me toque, y quizás por ese sea uno de los motivos por los que en efecto, nadie me ha tocado. Está claro que no soy la única persona con sobrepeso de este mundo, lo sé, y he visto a chicas digamos *abundantes* que se echaban novio tranquilamente, y de hecho cuando veía a esas parejas desconocidas por la calle, siempre pensaba: «¿Por qué yo no? ¡Yo también quiero eso!».

Ha sido bastante sobrecogedor darme cuenta esta noche de que yo, en realidad, no quería eso. ¿Cómo diantres está hecha la mente humana? Quiero decir, yo *estoy* dentro de mi cabeza, ¿cómo ha podido pasar que pensara algo sin darme cuenta conscientemente de pensarlo? En cualquier caso, dejando aparte las elucubraciones filosófico-científicas, después de los platos y la iluminación, hemos empezado a ver la película. Si alguien me preguntara qué hemos visto no sabría responder, porque no he hecho otra cosa que reflexionar y hacerme preguntas sobre mí misma y sobre la vida hasta ahora. Me he preguntado: ¿qué es lo que quiero realmente? Ser feliz. ¿Qué tengo que hacer para ser feliz? Tener una vida completa. ¿Quiero un novio? Sí, quiero un novio. La felicidad no es completa si no se comparte con alguien, dicen. Pero no la quiero ahora: no quiero que el chico que comparta conmigo mi felicidad, comparta también mis michelines. Y así he llegado a la conclusión de que, si de verdad quiero cambiar mi vida a mejor, tengo que perder peso. Es imperativo que yo pierda peso. Y luego empezaré mi vida en serio. Haré todo lo que no he hecho hasta ahora, y tendré todo lo que no he tenido.

Y saldré con Gianca. Así que espérame Gianca, no te enamores durante los próximos meses, por favor, espérame a mí, y luego enamórate de mí.

2.

Al día siguiente, el domingo, me levanto con paso enérgico. Vale, a mediodía, pero de verdad con paso enérgico y decidida a ponerme en marcha enseguida por el buen camino para alcanzar mis objetivos: por primera vez en mi vida pediré ayuda, visto que yo sola nunca he conseguido concluir nada.

Entro en la cocina y me encuentro un plato de ensalada en mi sitio, mientras mi madre se está terminando el suyo. Está claro que no será ella a quien pida ayuda.

«Hola mamá», empiezo con voz llana.

«Hola tesoro».

Me dan ganas de reírme en su cara, pero me controlo.

Como de costumbre, cuando mi madre está en casa, o sea los domingos, cocina las cosas más dietéticas que se le pasan por la cabeza, con la esperanza de conseguir que adelgace con las dos comidas que prepara a la semana.

Mi madre, que es la directora de una revista de moda de tirada semanal, se cree que ella misma es modelo, y lo peor que le podía pasar era tener una hija gorda. A lo largo de mi vida nunca ha escondido que le gustaría verme delgada, y si la decisión que he tomado esta noche no fuera extremadamente fuerte e histórica, en este momento, ante sus mejillas hundidas y a la ensalada sin aliñar que me propina cada domingo, la habría lanzado al mar, solo por despecho, solo por molestarla. Pero el problema es que ya no tengo quince años sino veinticinco, y no puedo dejar de vivir mi vida al máximo, o al menos como yo quiero, solo por molestar a mi madre.

«¿Cómo ha ido la semana?», me pregunta para hacerse la madre presente, cuando en realidad del lunes al sábado incluido no nos vemos prácticamente nada. Como mucho nos cruzamos.

«Bien», le contesto intentando mantener un tono indiferente, pero que evidencie mi total desinterés por iniciar una conversación.

«Anoche volviste pronto».

Volví en cuanto acabó la película porque me estaba comiendo mucho

la cabeza y quería ocuparme enseguida de mi nuevo proyecto, organizando en el silencio de la noche y en la soledad de mi habitación un plan de ataque. Me encojo de hombros, sin contribuir a la conversación de ninguna manera útil.

«¿Quién era el chico que te acompañó hasta casa?»

Levanto la cabeza de golpe, sorprendida.

Mi madre se encoje de hombros y, pinchando las últimas hojas de ensalada, añade: «Anoche no conseguía dormirme, y cuando escuché el coche en la calle miré por la ventana».

Fui a casa de los gemelos con Linda. Luego, tontamente y una vez que ya estábamos allí nos acordamos de que ella se quedaba a dormir allí; queríamos volver a coger mi coche, pero Marco me dijo que me traería él sin problema. Luego llegaron Nic y Gianca y al final me acompañó Gianca, por comodidad. No hace falta decir que no pasó nada, pero estuvo muy simpático y muy lindo durante todo el trayecto.

«Nadie. Un amigo de los gemelos», contesto un poco a la defensiva. No solo no quiero pedirle ningún tipo de ayuda, es que no quiero que sepa nada, ni de Gianca ni de mis intenciones: ya se pondrá contenta cuando vea que adelgazo.

Ella apoya el tenedor en el plato, se echa en el respaldo de la silla y levanta las cejas. «Ya sé que no es *nadie*, Olly. Ningún chico saldría contigo en ese sentido. al menos mientras sigas teniendo esa especie de coraza de carne». Me observa con frialdad. «Solo quería saber quién a acompañado a mi hija a casa. El mundo está lleno de locos».

Aprieto los dientes y miro mi plato. Cojo el aceite y la sal y empiezo a aliñar la ensalada. No le contesto.

«Por ejemplo, si te decidieras a perder unos kilos, a base de ir a esa casa podrías incluso conseguir que el otro gemelo se fijara en ti, el que está soltero. Los Bueno tienen mucho dinero».

Dejo el tenedor y la miro mal.

«Obviamente así es imposible», ella continúa como si estuviéramos manteniendo una conversación agradable para ambas. «Lo demuestra el hecho de que ¿cuántos años hace que estás más en su casa que en la tuya? ¿Cuatro años? ¿Cinco?»

No le contesto.

«Y en todos estos años no ha pasado nada, así que... No es que a uno de esos vayas a conseguir echarle el lazo solo por adelgazar... Son de

otra categoría. No me sorprendería verlo llegar un día a la redacción con una de mis chicas».

«¿Has terminado?», le digo con indiferencia, pero estoy sangrando por dentro. En ese momento me dan ganas de comerme todo un buey, pero tengo que pensar en mi vida, en *mi vida*. Tengo que pensar en Gianca, en cuando haremos snowboard juntos. Tal vez nos vayamos a vivir juntos algún día, así no tendré que volver a soportar estas conversaciones los domingos por la mañana.

«Todavía tengo que tomarme el café», responde ella con una calma total.

Me levanto y voy hacia la puerta. «Llámame cuando acabes».

«¡Nunca se puede hablar contigo!», me grita mientras me dirijo a mi habitación.

Sobre las seis de la tarde voy a casa de los gemelos. ¡Sí, otra vez! Pero Linda sigue allí y necesito hablar con ella.

Cuando llego, Marco me abre la puerta. «Está en la habitación, es toda tuya durante los próximos 20 minutos, yo voy a darme una ducha».

Yo lo miro intentando expresarle con los ojos lo mal que me siento por estar siempre en medio: «Para cuando acabes ya me habré ido, ¡te lo prometo!».

Él se ríe y me alborota el pelo: «¡Anda ya, Olly! ¡No eres ninguna molestia! Y eres la mejor amiga más discreta con la que me he topado».

Lo miro pasmada: «¿En serio? ¿Hay gente que ha sido más pesada que yo?»

Él sonrío: «¡Tú no eres pesada, tontilla!»

«¡Pero si siempre estoy aquí!», le contesto dudosa. A lo largo de los años me he dado cuenta cada vez más de lo amable y buen chico que es Marco, algo que nunca me habría imaginado cuando lo veía de lejos en el instituto, con ese aura tenebrosa y maldita; pero de verdad, yo creía que un poco le molestaba ver mi cara casi continuamente.

Ríe socarrón: «Te vas cuando te tienes que ir, ya sabes a qué me refiero, y nunca te enfadas cuando Linda te deja para hacer algo conmigo. Yo a eso lo llamo paraíso».

«Si tú lo dices...», digo poco convencida, pero sonriéndole. Espero

que no lo dejen nunca: Linda se merece a un tío como él. Me dirijo hacia su habitación y oigo cómo él va hacia el baño de abajo. La casa de los gemelos no tiene nada que envidiarle a una de las de MTV Cribs, por eso siempre estamos allí.

Subo las escaleras que llevan al piso de arriba, el piso de los dormitorios (hay unos diez, y no estoy exagerando), y sigo un camino que ya conozco bien, hacia la habitación del fondo a la derecha, la de Marco. La habitación de Nic es la de enfrente, no obstante haya otros ocho dormitorios vacíos decidieron quedarse cerca. Entre las dos habitaciones está el baño que comparten. La habitación de los padres creo que está al fondo a la izquierda subiendo las escaleras, y la casa en general es tan grande que de verdad parece que viven solos.

Llamo un par de veces a la puerta abierta. «¿Se puede?», pregunto alegremente.

Linda está en el escritorio, está haciendo algo en el ordenador de Marco; al sonido de mi voz se da la vuelta de repente, sonriente y con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. «¡Hola Olly!».

Linda es mi mejor amiga desde siempre, no solo porque siendo vecinas hemos crecido juntas, sino porque nos *encontramos*: tenemos los mismos gustos en casi todo, pensamos igual sobre casi todo, nos divertimos con las mismas cosas y nos encanta hacer las mismas cosas. Tenemos el mismo concepto de amistad, es decir, somos sinceras y leales la una con la otra. Nos une un cariño profundo y duradero, un cariño fortalecido por todos los años que hemos pasado la una junto a la otra. Hemos ido a los mismos colegios, y hemos estado milagrosamente en la misma clase desde primaria hasta el instituto. Hemos elegido caminos diferentes solo en lo referente a la Universidad: yo elegí Filología, ella Traducción. Yo terminé en diciembre, ella está terminando ahora y espera licenciarse en julio de este año.

«¿De qué querías hablarme? ¡Soy toda oídos!».

A Linda podría contarle todo, a Linda *le he contado* todo; conoce todos mis secretos, pero me fío de ella ciegamente.

«Anoche tomé una decisión».

Ella asiente, meciéndose en la silla.

«He decidido que quiero adelgazar».

Ella se detiene y me mira fijamente, después de unos segundos dice, directa y sincera como siempre: «No es la primera vez que tomas una

decisión así...»

«Sí, ya lo sé, pero esta vez es diferente». Y le explico todo lo que pensé anoche.

Ella me observa concentrada, otorgándome toda su atención y sin reírse de mis razonamientos retorcidos y un poco absurdos.

«Bueno, tiene sentido». Decreta al final. «¿Entonces te gusta Gianca?», me pregunta luego.

Yo asiento enseguida: a Linda le cuento todo, siempre.

«Mmmm».

«¿Por qué “mmm”?», le pregunto sorprendida.

«Porque a mí no me ha dado muy buena impresión, si te soy honesta. Por eso».

«¿En serio?», le pregunto pasmada.

Ella se levanta de la silla asintiendo, viene hacia mí, me coge la mano y me lleva a sentarme en la cama de Marco, luego se sienta a mi lado. «Sí, es más, me sorprende que a ti te haya gustado, normalmente tenemos las mismas impresiones con la gente...».

Es verdad, esta es quizás la primera vez que no estamos de acuerdo en algo. Yo no he hecho otra cosa que pensar en sus ojos azules y en su blanca sonrisa. «¿Qué impresión te ha dado?», le pregunto curiosa.

«Falsedad», responde rápida.

Me quedo con la boca abierta. No he tenido la misma impresión en absoluto.

Estaba a punto de añadir algo cuando ella me bloquea: «En cualquier caso», continúa, «dejando aparte un momento a Giancarlo y hablando en cambio de la iluminación y del adelgazamiento, ¿qué pretendes hacer?»

«Justo por eso estoy aquí», contesto de nuevo invadida por el ímpetu del proyecto que me cambiará la vida. «Esta vez es en serio, y visto que hasta ahora, yo sola, no lo he conseguido, quiero pedir ayuda».

«¿En qué sentido?»

«Quiero ver a un dietista, a un nutricionista, a un psicólogo, a algún tipo de persona que pueda ayudarme en esto».

«¡Ah!», se ilumina Linda. «Buena idea».

«Sí. El problema es que no conozco a nadie, y obviamente no quiero pedirle nada a mi madre, aunque ella me conseguiría a la crème de la crème de los dietistas, es más, incluso hasta tiene su número en el monedero...».

«No, claro, lo entiendo perfectamente», me contesta levantando los ojos.

«¿Tú conoces a alguno? ¿O quizás has oído hablar a tu madre de alguno?», le pregunto esperanzada, le hago la pregunta por la que he venido hasta aquí, a fin de cuentas.

Ella niega con la cabeza incluso antes de que yo haya terminado de hacer la pregunta. «No, así a bote pronto no se me ocurre nada». Se muerde el labio inferior y se pone a mirar fijamente el plumífero blanco de Marco. Yo por mi parte hago lo mismo, hasta que el propietario de dicho plumífero entra en la habitación vestido con un chándal gris y con el pelo mojado, y dice frunciendo el ceño: «¿Qué está pasando? Tanto silencio en una habitación donde estáis las dos juntas me preocupa, ¡y mucho!».

Yo me río en el mismo momento en que Linda dice: «Estábamos pensando...». Luego se vuelve hacia mí: «¿Puedo decírselo?».

Yo le contesto: «Sí, pero solo...». Dejo la frase suspendida, giro los dedos hacia mi cuerpo y le transmito telepáticamente la segunda parte de la frase, es decir “solo que quiero adelgazar, no que me gusta Gianca”.

Obviamente Linda lo pilla al vuelo y asiente, luego se vuelve hacia Marco: «Olly quiere adelgazar».

Marco echa ligeramente la cabeza hacia atrás, un poco sorprendido, luego me mira y una lenta sonrisa se abre en sus labios carnosos. Sus dientes son blancos y rectos, un solo hoyuelo se dibuja en la mejilla derecha, ahora ligeramente oscura por la barba de un día. Sus ojos alargados y oscuros hasta el punto de parecer negros también brillan con una sonrisa silenciosa. Es alto y bien formado, con la tez aceitunada que resalta aún más el blanco de sus dientes. Es el tipo de chico al que todo le queda bien, pero quizás así *casual* como ahora es como mejor está en absoluto. El pelo, negro como tinta, lo lleva corto pero no demasiado, lleva un pelado que yo llamaría “normal”, mientras que Nic, por ahora, lleva una especie de cresta minúscula, digamos que lleva el pelo corto en mitad de la cabeza y rapado por los lados. Físicamente son idénticos, incluido el hoyuelo, solo... quizás la mirada y la sonrisa de Nic son un poco más... *maliciosos*.

«Bueno», dice en voz baja, con un tono misterioso, después de unos segundos.

«Estábamos pensando a quién podríamos preguntar...», sigue Linda

pensativa.

Marco se sienta a su lado: «¿A quién preguntarle qué?».

Avergonzada de pronto, me levanto y voy hacia la puerta: en cuanto pueda me voy.

«Necesitamos encontrar un dietista, o un nutricionista, o a alguien que ayude a Olly». Resume Linda. «Y no menciones a su madre, aunque tiene que tener buenos contactos, porque esa opción está descartada».

Marco asiente.

De repente un golpe en la espalda me hace volver a entrar en la habitación. «¡Ey!», murmuro intentando masajearme la espalda hasta donde llego con la mano, mientras Nic entra en la habitación.

«¡Hola gente!», y luego, después de echarle un vistazo a la habitación: «¿Por qué tenéis esa cara de funeral?»

«No son caras de funeral, son caras pensativas», responde Linda.

«¿Pensativas por qué?».

Veo que Linda se vuelve hacia mí con una pregunta muda en sus ojos, pero es inútil, porque Marco ya le está contestando: «Olly quiere adelgazar y necesita un dietista, un nutricionista o algo así».

«¡Ah!», dice Nic, luego se vuelve hacia mí y exhibe la idéntica y lenta sonrisa de su hermano unos minutos antes y dice: «Bueno», de la exacta e idéntica manera, lo juro. Hablando de las cosas raras de los gemelos...

«Me imagino que vosotros solo habréis oído hablar de los dietistas en televisión, ¿pero tal vez vuestra madre?», pregunto esperanzada. Cuando se me mete algo en la cabeza siempre lo quiero todo enseguida y empiezo a moverme de inmediato.

Los gemelos se miran un instante y luego Nic dice, mientras Marco asiente: «Yo creo que nuestra madre no ha hecho una dieta en su vida...»

«¡Psé!», digo cruzándome de brazos. «¡Faltaría más!»

«Mañana le pregunto, seguro que alguna de sus amigas habrá hecho alguna dieta...», dice Marco.

Asiento, un poco abatida porque inocentemente me hubiera gustado irme de aquí con un nombre y un número de teléfono, pero animada sabiendo que los tres se pondrán a preguntar. ¿Cuánto se tardará en encontrar un dietista? A las malas pillo un nombre al azar en las Páginas Amarillas, pero preferiría encontrar a alguno mínimamente “recomendado”.

«Gracias chicos, ahora tengo que irme». Me dirijo hacia la puerta y

Nic, mientras se aparta para dejarme el paso libre, me dice: «Ah Olly, ¿sabes que Gianca ha dicho que eres simpática?».

Al oír esas palabras no puedo evitar abrir los ojos de par en par y sonreír, y luego Nic se vuelve riéndose hacia Marco y Linda, que están sentados en la cama. «¡Y ha dicho que Linda está más buena que el pan!». Se ríe aún más fuerte cuando la cara de su hermano se ensombrece. Marco le lanza un cojín y murmura: «Ese no entra más en esta casa...».

Linda ni siquiera sonrío, no parece gustarle el cumplido; no comenta nada y me mira de reojo, pero en la concitación creada por los gemelos espero que nadie se haya dado cuenta de cómo mis hombros se han caído unos centímetros: puedo adelgazar todo lo que quiera, pero nunca seré como Linda.

3.

El miércoles siguiente estoy en casa de Elenina, una niña de diez años a la que le hago medio de canguro medio de profesora de apoyo, cuando me llama Linda por teléfono.

«¿Olly?»

«¿Sí?»

«Estoy en casa de los gemelos, te paso a Nic».

¿Nic?

«¿Quién es?», me pregunta Elenina tirándome de una manga y mordisqueando un lápiz.

«Es Linda», le digo en voz baja. Siempre digo que es Linda cuando estoy en casa de Elenina, así me deja en paz durante el tiempo que dura la llamada: la pequeña siente auténtica devoción por ella desde que la conoció, porque a sus ojos es la encarnación de una princesa de cuento, con su pelo largo y rubio y sus ojos azules como el cielo.

Como era de esperar se calla y me observa, con el lápiz en la boca.

«¿Olly?». La voz que oigo ahora es la voz profunda de Nic; me pongo de pie para poner un poco de distancia entre la niña y yo, para que no me descubra.

«¿Sí?»

«¿Has encontrado ya a alguien?», me pregunta sin especificar, y luego añade: «para lo de adelgazar...»

«Mmm..., no, bueno sí, ayer fui a un dietista pero no me gustó, ¿tienes a alguien?», pregunto esperanzada.

El lunes llegué a la cafetería donde trabajo por las mañanas con la intención de preguntarle a todos los clientes si podían recomendarme un buen dietista – para agilizarlo todo – y por desgracia le hice caso a la señora Barbieri, nuestra clienta más anciana y más querida, que enseguida me pasó el número del dietista de su hija, del que habló maravillas. No habiendo visto nunca a su hija decidí fiarme. Ayer por la tarde, después de la cita con ese fantástico doctor, entendí que no debí fiarme de la señora Barbieri jamás de los jamases. De hecho, en la consulta me encontré prácticamente con una bola de panceta, no es broma, un hombre con

bastante más sobrepeso que yo, que me midió la altura y me pesó, después de lo cual me dio cuatro fotocopias descoloridas y me pidió noventa euros por sus servicios, que duraron bastante menos de treinta minutos. En cuanto llegué a casa tiré las fotocopias y maldije un par de veces a la señora Barbieri por los noventa euros tirados a la basura. Sé que no dejaré que me siga un hombre así: primero, no me ha parecido profesional en general; segundo, no creo que un hombre que evidentemente tiene un problema con la comida antes que yo, pueda enseñarme a comer bien ni ayudarme a resolver mi problema. Él no es la persona adecuada, lo entendí en cuanto lo vi, pero darme la vuelta allí justo antes de la consulta me parecía descortés. Esta vez quiero hacer las cosas bien, así que es importantísimo encontrar a la persona adecuada, una persona que me haga un seguimiento, que me inspire confianza y competencia y en quien pueda apoyarme cuando lo necesite. Por una persona así no me importará gastar noventa euros al mes.

«Sí, de hecho ayer se me ocurrió alguien, hoy he recuperado el número y he llamado para estar seguro. Está disponible».

«¿De verdad?». Casi grito, y me alejo un poco más de la pequeña, que viendo mi expresión está poniendo aún más la antena para captar la voz de Linda.

Me siento feliz y positiva, no sé por qué, pero si Nic considera que es la persona adecuada tengo la sensación de que así será. Además me hace mucha ilusión que se haya tomado tantas molestias por mí, que a fin de cuentas no soy nada suyo. «¡Corre, dame el número que voy a pedir cita!»

«Pero espera», me frena rápidamente. «Antes tengo que aclarar un par de cosas: no es un dietista, es... un entrenador personal. Y... es de nuestra edad. Y... no, nunca ha trabajado con nadie hasta ahora».

«Ah». Mi entusiasmo empieza a disminuir.

«Mira Olly», continúa vehemente. «Te digo la verdad, la verdad como la veo yo: creo que deberías intentarlo. Es verdad que nunca ha trabajado con nadie, tú serías la primera, pero por como lo recuerdo, es una persona tan precisa que si se embarca en esto contigo va a estar muy pendiente de ti, se encargará de todo, ya verás. Además siempre ha sido un amante de los deportes, muy bueno en todo; se ha sacado la licencia para ser entrenador personal y siempre ha sido un apasionado del cuidado del cuerpo y del bienestar físico... de verdad que está preparado».

«Mmm...». Mi entusiasmo se extinguió del todo. ¿Un entrenador

personal? Yo me fío de Nic, pero un entrenador personal... Preferiría a alguien con una licenciatura, una consulta y una bata blanca...

Y además tiene nuestra edad y... es amigo de Nic: ya me estoy imaginando al típico musculitos de gimnasio, con las deportivas de un blanco nuclear e innaturalmente bronceado incluso ahora, a principios de febrero, cuando en esta ciudad está helando y no sale un rayo de sol desde hace meses.

«Olly, confía en mí... Yo creo que te vas a encontrar bien. Dale una oportunidad». Insiste Nic.

«¿Es amigo tuyo?», le pregunto intentando no dejar entrever mi total escepticismo.

«Era un compañero mío de clase del instituto, luego nos perdimos de vista. Sé que ha estado en el extranjero algún tiempo; ahora está aquí. He conseguido recuperar el número a través de amigos comunes y he podido hablar con él hoy mismo».

Me quedo en silencio: me estoy devanando los sesos para encontrar una excusa plausible para decirle amablemente que no quiero que se ocupe de mí un musculitos rayos UVA.

«De todas formas el curriculum exacto puedes pedírselo directamente a él... A no ser que no te apetezca llamarlo, en ese caso como si no hubiera dicho nada, pero había pensado que sería una buena idea, ya que de todas formas tienes que hacer deporte si quieres perder peso... y conociéndolo a él, por su carácter ... tengo la sensación de que te ayudaría de verdad». Aprovechando mi sempiterno silencio, Nic habla con entusiasmo, para persuadirme. Creo que ha intuido que su idea no me convence. «Además siendo la primera, digamos su conejillo de Indias, podrás regatera un poco el precio... ¡Y además hay que tener en cuenta el entusiasmo de los principiantes!»

Me río. «¿Sabes Nic? No tenías que haber hecho ingeniería, eres un desperdicio como ingeniero: ¡eres un vendedor óptimo!». Además me siento muy culpable por deshacerme tan rápido de su amigo, después de todas las molestias que se ha tomado.

«¿Eso significa que vas a darle una oportunidad? ¿Vas a quedar con él?»

«Claro que sí». No me cuesta nada quedar una vez, ¡seguro que no son noventa euros! Ya me desharé del rayos UVA con alguna excusa después del primer encuentro, pero al menos una vez se la debo a Nic.

«¡No te arrepentirás!», dice Nic alegremente. Me dicta los datos de su amigo mientras yo tomo nota en una hoja que arranco rápidamente de una de las libretas de Elenina, y luego colgamos.

«¿Quién es...», empieza Elenina esforzándose por leer al contrario en mi hoja de papel. «An...drea... Co... lucci?»

«Es un amigo de Linda», le contesto, diciéndome que con algunos grados de separación en un cierto sentido es verdad. Casi verdad. Vale, no es verdad, pero es solo para quitármela de encima y que vuelva a concentrarse en sus deberes en el menor tiempo posible. Una mentira piadosa por su bien.

Yo, por mi parte, llamo a Andrea Colucci enseguida, esa misma tarde, en cuanto llego a mi casa: mejor hacerlo cuanto antes, esto, así luego podré dedicarme a buscar a una persona pálida y con bata, como yo quiero. Me responde enseguida y quedamos en vernos mañana por la tarde, a las tres, en el carril bici cerca del lago.

Llego al lago con cinco minutos de anticipación. Hoy el cielo está gris, pero hace un poco de sol. Los martes y los jueves tengo la tarde libre, porque Elenina tiene colegio después de comer, mientras que los sábados y los domingos no trabajo, ni siquiera por la mañana, porque en la cafetería están las chicas del turno del fin de semana.

Aparco el coche en el arcén de la carretera, cerca del carril bici, como hacen todos los que vienen aquí, porque no hay un aparcamiento verdadero. Pero ahora, tal vez porque es una tarde entre semana, solo hay otros dos coches además del mío. Para fingir que me lo tomo en serio y que esta no va a ser la primera y la última vez que nos vemos, me he puesto un chándal y unas deportivas y me he hecho una cola de caballo. Me he cubierto bien para no tener que ponerme una chaqueta sobre el chándal, más que nada porque no tengo ninguna chaqueta deportiva: la verdad es siempre he hecho tan poco deporte que no tengo la ropa adecuada para ello. Resoplo y apago el coche. Apoyo ambas manos y la frente en el volante y lo aprieto, respirando profundamente durante algunos segundos, luego me decido y salgo del coche: cuando llegue el amigo de Nic y me vea, sabrá que soy yo.

Me dirijo hacia el principio del carril bici y veo al otro lado, a pocos metros de distancia, cómo se abre la portezuela de uno de los dos coches aparcados: de él sale un chico muy alto y muy rubio. Cuanto más me acerco, más se acerca él mirándome y más empiezo a rezar, desesperadamente, que no sea él... *Te lo ruego Dios mío, si existes, haz que no sea él, haz que no sea él...*

Pero ya sé que es él, de hecho cuando me lo encuentro delante, a veinte centímetros, él alza un brazo, me da la mano y me dice: «¿Olivia?»

Y yo aparto los ojos de su rostro y miro fijamente su mano, enorme, y empiezo a maldecirme, a maldecir a Nic, a maldecir toda mi vida y a maldecir al mundo, porque tengo delante al chico más guapo que he visto nunca, con diferencia. Algunos pensaréis, ¿está loca? Si es guapo tendrías que estar contenta, visto que podría convertirse en tu entrenador personal – algo en lo que no se convertirá porque me niego – y en cambio no estoy contenta, en absoluto, porque si se convirtiera en mi entrenador personal, lo que – repito – gracias al cielo no sucederá, me vería en unas condiciones lamentables, y quiero decir más lamentables de lo habitual, y ya lo habitual es bastante vergonzoso. Además, yo doy asco en todos los deportes, menos en uno. Pero justo ese es el último que aceptaría hacer delante de este tío. Digamos que, por lo general, desde un punto de vista deportivo camino a duras penas. Es más, a menudo me caigo incluso caminando.

En cualquier caso tengo que hacer algo, así que le doy la mano y asiento, mirándolo de abajo a arriba. Miro fijamente sus ojos de un azul clarísimo y pienso: «Si dice ‘Olivia como la mujer de Popeye’ me doy media vuelta y me voy, y tendré justificación».

Pero no lo dice, dice solo: «Yo soy Andrea».

Y el nombre de Andrea asume un nuevo significado: de repente se convierte en un nombre precioso, de repente se convierte en sinónimo de azul y amarillo, y de un corazón que late con fuerza.

Es altísimo, tengo que levantar la cabeza para mirarlo a la cara, y su rostro es prácticamente perfecto. Su pelo es de un rubio clarísimo, y el azul de sus ojos es tan claro que parece transparente. Está vestido de negro de la cabeza a los pies y... no, las zapatillas de deporte no están de un blanco nuclear, de ceguera, se ve que están usadas y están más o menos grises, lo normal. Y no, tampoco está innaturalmente bronceado. Su piel es blanca, pero en sus mejillas altas hay un velo sonrosado, a causa del frío

atroz que estamos sufriendo. Vuelvo a mirar su rostro y no me lo creo, no me creo la línea perfecta de sus ojos grandes, su nariz recta y bien proporcionada y sus cejas claras, que reflejan el pálido sol invernal.

No sé cuánto rato hace que nos estamos dando la mano, pero la lengua se me ha quedado pegada al paladar. Él me ha mirado fijamente durante todo el tiempo que yo lo he mirado a él, solo que lo que él ve es muy diferente... Estamos juntos desde hace menos de un minuto y ya estoy incómoda.

«¿Te acercas a mi coche? Tengo unos materiales en el coche y me gustaría analizar la situación antes de empezar».

No, por supuesto que no. No haremos ningún análisis de la situación porque tú no vas a ser mi entrenador personal. Gracias por haber venido, bye bye.

Voy hacia el coche detrás de él y por primera vez en mi vida (¡la primera! ¡lo juro por lo que más quiero!), le miro el culo a un chico. Es más fuerte que yo, de verdad, él se ha dado la vuelta y se ha encaminado hacia su coche, y mis ojos han bajado ellos solos, por voluntad propia. De todas formas no se ve nada, la chaqueta deportiva que lleva es tan larga que se lo cubre, además de que sus pantalones de chándal son un poco anchos. Vuelvo a levantar los ojos enseguida, como si pudiera pillarme incluso dándome la espalda. Una espalda decididamente amplia. Lleva el pelo mucho más corto por la nuca y un poco más larguitos por la parte alta de la cabeza. En cualquier caso creo que estaría bien hasta rapado al cero o con el pelo largo por mitad de la espalda.

Llegamos a su maletero y, en cuanto lo abre, saca una báscula digital que coloca en el suelo delante de mis pies.

«Primero nos pesamos, para establecer un punto de partida y unos objetivos», dice levantándose.

Yo alzo la mirada hacia él y por primera vez desde que posé mis ojos en su perfecta figura me dan ganas de reírme; de hecho me río, de tan ridícula es su idea. «Ni de coña».

Él se queda sorprendido y levanta las cejas.

«¿Y además eso qué es? ¿Pluralis maiestatis? ¿O querías decir que tú también ibas a pesarte *para establecer un punto de partida y unos objetivos?*», sigo imitándolo ligeramente en la última parte de la frase.

«Hay que pesarte, Olivia, es importante, y si quieres me peso yo también, no me crea ningún problema. Entre otras cosas yo también tengo

unos objetivos que quiero lograr: podríamos motivarnos el uno al otro».

Esta vez soy yo la sorprendida y la que levanta las cejas.

«Tengo que subir un par de kilos, de músculo obviamente», me explica como si le hubiera preguntado.

Yo no me muevo y lo miro fijamente. Por nada del mundo querría subir a la báscula delante de un tío así.

Él se pone en jarras. «Venga. Sube».

«Si subo a esa báscula luego me veré obligada a matarte».

Andrea se ríe, y entonces muestra una fila de dientes rectos, grandes y preciosos.

Se cree que es una broma. No me muevo: nadie sabe cuánto peso, ni siquiera Linda. Vale, ahora también lo sabe el dietista obeso del martes, pero qué más da... el concepto es ese.

Él deja de reírse y se cruza de brazos. «Sube, Olivia. ¿Si no sabemos el punto de partida cómo vamos a establecer el de llegada?»

«Yo sé cuál es mi punto de partida»

«Pero yo no».

Credo que está empezando a perder la paciencia. Total, no nos veremos nunca más.

«Luego me peso yo también», dice como si eso fuera un incentivo. ¡No me puede dar más igual cuánto pesa y cuáles son sus objetivos! Es prácticamente perfecto, ¿qué objetivos puede tener? ¿Qué son dos kilos de músculos?

De repente, mientras lo observo, me pongo a pensar: ¿por qué soy tan reticente a pesarme o a hacer deporte delante de él? ¿Por qué no quiero que vea lo peor de mí? ¿Que conozca mi horrible secreto numérico? Como si no sabiendo el número exacto fuera a parecer menos gorda a sus ojos... Como si, sin verme sudar, fuera a tener una mínima posibilidad de parecerle mona... ¿Qué importancia tiene en el fondo? Este tío es tan guapo que ni siquiera es considerable ningún tipo de implicación sentimental, es tan guapo que es casi como si fuera una mujer, de tan fuera de mi alcance que está; es casi como si fuera Linda. ¿Por qué crearse tantos problemas entonces? Si es que da igual. Aparto la mirada de sus ojos y subo a la báscula, en silencio.

Él se queda parado un instante, tal vez algo estupefacto por mi cambio repentino, luego se me acerca, quedándose a mi espalda y asomándose por mi hombro izquierdo para ver.

Ochenta y tres kilos y medio.

Suspiro, me bajo rápidamente y me alejo un poco de ese artilugio infernal.

Él pone la báscula a cero y, sin hacer ningún comentario sobre mi peso, se sube, como dijo que haría. Yo me cruzo de brazos, incómoda. No me importa cuánto pesa, y sin embargo no consigo no asomarme lo... justo para... ver...

Y de verdad hubiera sido mucho mejor si no miraba.

Ochenta y uno.

Me vuelvo de golpe hacia él, me pongo en jarras y le digo en un susurro: «¡Pesas menos que yo!».

Él me mira fijamente durante un momento, sin decir nada, y yo le digo casi acusándolo: «Eres un hombre, y eres más alto que yo, y tienes dos manos como dos palas... ¿Cuánto me sacas de altura, veinte centímetros? ¡Y pesas menos que yo!».

Me doy cuenta que tengo la voz temblorosa e intento aclarármela sin que se note. Él me mira con un poco de compasión. «Olivia...»

«¿Cuánto mides?». La voz me tiembla un poco, maldición.

«Olivia...», repite sin contestarme.

«¿Cuánto?». Y en la “o” de “cuánto” me sale casi un sollozo.

«Uno metro ochenta y ocho».

Mientras él confiesa su estatura lo miro a los ojos y noto cómo se me salen las lágrimas, malditas. Aparto la mirada y miro a mi alrededor: los árboles, su coche, mis zapatillas, parpadeando rápidamente para hacerlas volver de donde han salido las malditas. Noto una mano en el hombro izquierdo, pero mi cabeza está girada hacia la derecha; habla en voz baja y suave. «Estamos aquí para eso, Olivia».

Y con esa frase y ese tono, se me caen dos lágrimas sin que yo pueda hacer nada por impedirlo. Cierro los ojos e inspiro. Intento secarme a las traidoras sin que se note.

«Estamos aquí para eso», repite convencido.

Inspiro de nuevo, con los ojos cerrados, y cuando creo que conseguiré no humillarme aún más, me vuelvo hacia él y me desplazo ligeramente para hacer caer su mano que sigue apoyada en mi hombro.

«Has dado el paso más importante en la dirección correcta, y eso tiene que tranquilizarte. En unos meses pesarás mucho menos que yo y te agradecerás a ti misma haber decidido venir hoy aquí, y haberte pesado,

aunque haya sido desagradable. Y te alegrarás de haber emprendido este camino conmigo», dice Andrea con voz profunda y decidida, mirándome fijamente a los ojos. Luego baja un momento la mirada, y cuando vuelve a mirarme dice, casi con dulzura: «Si me dejas».

Y en ese preciso instante, entiendo de manera instintiva e inconsciente, que él es la persona que necesito, que es competente, que me hará un buen seguimiento, que puedo confiar en él y que podré apoyarme en él cuando lo necesite.

4.

Seguimos delante de su maletero. Lleva unos diez minutos consultando unos folios en silencio total, si exceptuamos cuando ha levantado la cabeza un nanosegundo para preguntarme cuánto mido y para pedirme que le enseñe las manos. Yo miro a mi alrededor; ya le he metido la báscula en el maletero y de verdad que no sé qué más hacer mientras él hace sus cosas.

Estoy por empezar a contarme los padrastrós de las uñas cuando dice, más a sí mismo que a mí: «Vale».

Reúne todos sus folios en una carpeta, la mete en el maletero encima de la báscula y cierra. «Vamos, vamos a andar media hora mientras te explico lo que tengo en la cabeza. Luego tú decides, ¿vale?»

«Vale», contesto enseguida. Ya lo he decidido, pero espero para decírselo.

Nos dirigimos hacia el carril bici.

«A ver Olivia, en mi opinión tienes una constitución esbelta».

Me río. Él se vuelve hacia mí sin sonreír siquiera. «Te lo digo serio. Por los dedos de tus manos no me parece que tengas los huesos gruesos. Tienes los dedos largos y finos, así que me inclino a pensar que el resto de tu osamenta también lo es».

Me sonrojo y no digo nada.

«Partiendo de esa base, y dada tu estatura, creo que tu peso ideal está en torno a los cincuenta y siete kilos y medio».

Me río aún más fuerte que antes, si es posible. Él se gira con una mirada aún más seria que antes, si es posible.

«Ey», intento defenderme aún con una sonrisa en la cara, «no he pesado eso ni cuando estaba en primaria...»

«Eso no tiene nada que ver», me liquida él. «En cualquier caso es verdad que ahora es un poco difícil saber cuál es exactamente tu peso ideal, lo iremos descubriendo con el tiempo, avanzando y viendo cómo estás. Así que en general no hay que ser muy rígidos y quizás podamos subir el objetivo final un par de kilos, pero creo que tenemos que aspirar al menos a sesenta».

Trago saliva y probablemente empalidezco, porque Andrea retoma

rápidamente: «Te parece mucho, pero que sepas que no es una cifra nada exagerada. Veintitrés kilos... si trabajamos bien, en un año lo tienes hecho».

Lo miro sin decir nada. Debo haberme puesto del color de un cenicero usado, porque él vuelve a retomar el discurso: «Incluso podría ser menos: quizás con sesenta y tres ya estás bien, o te sientes bien y quieres parar, no pasa nada, pero ahora vamos a aspirar alto y los ajustes ya los haremos después. Psicológicamente te será más sencillo así».

Suspiro y asiento, aceptando por fin el descomunal esfuerzo que me espera. ¿Qué me creía? ¿que iba a resolverlo todo en un par de semanas después de una vida comiendo como una lima, de manera caótica y destructiva?

«Para empezar, me gustaría que me dijeras tu nivel de preparación física».

Me quedo en silencio.

«Desde un punto de vista deportivo, quiero decir».

«¡Ah!», le digo sonrojándome. «Eso es fácil: cero absoluto».

«Vale. ¿Tienes un deporte preferido o que se te dé mejor que a los demás?»

Pienso en el único deporte que se me da bien y niego con la cabeza, convencida. Él abre ligeramente los ojos. «¿Ninguno?».

Niego con la cabeza. Abre aún más los ojos, tal vez le he hartado del todo. «¿No sabes hacer nada? ¿Nunca has hecho nada?»

«No».

Mira hacia delante un momento, luego parece que se recupera. «De acuerdo. Para empezar haré un programa de preparación para correr, actividad aeróbica que todos saben hacer y que es un maná para quienes quieren adelgazar».

Me pongo nerviosa un momento: yo no soy capaz de correr ni cinco minutos seguidos. «¡Pero tiene que ser desde cero-cero!».

Él sonrío. «Pues claro. Ahora vamos a la otra parte fundamental: la alimentación».

Mierda. ¿Por qué no me he ido cuando había dicho que lo haría? «Vale».

«Durante las próximas tres semanas, lo único que quiero es que lleves un diario alimentario, o sea que escribas todo lo que comes».

Lo miro aliviada. «¿Ya está?».

Él mira el reloj. «Volvamos».

En el carril bici no nos hemos cruzado con nadie, ni un alma. La persona a la que pertenece el tercer coche debe haberse perdido por estos bosques y haberse salido del carril... O quizás está rodeando todo el lago... Dios mío, me canso solo de pensarlo.

«Sí». Retoma el discurso. «Solo eso. Come normalmente, solo escríbelo todo, pero absolutamente *todo* lo que comes. Y mientras tanto haz una lista de todos los alimentos de te gustan, de los que odias y a los que eres alérgica».

«No soy alérgica a nada», contesto rápidamente. Creo que todavía tengo las cejas levantadas y los ojos fuera de las órbitas. Me esperaba cualquier cosa menos esto. Esperaba que me dijera que me alimentara a base de ensaladas por el resto de mis días...

Se ríe un poco. «Pareces sorprendida...»

«Lo estoy», le digo con sinceridad.

Sonríe. «Mira, tenemos un año por delante, siempre que todo vaya bien y que reesfuerces. No es muchísimo, pero tampoco son dos días... Hay que crear una alimentación que te satisfaga, si lo que necesitamos es que la mantengas en el tiempo».

Eso me gusta, y le sonrío involuntariamente.

«Además», continúa, «tenemos que aspirar a pensar en una alimentación sana, que te guste y que puedas seguir durante el resto de tu vida. Tenemos que conocer cuáles son tus malos hábitos y eliminarlos, porque hacer una dieta durante unos meses y luego volver a comer como antes, no sirve para nada, ¿sabes? Por eso la gente adelgaza y luego lo recupera todo. Porque no cambian sus hábitos».

Asiento, ahora completamente convencida. «Vale. Diario y lista de los alimentos amados y odiados». Recapitulo.

Caminamos sin hablar, y luego él rompe el silencio. «Hablemos de mis tarifas».

Ay Dios, igual es demasiado caro... «Sí».

Andrea se mete las manos en los bolsillos y mira al suelo delante de sí. «¿Cuántas veces quieres que nos veamos? ¿Qué disponibilidad tienes?»

«Yo trabajo todas las mañanas de lunes a viernes, y las tardes del lunes, miércoles y viernes».

Él mira hacia arriba. «Así que, en teoría, podríamos vernos todos los martes, jueves y sábados tarde?»

«Sí».

Él asiente y me mira de reajo, luego vuelve a mirar al suelo. «A ver, considerando que tú eres mi primerísima clienta y que esto podríamos considerarlo unas prácticas – para mí, obviamente – te cobraría un precio ridículo, tipo siete euros la hora. Tres horas a la semana, son unos ochenta euros al mes. ¿Es demasiado?».

Había calculado unos noventa/cien euros al mes para el dietista con bata blanca y consulta privada... Puedo hacerlo. «No, está bien».

«Que sepas que esa no es la tarifa normal de un entrenador personal, ¿eh? ¡No le digas a nadie lo que te cobro!», dice sonriendo.

Y francamente, con esa sonrisa podría pedirme cualquier cosa...

¡No! ¡Olivia, no caigas en esa trampa! Si trabajas con él tiene que quedarte claro que no puedes mirarlo desde ese punto de vista. ¡Nunca! Tienes que mirarlo como si fuera Linda. Linda. Tu mejor amiga.

Vuelvo a mirarlo un momento: tan alto, tan rubio, tan guapo... Será difícilísimo pensar en Linda. Difícilísimo.

Y además todo esto lo estás haciendo en parte por Gianca.

Ah sí, Gianca. Por un momento me desinflo. Caray, a Andrea han debido maldecirlo muchas veces en la vida, porque cuando una chica lo conoce se arruina la vida para siempre: de repente, todos los demás parecen insignificantes. Pero con Gianca todavía tengo alguna esperanza para el futuro, con Andrea nunca en la vida.

Llegamos al principio del carril bici, el punto de partida. Se pone delante de mí. «¿Entonces trato hecho?».

¡Claro que sí! «Trato hecho».

Me ofrece la mano y yo se la estrecho.

Todo irá bien, lo noto. ¡Por primera vez en mi vida voy a adelgazar! ¡En serio! ¡Podré comprarme la ropa que me guste!

Andrea me sonrío. «Estás sonriendo», y me doy cuenta de que es verdad.

Asiento y respondo con sinceridad: «Sí, creo que va a ir bien. Por primera vez en la vida creo que puedo conseguirlo».

Su sonrisa se agranda aún más. «Me hace muchísima ilusión, Olivia».

«Llámame Olly». Si de verdad tenemos todo un año por delante, no podría soportar escuchar mi nombre entero todo el rato.

Asiente. Nos despedimos y nos separamos, cada uno andando hacia su propio coche; pero de repente Andrea se gira y grita: «Olly, recuerda una

cosa: en cualquier caso no puedes fracasar... Eres mi primera cliente, ¡si fracasaras me darías una mala suerte tremenda para mi futura carrera!». Y se echa a reír de lo lindo.

Yo también me río, le digo adiós con la mano y le grito un “vale” de respuesta. No, esta vez no fracasaré.

Han pasado dos semanas desde mi primer encuentro con Andrea, nos hemos visto los días que habíamos acordado y por ahora solo hemos caminado, aunque cada vez hacemos algo más. Me gusta cómo se lo toma con calma, no me asusta y hace que coja confianza poco a poco con mi cuerpo y con el movimiento: el deporte siempre me ha puesto en problemas, siempre me sentí incómoda, poco capacitada, así que siempre he hecho lo posible por hacerlo lo menos posible.

También charlamos un montón cuando salimos, porque la caminata por ahora no me cansa. Por ejemplo, hoy me he enterado de que efectivamente pasó dos años en Inglaterra después del instituto, que se fue así, sin una idea clara, pero una vez allí, a medida que pasaba el tiempo, fue uniendo las piezas de lo que siempre le gustó hacer y se sacó el certificado internacional para trabajar como entrenador personal. Pero para el bienestar de una persona no basta solo el deporte, sino que hay que acompañarlo con una alimentación correcta, así que cuando terminó el curso decidió volver y matricularse en la Universidad para sacarse el diploma de dietista. Ahora está terminando: ha terminado los exámenes y solo le queda la tesis, tras lo cual podrá iniciar oficialmente su carrera. Ese era, *es*, su plan.

Llevaba razón el primer día: Andrea será joven y yo su primera cliente, pero *es* competente.

Ahora estoy camino a casa de los gemelos. Es sábado por la noche y hacen una sesión de “home cinema” de pareja: Linda y Marco, y Nic y alguna. Querían ver una película que tengo yo, y por eso una vez más me dirijo a esa casa. Me han pedido amablemente que me quede a verla, pero francamente lo de hacer de jueves... gracias, pero no.

Cuando llego me abre la madre de los gemelos y me indica las escaleras que llevan abajo, donde está la salita del cine. Sí, esta casa también tiene salita de cine.

«¡Olivia! ¿Te quedas a ver la película tú también?», me pregunta la señora Bueno sin poder esconder la esperanza en su voz: la pobre sueña con la utópica escena en la que su hijo Nic sienta la cabeza conmigo. No me lo estoy inventando, me lo dijo ella misma hace un par de años. Intenté disuadirla lo mejor que pude, y desde entonces no ha vuelto a decir nada, pero por el tono de su voz, por sus miradas se ve que todavía lo espera. Pobrecilla.

«No, señora. Hoy es noche de parejas, solo he venido a traer la película», le contesto con una sonrisa.

Ella se cruza de brazos y frunce el ceño. «Dios mío, qué maleducado es Nic, qué mal me ha salido».

Me río. «¡Qué va, señora! Nic es muy educado, no se preocupe, por supuesto que me ha preguntado si quería quedarme, pero es que no estaría a gusto, la verdad...».

Por un momento le brillan los ojos, pero luego vuelven a oscurecerse. «Si no estuviera esa morenita te sentirías a gusto...».

Me río. «No se preocupe, de verdad. De todas formas esta noche tengo cosas que hacer, les llevo la película y me voy corriendo».

No tengo absolutamente nada que hacer, pero la señora Bonaventura se encoge de hombros y acepta la derrota. «De acuerdo, ya están todos abajo».

Asiento y me dirijo hacia otra de las habitaciones de esta casa que mejor conozco: la salita del cine es pequeña, tiene una enorme televisión de plasma y unos sofás color crema comodísimos. Cuando llego, las luces ya están bajas y los cuatro están charlando completamente tumbados en los sofás. «¡Ejem!»

«¡Olly!», me saluda Linda, pero todos se giran. A la morenita no la conozco, no la he visto nunca.

«¡Aquí tenéis la película chicos!», digo dejando el DVD en la mesita al lado de un descomunal cuenco de palomitas. «¿Todo bien?»

«¿Seguro que no quieres quedarte?», me pregunta otra vez Marco.

«No, de verdad...». Lo miro inclinando la cabeza e intentando transmitirle mentalmente que no insista. «Bueno, tengo que irme. ¡Qué lo paséis bien!»

«Ey, ¡quieta ahí!». Se levanta Nic de un salto. «¡No sales por esa puerta hasta que me digas cómo te fue con Andrea!»

«Bien, muy bien la verdad», contesto sonriente.

Nic se echa a reír y me mira malicioso. «Claro... ¡de eso no cabía duda!»

«¡Qué idiota!», le contesto negando con la cabeza.

«¿Me he perdido algo?», se entromete Linda poniéndose derecha; creo que hasta puedo verle cómo las antenas parabólicas le salen entre el pelo suelto.

Nic está a punto de decir algo, pero yo me adelanto: «Andrea es un chico muy guapo, y este idiota está dando por hecho que me fue bien solo por eso». Me sonrojo un poco y me cruzo de brazos.

Nic se ríe. «Es más que un chico guapo, en el colegio era una leyenda. A no ser que se haya estropeado en estos años...»

«No se ha estropeado», contesto demasiado rápidamente, y Nic, tras un instante de duda, vuelve a reírse aún más fuerte.

En cierto sentido, un sentido demasiado confidencial y amistoso para mi gusto, lo siento por Andrea, porque parece como si consiguiera todo en la vida y con sus proyectos solo por su cara bonita. «¡Pues que sepas que es bueno de verdad! Se lo ha currado mucho para hacer este trabajo, y creo que hará una brillante carrera».

Nic vuelve a reírse: se lo está pasando en grande. «¡No lo pongo en duda!»

«¿Pero tan guapo es?», pregunta Linda mirándome.

«Sí», contestamos Nic y yo al unísono.

«Yo no me acuerdo muy bien...», dice Marco.

«¿Pero de qué estáis hablando?», pregunta la morenita, que es la primera vez que habla desde que he llegado.

«Un compañero mío de clase del instituto, no creo que lo conozcas... Andrea Colucci», responde Nic distraído, mientras me mira.

La morenita lanza lo que parece a todos los efectos un grito de quinceañera en un concierto de los One Direction. «¿Qué no lo conozco? ¡Bromeas! ¿Y quién no lo conoce? ¡Yo estaba loca por él! Además no lo he visto ni una vez desde que ha vuelto...», exclama con aire triste.

«Quizás porque estaba siempre en Milán por la Universidad...». Intento darle una explicación, pero ella me trata como si fuera invisible.

«¿Por qué no me has dicho nada?», me pregunta Linda mientras.

«¿Y por qué habría tenido que decirte algo?», le contesto sacudiendo los brazos.

También ella los sacude. «No lo sé, ¿te ves con un tío así y no me

dices nada?»

Me río, un poco amargamente por la realidad. «¿Acaso cambia algo?»

«¡Tú!». Se levanta de un salto la morenita prácticamente gritando. «¿Sales-con-Andrea-Colucci?».

Definitivamente, está hiperventilando. Para salvarla me apresuro a aclararlo: «¡Es mi entrenador personal!», y levanto las manos como si me estuvieran atacando.

La morenita se queda con la boca abierta durante un instante, luego explota: «¿Él qué?».

Iba a repetírselo, pero ella sigue hablando: «¡Yo también necesito un entrenador personal! Dame su número, ¡yo también tengo que perder unos kilos!», dice en un estado de semiexaltación. Además le miro la cintura, ceñida con un cinturón que podría ser tranquilamente una de mis pulseras, y levanto las cejas sin decir nada, porque gracias a Dios Nic se pone de pie con una mirada repentinamente seria: «¿Perdona? ¿Por casualidad se te ha olvidado que estoy aquí delante?».

Ella lo mira con los ojos como platos: «¡Ay Nic por favor! Tú y yo no somos nada, ¡no somos nada! Ambos sabemos perfectamente para qué nos vemos, ¡y Andrea Colucci siempre ha sido mi sueño!».

Linda, Marco y yo nos quedamos en silencio. La tensión se puede masticar en el ambiente, luego Nic se gira hacia mí con una expresión dura que no le había visto nunca en seis años que lo conozco: «Tú no le darás el número. No es mucho pero es seguro».

Yo trago saliva. Él continúa: «Si lo quiere que se las apañe».

«¡Oh Nic, te lo ruego!», lloriquea ella tirándole de la manga de la camiseta.

Él la mira fatal: «¡Sara! ¡Déjalo ya!».

Ella resopla como una niña de ocho años a la que los Reyes Magos no le han traído los regalos que esperaba. Me mira durante un instante, vuelve a sentarse y se cruza de brazos. Nic a su vez también se sienta, luego Sara, de manera claramente audible para todos los presentes, dice: «¡No me lo creo! ¡Lo he perseguido durante años, yo! ¡Lo-he-perseguido-durante-años! ¿y qué hace él? ¡Se pone a hacer un trabajo en el que solo conocerá a obesas marginadas!».

Y después de esa frase se hace un silencio sepulcral. Peor que el anterior momento de tensión masticable. Yo no consigo moverme ni decir

nada, casi no puedo respirar. Marco y Linda están inmóviles como dos estatuas de sal, y Nic la mira, también quieto y callado, pero no consigo leer la expresión de su cara. Creo que ella, nuestra querida Sara, no se da cuenta de nada, sigue rumiando su mala suerte.

Después de unos minutos, o tal vez solo unos segundos que a mí se me hacen eternos, retomo el control, sobre mí; me aclaro la voz antes de hablar. «Bueno, pues buenas noches entonces».

Linda y Marco se despiden de mí. Linda tiene una cara de pena que ya le he visto otras veces a causa mía, o más bien por cómo me trata la gente a veces; Marco no es capaz de mirarme a la cara.

Sara ni siquiera finge saludarme, y Nic ni me mira ni se despide. La mira fijamente a ella.

Me voy. Mientras camino rápidamente hacia la puerta de casa solo rezo por no encontrarme con la señora Bonaventura porque temo que con solo oír una palabra amable dirigida a mí podría romper a llorar... Casi he llegado y estoy a punto de abrir la puerta cuando una mano me coge del brazo y me da gira de golpe. Me encuentro delante a Nic; me mira serio. Yo lo miro sin decir nada, porque en el fondo no sabría qué decir.

«Lo siento», dice él después de unos segundos. Yo trago saliva para no ponerme a llorar y me encojo de hombros.

«Ni siquiera le he pedido que venga a pedirte perdón en persona porque no creo que se haya dado cuenta de lo que ha dicho». Suspira. «No se da cuenta de lo que dice».

Asiento. Luego, por pura casualidad, le pregunto: «¿Y por qué sales con ella?».

Él me mira fijamente sin decir nada, y yo me quedo así, esperando una respuesta que nunca llegará, esperando que me diga lo que en el fondo ya sé.

«¡Ah!», exclamo al final, como si me hubiera contestado y yo lo hubiera entendido. «¿Sabes una cosa Nic?», le digo sin poder callarme. «Uno como tú, guapo, inteligente y simpático, puede subir un poco el listón».

No dice nada, solo me mira a los ojos, y casi me parece oír las palabras: «¿Subirlo cómo? ¿Saliendo con una vaca como tú, por ejemplo? ¿Para conversar quizás? Yo no quiero conversar...».

Asiento de nuevo, luego me suelto de su mano. «Quiero decir que puedes salir con una chica guapa que tenga un pelín más de...». Y me

golpeteo la sien con un dedo.

Nic echa la cabeza hacia atrás y respira ruidosamente, como si le hubiera dado una pequeña bofetada; tras unos segundos de silencio susurra: «De esas no hay muchas».

Lo miro fijamente a los ojos y luego le digo solamente: «Ah. Pues entonces que te lo pases bien con *Sara que no se da cuenta de lo que dice*».

No contesta, y yo cojo la puerta y me voy por fin.

5.

Los jueves por la mañana trabajo en la cafetería; hoy me toca estar detrás de la barra. Trabajo aquí desde hace cuatro años, desde antes de que terminara la Universidad. Al principio solo trabajaba los fines de semana, con el tiempo pasé a un par de tardes en semana, y ahora todas las mañanas.

El trabajo en la cafetería me gusta, aunque el sueño de mi vida es otro. Estéticamente es un sitio encantador, decorado en estilo francés, todo de madera y con mesas de diferentes tamaños, formas y colores. Las mesas están colocadas frente a una gran cristalera donde también está la entrada, una puerta de cristal con el marco de madera oscura. Enfrente de la puerta hay una barra grande y muy larga, detrás de la cual estoy ahora. A mi espalda están las dos máquinas de café: una años 50 y otra moderna.

Tenemos una clientela bastante variada: hay muchos estudiantes, pero también personas ancianas como la señora Barbieri, que está leyendo el periódico encaramada a una de las banquetas altas de colores y una diferente de las demás. La señora Barbieri siempre se sienta en la barra. Por la mañana temprano hay también muchísima gente que viene a desayunar antes de ir al trabajo: en esta zona hay muchas oficinas y dos bancos. Después de las nueve se vacía un poco, está más tranquilo.

En la cocina está Leo, el dueño y cocinero. Leo ha trabajado mucho tiempo en Francia y también un año en América, y luego volvió aquí hace diez años y abrió esta pequeña y acogedora cafetería. Leo cocina genial, además de unos cruasanes maravillosos hace unas tartas estupendas, y siempre diferentes. Hoy por ejemplo teníamos torta con mermelada de arándanos, mi preferida en absoluto, y tarta de queso con fresas. A veces cuando llego pronto lo ayudo, pero aún no me deja hacer una yo sola. Dice que todavía no estoy preparada.

También tengo una compañera, Rosalba, rubia y delgada. La historia de mi vida: estoy siempre rodeada de rubias delgadas. Rosy y yo nos turnamos: cuando yo estoy en la barra ella sirve las mesas y viceversa. Si tengo que ser sincera, Rosy no es el colmo de la simpatía, pero tampoco es malvada. Digamos que no hay mucho *feeling* entre nosotras, pero al menos hay una amabilidad superficial. De vez en cuando hace algún

comentario que no me gusta, pero durante la mayor parte del tiempo trabajamos juntas sin problemas, de manera fluida. Es un poco mayor que yo, tiene casi treinta años, veintiocho o veintinueve creo, y se dedica solo a esto: trabaja aquí todo el día todos los días.

La señora Barbieri me está leyendo el horóscopo, como todas las mañanas; estoy completamente arrellanada, con los codos en la barra y la cara apoyada en las manos, y ni siquiera finjo estar trabajando porque el momento del horóscopo es sagrado, Leo lo sabe. Nos estamos desternillando con los “ingresos inesperados” que deberían llegarme antes de medianoche cuando oigo la campanilla de la entrada y veo a Nic entrando. Levanto las cejas y lo saludo, él viene a la barra y se sienta al lado de la señora Barbieri.

«Olly».

«Nic».

Hay un momento de silencio embarazoso, la última vez que nos vimos la conversación no fue precisamente la más amable que hemos tenido, pero lo rompe la señora Barbieri. «Olivia, querida, ¿conoces a este Príncipe de las Tinieblas?».

Yo me río. «Sí, es el hermano del novio de mi mejor amiga».

«Ah», dice ella, y luego vuelve a estudiarlo chabacana. Nic la mira y sonrío tímidamente, mientras que yo me río para mis adentros, y luego de vuelve hacia mí.

«¿Qué haces aquí», le pregunto con la sonrisa todavía en la boca.

«He quedado con un amigo y he pensado traerlo aquí».

Yo asiento. «¿Quieres pedir algo mientras o esperas a tu amigo?»

«Espero», me contesta entrecerrando los ojos; parece como si me estuviera analizando por algún motivo. Los entrecierro yo también como respuesta.

«¿Olly?», me llama Rosy desde dos banquetas más allá, yo me acerco a ella y me doy cuenta de cómo mira a Nic de reojo.

«Dime».

«Aquí tienes la comanda de la mesa tres», dice dándome una hoja.

«¿Es un amigo tuyo?», me pregunta luego en voz baja.

«Más o menos...»

«¿Está soltero?», pregunta atusándose el delantal marrón y el pelo, que no tiene necesidad alguna de ser atusado.

«Siempre está libre, y siempre está ocupado... Bueno, no sabría qué

decirte. ¿Por?»

«Porque estaba pensando... tal vez podrías darme su número», me pide muy amablemente. No es que sea grosera normalmente, eso no, pero tampoco tan melosa...

«No lo tengo», respondo con sinceridad.

«Ah, entonces no es tu amigo...». Y lo dice como si lo hubiera sabido de siempre, como algo obvio.

«De hecho te he dicho “más o menos”...».

Vuelve a mirarlo de reojo un momento, mientras se exhibe con una sonrisa idiota que normalmente no tiene, pero me imagino que lo hace por si Nic se girase y la mirara.

«Pero podrías pedírselo de mi parte...». Ahora hasta me hace una bajada de pestañas. ¿Nadie le ha explicado que con las mujeres no funciona?

«Sí, podría», respondo de mala gana, pero no porque me importe nada ni por celos: Nic nunca me ha gustado en ese sentido, me cae bien y me parece guapo, pero mi corazón nunca ha latido por él. Me da rabia tener que hacer otra vez la parte de Cupido, de intermediaria, tener que presentar a este o aquel a esa o aquella, tener que pedir el número de parte de alguien o incluso vender a alguien... Estoy harta. Me gustaría que alguien hiciera de intermediario *por mí*, al menos una vez en la vida. Es como si nunca fuera la protagonista, como si siempre fuera el apuntador escondido entre el público que susurra la parte desde su hueco oscuro, y sin hacerse notar demasiado, gracias.

«Vale», dice bajando la voz. «Ya me contarás qué te dice». Se gira dando por hecho que tengo que hacerle ese favor cuando ella jamás me ha hecho ninguno, más bien al contrario; va a limpiar la mesa cinco, exactamente detrás de Nic, con unos andares más tiesos de lo normal.

Resoplo y preparo enseguida la comanda de la tres. Aprovecho este momento para relajar la cara lo más rápido posible: no me gustaría que, si le pidiera el número para ella con una expresión demasiado triste, él pensara que estoy celosa o algo por el estilo.

Cuando estoy lo suficientemente tranquila, o al menos lo suficiente como para fingir, voy donde Nic. «Oye, no sé si te consideras soltero o no, pero que sepas que mi compañera», y le señalo a Rosy en la parte opuesta del local, «me ha pedido que te pida el número de teléfono para ella».

«Psé. Ya ves tú».

Nic y yo nos giramos. La señora Barbieri finge no haber dicho nada y estar totalmente absorbida por la lectura del periódico; tiene la blanca cabeza inclinada sobre las hojas (;que claramente no está leyendo!) y gira las páginas con las manos enjovadas y las uñas pintadas de rojo, chupándose el índice de la mano derecha, en un gesto que siempre me recuerda a mi padre.

Miro a Nic. «Bueno qué».

Él se vuelve hacia Rosy y la analiza sin disimulo. Veo cómo la recorren sus ojos y una vez más me irrito sin motivo: nunca nadie me ha mirado así. Al final me mira sonriendo. «Puedes dárselo».

«Sí, pero yo no lo tengo»

«Luego te lo doy para que se lo des».

«Psé».

Miramos de nuevo a la señora Barbieri. Sigue con la cabeza inclinada, sigue fingiendo que lee el periódico.

«¿Qué ha sido de *Sara que no se da cuenta de lo que dice?*», le pregunto en cuanto entiendo que la señora no tiene intención de decir nada más que un enigmático “psé”.

Nic, que me estaba mirando, aparta la mirada y se vuelve hacia la entrada. «Ya no salgo con ella».

«¡Ah!», exclamo sinceramente sorprendida. «Lo siento... ¿desde cuándo?»

«Desde el sábado por la noche», dice mirándome durante solo dos segundos y cogiendo luego el móvil del bolsillo.

«Oh. Lo siento». No puedo evitar sonreír. «¿Cuánto tiempo llevabas con ella?»

«Desde el sábado por la noche», responde sin levantar los ojos de su teléfono.

Una risita sutil: me vuelvo hacia la señora Barbieri y, como me imaginaba, me la encuentro aún concentradísima en su periódico. Sonrío a ambos, aunque ninguno de los dos me está mirando, y sonrío hasta el punto de que probablemente se me ven hasta las muelas. Cojo un trapo y lo paso por la barra, está limpio pero quiero hacer algo mientras ellos dos me ignoran.

Cuando oigo la campanilla de la puerta de entrada, levanto la cabeza y doy gracias a Dios porque me estén ignorando, porque como cada vez que

veo a Andrea, durante los primeros segundos el corazón se me para y la respiración se me atraganta. Tras el primerísimo shock, la sangre lentamente vuelve a circular, yo inspiro un par de veces sin que se note, me repito lo que ya es mi mantra – o sea, “Andrea es prácticamente Linda” – una decena de veces, y poco a poco consigo retomar el control y recordar que está tan fuera de mis posibilidades que puedo tranquilamente comportarme normal. Y gracias a ese ajeteo mental secreto de los primeros minutos, a menudo el resto del tiempo consigo ser normal con él de verdad. Solo que cada vez que lo veo me descoloca, como si ya no recordara nítidamente su cara, o como si el impacto de su belleza se amortizara un poco con el recuerdo.

«Creo que tu *amigo* ya está aquí», informo a Nic un poco mosqueada. Él levanta la mirada hacia la entrada, donde Andrea está echando un vistazo a su alrededor, y luego se vuelve hacia mí con una sonrisita maliciosa. Yo lo miro entrecerrando los ojos y él hace lo mismo, como sucedió antes pero al contrario.

«¡Ey!», exclama Andrea, ya aquí, dando una palmadita en el hombro de Nic. «¿Cómo estás?».

Nic se pone de pie sonriendo y se abrazan brevemente: es mejor no exagerar con efusiones de mujeres... Pero se nota que están contentos de verse, se sonríen y siguen dándose palmadas en la espalda. Me gustaría entenderlo: ¿Nic ha escogido *mi* cafetería para su encuentro después de años? Mmm. Miro fijamente a Nic, y mientras hablan entre ellos oigo una flébil y simpática vocecita a mi izquierda: «¡Olivia, reina, si sigues guiñando los ojos así te van a salir arrugar antes de tiempo!».

Por eso viene la señora Barbieri: porque no tiene nada que hacer en su vida de jubilada y se divierte tomándonos el pelo.

Relajo inmediatamente la mirada, pero no consigo impedir cruzarme de brazos. Los miro a ambos, Andrea me saluda con la mano aunque está a menos de un metro de mí porque no quiere interrumpir a Nic. Yo respondo al saludo de la misma manera, y luego la señora Barbieri me llama con un “pssst” y un índice en forma de anzuelo. Yo me acerco a ella y me apoyo sobre la barra; me dice al oído izquierdo en voz baja: «¿Quién es el Dios del Sol, by the way?». El tercer marido de la señora Barbieri era americano.

Yo me echo a reír porque lo de “Dios del Sol” le queda que ni pintado, a Andrea. «Es un amigo de Nic y... mi entrenador personal».

Ella me mira con interés renovado. «Muy pero que muy bien, Olivia», comenta al final, como si hubiera hecho correctamente las tareas de clase.

Yo frunzo el ceño y me encojo de hombros, y decido ocuparme de mi cafetería. Es decir, *mi* por decir algo... Los chicos se sientan y, cuando estoy a punto de irme, Nic me para. «¿Olly? Capuchino con cruasán de chocolate para mí», luego se vuelve hacia a Andrea, que a su vez se vuelve hacia mí y dice: «Para mí un zumo de naranja y un café». Asiento y voy a la cocina a coger el cruasán: después de la hora punta matutina los llevamos a la cocina para dejar más espacio en la barra.

Leo no está. Habrá salido por la puerta de atrás: él va y viene cuando le apetece. Suspirando, cojo un platito y una servilleta de papel y pongo el cruasán de chocolate encima, pero de repente me quitan el platito de las manos. «¡Rosy!», exclamo sorprendida.

«¡Ya se lo llevo yo!», dice con una sonrisa de lagarta.

«Pero hoy la barra me toca a mí...»

«¡Ay!». Finge ponerse de morros. «¡No seas quisquillosa! ¡Encima de que te quito trabajo!».

Me encojo de hombros. «¿Vas a hacer también el capuchino, el café y el zumo?».

Ella se pone a dar saltitos. «¡Sí!». Grita sonriendo. «¿Pero ese rubio quién es? ¡Dios mío! ¡No sé con cual quedarme! ¿Pero dónde los tenías escondidos a estos amigos tuyos?»

«No son mis amigos...», digo en voz baja, pero ella no está prestando la mínima atención. «En cualquier caso ya le he pedido el número a Nic, ¿no me irás a dejar mal ahora?», le pregunto un poco preocupada.

«No...», medita con el cruasán en la mano. «Si no se conocieran y no estuvieran juntos lo haría... pero así no me parece que sea el caso».

«No, no lo es».

Estoy a punto de volver allí cuando me agarra de un brazo. «Ejem, ¿y si mientras yo los atiendo a ellos tú atiendes a la mesa dos? Son solo dos...».

Así que no estaba sin nada que hacer... Asiento apartando la mirada.

Cuando salgo de la barra de la cocina, Andrea se gira hacia mí y me sonrío; no consigo no devolvérselo, pero él frunce ligeramente el ceño.

Voy directa a la mesa sin detenerme, hay dos chicas y tengo que tomarles nota. Pierdo un poco de tiempo con ellas mientras les digo lo que ha quedado de comer, y cuando vuelvo a la barra veo a Rosy charlando

con ambos, riéndose como una loca y abanicando con las pestañas como un cervatillo en una película de Disney. Ni siquiera le pido que prepare la comanda de la mesa dos, lo hago y punto. Mientras me muevo detrás de la barra, la señora Barbieri dice en voz alta: «Olivia querida, ¿pero no te ocupabas tú de la barra hoy y Rosy de las mesas?».

Paro un momento y me sonrojo, los chicos dejan de hablar y, miran a la viejita, toda emperejilada a las nueve y media de la mañana como si fuera a ir al Teatro della Scala a ver una ópera. Luego ambos se vuelven hacia mí, mientras que Rosy sigue dándome la espalda.

Yo de verdad que no sé qué responder, y tras unos segundos incómodos, Rosy toma la palabra: «Me ha pedido que hiciéramos un pequeño cambio temporal, y yo como buena compañera le he dicho que sí».

La señora Barbieri empieza a jugar con su collar de piedras verdes sin comentar nada, ni yo tampoco comento; me giro hacia la máquina del café y sigo haciendo lo que estaba haciendo. Una vez preparada la comanda, vuelvo detrás de la barra. Rosy ha desaparecido, y Nic le está hablando a Andrea por lo bajini; está sentado de lado y lo veo de perfil, mientras que Andrea está sentado completamente de frente a mí y asiente de vez en cuando mientras juega con su vaso de zumo medio lleno. De vez en cuando me lanza miradas rápidas. Miradas que no sé cómo interpretar. Está serio, casi parece que está enfadado conmigo, pero yo no he hecho nada.

Para consolarme miro a la señora Barbieri, esperando que me haga reír con una de sus caras graciosas, pero hoy no deja de mirarme de una manera extraña, y no me consuela en absoluto. Me mira con tanta intensidad... Nunca había pasado antes.

Cuando los chicos se ponen de pie y se meten las manos en los bolsillos buscando el monedero, suspiro con alivio para mis adentros: no los aguanto más ni a ellos, ni a la sobreexcitación de Rosy, ni a la repentina intensidad de la señora Barbieri, normalmente tan leve.

«Ah Nic», empiezo con un poco de cansancio mientras les doy el resto. «¿Tu número? Para...». Giro los dedos en el aire sin terminar la frase.

Noto cómo de repente los ojos de Andrea se concentran sobre mí.

«Ah sí», responde Nic metiéndose las manos en los bolsillos. Me mira, y Andrea hace lo mismo. Yo espero, totalmente incómoda bajo su

escrutinio.

«Dame el tuyo, así te doy un toque y ya lo tienes».

Yo asiento y empiezo a recitarlo de memoria.

Él se lleva el móvil a la oreja y espera un tono, después cuelga y guarda el teléfono. Y me dice mirándome intensamente «Pero he cambiado de idea: ya no se lo quiero dar».

Levanto las cejas sorprendida, sin decir nada, y él sigue mientras una sonrisa aparece en su boca. «¿Sabes? He subido recientemente el listón».

Yo noto como unas pequeñas mariposas, ligeras, que salen de mi estómago y suben poquito a poco, lentamente, hasta depositarse en mis labios y desplegar sus alas en una sonrisa radiante.

Nic se despide de mí sonriendo y se dirige hacia la puerta; Andrea me observa sin sonreír, serio, y da dos pasos atrás antes de despedirse él también y de recordarme nuestra quedada de por la tarde, para luego seguir a Nic fuera del local.

Secretamente satisfecha, suspiro y me giro, mis ojos se cruzan con los ojos brillantes de la señora Barbieri, que ahora tiene una media sonrisita enigmática en su boca pintada de rojo.

Estoy de camino al carril bici del lago, una semana después de que Nic y Andrea vinieran a la cafetería por primera vez. Esta mañana también han venido y a mí me tocaban las mesas y... bueno, se han sentado en una mesa. Tal vez ha sido una casualidad, pero me ha hecho ilusión.

Cuando llego él ya está allí, al principio del carril, hoy completamente vestido de gris. Tiene mi libreta enrollada en la mano, la libreta del diario alimentario que no le di hasta el sábado pasado.

Me bajo y voy hacia allí, él me coge de la mano. «Ven, vamos a hablar de tu diario».

Yo retiro enseguida mi mano de la suya: sigo en fase mantra, aún no ha llegado el momento de que me toque.

Se sienta en el suelo con las piernas cruzadas: aunque hace mucho frío, no llueve ni ha llovido recientemente, así que el terreno no está húmedo; yo me siento a su lado. Abre mi libreta y hojea un par de páginas antes de hablar. «¿A qué quieres dedicarte, Olly?».

Yo lo miro sorprendida, y él me mira, a la espera.

«Bibliotecaria», le contesto tras un instante de vacilación.

Él levanta las cejas. «¿El qué?»

«Quiero ser bibliotecaria. ¿Por qué? ¿Tienes algo en contra de los bibliotecarios?».

Él niega con la cabeza. «No, claro que no, pero... ¿por qué?»

«Porque me gustan los libros, me gusta leerlos, ponerlos en su sitio, me gusta hablar de ellos, aconsejárselos a la gente...». Aparto mi mirada de él y pienso en ello un poco más. «Y las personas... las personas a las que conocería en el trabajo solo me hablarían de libros». Me miro las manos imaginándome un futuro así. «Sí, decididamente quiero ser bibliotecaria».

Andrea se queda en silencio durante uno segundos. «¿Y escribir? ¿Lo has pensado alguna vez?».

¿Si lo he pensado? Pues claro que lo he pensado, pero nunca se lo he confesado a nadie, casi casi ni a mí misma. Lo miro fijamente hasta que no consigo sostener su mirada limpia y clara como agua de montaña, y luego aparto la mirada y no respondo. Después lo oigo suspirar. «Yo creo que se te da bien. Tu diario... es solo un diario alimentario, pero... me ha gustado leerlo. Algunos puntos son incluso divertidos».

Lo miro sorprendida. «¿De verdad?»

«Sí. Y he pensado que, no sé, si eras capaz de escribir un diario alimentario tan agradable... bueno, podrías hacer mucho más si escribieras lo que te gusta».

No digo nada, pero noto una ola de placer por casi todo el cuerpo.

Él me mira fijamente un momento, sin hablar, y luego suspira otra vez y retoma mi diario. «Bueno, vamos al grano: no comes tan mal, solo que algunas veces comes por cuatro personas». Lo dice sin ninguna inflexión, de manera totalmente indiferente. Pero yo me sonrojo de todas formas y me miro las zapatillas.

«Por ejemplo», continúa. «Me he dado cuenta de que los domingos comes de una manera muy rara: a mediodía comes siempre algo muy ligero y en pequeñas cantidades, mientras que por la noche cenas muchísimo y poco saludable».

«¿En serio? ¿Siempre los domingos?», le pregunto sorprendida: no me había dado cuenta.

Él asiente hojeando la libreta. «Hace dos domingos», golpetea con el índice la página en la que se ha detenido. «A mediodía comiste solo una

crema de puerros, mientras que por la noche cenaste una pizza, patatas fritas y un tiramisú de postre. Luego, como si una cena así no fuera suficiente, antes de irte a dormir te tomaste un tazón de leche con ocho galletas».

Ay por Dios ... Qué vergüenza... ¡Tierra trágame, te lo ruego!

«D-de verdad?», balbuceo toda roja.

Él asiente, alternando la mirada entre la libreta y yo. «Los lunes por la mañana normalmente también comes mucho, luego unas veces comes más, otras menos, algunas veces exageradamente, pero me parece algo casual, aunque yo creo que no son casualidades. La única tendencia que he pillado es la de los domingos y la de los lunes por la mañana».

Yo sé por qué como tan mal los domingos: mi madre. Siempre saca lo peor de mí. Pero no quiero contárselo, así que me quedo en silencio.

«Observando tu diario me he dado cuenta de una cosa». Le da un último vistazo y luego lo cierra y lo vuelve a enrollar. «No comes mal en general, no tienes malos hábitos graves, es más, creo que cuando quieres sabes equilibrar bien una comida».

Claro, con todas las dietas que he intentado en mi vida, algo de cómo equilibrar una comida se me ha tenido que quedar en el cerebro sin querer.

«Temo que eres una de esas personas que come por nervios, que quizá es aún peor que tener malos hábitos alimentarios porque tiene que ver con factores psicológicos que hay que tener en cuenta», continúa él.

Se detiene y me mira, y después de unos segundos me pregunta: «¿Crees que eres una persona que come por nervios u otros factores psicológicos?».

No necesito pensarlo para responder. «Sí».

Él asiente. «Yo no soy psicólogo, así que igual deberías buscar a una figura así si de verdad quieres hacer algo bien hecho, pero de todas formas te he traído algo que podría serte útil. Al menos espero que lo sea».

«¿El qué?»

«¿Lo quieres ver ahora o después del entrenamiento? Hoy empezamos a correr...»

«Ahora, quizá luego esté demasiado agotada para entender nada».

Andrea se levanta con un movimiento fluido y me ofrece la mano, yo se la doy para levantarme y la suelto justo después. Se dirige hacia su coche y abre el maletero, pero lo primero que hace es sacar la báscula, y

sin mediar palabra me la planta delante de los pies.

«¿Otra vez?», le pregunto mosqueada. «¡Pero si no he hecho dieta!
¡No es válido!»

«Nos pesamos de todas formas»

«¿Otra vez con el plural?»

Andrea se ríe. «Me río yo también».

Resoplo y me subo a la báscula. «¿Y esto era todo? Pues vaya...»

«No, no era esto», dice mientras se acerca y se asoma para ver.

Cuando el número aparece no creo lo que ven mis ojos. «¿Ochenta y uno y medio?». Casi grito de felicidad. Me giro hacia él, ya sonriente. «¿Cómo es posible?».

Él también sonrío y mi corazón se para. *Andrea es prácticamente Linda, Andrea es prácticamente Linda, Andrea es prácticamente Linda.*

«Sí, es posible. Es más, es típico, por eso quería que te pesaras. Escribir lo que se come empuja ya de por sí a comer un poquito mejor».

Sigo mirando a la báscula y luego a él, estoy muy contenta.

En cuanto me bajo se sube él, como la otra vez. Ochenta y uno.

«Tú estás igual, y aún pesas menos que yo», digo de morros.

«Por poco», me tranquiliza él afable. Luego se asoma a su maletero y coge algo: un pequeño librito y unos folios. «Prueba a leer este libro, luego dime si de alguna manera te ha parecido de ayuda, si no, ya encontraremos otra solución. Quizá pueda ayudarte a buscar un psicólogo».

«Mmm». Cojo el libro y lo observo. Se llama “La respuesta no está en el frigo”. Ya me interesa y empiezo a hojearlo.

Andrea me cubre una mano con la suya, yo alzo la mirada y lo miro con una pregunta muda.

«Ya tendrás tiempo de leerlo, ahora vamos a seguir».

Yo asiento y cierro el libro, colocándomelo bajo el brazo.

«He escrito algunas indicaciones de alimentación que tendrás que seguir. Más que una lista de comidas y cenas, que son francamente difíciles de seguir, he escrito cómo deberías comportarte, cómo combinar los alimentos, algunos trucos, etcétera. Así empezarás a entender cómo funciona, pero en el fondo podrás gestionarlo libremente. Eso es», me da un tocho de folios sujetos con una grapa. «Léetelo en casa con calma, y si tienes alguna duda o preguntas o necesitas que te aclare algo, puedes llamarme al móvil».

Yo inspiro profundamente y vuelvo a asentir.

«¿Empezamos?»

«Espera que deje esto en el coche». Entonces voy a mi coche y dejo todo en el lado del copiloto. Andrea me espera al principio del carril bici, y en cuanto vuelvo me explica el programa – una mezcla entre carrera y caminata – con su habitual modo de hacer las cosas más sencillo, conciso y claro. Creo que habría sido un profesor óptimo. Además de un modelo de escándalo.

Cuando empezamos a correr me siento incomodísima: noto cómo los muslos se rozan, los senos que suben y bajan, y hasta los mofletes se mueven... Además la respiración se me entrecorta rapidísimo de una manera realmente vergonzosa. Y luego la gente se pregunta por qué los gordos no hacemos deporte... Muy fácil: porque es terrible.

Además, como si no bastara con eso, lo estoy haciendo junto al Dios del Sol, siempre perfecto y guapísimo, que me observa de vez en cuando de una manera que detesto.

Andrea alterna correr y caminar y yo le sigo: cuando camina camino, cuando corre corro, y así sucesivamente. Tras unos minutos de silencio me dice: «¿Y a mí qué me aconsejarías?»

«¿Eh?», pregunto por brevedad.

«Un libro para leer... me decías que eres buena aconsejando...». No hace falta decir que mientras que yo ya tengo que respirar por la boca, él charla como si estuviera sentado tomando el té.

«¡Ah!». He descubierto que yo, la prolijidad hecha persona, cuando corro me vuelvo concisa de repente. «No te conozco lo suficiente».

Andrea levanta las cejas. «Eso no tiene sentido, ¡tampoco conocerás a la gente que entrará en tu biblioteca!»

«Pues sí, la biblioteca no es una tienda, la clientela tiende a ser siempre la misma y después de un tiempo acabas conociendo sus gustos y todo eso», le contesto, y ahora me falta el oxígeno.

Andrea se queda callado, pero después dice: «No, no tiene sentido, lo siento. Has dicho que eras buena, tienes que saber aconsejar a los desconocidos también... Y además, ¿no me conoces un poquito después de tres semanas viéndonos tres veces por semana?».

Resoplo. «De acuerdo entonces. Te recomendaría...». Pienso un momento mientras lo observo. ¿Qué podría gustarle a uno como Andrea? Historias de amor seguro que no, supongo que ya tendrá bastantes

serenatas cursis en su vida real... Uno metódico como él, racional... como mínimo le tienen que gustar las novelas policíacas: usar la mente para descubrir quién es el asesino o algo así. Además a los hombres les suelen gustar los géneros policíaco y fantasy. «Te recomendaría la trilogía Millenium de Stieg Larsson».

Andrea asiente. «En cualquier caso ahora no tengo tiempo para leer: tengo que concentrarme en la tesis si quiero terminarla pronto».

«¿Y entonces para qué me preguntas nada?», le contesto más ácida de cuanto hubiera querido.

«Así, por ver lo que me decías».

Resoplo de manera teatral y lo miro mal. «¿Y tenías que hacerlo justo en este momento? Por si no lo habías notado me falta el oxígeno...»

Andrea se ríe brevemente. «Así está bien, tienes que llevar un paso que te permita hablar».

«Este paso no me permite hablar, estoy a punto de morir y tú ni siquiera te has dado cuenta».

«Siempre tan positiva y tan alegre...», murmura. «De todas formas por hoy hemos terminado, volvamos caminando».

«¡Ay! ¡Gracias Dios! ¡Sabía que existías!», exclamo dejándome caer en el prado que hay al lado del carril bici.

Andrea corre a mi lado. «¿Pero qué haces? He dicho que tenemos que volver a los coches caminando... ¡No he dicho que podías tumbarte!»

«¡Qué carcelero eres!», murmullo en voz alta para que lo oiga: no me sirve de nada insultarlo si él no lo sabe.

Cuando llegamos al principio del carril bici me noto el latido del corazón en las piernas, se lo digo a Andrea y me dice que es normal, que es la circulación sanguínea que se ha reactivado.

«Vamos a hacer un poco de stretching».

Asiento, pero paro enseguida cuando me pone una mano en el muslo. «¿Qué haces?», le pregunto con voz chillona.

«Stretching».

«Pero... qué... ¡tú haces el tuyo y yo hago el mío!», le digo dando un paso atrás y soltándome.

Él da un paso adelante e intenta volver a ponerme la mano donde antes. «Te enseño cómo tienes que poner las piernas».

«¡Enséñamelo desde tu sitio!», exclamo desesperada, dando otro paso atrás.

«Solo quería ponerte en la posición correcta y empujar para que estires bien los músculos...»

«¡Los estiro muy bien sola! ¡Solo dime cómo se hace y yo lo hago!».

Andrea me mira fijamente a la cara, y he de decir que parece realmente perplejo. De hecho vuelve a acercarse alargando la mano.

«¡No me toques!», grito ya totalmente alarmada.

Él se detiene al instante y me mira fijamente a los ojos, en silencio, luego por fin da un paso atrás y sin decir nada se pone a hacer los ejercicios de stretching que – como yo quería demostrar – puedo tranquilamente copiar a medio metro de distancia.

Él no vuelve a decir nada hasta el final, parece inmerso en sus pensamientos; yo no lo molesto, porque en el fondo yo también estoy inmersa en los míos. Estoy deseando sobre todo hojear ese curioso librito.

Después de un entrenamiento decididamente agradable, nos despedimos un poco fríamente. Bueno, yo lo saludo normal, pero él está frío. No puedo creerme que sea por el stretching...

Cuando veo su cabeza rubia alejarse detrás del volante de su coche, suspiro y me pongo en marcha yo también.

6.

Cuando he salido de la ducha me he puesto en el sofá de casa a leer “La respuesta no está en el frigo”. Tres horas después, cuando mi madre está metiendo la llave en la cerradura, ya me lo estoy terminando. El tiempo se me ha pasado volando, si no, no habría dejado que me encontrara tumbada en el sofá leyendo. El pelo me cuelga por uno de los brazos del sofá: lo tengo muy largo, prácticamente me llega a más de la mitad de la espalda y a veces me molesta cuando estoy tumbada y tengo que girar la cabeza, se queda pillado y me tira. Lo tengo de color avellana claro y prácticamente es lo único que me gusta de mí, de lo único que presumo. Es ondulado, con bucles naturales, y muy abundante, luminoso y suave. También el color, aunque forme parte de la escala de los marrones, me gusta. Tengo los ojos marrón claro; una vez, acercándome mucho al espejo una de las raras veces en las que me estaba maquillando, vi unas briznas amarillas esparcidas aquí y allá por el interior del iris. Linda siempre dice que mis ojos son preciosos, pero Linda es mi mejor amiga: su vista está nublada por el cariño. No hay mucho más que me guste: de las facciones de mi rostro solo veo los mofletes enormes y la papada, mientras que el cuerpo... Bueno, mejor correr un tupido velo desde ya. En general, cuando me miro al espejo intento en la medida de lo posible mirarme solo el pelo, pero de todas formas me miro poquísimo al espejo.

Como de costumbre, los pasos de mi madre me dan una especie de ansia; noto cómo el estómago se contrae, ahora me dirá algo y normalmente no es nada agradable. Trago saliva.

«¿Qué haces», me pregunta, de hecho, con voz cansada.

Yo no me levanto de mi sitio, pero creo que ve mi pelo colgando del sofá. «Estoy leyendo un libro».

Dice algo en voz baja y luego la oigo decir, bajito: «Cómo no...».

Vuelvo a tragar saliva y hago como si nada.

«¿Has preparado algo para cenar?», me pregunta mientras se acerca.

«No, el tiempo se me ha pasado volando... no me he dado cuenta... ¿qué hora es?»

«Son más de las ocho», me contesta mirando el elegante reloj que lleva en la muñeca y entrando finalmente en mi campo visual.

«¿Pero es que no has comido?», le pregunto sorprendida: normalmente llega más tarde que hoy y ya ha cenado fuera. Probablemente *no* cenado, más bien comido algo absurdamente inconsistente.

Ella sacude la cabeza.

Mi madre me tuvo bastante pronto, con veintidós años, por lo que ahora tiene cuarenta y siete años pero aparenta por lo menos diez años menos. Cuida muchísimo su imagen. Físicamente está muy en forma, delgada, más o menos alta como yo, o sea alrededor de un metro setenta, y es rubia miel (teñida obviamente). Siempre va bien vestida, también a causa del trabajo que tiene, y se maquilla muchísimo. Es lo que se llama una mujer de negocios, y lo es desde que yo tenía ocho años, cuando mi padre nos dejó, quizá por otra, pero no estoy segura: tengo recuerdos borrosos de aquel período, estuve tan mal que creo que mi cabeza eliminó algunas cosas. Ni siquiera recuerdo bien cómo era mi madre, lo que es seguro es que no estaba mucho más presente en casa ni era más sonriente. Yo era feliz hasta que él se fue. Y creo que mi madre también lo era hasta que él se fue.

«¿Pedimos una pizza?», le propongo sin pensar: es evidente que no he aprendido nada. No, no es así... es que me gustaría tanto tener una madre normal, una a la que poder decirle “¿pedimos una pizza?” cuando vuelve tarde del trabajo, una con la que sentarme a la mesa y charlar con normalidad mientras comemos, que de vez en cuando, a lo loco, lo intento igual.

«Y proponer algo que contribuya a que pierdas un par de gramos no, ¿eh?».

Ahí la tienes.

Me mira, mira el libro que tengo en la mano y que he cerrado dejando el dedo índice dentro y la portada hacia abajo, suspira y se va. «Voy a ver qué hay en el frigo».

La oigo moviendo y tocando cosas: ruido de plásticos y de pasos, ruido de apertura y cierre de armarios. «Hay bresaola, y... también un poco de rúcula, y... sí, también hay un par de tomatitos cherry», me grita desde la cocina.

«Fiu, la cena está salvada», le contesto, pero demasiado bajo para que pueda oírme.

Respiro profundamente y miro el libro que tengo en la mano,

semicerrado. es un libro pequeño, pero contiene grandes verdades; también prevé algunos ejercicios para hacer al final de cada capítulo. He seguido leyendo por curiosidad, pero cuando lo termine entero volveré atrás y empezaré a leérmelo otra vez desde el principio, y haré también todos los ejercicios. Contemporáneamente empezaré también las fotocopias de Andrea. Busco algo que me sirva de marcador, pero no encuentro nada; me lo llevo a mi habitación y meto entre las páginas lo primero que pillo. Luego hago de tripas corazón y vuelvo a bajar. Una vez en la cocina miro mi plato, ya colocado en mi sitio, y me doy cuenta de que no quiero comerme esta *cosa*. No tanto porque es dietética sino porque la ha hecho mi madre y la ha hecho con un único fin; de repente me doy cuenta de que si me lo como, luego iré a buscar algo más peor que una pizza, como hago todos los domingos sin darme cuenta. Cojo mi plato y quito lentamente la bresaola, la vuelvo a poner en su sitio intentando mantener la calma, porque sé que se desatará una batalla. Empujo el cuenco con la ensalada de rúcula y tomatitos hacia mi madre, que levanta la cabeza con aire sorprendido y no dice nada.

Yo la miro fijamente a los ojos y cojo fuerza. «Yo voy a pedir una pizza». Y es la primerísima vez en absoluto que hago algo así. Normalmente soporto en silencio todo lo que me dice, me como todo lo que me prepara o me pone delante porque no tengo el valor de comer nada mínimamente calórico en su presencia; Normalmente me como el hígado en silencio, porque aunque intente quedarme indiferente y que no me afecte, en realidad siempre me hiere, con cada frase, con cada mirada. Luego voy a consolarme comiendo otra cosa cuando ella no me ve, cuando no está. Pero una de las cosas que dice el libro de Andrea es que hay que eliminar la *prohibición* de la comida. La comida tiene que ser algo normal, no algo prohibido, porque sino se convertirá en algo apetecible e invitante. Por suerte le he ocultado mi proyecto de adelgazar: en este momento, nunca entendería por qué quiero pedirme una pizza.

«¿Te parece normal?», me pregunta con aire agresivo. «¿No crees que ya estás bastante gorda?».

No le contesto, pero tampoco bajo la mirada. Ella apoya el tenedor en el plato y se apoya en el respaldo de la silla. «Si sigues así nunca te va a querer nadie. A los hombres no les gustan las ballenas». Habla despacio, como si estuviera hablando con una persona un poco lenta. «Y si alguna vez alguien te quiere será para usarte para algo, pero tendrás estarás llena

de cuernos, puestos con chicas más delgadas y más guapas, porque por si no te habías dado cuenta, las demás hacen algún tipo de esfuerzo para estar un poco más decentes». Hace una pausa, pero yo sigo sin responderle. «¿O es que quieres quedarte sola el resto de tus días?». Hace otra pausa. «¿Qué vas a hacer con, yo qué sé, cuarenta años? ¿Leer libros tú sola hasta la madrugada?».

Claro que es muy difícil pedirse una pizza después de un discurso así, pero yo quiero cambiar, y no se puede cambiar si se siguen haciendo las mismas cosas y si se reacciona siempre de la misma manera. «Mejor un buen libro que una mala compañía», le contesto después de tragar saliva. «Y eso es así ahora y dentro de veinte años».

Ella se crispa, quizá también porque nunca antes había osado contestarle hasta ahora. «¡No puedes saber lo que vas a querer dentro de veinte años! ¡No puedes saberlo!», exclama con amargura. «¡Te vas a arrepentir, te vas a arrepentir de todo el tiempo que has desperdiciado!». Predice; su boca se tuerce en un gesto horrible.

Podría decir muchas cosas en este momento, podría hacerle mucho daño si quisiera. Pero ya he hecho bastante por hoy. Paso a paso.

Cojo el número de la pizzería de la esquina y llamo por teléfono. Lo hago a menudo cuando ella no está, pero esta vez me siento como si fuera la primera vez, como si me espieran mientras hago algo... *sucio*. Mi madre me observa en silencio durante todo el rato, ni siquiera come, me mira fijamente y punto. Cuando cuelgo me siento a la mesa y la miro a propósito, mostrándome calma por fuera pero con una tormenta de furia dentro.

Ella continúa mirándome y nos quedamos así durante unos dolorosos instantes, tras lo cual suspira y vuelve a coger el tenedor. Su voz parece cansada cuando dice: «Pues nada... haz lo que quieras. Yo me rindo. Basta. No puedo más de intentar ayudarte: es como luchar contras los molinos de viento».

Yo inspiro profundamente sin que se note en cuanto ella vuelve a inclinar la cabeza sobre su plato. Al final de esta especie de batalla me doy cuenta de una cosa: la pizza claramente ya no me apetece, y el libro de Andrea dice que se puede comer todo lo que se quiera siempre que se tenga hambre y que se pare cuando se esté saciado. Dice que hay que escuchar al propio estómago. Mi pobre estómago... Siempre lo he sobrecargado, siempre lo he *usado* de la peor manera posible, nunca he

pensado en él, nunca lo he cuidado. Pero desde hoy, desde ahora, quiero escucharlo y cuidarlo, y me está diciendo que la pizza ya no le apetece. A decir verdad no le apetece nada. Pero espero que cuando llegue, mi madre ya esté en su habitación: tendré que hacerla desaparecer de alguna manera, pero ella no debe enterarse, sino pensará que ha ganado a pesar de todo.

El siguiente sábado por la mañana quedo con Linda para desayunar juntas en un bar del centro. A mi madre no la he vuelto a ver desde el jueves por la noche y ya estoy nerviosa por mañana, casi casi me invento algo para estar fuera de casa todo el día.

Durante estos dos días de continuas pruebas escuchando a mi estómago me estoy dando cuenta lentamente que casi nunca le apetece nada, por desgracia. Es difícilísimo, no tanto el escucharlo en sentido literal sino el obedecer a lo que dice. Nunca me había dado cuenta, es absurdo.

Ayer por la tarde, por ejemplo, Elenina había invitado a jugar a casa a unas compañeras de clase después de los deberes, como ocurre a menudo los viernes, y normalmente cuando hay amigas se merienda pan con crema de chocolate, porque es como si fuera una especie de fiesta. Siempre participo activamente sin pensarlo siquiera, pero ayer, antes de preparar mi parte, me pregunté si de verdad me apetecía. Entendí enseguida que no, que no tenía nada de hambre, pero untando sus rebanadas... Oliendo el aroma de la crema de chocolate... Vamos, que al final yo también me comí un bocadillo a pesar de que en realidad no me apetecía. Es difícilísimo.

Luego anoche estuve hasta la madrugada viendo fotos de cuando era niña. Los ejercicios del primer capítulo tienen que ver con la infancia. Debía preguntar a mis padres como eran mis hábitos alimentarios de pequeña y su relación interpersonal, pero eso decididamente no es factible. A mi madre ni se me ocurre preguntarle absolutamente nada sobre el argumento comida, y mi padre... ¿acaso lo veo? Me llama por mi cumpleaños, para el que quedan todavía muchos meses. Lo único que puedo hacer es ver las fotos y hacer el esfuerzo de recordar. Y preguntarle a Linda.

Cuando llega el camarero pido un capuchino y un trozo de tarta de

manzana. Linda, que ya estaba sentada en una mesa cuando he llegado, me mira interrogativa y pregunta titubeante: «Pero... ¿y la dieta?».

Sonrío, porque a Linda sí me apetece explicárselo: «Forma parte del plan: tengo que eliminar el sentido de prohibición de algunos alimentos».

Linda asiente y yo añado: «Justo de eso quería hablarte, entre otras cosas. Este libro que me ha dado Andrea... me gusta muchísimo. Del que te he hablado por teléfono». Sigue asintiendo y yo continúo: «Uno de los ejercicios tiene que ver con la infancia, y quería preguntarte, visto que nos conocemos de toda la vida, ¿te acuerdas de cómo era yo?»

«¿De pequeña?», me pregunta. «¿Pero “cómo eras” en qué sentido?»

«En el sentido de cómo era respecto a la comida, ¿comía demasiado? ¿o tenía manías raras? cosas así».

Linda piensa en ello un momento, concentrándose como hace siempre. Una de las cualidades de Linda es que cuando está contigo, te otorga su más completa atención y siempre te toma en serio.

Mientras tanto llega el camarero con nuestro desayuno.

«Yo... no recuerdo nada especial ni nada raro», dice Linda una vez que el camarero se ha ido. Le da un sorbo a su capuchino y frunce el ceño. «No me acuerdo de nada...»

«¿Estaba gorda?»

«Cuando éramos niñas... No, no lo estabas». Se queda en silencio mientras desmenuza un trozo de cruasán. «No eras una sílfide, eso no, pero tampoco estabas exagerada... yo creo que estabas bien».

Asiento levantando mi capuchino. «A mí tampoco me lo pareció anoche mientras miraba las fotos. Y sin embargo me sentía igual de enorme y mis compañeros se metían conmigo».

«Mmm sí, pero en primaria...». Resopla Linda levantando una ceja. «Los niños a veces son idiotas y se inventan cosas o se atacan por todo. Conmigo se metían por la nariz, y tengo una nariz muy normal».

«¡Ostras!», exclamo como si me hubiera caído un rayo. «¡Es verdad, se me había olvidado por completo que se metían contigo por la nariz!». Se la observo como si no la conociera ya perfectamente. «Que además es muy normal... recto y todo...»

Ella voltea los ojos. «Te lo he dicho. Las tomaduras de pelo en primaria no cuentan y desde un punto de vista objetivo estabas bien. Empezaron en secundaria, fue entonces cuando vi que algo estaba cambiando, y luego en el instituto cogiste mucho peso. De eso sí me

acuerdo». Hace una pausa frunciendo el ceño. «¿Pero sabes una cosa? Nunca te he visto comer exageradamente. Siempre has comido normal... Como yo».

Pues claro. Mis tonterías, mis atracones, mis *desastres* alimentarios siempre los cometí a escondidas, sola.

«Desde entonces siempre has estado más o menos igual. Durante alguna dieta te he visto perder algo de peso, para luego volver a cogerlo casi enseguida».

Asiento, un poco desconsolada.

«Así que secundaria. ¿Te dice algo?». Resume Linda, como siempre habiendo ya entrado en el ajo.

«No. Francamente no», reflexiono. «Lo que es seguro es que el abandono de mi padre fue un trauma, pero pasó antes. Años antes».

Nos quedamos pensando en silencio, y mientras, yo empiezo a comerme mi tarta, pero despacio: otra enseñanza del libro es la de ralentizar, para darle al estómago el tiempo de acostumbrarse.

«En cualquier caso seguro que es eso», dice Linda entre un bocado y otro de su cruasán. Yo levanto la mirada. Ella asiente como para sí misma. «Sí, ¿qué quieres que sea? A no ser que te pasara algo más grave que yo no sepa, seguro que fueron tus padres los que te pusieron todo patas arriba. Supongo que empezaste a refugiarte en eso, como desahogo, y luego con el tiempo las simpáticas frases de tu madre no han hecho más que empeorar la situación».

Yo me relajo en la silla del bar. Nos miramos en silencio un momento y seguimos con nuestro desayuno.

«Pues es interesante eso», dice Linda después.

«Sí, yo también lo creo», le contesto mientras remuevo mi capuchino.

«Y...». Se aclara la voz. «¿Cómo van los entrenamientos?»

«Oh, pues he de decir que bien», le contesto mientras cojo otro minúsculo trozo de tarta: mi maldito estómago ya está prácticamente lleno. «Esta semana hemos empezado a correr y ¿sabes?, creía que no iba a poder... un jodido miedo, ya sabes cómo son los deportes». Levanto la mirada un segundo para ver la suya. «Y sin embargo con el método de Andrea lo he conseguido. Al final estaba agotada, como si hubiera hecho vete a saber qué en vez de diez minutos de corriendo a intervalos con caminata, pero... ¡bueno, para una que pensaba que no llegaría ni a cinco minutos no está mal!». Concluyo sonriente.

Linda asiente, también ella estudiando su taza, luego empieza a jugar con la cucharilla. «Pues bien. Bueno», se aclara la voz otra vez. «¿Y con él cómo va?»

«¿Con él quién?»

Linda me mira fijamente a los ojos inclinando un poco la cabeza como si yo fuera una niña a la que quisiera regañar sin hablar.

Yo la miro interrogativa.

«Con el tal Andrea».

«Ah». Obviamente lo había entendido, pero la he parado porque no me gustaba el tono con el que lo ha preguntado y todos los aclarados de voz que ha tenido que hacer. «Muy bien. Estoy muy contenta con él».

Linda me mira un momento sin decir nada. «¿Y ya está?».

Reflexiono un momento. «Es competente. De verdad. Esta vez confío plenamente en que mi proyecto de adelgazar va a funcionar».

Linda asiente, pero noto que lo hace con escepticismo. Yo sigo bebiendo mi capuchino, pero la tarta por desgracia no puedo comérmela si tengo que acatar los deseos de mi estómago.

«¡Venga vamos!». Estalla de repente incorporándose en la silla y mirándome a los ojos y con las mejillas un poco rojas. «¿No te gusta ni siquiera un poco?».

Yo levanto las cejas.

«Es decir, Nic lo describe como yo qué sé qué... Y también la novia de Nic aquella noche... ¡Vamos que parece no sé cómo! ¡Y tú no dices nada!».

Yo me echo a reír. «Oh Lindy...». Yo me río socarrona y niego con la cabeza. «Andrea es yo qué sé qué. Es uno de esos pocos casos en los que la reputación está bien merecida».

«¿Y entonces?»

«¿Y entonces qué?»

«¿Entonces te gusta?», me pregunta echándose hacia delante sobre la mesa.

Yo me echo a reír otra vez. «Claro que me gusta, lo contrario sería bastante improbable: Andrea le gusta a todo el mundo», concluyo serenamente. «A quien no le guste lo llevaría al oculista. Cada uno tiene sus gustos, de acuerdo, pero Andrea es de una belleza objetiva».

Linda se apoya en el respaldo de su silla de morros.

«Lindy... no quería decírtelo pero ahora tampoco pareces

satisfecha...», le digo sonriente.

Ella resopla. «No, es que...»

«¿Mmm?»

Me mira. «Lo dices así... tan serena. Demasiado serena». Me analiza. «Tenías un aire mucho más conspirador cuando me hablaste de Gianca». Para un instante, antes de continuar, como si la idea le viniera de repente. «¿O Gianca es más guapo?».

Yo me río otra vez. «¡No! ¡Decididamente no! ¡Andrea es realmente difícil de superar!».

Está aún más perpleja y sus expresiones me hacen morir de la risa.

«¡Deja de reírte!». En efecto... «Dices esas frases, pero no parece que te guste de verdad».

«Oh no, ¡me gusta!», la corrijo aún riéndome. «Me gusta como me gusta Brad Pitt».

Linda frunce el ceño. «¿Qué quieres decir?».

Por fin me calmo, pero se me queda la sonrisa en la cara. «Quiero decir que es un placer totalmente abstracto y teórico».

Por fin relaja la cara, creo que ha entendido lo que quiero decir. «Sí, pero con Brad Pitt no quedas tres veces a la semana... sola», dice levantando las cejas alusivamente.

Nada, no puedo: sigo riéndome. «Ay Linda...», le contesto negando con la cabeza. «Créeme, ¡sería igual si quedara con Brad Pitt tres veces a la semana! Nunca pasaría nada entre Brad y yo, jamás. ¡Nunca ni en un millón de años viéndonos tres veces a la semana! ¿Y sabes por qué? Pues simplemente porque estamos en niveles diferentes», concluyo como quien explica algo muy fácil a alguien que ya debería estar preparado en la materia. «De hecho, por si no lo habías notado, Brad está con Angelina Jolie, otra habitante de su mismo nivel».

«¿Quieres decir que este Andrea está al nivel de Brad Pitt y Angelina Jolie?», pregunta manteniendo las cejas altas, pero esta vez expresando escepticismo. Un profundo escepticismo.

«¡Claramente!», le contesto riendo.

Linda guiña los ojos. «Partiendo de la base de que esto de los niveles te lo acabas de inventar y no existe en la vida real, en cualquier caso... me gustaría ver a este tío en persona».

Yo sonrío. «Marco me matará si al final resulta que lo dejas por Andrea, pero... si quieres puedes venir el jueves por la mañana a la

cafetería. A Nic y a él les ha dado por venir a desayunar los jueves. O al menos así ha sido hasta el jueves pasado...»

«¿De verdad?», me pregunta sorprendida.

«Sí».

«No lo sabía».

Me río. «¿Y eso por qué, acaso conoces todos los movimientos de tu cuñado?».

Linda se cruza de brazos; sé por su mirada que le está dando vueltas a algo, que hay algo que no le cuadra, como en una ecuación, y que hasta que no le cuadre no va a dejar de darle vueltas. «No, pero pensaba que lo normal era decirme que ve a mi mejor amiga todas las semanas...»

«¡Ay por Dios, Lindy!», exclamo al final, un poco exasperada por su comportamiento maquiavélico. «No te inventes. No quiere decir nada».

Me contesta un poco comprometedor: «Mmm».

Suspiro negando con la cabeza.

«Y de todas formas», dice después, «Que conste que nadie es más guapo que Marco. Ni siquiera Brad Pitt».

Yo sonrío. ¡Ah, l'amour!

7.

Una semana más tarde estoy esperando a Andrea en el carril bici. Hoy, que es sábado y no trabajo, hemos decidido cambiar el entrenamiento por la mañana, porque los sábados por la tarde el carril bici está superlleno y a mí me da un poco de vergüenza por culpa del aspecto indecente que asumo tras un par de minutos corriendo. Pero no es tempranísimo, porque me he negado categóricamente a levantarme antes de las nueve durante el fin de semana, si hubiera sido por Andrea habríamos quedado a las siete. Incluso me lo ha llegado a proponer inconscientemente.

«Hola».

Me sobresalto y me giro de repente hacia la voz, a mis espaldas. «¿De dónde sales?», le pregunto un poco resentida.

«He venido antes y he aprovechado para hacer un entrenamiento mío», responde sin aliento, y me doy cuenta enseguida de su estado actual, un estado post-jogging, si es que los entrenamientos corriendo de forma extrema de Andrea se pueden definir “jogging”: mejillas rojas, pelo despeinado, un velo de sudor que le cubre la frente y le gotea por las sienes, el pecho que sube y baja en una camiseta bastante adherente... Es la primera vez que lo veo sin un chándal gordo y, Jesús, era mejor no saberlo.

Andrea es prácticamente Linda, Andrea es prácticamente Linda, Andrea es prácticamente Linda.

La mirada involuntariamente se me va otra vez a los pectorales y creo que hoy tendré que repetir mi mantra al menos una docena de veces. Como no se tape voy a tener que repetirlo todo el rato.

Andrea sigue mi mirada y quizá se da cuenta, porque recoge una sudadera tirada a los pies del árbol que hay al principio del carril bici y se la pone. Yo me sonrojo un poco y me giro hacia otro lado. Y luego Linda va y me dice que los niveles no existen. ¡Ya lo decía yo! ¡Esto son los niveles! Cuando formas parte del nivel de Andrea, después de hacer deporte estás aún más bueno, mientras que a la gente de mi nivel no hay por donde cogerla.

«Vamos a hacer stretching». Oigo su voz a mis espaldas.

«Normalmente lo hacemos al final...», protesto débilmente.

El stretching es ese penoso momento en el que cada maldita vez Andrea intenta ponerme las manos encima, de manera totalmente inocente claro está, y a mí... *se me va la olla*. Completamente. Es que no resisto al impulso de alejarme y retraerme. Simplemente no soporto que un tío así toque toda esta... grasa. Y así, él intenta hacer algo que haría con cualquiera, hasta con mi abuela por ejemplo, y yo, de ida de la olla total - ¡me doy cuenta, y quizá eso se alo más grave! -, huyo intentando disimular que estoy huyendo, le contesto mal, y me exhibo en otras escenitas que por el momento quiero evitar recordar.

«Pues hoy lo hacemos también al principio». No estoy segura, pero juraría que había un punto de desafío en su tono.

Me acerco lentamente sin decir nada y me detengo a unos cincuenta centímetros de distancia. Andrea se pone en una posición y yo lo imito. Luego otra y luego otra. A la cuarta inspiro aliviada: ¡creo que por fin lo ha entendido! Tras unos diez minutos empezamos con mi entrenamiento. Él ha recuperado completamente el aliento y ahora parece como si no hubiera hecho nada y acabara de llegar de su casa, después de dormir toda la noche.

«Así por curiosidad, ¿qué has hecho antes de que yo llegara?», le pregunto al rato.

«Le he dado la vuelta al lago».

Me paro. Ya sé que está expresamente prohibido en los Diez Mandamientos de Correr de Andrea, pero me sale espontáneo. «¿Cómo?», pregunto con voz chillona.

Él se gira, se da cuenta de que me he parado y vuelve atrás. Me tira de la manga.

«¿Que has hecho qué?» repito siguiéndolo embobada con una voz que ni siquiera reconozco como mía.

Él me mira de reojo, desde lo alto de sus ciento ochenta y ocho centímetros. «Lo que has oído. Le he dado la vuelta al lago».

La cosa me impresiona tanto que no consigo volver a hablar durante varios minutos. Se trata de unos treinta kilómetros de recorrido, y yo, francamente, no creo que haya hecho treinta kilómetros andando en todo el año pasado.

«¿Sabes cómo consigo hacer estas cosas?», rompe el silencio después de unos diez minutos.

«¿Eres Superman de incógnito?», le contesto con una sonrisita.

«Apuesto a que en tu carnet de identidad está escrito “Andrea Clark Colucci”».

Él no se ríe, ni sonrío, solo mira hacia delante y habla como si yo no hubiera abierto la boca. «La motivación. Es la motivación lo que te hace hacer cosas increíbles». Piensa un momento en ello y añade: «La motivación junto con una caducidad determinada en términos de tiempo».

Yo no digo nada, no me parece que hoy tenga ganas de tener una conversación agradable.

«Mi motivación es el Ironman al que me he inscrito, y el término es agosto de este año». Él sigue, y en ese momento me siento en el deber de participar. «¡Qué bien! ¿Y dónde es?».

Él me mira de reojo. «En Estados Unidos».

«Bien», comento solamente, un poco porque hoy está demasiado serio, un poco porque ya estamos a mitad de entrenamiento y yo empiezo a estar fatigada y con dificultades respiratorias.

«Llegados a este punto me pregunto: ¿cuál es tu motivación?».

Lo sabía. Sabía que iba a salir con algo así justo ahora, cuando ya no puedo ni hablar ni razonar con lucidez. Sé que no dejará de insistir hasta que le diga algo, así que le contesto casi enseguida: «Comprarme ropa».

Él me mira de reojo y levanta las cejas. «¿En serio? ¿Es esa tu gran motivación? ¿Comprarte ropa?». Su tono es claramente de escarnio.

«Sí», le contesto muy seca, en parte por su tono de escarnio y en parte porque nunca le diré mi verdadera motivación.

Se queda en silencio y luego dice en voz baja, aunque el volumen no mitiga la amargura de su voz: «Sí claro. Eso cuéntaselo a otro».

Yo me giro y lo miro un poco desconcertada. No entiendo lo que le pasa, si le he hecho algo o si tiene problemas personales y se está desahogando conmigo, pero decido no dejar que se desahogue, así que no le contesto.

«¿Cuál es tu verdadera motivación?», repite cuando ve que no contesto a su ataque, y yo no contesto ni siquiera a su pregunta directa, entre otras cosas no podría ni aunque quisiera porque ahora mismo el aire me sirve para sobrevivir.

Él se pasa una mano por el pelo, nervioso, y resopla. Al contrario que yo, no tiene ningún problema respiratorio. «Siempre haces lo mismo: si uno te hace una pregunta a la que no quieres responder – por oscuras razones que solo tú conoces – ni siquiera intentas decir nada, te callas y

punto. Y uno se encuentra con eso, un muro de silencio».

Me giro a mirarlo, completamente pasmada, mientras boqueo.

Él me mira a su vez y me repite lentamente: «¿Cuál es tu motivación?».

Yo me giro de repente hacia la calle que tengo enfrente, sin responder.

«Como mínimo tiene que ver con algún chico. Todas hacéis lo mismo, sois todas iguales».

Me vuelvo a parar, con uno estado de ánimo totalmente diferente respecto al de antes. Lo miro un momento esperando que se dé cuenta de que ya no estoy a su lado y me vea. No tarda mucho y vuelve atrás, como antes, pero cuando va a levantar la mano yo lo precedo: «Yo me vuelvo, hoy se acaba aquí», digo girándome hacia la dirección de la que venimos.

Andrea quiere discutir conmigo, pero yo no se lo voy a permitir.

Noto cómo me agarra del brazo con fuerza. «¡Oh no! ¡Aquí no se acaba absolutamente nada! ¡Se acaba cuando yo lo digo!»

«Pero qué coj-». No consigo terminar la frase porque me da un empujón.

Yo tengo que dar dos pasos para no caerme con su empujón y luego me paro de nuevo, intentando volver atrás, pero él me coge del brazo y me gira de nuevo, empujándome, una y otra vez. «¡Andrea, basta ya! ¡Me falta el aire!».

Él me sigue espoleando, y sus manos en mi espalda me hacen avanzar algunos metros, más que nada por intentar huir de ellas, pero en cuanto consigo liberarme las noto otra vez. Con este juegucito estoy corriendo aún más rápido que antes y con un paso demasiado grande, de hecho al poco tengo que pararme otra vez, sin aliento. Él me empuja de nuevo y yo me libero de sus manos, otra vez en la dirección opuesta. Intenta agarrarme de nuevo y yo vuelvo a dar un paso atrás, gritando: «¿Pero qué coño te pasa?».

Él no me contesta, me mira alargando el brazo, del cual consigo soltarme una vez más.

«¿Se puede saber qué clase de problema tienes hoy?», le grito en la cara.

Él pone una media sonrisa. «Fastidia cuando la gente no te contesta, ¿eh?».

Yo lo miro mal. Él me coge del brazo derecho intentando tirar de mí,

mientras yo tiro hacia el lado contrario. «¡Déjame!», grito, totalmente confundida por su comportamiento. «¡Me estoy muriendo, no puedo más!», le digo en un tono de voz un poco bajo, como intentando hacerlo entrar en razón. «¡Me falta el aire!».

Él me suelta y dice: «Vamos a seguir».

Yo niego con la cabeza incluso antes de hablar. «No... Me estoy muriendo...»

«No te puedes estar muriendo por una carrerita de mierda como esta».

Y en ese momento, sin ni siquiera pensarlo, se me levanta el brazo para darle un bofetón, pero por desgracia él es más rápido y me para la mano a cinco centímetros de su cara, agarrándome por la muñeca. Yo instintivamente intento darle otro con la otra mano, pero también me la para. Nos quedamos así dos segundos, con mis manos casi en su cara y mis muñecas en sus manos. De repente me retuerce ambos brazos hasta llevarlos a mi espalda, sin soltarme las muñecas. En esta posición estoy aún más cerca de él, más cerca quiero decir pegada desde el pecho hasta las rodillas: noto cómo me invade un ataque de pánico. Bueno, nunca he tenido un ataque de pánico, pero estoy segura que debe ser como lo que estoy viviendo ahora. Casi me mareo del ansia.

Lucho por soltarme con todas mis fuerzas, que evidentemente son nulas en comparación con las suyas, porque él me mira con el ceño fruncido como si estuviera intentando resolver un acertijo, y mientras me retiene ni siquiera se le altera la respiración.

Después de unos minutos de lucha mortificante, por fin me doy cuenta de que nunca podré con él y me rindo, relajándome por completo. Me rindo, bajando la cabeza y la mirada sobre su pecho, poniéndome roja por la sensación nueva y vergonzosa de mi cuerpo gordo y blando apoyado sobre el suyo, pero en cualquier caso rindiéndome a lo inevitable. En ese momento él se separa de repente como si se hubiera quemado, de una manera totalmente priva de sentido.

Nos quedamos así, mirándonos de forma hostil durante unos instantes, ambos sin aliento, aunque no sé de dónde le sale a él, visto que hasta hace dos segundos me había parecido que respiraba perfectamente.

Decido retomar el control, así que mientras me froto las muñecas rompo el silencio. «¿Te has vuelto loco?».

Él se pasa una mano por el pelo y niega con la cabeza.

«¿Por qué estás enfadado conmigo?»

«No estoy enfadado contigo».

«Noooo...», le digo de manera exageradamente inocente. «¿Estás enfadado por cosas tuyas y buscabas a alguien con quien desahogarte?».

Él vuelve a negar con la cabeza y se encamina hacia el principio del carril bici. «Volvamos».

«Menos mal...», susurro.

Pero cuando llegamos al punto de partida empieza el temido momento de hacer stretching.

Andrea empieza con la primera posición y yo, a poca distancia, lo imito; estamos en silencio y estoy bastante confiada con que hoy irá bien, como antes. No lo veo llegar cuando me agarra rápidamente como un depredador a su presa: estaba inmóvil como una estatua dos segundos antes de moverse.

«¡Andrea!», grito desesperada mientras me suelto, pero no es nada fácil porque estoy tumbada boca arriba. «¡Tú lo haces y yo te imito! ¿Qué problema tienes con “Tú lo haces y yo te imito”?».

«¡El problema es que no lo he decidido yo, que no es así como quiero hacerlo y que no veo por qué habiendo estudiado para esto durante años, tengo que obedecer a una que se ha pasado tres cuartos de su vida tumbada en el sofá!», me contesta.

Tengo la impresión de estar hablando con el Dr. Jeckyll y Mr. Hyde... ¿Qué ha sido del chico educado de los primeros días?

Lo miro pasmada. «¿Qué-coño-te-pasa-hoy?».

No me contesta, solo me mira fijamente mientras manipula mis piernas como si fueran de plastilina, y todo ello mientras yo me suelto continuamente.

Al poco resoplo. «¡Dios mío, hoy estás insoportable!».

Él se me acerca a la cara y dice: «¡Tú siempre lo eres!».

Respiro profundamente, afectada, muy a mi pesar.

Herida, muy a mi pesar.

No tenía que haberme dejado llevar, nunca, con nadie, ni siquiera durante un segundo, ni siquiera mentalmente. No tenía que haber creído en nadie. Tenía que haberme imaginado que el dolor siempre está al acecho.

Los ojos se me llenan de lágrimas, muy a mi pesar.

Él está sobre mí y yo giro la cabeza hacia un lado para que no me vea, pero es demasiado tarde.

«Olly...», me dice repentinamente dulce intentando girarme la cara hacia la suya, pero yo empiezo a pegarle en la mano y esta vez se deja. Es más, se retira y por fin me libera. Me levanto de un salto y corro hacia el coche. Él corre detrás de mí. «¡Olly!».

Yo niego con la cabeza sin mirar atrás; lo oigo respirar fuerte pocos pasos detrás de mí y exclamar: «¡Dios, me vas a volver loco!».

Me subo en el coche y me voy, sin mirar atrás y sin despedirme siquiera.

Jueves por la mañana. Hoy Nic llega directamente con Linda, que como había prometido viene a comprobar personalmente el tema de los niveles.

Martes, tras el absurdo entrenamiento del sábado solo hay un momento inicial de empacho. En cuanto he llegado, Andrea me ha sonreído y me ha dicho: «Creía que hoy ni siquiera ibas a venir. Creía que no ibas a venir más».

«¿Por qué?», le he contestado, y él se ha pasado una mano por el pelo. «Bueno, por lo del sábado... Yo...te debo una disculpa».

«Tranquilo, vivo con una loca desde hace muchos años. Estoy acostumbrada».

Él se ha reído, avergonzado, y luego ha añadido: «No, quiero disculparme porque tenías razón: el viernes por la tarde había tenido una conversación... una persona me dijo algo que... bueno, que el sábado por la mañana seguía trastornado y nervioso».

«¿Ves como yo no tenía nada que ver y solo querías discutir con alguien?», le he contestado sonriendo, para hacerle entender que no le guardaba rencor.

Él me ha mirado inmóvil durante unos instantes y luego ha asentido apartando la mirada. «¿Entonces me perdonas?». Ha dicho en voz baja mirándose las zapatillas, y francamente, ya lo había hecho en cuanto lo he visto bajarse del coche. Porque el mundo y la vida son injustos y nos hacen débiles ante la belleza.

«Pues claro», le he dicho comprensiva, y le he sonreído para demostrarle que todo estaba bien, porque si algo somos las personas con

sobrepeso es comprensivas.

Él ha sonreído levantando la mirada, visiblemente relajado, tras lo cual el entrenamiento ha procedido más o menos como siempre: charlando y discutiendo en el momento del stretching.

Ahora Nic y Linda están sentados en una mesa (hoy me tocan las mesas) y Andrea llegará de un momento a otro; estoy nerviosísima. Y estoy nerviosísima porque en breve Andrea verá a Linda por primera vez y se enamorará de ella, y esa idea ya me ha hecho comerme dos magdalenas. Escuchar hoy a mi estómago será muy difícil. También mi mantra hoy será impracticable.

«¡Olly!», me llama Leo desde la cocina. «La torta está lista».

Esta mañana por primera vez me ha dejado hacer una torta yo sola, a condición de que la hiciera tarde, y yo he decidido hacer la torta de arándanos. Entro en la cocina y voy derecha a la encimera donde la ha dejado. «¡Ey, tiene una pinta deliciosa!».

Leo asiente. «Si sobra algo luego la pruebo».

«¡No va a sobrar!», le digo sonriendo y cogiéndola con las dos manos. Leo se ríe para sus adentros. «Ya veremos...».

Cuando vuelvo a entrar en la sala tardo menos de un segundo en captar la presencia de Andrea. Siempre sé cuándo llega, como si tuviera un microchip subcutáneo con GPS.

Corto la torta sin levantar la vista hacia su mesa, y la coloco en la peana de cristal. Estoy demasiado nerviosa y soy demasiado cobarde, por eso evito levantar la cabeza y encontrarme con la mirada de alguno de ellos.: no tengo valor para ver florecer el amor entre esas dos personas en concreto. Inconscientemente otra media magdalena de chocolate acaba en mi boca.

Rosy se me acerca por detrás mientras decoro la torta bastante artística. «Estaba pensando... que creo que ha pasado el tiempo suficiente como para poder pedirle al rubio que me dé su teléfono».

La otra media magdalena tiene el destino asignado. La miro, esperando el mejor momento para comérmela.

«¿Se lo pides? Porque además hoy están con una rubia despampanante y no quiero perder el tiempo para que me lo roben».

Estoy a punto de asentir cuando pienso “no”. No. Otro ejercicio del libro de Andrea es el de hacerse valer con la gente. Decir que “no” cuando se quiere decir “no”. Y punto. Porque a menudo las personas con

sobrepeso dicen que sí incluso cuando no quieren, porque intentan contentar a los demás de todas las maneras posibles. Tiene que ver con la intención de hacerse querer.

Decido llevar a cabo el ejercicio sentada y, aunque un hilo de ansia me recorre las vísceras, decido que puedo prescindir del aprecio de Rosy. «No».

«¿Cómo?».

Me giro hacia ella. «No, no se lo voy a pedir».

«¿Por qué?» Me mira con una especie de mueca. Seguro que está pensando que me gusta, totalmente inútil, obvio, y que estoy celosa. Interiormente estoy empezando a dudar, pero resisto. *No me importa el aprecio de Rosy.*

«¿Por qué no se lo pides tú con la edad que tienes, perdona? ¿Tengo que pedirselo yo como si estuviéramos en preescolar?». Estoy orgullosa de mí, me ha quedado genial. Tal vez pueda evitar la otra media magdalena.

Echo un breve vistazo a la mesa en cuestión. Andrea se ha sentado al lado de Nic, que ahora mismo está parcialmente oculto a mi vista, y está sonriendo a Linda con esa sonrisa perfecta suya. Linda lleva el pelo suelto y le devuelve la sonrisa a Andrea, y tiene las mejillas un poco rosadas que resaltan sobre su piel perlada de rubia auténtica, lo cual la hace, si es posible, aún más guapa de lo habitual. No, por desgracia la otra media magdalena tiene el destino asignado: la cojo y me la meto entera en la boca, luego mastico rápido porque no puedo dejar mucho más el momento de la verdad, cuando vaya a tomarles nota. Por una vez me gustaría que se ocupara Rosy.

«Bonjour», empiezo intentando que suene al menos indiferente, si es que simpática no me sale.

Andrea me saluda, mientras que a Nic y a Linda ya los he saludado cuando han llegado.

«¿Qué cosas buenas hay hoy?», pregunta Nic enseguida.

«¡Hoy hay una torta que he hecho yo!», me sale de manera espontánea. «Torta de arándanos», añado orgullosa.

«Yo quiero un trozo, no puedo no incentivar las dotes de una cocinera en ciernes...», dice Nic.

«Yo también», dice enseguida Andrea. Lo miro un momento: nunca había pedido nada de comer desde que vienen. En cualquier caso no

comento nada, no quiero incomodarlo a causa de la novedad. Y yo lo sé todo sobre la incomodidad, por eso soy escrupulosamente atenta.

«Yo también quiero probarla», añade Linda.

Yo me río socarrona, y tras tomarles nota de las bebidas me apoyo en la barra para darle a Rosy la comanda, y grito hacia la cocina: «¡Ya van tres trozos!».

Oigo el vozarrón de Leo que me contesta gritando: «¡Ya veremos!».

Mientras tanto atiendo a otra mesa, dos chicas que vienen a menudo y que precedentemente ya me pidieron información sobre Nic y Andrea, pero hoy deben estar un poco cohibidas por la presencia de Linda.

Cuando vuelvo con ellos con la bandeja Linda me pregunta: «¿No te puedes sentar un segundo con nosotros?».

Echo un vistazo mi alrededor y, aparte de la señora Barbieri, que cuando es el turno de las mesas se queda un poco aparte porque ella no suelta la barra por nada del mundo, solo están las dos chicas a las que ya he atendido y nadie más. «Vale», contesto sentándome al lado de Linda, luego levantando la voz añado: «¡Pero solo dos minutos que Leo es un carcelero!».

Oigo el vozarrón desde la cocina: «¡Te he oído!».

Yo sonrío para mis adentros y luego me giro hacia Linda: no consigo mirar a Andrea a los ojos de ninguna manera. No puedo. Por lo menos mientras no me hable podré evitarlo.

«Buenísima», dice enseguida Nic, que está atacando su trozo de torta con violencia. Me giro de golpe. «¿De verdad?».

Él asiente y me dice con la boca medio llena: «Creo que voy a repetir».

Me enderezo en la silla. «¿En serio?». Y por primera vez, me doy cuenta de que soy realmente feliz: hacer algo de comer para los demás, y que estos lo aprecien de verdad, es casi tan bonito y satisfactorio como comer en primera persona. Debería recordarlo.

«Es verdad, está buenísima», añade Linda, con la cabeza inclinada sobre el platito y con el tenedor en la mano.

«¿En serio?», repito girándome hacia ella, ya deseando oír otra palabra. Ella asiente. Y antes de poder impedírmelo, me vuelvo hacia él porque quiero ver su cara mientras se come mi torta aún más de cuanto no quiero ver un amor repentino por Linda. Pero me encuentro con que él me está mirando. Yo bajo la mirada hacia la torta, de la que queda la mitad, y

vuelvo a levantarla esperando un comentario, pero él no dice nada, vuelve a inclinar la cabeza y sigue comiendo.

Yo me encojo ligeramente de hombros, pero espero que nadie se dé cuenta.

«Yo voy a repetir», dice Nic volviendo a levantar la cabeza. Me levanto de golpe y cojo su platito vacío. «¡Te lo traigo enseguida!».

Casi me arrepiento de haber cortado ya toda la torta y haber hecho unas porciones tan pequeñas. Cuando vuelvo con la segunda porción de Nic, Andrea me pasa su platito vacío. «Yo también».

Yo abro los ojos como platos y miro a Linda, que viendo mi mirada se apresura a decir, riendo: «¡No, está buenísima, pero yo no!».

Cuando vuelvo con la otra porción de Andrea, vuelvo a sentarme al lado de Linda, que está tecleando algo en su móvil. Me lo enseña y leo el borrador de un mensaje de texto: Confirmo nivel Brad Pitt.

Yo me río socarrona, esperando sonar divertida, pero me da un retortijón en el estómago, superlleno de magdalenas entre otras cosas. Le devuelvo el teléfono, y unos instantes después vuelve a teclear: Pero nadie es más guapo que Marco.

Vuelvo a sonreír y se lo devuelvo en silencio.

«Nosotros también deberíamos hacer algo del estilo, Andrea», dice Nic dándole un codazo. «Decirnos secretos mediante mensajes de texto...».

Andrea nos observa sin comentar mientras se termina la segunda porción.

«¿Qué teníais que decirnos que nosotros no podemos oír?», insiste Nic.

«¿Y tú que sabes si nos estábamos diciendo algo?», contesta Linda rápida. «Tal vez le estaba enseñando una foto...»

«Mmm...»

«¿Olly?», me llama Rosy con satisfacción mal disimulada. «La mesa seis».

Me giro a mirar a las dos chicas que están mirando a su alrededor buscándome. «Tengo que irme», digo mientras me pongo en pie.

Tras haber atendido de nuevo a las chicas – a quienes intento meterles mi torta con mucha desenvoltura – en un momento en el que estoy detrás de la barra, Linda y los otros se levantan de la mesa. Nic se despide con la mano, Linda se despide y me hace el signo del teléfono, como diciendo

“luego hablamos”, mientras que Andrea viene hacia mí, pero es interceptado por Rosy. Yo me despido con la mano y voy a recoger las mesas vacías.

Rosy está haciendo lo que le he dicho que haga, es decir, le pide el número ella sola. La cosa no me afecta, tanto Andrea es prácticamente Linda. ¿Se me revolverían las tripas si Rosy le pidiera el número a Linda? Tal vez me molestaría vagamente, porque Linda es *mía* en cierto sentido, pero no se me revolverían las tripas. De hecho no se me están revolviendo. Es solo que estoy limpiando esta mesa con excesivo énfasis... La mesa en cuestión es la de al lado de las dos chicas, que de repente dejan de charlar. Levanto la cabeza para entender por qué este silencio y me encuentro a Andrea a dos centímetros de mi cara. Doy un minisalto hacia atrás. «¿Puedes dejar de moverte silenciosamente?»

«¿Por qué esa cara triste?»

«Creía que te habías ido...», y miro fuera de las cristaleras de la cafetería para ver si Nic y Linda lo están esperando, pero ya se han ido.

«¿Eres capaz de responder aunque sea por una vez?», dice con un tono que me hace mirarlo inmediatamente.

«No tengo la cara triste».

«Cómo que no. Se te ha iluminado solo un momento cuando hemos repetido torta», dice Andrea metiéndose las manos en los bolsillos. «¿Tengo que comerme otro trozo para verte sonreír?».

Sonrío automáticamente, pero me voy enseguida hacia otra mesa un poco más apartada de las chicas, que a duras penas vuelven a charlar. Me pongo a limpiarla aunque ya está limpia y él me sigue. «¿Qué te pasa?».

Cuánto me gustaría decirle la verdad, decirle que en este momento me odio, sobre todo por las magdalenas pero también por lo que siento, lo que he sentido hasta hace dos segundos y lo que sigo sintiendo ahora. Cuánto me gustaría preguntarle: “¿Le has dado tu número a Rosy?”, “¿Vas a salir con Rosy?”, “¿La vas a besar?”, “¿La vas a tocar?”, “¿Te gusta Rosy? ¿O te gusta Linda? La maravillosa Linda...”

Pero en realidad le digo: «Nada».

Andrea resopla. «¿Sabes lo que me gustaría por una vez?».

Yo levanto la mirada del suelo y él se lo toma como una invitación para que siga. «Me gustaría que contestaras a mis preguntas».

«Es que no me pasa nada, de verdad».

Él, que sigue con las manos en los bolsillos, mira a su alrededor un

momento. Mueve esos ojos transparentes de mí y, concediéndome la oportunidad de mirarlo durante más rato mientras él está distraído, me doy cuenta de que hoy no se ha afeitado, porque tiene una leve crecida de vello rubio alrededor de la boca. Parece que esté luchando consigo mismo por decir algo, por último vuelve a mirarme, porque Andrea no es un cobarde como yo, y dice: «¿Qué estabas comiendo antes?».

Yo entorno los ojos y me sonrojo.

«¿Es por eso que estás enfadada? ¿O que estás triste?».

Me cuesta contestarle. «Me h-has visto?»

«Eso que estabas comiendo no era tu desayuno, ¿verdad?», sigue él como si yo no hubiera hablado.

Yo niego con la cabeza, y él asiente.

«¿Cómo lo haces para reconocer ciertos mecanismos mentales?», le pregunto con sincera curiosidad. Además estoy contenta de que atribuya mi estado de ánimo solo a eso.

«Quizá un día», me responde con una media sonrisa, «cuando contestes a una de mis tres mil preguntas caídas en saco roto, yo te conteste a esa».

Sonrío, sin insistir: en el fondo no tengo ningún derecho.

Mira al suelo un segundo y luego vuelve serio y me dice dulcemente: «No te enfades. No seas tan severa contigo misma. Sigue como si esta mañana no te hubieras equivocado. ¿Vale?».

Asiento rápido y él sonríe. «¿Entonces nos vemos luego?».

Vuelvo a asentir, y él vuelve a sonreír. «Hasta luego».

«Hasta luego», contesto mientras que él ya se está yendo.

Me doy cuenta de cómo las dos chicas, todavía en la mesa, lo siguen con la mirada mientras salen del local.

Cuando paso cerca de su mesa para ir a la otra parte de la sala, una de ellas me llama.

«¿Sí?», pregunto acercándome enseguida, creyendo que quería algo más de beber o de comer.

«¿Ese es tu novio?», me pregunta haciendo un ademán con la cabeza señalando la puerta por la que Andrea acaba de salir.

Yo como única respuesta me río. «Pero seriamente, ¿te parece posible?».

Ella niega con la cabeza y se encoge de hombros sin dar una auténtica respuesta, quizá por educación. Dejo su mesa para ir donde está la señora

Barbieri, que me está observando desde hace no sé cuánto, y me siento infinitesimalmente mejor tras las palabras de Andrea.

8.

Hoy toca pesarse. Mientras me dirijo hacia el coche de Andrea – él ya está fuera, de pie, leyendo uno de sus folios volantes – me preparo psicológicamente. Esperemos que haya ido bien.

Ha pasado un mes entero desde la última vez que me pesé, y en realidad no he hecho una auténtica dieta. Bueno, no he hecho dieta en absoluto, pero he trabajado mucho desde un punto de vista psicológico gracias al libro de Andrea. He hecho muchos “ejercicios”, aunque todavía tengo que trabajarlos. Aunque hoy va a ir mal, estoy satisfecha: por primera vez me siento diferente; por primera vez noto un principio de cambio profundo, no puramente corporal. Me he pasado el mes escuchando asiduamente a mi estómago y haciéndole caso casi siempre, y me he dado cuenta de que la mayoría de las veces es mi mente la que, en un cierto sentido, tiene ganas de comer. He descubierto que como a causa de emociones negativas como el estrés, el miedo y el nerviosismo, para calmarme y consolarme, pero también por emociones positivas, para darme un premio cuando hago algo bien. En realidad, toda excusa es buena para comer. He aprendido a esperar un momento antes de meterme en la boca lo primero que encuentro, porque las emociones son pantallas energéticas que pasan solas, nos atraviesan y basta con que le dejemos el tiempo suficiente sin que ocurra nada tremendo. Por supuesto no siempre es fácil, a veces me he equivocado y he reaccionado de la manera habitual antes de darme cuenta, pero justo después he empezado a escucharme. Y he de decir que escucharme tan profundamente es más difícil que cualquier dieta que haya hecho en mi vida, pero siento que este es el camino correcto. Hacia final de mes también he hecho algunas comidas siguiendo los consejos de Andrea, no muchos, esa fase la acabo de comenzar. Sí, estoy satisfecha, pero no sé qué le contaré a Andrea si no he perdido ni un gramo... Eso me da un poco de miedo.

«Hola». Lo saludo titubeante en cuanto llego.

Él levanta la cabeza sonriendo y guardando los folios rápidamente.
«Hoy nos pesamos».

Suspiro. «Lo sé».

Él apoya las manos en las caderas. «No me digas que tienes miedo...

¡Se ve a simple vista que has adelgazado!»

«¿En serio?». Lo pienso un poco. «La verdad es que los pantalones me quedan ligeramente más anchos...».

Me hace un gesto con la mano para que me acerque al maletero. «¿Nunca te pesas en casa?»

«No. Solo contigo. Qué honor, ¿eh?». Bromeo para quitarle hierro al asunto.

Andrea coge la báscula y la apoya delante de mis pies como de costumbre. Hoy tampoco se ha afeitado y con esa barba ligera está aún más guapo, si es posible. Suspiro y me subo.

Setenta y siete y medio.

Levanto la cabeza de golpe y lo veo todo sonriente mirando la pantalla de la báscula. «¡No me lo creo!», casi grito, él levanta la cabeza y se ríe. Está a mi lado, como siempre, pero esta vez en vez de molestarme me alegro de su cercanía. Me giro y lo abrazo en un impulso. «Estoy tan contenta...», susurro cerca de su oído.

Él se pone tenso un instante, inmóvil, pero luego noto cómo sus brazos me rodean, me levantan de la báscula y me depositan en el suelo un segundo después. Yo me retraigo inmediatamente en cuanto mis pies tocan el suelo. Cuando lo miro no consigo disculparme de otra manera que repitiendo: «¡Estoy tan contenta!».

Él asiente, pero su sonrisa no es tan amplia como antes. Tal vez lo he cohibido...

Incómoda, doy un paso atrás y le indico la báscula. «Te toca».

Él se sube y yo me acerco de nuevo. «¡Ochenta y uno y medio!», exclamo feliz. «¡Has cogido peso!», le digo contenta.

Él sonrío y se rasca la nuca. «Sí, bueno... no es mucho, pero... está bien».

Vuelve a colocar la báscula en el maletero y vamos hacia el carril, siguiendo una secuencia de gestos, pasos y movimientos que ya me son familiares.

«¿Cuánto tienes que pesar para hacer el Iron?», le pregunto con una exuberancia y una energía renovadas en la voz.

Él se mete las manos en los bolsillos mientras comenzamos a caminar para calentar, antes de empezar a correr. «¿Eh? No, no tengo que tener un peso concreto para hacer el Iron...»

«Ah... ¿y entonces por qué quieres coger peso?».

Me mira solo un instante antes de volverse hacia el carril que nos espera y volver a rascarse la nuca. «Es porque... estoy demasiado delgado».

«¿Cómo?», le pregunto en voz alta.

Él se encoge de hombros.

«¡No es verdad! ¡Estás genial así!». No puedo creer que no se vea perfecto...

«Pero no mucho, solo un par de kilitos», dice bajando la cabeza.

«Andrea en serio...». Llego incluso a tirarle de la manga para que me mire. «¡Eres perfecto así como estás! ¡Qué dices!», le digo incrédula, haciendo todo lo que puedo para convencerlo con la expresión y con el tono.

Él me mira un momento antes de decir: «¿Qué me dirías si te dijera que tú también eres perfecta así como estás?».

Retiro la mano de inmediato, a la defensiva. «Te diría que eres absurdo, porque yo tengo sobrepeso objetivamente, mientras que tú eres objetivamente perfecto».

Baja la cabeza. «No me refería a eso... Y de todas formas nunca me has visto sin ropa».

¡Pues menos mal! Pienso casi desesperada. Así ya es difícil concienciarme de que *es prácticamente Linda* y de que está fuera de mi alcance, si lo hubiera visto sin ropa sería imposible.

Pero no es eso lo que digo. Lo que digo es: «Andrea, yo según el percentil creado por la flor y la nata de los científicos tengo un sobrepeso de al menos veinte kilos, mientras que tú, según el mismo percentil, eres perfecto. ¿Qué te cambian un par de kilos más?». Hago una pausa y luego añado, con una pequeña nota de decepción en la voz: «No esperaba que fueras uno de esos obsesionados por un pequeño detalle...».

Él se gira de golpe hacia mí. «¡No estoy obsesionado!», contesta con una cierta urgencia. «No es que me quite el sueño, pero visto que me noto un poco vacío aquí», se señala el tórax alto, más bien los pectorales, «y visto que tú estabas empezando un programa... había pensado seguirte, en cierta manera, con un objetivo mío». Luego añade, «Pero también puedo prescindir. Estoy bien así».

En ese momento empiezo a reírme. “Estoy bien”... uno de sus motes es “Dios del Sol” y él dice “estoy bien”... este tío está loco, pobrecillo.

«¿De qué te ríes?».

Bajo la cabeza. «Hazme un favor: no hagas nada. No estás en absoluto vacío, estás fibroso. Estás genial así, no veas problemas donde no los hay», le digo seria. «Yo creía que había una especie de peso mínimo para el Iron...», añado un poco después. «¡Si hubiera sabido de dónde te salía esa idea te habría disuadido en vez de animarte!».

Él me mira de reojo, y luego se echa a reír. «Peso mínimo para el Iron...». Baja la cabeza y vuelve a reírse. «¡En mi vida he conocido a nadie que sepa menos de deporte que tú!»

«¡Ey!», me pongo de morros de broma.

Empieza a correr y yo le sigo.

«Te tengo que decir una cosa», me dice después, todo sonriente.

«¿Otra?».

Se ríe misteriosamente para sus adentros. «Sí».

«Espero que sea algo más inteligente que lo que me has dicho antes».

Se ríe, y luego lanza la bomba: «Me he enamorado».

Oh mierda... lo sabía...

Miro hacia delante, no consigo ni siquiera tragar saliva – espero que no se note – y no puedo ni mirarlo.

«Estoy pilladísimo».

Genial. No, de verdad, estupendo.

«Estoy completamente enamorado».

Bueno, clávame un cuchillo y acabamos antes. Respecto a “Andrea es prácticamente Linda”... Creo que ya me puedo olvidar del mantra.

«¿No me preguntas de quién?», dice vagamente exasperado cuando ve que no digo nada.

Lo miro y veo que me está mirando con una media sonrisa en la boca, las mejillas sonrosadas y los ojos de hielo que le brillan. «Bueno... francamente no creo que la conozca...».

Espero no conocerla...

«Pues la conoces».

Ya está. «Ah...»

«¿Entonces? ¿No tienes curiosidad? ¿No me preguntas de quién?».

Solo puede ser de Linda o de Rosy. No sé cuál de las opciones es peor. No quiero jugar a las adivinanzas, que me lo diga él visto que se muere por decírmelo. Soy un alma en pena... «¿De quién?».

Él sonrío y anuncia triunfal: «De Lisbeth Salander».

Yo me giro de golpe con los ojos fuera de las órbitas, y luego me

echo a reír. «¡Me habías dicho que tenías que hacer la tesis! ¡Que no tenías tiempo para leer!».

Él baja la cabeza. «De hecho no debería, pero...»

«¿Pero cuándo lo has comprado?», lo interrumpo.

Él me pone una cara contrariada. «Casi enseguida. Y no tenía que haberlo hecho, pero tenía mucha curiosidad...». Sacude la cabeza. «Eres buena... realmente buena...», me mira con una especie admiración y sorpresa. «¿Cómo sabías que me iba a gustar? No consigo parar... esos libros son como una droga... y menos mal que los compré los tres juntos, así cuando termino uno ataco enseguida el siguiente».

«¿Los tres juntos?», pregunto desconcertada. «¿Fuiste a la librería y te los compraste todos de una vez?».

Asiente como si fuera la cosa más natural del mundo. «Tú me recomendaste la *trilogía*, no uno de los tres». Preciso, como de costumbre. Es tan puntilloso en todo lo que hace que resulta casi molesto. «Cuando vi lo gordos que eran, efectivamente pensé que estabas un poco loca... Pero luego empecé con el primero...».

No termina la frase. «Lo sé».

«Sabes, el primero es diferente de los otros dos», dice mientras mira hacia delante con la mirada concentrada en algo que no está viendo de verdad. «Los otros dos son más... yo diría cerebrales».

Abro la boca para no volver a cerrarla. «¿Pero ya te los has liquidado los tres?»

«No, acabo de empezar el tercero».

Me río.

«¡No me aconsejes nada más hasta que no termine la tesis!».

Sigo riéndome.

«Y Lisbeth... Ah, Lisbeth...», dice con maneras soñadoras.

Estoy entretenida de verdad. «Lo sé, a mí también me hizo ese efecto».

Se gira hacia mí. «¿En serio? ¿Y Mikail?».

Lo miro como si me hubiera ofendido. «¿Mikail? ¡Nooooo! ¿Un hombre de mediana edad, vanidoso, que se comporta en sus relaciones como un niño de dieciocho años? ¡No es mi tipo!»., digo segura.

«¿Y entonces cuál es tu tipo?»

«Oh, mi tipo...». Finjo que pienso en ello, pero tengo la respuesta clara desde hace casi diez años. «Mi tipo es Mr. Darcy. El hombre más

perfecto jamás creado por la mente humana».

Andrea levanta las cejas. «¿Eso es otro libro? No es de la trilogía Millenium...»

«No, es de otro libro. Es de “Orgullo y Prejuicio” de Jane Austen».

«¡Te había dicho que basta de títulos hasta que no lea la tesis!», me grita, pero con la sonrisa en la boca.

Yo me río. «Pero ese no te lo recomiendo... Creo que sería osado para un hombre».

Seguimos así charlando hasta el final del entrenamiento. En el momento del stretching me tiro al suelo, deshecha, porque hoy por primera vez he corrido quince minutos seguidos y le suplico: «Andrea... te lo ruego, no me estropees el día, déjame que haga stretching de lejos...».

Él no dice nada, se queda en su sitio y habla como si yo no hubiera abierto la boca: «He pensado que podríamos añadir un nuevo deporte, así diferenciamos un poco los entrenamientos».

«Ah», contesto asintiendo. «Vale. ¿Cuál?»

«La natación. Es un deporte muy completo».

Sí claro, nunca me verás en bañador. «Vale, pero voy yo sola».

Él me mira en silencio, antes de decir lentamente: «¿Pero cómo que vas sola, entonces cómo voy a enseñarte?»

«Pero si yo ya sé nadar», le contesto como si fuera lo más obvio del mundo.

Él se endereza y se para. Me mira en silencio, repentinamente serio.

Yo también me enderezo, manteniendo su mirada.

«Creía que habías dicho», habla amenazadoramente despacio inclinando un poco la cabeza, «el primer día, que no sabías hacer nada... que no habías hecho nada en tu vida...»

Le respondo serena: «Te mentí».

«Me mentiste», repite, mirándome fijamente con esos malditos faros azules suyos.

Asiento.

Se queda un segundo con la boca abierta antes de decir: «¿Por qué?».

No respondo.

Él mira al cielo y resopla, luego suspira ruidosamente. «No vas a contestar, ¿verdad?».

Yo le sonrío dulcemente. Él mira hacia arriba y dice: «Señor, dame

paciencia para no ponerle las manos encima...»

«Dime lo que tengo que hacer y yo lo hago. Pero tú no vienes».

Me mira pasmado. «¡Pero si no sé cómo nadar!»

«¿Pero qué más te da cómo nade? ¡Dime cuántos largos tengo que hacer y punto!»

«¿Y si lo haces mal?», dice cruzándose de brazos.

«Lo hago bien».

No responde.

«Y además no puedo pagarte una o dos sesiones más... Eres caro».

Él abre la boca. «¡No soy nada caro! ¡Lo que pagas es una cifra ridícula en el mundo de los entrenadores personales!»

«Andrea, no vas a venir igualmente», le digo lentamente, imitando como un espejo su tono de antes. «O así o no lo hago del todo, tú eliges».

Se enfada: «¿Pero tú crees que así me haces un desaire?». Justo después baja la cabeza cerrando los ojos. «Vale, vale, vamos a dejarlo. Es inútil estar dos horas discutiendo cuando sé que no vamos a llegar a ninguna parte porque tienes la cabeza como una piedra».

Sonrío, como si me hubiera hecho un cumplido.

Suspira. «Te hago un programa y te lo doy el próximo día...»

«Muy bien».

«Pero si por lo que sea pones mal los brazos o no haces bien el movimiento y lo repites...»

«Lo hago bien, quédate tranquilo».

Resoplando, termina el stretching y nos despedimos así, siempre de buenas.

Hoy he pasado la tarde con Linda; ahora la estoy acompañando a casa de los gemelos. A menudo hacemos eso los domingos para pasar algo de tiempo solas, y luego sobre las seis la acompaño a casa de Marco. Me pide que entre a saludarlo dos segundos, visto que hace tiempo que no nos vemos.

«¡Caray, estará muy contento por no haberme visto el careto durante un tiempo!», digo riéndome.

«¡Anda ya!».

Me tira de la manga. Aparco y bajo. Me he puesto unos pantalones que pensaba que no

habría podido ponerme nunca más: los compré hace dos años en una talla demasiado pequeña, una de esas absurdas compras que se hacen con el único objetivo de autoconvencerse a adelgazar. No incentivaron nada, se quedaron olvidados en una esquina del armario. Hoy, mientras me estaba arreglando para salir con mi amiga, me he acordado de ellos y he querido intentarlo a ver si me entraban... La emoción de ponérmelos y cerrármelos ha sido indescriptible. Son negros y, siendo honestos, no tienen nada de especial; lo que tenían de especial era que no me entraban, lo que los había hecho inmediatamente preciosos aquel día, en aquella tienda.

Mientras nos dirigimos hacia la habitación de Marco, nos topamos con Nic. «¡Olly!», dice inmediatamente.

«¡Hola Nic!»

«¡Hace mucho que no venías!»

«¡Hola eh!», dice Linda fingiéndose ofendida.

«¿Te quedas?», me pregunta Nic sin contestar a Linda.

«Oh no, solo he venido a acompañar a Linda y a saludar a Marco, luego me voy».

Nic se cruza de brazos. «A saludar a Marco, ¿y yo?».

Levanto las cejas. «¡Pero si te veo todos los jueves!»

«¡Por desgracia para ella!», murmura Linda.

«¿Cómo es que ya no vienes?», me pregunta Nic, solo lanzando una mala mirada a Linda.

Me encojo de hombros. «Solo estoy algo ocupada, y a veces cuando he terminado todo, estoy cansada y me apetece estar en casa».

Nic sonrío. «Te tiene ocupada, ¿eh?».

Ríe socarrón moviendo la cabeza, y no hace falta que diga el nombre para saber de quién habla.

Yo miro hacia arriba resoplando teatralmente. «¡Sí claro!».

La verdad es que sin Andrea hacer deporte sigue siendo durísimo, de hecho tendría que haber ido a la piscina dos veces a la semana durante estas tres semanas que me ha dado el programa, y en cambio solo he ido una vez, mintiéndole sin pudor cuando me pregunta por la natación. Justo hoy le estaba contando eso a Linda y ella se ha ofrecido generosamente a venir conmigo para motivarme.

Nic me mira de arriba abajo. «Pues está haciendo muy buen trabajo...». Y su tono es extrañamente malicioso. El tono malicioso de Nic no es nada extraño, es más, es muy habitual, lo habré oído cientos de veces, lo raro es que esté dirigido a mí...

Linda ya no se limita a las palabras sarcásticas, sino que le da físicamente un puñetazo en el brazo.

Él la mira mal sin decir nada y se masajea el bíceps, donde ella le ha golpeado con una cierta violencia. Creo que se están pasando entre ellos algún tipo de mensaje no verbal del cual yo no tengo conocimiento y que Linda tendrá que explicarme inmediatamente en cuanto estemos solas.

Nic vuelve a mirarme, aún con la mano en el brazo. «Está contentísimo... De verdad que está entusiasmado con el trabajo que está haciendo contigo». Y de nuevo sabemos de quién habla. «Y cómo llevarle la contraria...», añade en voz baja y cuando ve que Linda se mueve, retrocede dos pasos levantando las manos. «¡Quieta! ¡Tienes fuerza para ser tan menuda, me has hecho daño en el brazo!».

Linda resopla.

«Yo también estoy contenta, de verdad, muy contenta», digo deprisa para que lo deje y me encamino hacia la habitación de Marco. «Y siempre te agradeceré que me lo hayas presentado».

Cojo a Linda por el brazo para tirarla hacia mí y que nos vayamos, pero Nic sonrío y sigue hablando justo mientras empezamos a andar. «Siempre está hablando de ti, yo diría que constantemente».

Yo me detengo y levanto las cejas, mientras mi corazón, tras dar una voltereta en el aire y un triple salto en tirabuzón, cae y se abandona a una carrera desenfrenada. Espero que nadie se esté dando cuenta, pero está encerrado en mi caja torácica, así que no debería ser difícil de disimular si consigo controlar la respiración.

Nic suelta una risita aguda moviendo la cabeza. «¡Es casi vergonzoso!».

No consigo responder nada coherente porque estoy demasiado ocupada intentando respirar con normalidad, pero él sigue, sacándome del aprieto. «Anoche por ejemplo tuve que regañarle... Estaba aturdiendo a las chicas con las que habíamos quedado con tus progresos y con lo que quiere que hagas más adelante, y las metas que quiere alcanzar y que tú puedes alcanzar...». Mueve la cabeza.

«Ah...». Suelto el brazo de Linda, no quisiera que notara el temblor.

«La mía», sigue Nic sereno, «estaba tranquila en cualquier caso, sabía que después la habría mantenido ocupada, pero la suya...». Se echa a reír con gusto moviendo la cabeza. «¡Pobrecilla! ¡Tenías que haber visto su cara!».

Nic se ríe solo y yo me esfuerzo por encontrar algo que decir, pero es difícil dejar salir la voz sin aire en los pulmones y con el corazón inmóvil.

«No se atrevía a decir nada, pero si al principio lo entendía e intentaba participar en la conversación, después de una hora y media de “Olly esto” y “Olly lo otro” ya no conseguía fingir que le interesaba lo que hacías o dejabas de hacer al principio, y lo que haces ahora, etcétera». Nic se interrumpe para reírse entre una frase y otra, es evidente que la cosa le divierte, aunque yo no encuentro ningún tipo de comicidad en ninguna parte de esta historia.

«Me lo tuve que llevar al baño y decirle claramente que se estaba jugando su cita y que dejara de hablar de ti... ¡se lo tuve que *decir!* ¿Te das cuenta? Y eso que normalmente es un chico inteligente...». Mueve la cabeza con un aire desconcertado y con una mueca en los labios. «Cuando volvimos cerró la boca y la tía por fin se relajó, la pena es que luego no hubo manera de que volviera a abrirla!».

Esta última parte, en perjuicio de mi estado físico actualmente moribundo, me hace sonreír. «Como mínimo se ofendió...», digo en voz baja.

Nic asiente teatralmente y vuelve a reírse. «¡Exacto!».

Frunzo el ceño, intentando con todas mis fuerzas parecer indiferente. «Pues si te soy sincera, nunca pensé que fuera uno de esos...».

Nic se pone serio de golpe. «¿De esos que qué?».

Linda también se vuelve a mirarme.

«¡De esos que siempre hablan de trabajo!».

Nic se echa a reír y Linda solo sonrío, creo que no he disimulado lo suficiente para ella...

Francamente, no he disimulado lo suficiente ni para mí misma. Me he vuelto demasiado buena en escuchar mis emociones y mis reacciones que ahora no me doy cuenta que mi mantra no ha servido absolutamente para nada en todo este tiempo. He caído de lleno, muy a mi pesar. Verlo tan a menudo, hablar como si fuéramos amigos y nos viéramos también si yo no le pagara... Bromear juntos y verlo sonreír... Su amabilidad casi perenne, porque exceptuando ese día que estaba lunático, siempre me ha tratado bien... ¿Qué creía? ¿Que estaba haciendo algo? Su amabilidad es solo educación, y cuando nos vemos está trabajando. Santo cielo, está *trabajando*. Soy imbécil, ¿cómo he podido caer? No obstante todas las

precauciones, ¿cómo he podido? No tengo ningún derecho a sentirme traicionada porque él salga con chicas... Ningún derecho. Y eso es lo más triste de todo este dolor. Me gustaría no volver a verlo, sería lo mejor. Sí, para mi corazón sería lo mejor, pero no para el resto del cuerpo, y ese es el verdadero problema: no quiero rendirme ahora, cuando por primera vez lo estoy consiguiendo...

«¿Cómo está Gianca?». Me sale de repente, sorprendiéndome incluso a mí misma. Mi cerebro averiado debe haber resucitado una idea muerta hace varias semanas. Tal vez desde que conocí a Andrea, pero no nos andemos con sutilezas.

Nic ya no se ríe ni sonrío, se endereza, pareciendo más alto de repente, y aunque no la miro, puedo *notar* la inmovilidad extrema de Linda. Ninguno de los dos habla durante unos segundos, y yo respiro intentando calmarme. Gianca no pinta nada en la conversación, y eso ya en sí es algo que debería llamar la atención, y más justo después de la historia de su cita de cuatro... Habría acabado antes diciéndole a Nic que quiero salir con Gianca porque Andrea ha salido con una. Quiero pegarme.

«Bien, ¿por qué?». La mirada de Nic tiene una intensidad que pocas veces le he visto.

Me encojo de hombros. «Por nada. ¿Ya no sales con él? Ahora siempre hablas de Andrea... ¿ahora solo sales con él?».

Él se relaja ligeramente, como sus sospechas se hubieran reducido, pero no del todo. «Sí, hace tiempo que no nos vemos... Sí, de hecho desde que volvimos a vernos estoy saliendo bastante con Andrea...».

No le contesto y se crea otro embarazoso momento de silencio.

Linda me mira de reojo, claramente perdida: no entiende qué pretendo.

Después de unos instantes, Nic dice: «¿Te gustaría verlo? A Gianca digo».

Miro a Linda de pasada y decido hacer otro de los ejercicios del libro de Andrea, o sea el de vivir el presente y no esperar a estar delgados para hacer las cosas, de no dejar la vida en pausa por unos kilos de carne. «Sí, por qué no».

Nic respira fuerte, ahora totalmente serio, luego se gira hacia Linda y le da con el dedo: «Antes de salir con Gianca sale conmigo, ¡ya te lo digo!»

«¡Una pena que ella no quiera salir contigo, sino con Gianca!», responde Linda cruzándose de brazos.

No, una pena que *ella* quiera salir con Andrea...

Suspiro moviendo la cabeza, dos minutos viviendo el presente y ya la he liado. Lo he hecho tan poco que me parece que no sé. «*Ella* no quiere salir con nadie, en realidad. Está muy ocupada con otras cosas», sentencio rápidamente hablando de mí en tercera persona, como por otro lado están haciendo todos los aquí presentes. «¿Y además qué querías decir?», me dirijo a Nic, «¿con “sale conmigo”?».

Nic se cruza de brazos, imitando la posición de Linda, aprovechando así para mirarla mal y frunciendo el ceño en un gesto que le dispara hacia arriba el piercing que tiene en la izquierda, como si fuera una pequeña espada de plata. «Me ha prohibido hacer nada contigo. Salir, o intentarlo, o incluso solo *pensar* en intentarlo», me responde manteniendo los ojos fijos en los de Linda.

«¡Linda!», exclamo dirigiéndome a ella.

Ella descruza los brazos y pone cara de arrepentimiento. «¿Te molesta? ¡Lo he hecho para protegerte! ¡Este tío no es nada serio! ¡No es adecuado!»

«No, no me molesta, ¿pero y si me hubiera gustado?»

«¡Ey!», se entromete Nic.

«Ya sabía que no te gustaba, siempre sé quién te gusta y quién no», responde ella con una mirada con segundas. Sí, antes no se lo ha tragado.

«¡Ey!», vuelve a exclamar Nic.

«En cualquier caso te has equivocado», le digo a Linda. «¡Deberías conocer a tu cuñado, diciéndole eso lo único que consigues es animarlo!»

«¡Ey!»

«Tienes razón...», admite Linda enseguida.

«Si no, probablemente nunca lo habría pensado él solo», le hago notar con mucho garbo.

Linda asiente.

«¿Podéis dejar de hablar como si yo no estuviera?», se entromete Nic. «Y además, ¿cómo que no te gusto?», me pregunta un poco amostazado.

Yo sonrío. «Tú me gustas un montón, pero no en ese sentido». Y viéndole la cara encapotada añado: «Y yo no te gusto a ti».

Nic se mira los zapatos con el ceño fruncido y luego se relaja visiblemente. «Quizá tengas razón, pero de todas formas me molestaría un

poco que salieras con Gianca...»

«¿Por qué?», pregunto curiosa.

«Porque... no es adecuado».

Linda se echa a reír y yo también. «Sois todos muy buenos sabiendo quién no es adecuado para mí, ¿eh?». Muevo la cabeza mientras ellos sonríen.

«Quiere decir que no saldré con él, entonces», concluyo encogiéndome de hombros con una sonrisa en la boca.

«Caray, pues sí que te gustaba, ¿eh?», me toma el pelo Linda, y Nic se ríe.

«Espero que se os dé igual de bien indicarme a alguien que sí sea adecuado, porque los que no lo son no sirven de mucho...», digo fingiéndome ácida, agarrándome de los brazos de ambos.

«A mí se me ocurre alguien», dice Nic.

«A mí también», añade enseguida Linda.

Pero no tengo el valor de indagar.

9.

Otra vez es domingo y estoy fuera de la piscina; estoy esperando a Linda. Esta semana tampoco he ido como hubiera debido y ella, como prometido, viene para motivarme, pero llega muy tarde. Le mando un mensaje y tras unos segundos me llega la respuesta. Llego tarde. Ve entrando, llego enseguida.

Me encojo de hombros y entro. Me cambio con calma, me pongo el albornoz y salgo de los vestuarios para dirigirme a la piscina. Antes de quitarme el albornoz miro un momento a mi alrededor, no sé por qué lo hago, si Linda hubiera llegado la habría visto en los vestuarios... Estoy bajando la cabeza por mi imbecilidad cuando lo veo.

Está a pocos pasos de mí y me mira con una sonrisita satisfecha en la boca. Él ya se ha quitado el albornoz, porque quienes tienen un físico como el suyo no tienen problemas para estar en bañador delante de perfectos desconocidos.

Habría tenido que darme cuenta de que estaba aquí por la cantidad de caras femeninas giradas hacia él.

Pero yo estoy enfadadísima. Enfadadísima.

Estoy enfadadísima con él y conmigo misma. Con él por motivos obvios, conmigo misma porque no he conseguido no sonrojarme frente a su cuerpo perfecto. Sus pectorales asoman por encima de los brazos cruzados, ¡nada de *enjuto!*, sus hombros están torneados y sus bíceps están ligeramente más hinchados a causa de la postura. Su piel es de color dorado, uniforme en todo el cuerpo; su magnífico pelo por una vez no se ve porque lleva un gorro azul. Está bien hasta con el gorro. ¿pero a quién le queda bien el gorro, por Dios? Es injusto ser tan guapo.

Y sobre todo es injusto que siempre se salte a la torera mi voluntad.

Voy hacia él con paso beligerante todo lo que las chanclas de plástico me lo permiten. Por el camino, le doy las gracias a Dios, a José, a María y a todos los santos del paraíso por no haberme quitado el albornoz de inmediato.

«¿Qué-coño-haces-tú-aquí?». Lo saludo cordialmente, cruzándome yo también de brazos.

Él sigue sonriendo como si nada. «¿Por qué? Es la piscina municipal

de la ciudad, así que todo el mundo tiene derecho venir aquí a nadar. He venido a nadar».

Guiño los ojos. «No te hagas el listo Andrea, es mejor que confieses inmediatamente».

Él descruza los brazos y los pone en jarras, dejando el tórax totalmente al descubierto.

Ay. Dios .mío.

Trago saliva concentrándome en su cara, pero con la visión periférica consigo entrever las líneas de los músculos pectorales, abdominales superiores, inferiores y laterales. Cuando vuelva a casa voy a tener que ponerme a hacer esos ejercicios que encontré una vez en una revista femenina para desarrollar la vista periférica: nunca se sabe cuando puede hacer falta.

«Quería comprobarlo en persona», dice simplemente, totalmente ajeno a lo que me está haciendo. A mí y a todas las chicas presentes.

«Te dije que seguiría tu programa, hasta ahora lo he hecho y habría seguido haciéndolo», miento descaradamente. «Te dije que no era necesario que vinieras. Así que, ¿por qué estás aquí?», insisto, aún enfadadísima.

«Venga Olly, no seas niña». Tiene el valor de contestarme.

«Andrea, te lo digo seria. No quería que vinieras. Nunca haces lo que te pido... Así me faltas al respeto».

Cuando digo la última frase él levanta las cejas de golpe y casi da un paso atrás. Parece avergonzado. «No... yo... te respeto Olly. No quiero que pienses una cosa así...».

Caray, los guapos tienen la vida muy fácil. Ya casi lo estoy perdonando por culpa de su cara de arrepentimiento, que sigue siendo preciosa. El arrepentimiento le favorece.

No digo nada.

Levanta las manos, y digo yo, ¿cómo lo hago para mantener la concentración?

«Si quieres me voy, aunque ya he pagado la entrada...».

Lo miro fijamente durante un momento, intentando entender si habla en serio o no. «¿Lo harías de verdad?», me decido a preguntarle.

Él solo asiente.

Suspiro. «No podías evitar venir a comprobar que lo hacía todo correctamente, ¿eh?».

Sonríe y dice: «Eso, y que alguien que te quiere me ha dicho que te cuesta ser constante tú sola...».

Suspiro. *¡Traidora!*

Descruzo los brazos, estando bien atenta a no dejar que el albornoz se abra. «De acuerdo, puedes quedarte». Y apenas digo esa frase su sonrisa de agranda. «¡Pero!». Levanto una mano y él finge ponerse atento. «Pero: primero, ahora tú te metes en el agua y te das la vuelta hacia las ventanas hasta que me quite el albornoz y entre yo también; segundo, ya te puedes quitar las gafas y dejarlas en la banqueta, y tercero, si tú también quieres nadar, tendrás que hacerlo siempre delante de mí y yo iré detrás. ¿Todo claro?»

«¡Sí, señora!», dice alegremente quitándose las gafas y yendo a dejarlas en la banqueta sobre un albornoz blanco.

«Se me olvidaba...», le digo cuando vuelve hacia mí. «Hoy no te pago, eso lo sabes, ¿verdad? Has querido venir por tu propia voluntad, así que...».

Él inclina la cabeza y me mira como si hubiera dicho una obviedad. «Olly...».

Yo asiento y solo digo: «Bien».

Él entra en el agua y permanece girado hacia los ventanales. Yo me quito el albornoz sin dejar de vigilarlo con la mirada y entro lentamente en el agua, sin perderlo de vista. Luego me acerco satisfecha. «Aquí estoy».

Andrea se gira enseguida. «Pero antes de nada querría ver cómo nadas, si voy delante cómo lo hago para corregirte la postura?».

Lo miro fatal. «Entonces vete fuera del todo, pero solo el tiempo de mirar cómo nado y luego vuelves a entrar y haces lo que te digo».

Asiente contento. «Pues me haces dos largos por cada estilo, dos a rana, dos a espalda y dos a delfín».

Asiento muy a mi pesar y hago por irme.

«¿Dónde vas?» me pregunta agarrándome de la muñeca.

«Voy a la cuatro. Detesto nadar en las calles con borde».

«Vale». Sale del agua y se dirige a colocarse en el trampolín de la cuatro. Ahora está medio desnudo y mojado, con las gotitas de agua que centellean por todo su cuerpo.

Varias cabezas se giran en su dirección y yo no puedo evitar preguntarme qué he hecho mal en mi vida.

Suspiro y llego rápidamente a la calle cuatro; en cuanto llego le lanzo una última mirada, él hace un gesto con la cabeza y yo empiezo a nadar: antes empiezo, antes acabo, y antes vuelve a entrar en el agua y menos me ve en bañador desde arriba.

Cuando termino el segundo largo a delfín me lo encuentro ya en el agua. Me parece que está terquísima, así que me pego a la corchera flotante opuesta a la suya, para poner así más espacio entre nosotros.

Él tiene una expresión incrédula en la cara. «Bueno, he de decir que esto no me lo esperaba...»

«¿El qué»

Él sacude la cabeza. «Técnicamente... eres perfecta».

Esta vez soy yo la que exhibe un gesto de satisfacción. «Lo sé».

Él me mira un poco mal. «¿Por qué no me habías dicho nada?»

«Te dije que nadaba bien...»

«Has dicho que lo hacías bien, no que eras perfecta...».

Me encojo de hombros. «Venga, vamos a seguir, no quiero estar en el agua todo el día...». Es más, quiero que este momento acabe lo antes posible.

Como es habitual en él, no pierde el tiempo y me expone un programa de locos. Creo que vomitaré una vez que salga del agua. Y como ya sé que es inútil discutir, empezamos.

Andrea nada como hace todo lo demás: elegantemente potente. Tengo la sensación que se frena por mí. Los últimos largos me los hace hacer sola, yo acepto solo porque me asegura que me espera al fondo de la piscina.

Cuando termino el programa siento calor en el rostro, sin aliento y agotada. Mañana me costará levantar los brazos para lavarme las axilas bajo la ducha, estoy segura.

«Bien, ahora descansa un momento, que luego vamos a hacer una última cosa antes de irnos».

Yo lo miro con los ojos como platos. «¿Otra cosa? ¡No puedo más!».

Él sonríe, con esa sonrisa suya que no entraña nada bueno. «Vamos a hacer una competición tú y yo».

«¡Ni de coña!».

Casi grito. «Venga... te dejo que elijas estilo...»

«Me importa un bledo elegir el estilo, porque no pienso hacer ninguna competición, ¡ya te puedes ir olvidando!».

Andrea suspira teatralmente. «Siempre es “no” su primera respuesta, siempre una queja, siempre una polémica...».

Me limito a mirarlo mal.

«Vamos a hacer una apuesta para hacerla más interesante».

Yo me río sarcásticamente. «Ni hablar, Andrea. Y te voy a explicar por qué: antes que nada, no tiene sentido competir cuando la diferencia entre los dos participantes es tan neta que ya se sabe a priori quién ganará. Por dicho motivo, es aún más idiota hacer una apuesta. Acabamos antes si me dices directamente qué quieres que haga. Y por último, es totalmente desleal proponerme una carrera ahora, cuando estoy completamente deshecha por el entrenamiento que precisamente tú me has hecho hacer. Asimismo, te recuerdo que tú estás fresquísimo en comparación conmigo, porque los últimos tú has estado parado».

Él asiente. «Entonces vamos a hacer solo dos largos y yo diría a rana, visto que no quieres elegir tú el estilo».

«¡No, a rana no!». Casi grito. Otra vez. Luego me repongo y miro a mi alrededor: afortunadamente el ruido del agua ha amortiguado un poco mi volumen y nadie me está mirando. «Si te he dicho antes que a rana lo odio...».

Él se encoge de hombros. «Como no quieres elegir el estilo...».

Prácticamente estoy rechinando los dientes. «Algunas veces creo seriamente que te odio, ¿sabes?».

Él se ríe.

«De acuerdo, si te has empeñado en humillarme hagamos esta competición. Y hagamos estilo», le comunico letal y fría como un témpano.

Andrea sonrío victorioso. «¿Y qué apostamos?».

Resoplo. «Ya te lo he dicho: acabamos antes si me dices lo que quieres...»

«Si gano yo, salimos una noche y respondes a todas mis preguntas, a todas. Y con sinceridad».

Ha tenido la osadía de decir “si gano yo...”. Psé. Además es que esto no me apetece nada. *No me apetece*. Tengo que ganar.

«¿Y tú qué quieres?», me pregunta meloso.

Lo miro. Lo miro fatal. Reflexiono. ¿Qué podría pedirle para hacérsela pagar? Es más, para hacérselas pagar todas. «Si gano yo, durante una semana tendrás que hacer todo lo que yo diga. Todo.

Cualquier cosa que yo decida».

Él solo sonrío. Ni siquiera está preocupado el muy infame.

Alarga la mano hacia mí. «Vale. Trato hecho».

Tengo que ganar, tengo que ganar, tengo que ganar obligatoriamente.

Le doy la mano y se la estrecho. Él me devuelve el estrechón con una vigorosa inflada del bíceps derecho.

Nunca ganaré.

Andrea mira a su alrededor y como la piscina ya está casi vacía, cambia de calle va a la cinco y me hace un gesto. «A la de tres».

Asiento.

«Te dejo medio largo de ventaja», me dice en el último segundo.

«Conmover», replico con una mueca.

Cuenta hasta tres y me lanzo. Me concentro y saco toda la energía y las fuerzas que me quedan. Aprieto, aprieto, cada vez más; aprieto los dientes y hago todo lo que puedo, lo mejor. No miro hacia la calle cinco, no quiero saber donde está, me haría perder unos segundos muy valiosos, pero por desgracia lo veo igualmente cuando entra en mi campo visual cuando respiro por su lado. Me van a estallar los pulmones y mis músculos gritan venganza, pero él está ahí, casi junto a mí, así que aprieto aún más.

Ya casi estamos, queridos míos, un último esfuerzo, no me abandonéis ahora; si me hacéis ganar os hago hasta un regalo, yo que sé, dos días en un spa, ¿qué os parece? Pero a pesar de este incentivo, mis músculos, como era de esperar, no pueden contra los de Andrea. Lo veo cuando me adelanta y cuando llego al fondo ya está allí.

Si no estuviéramos en una piscina y él no fuera un sano asqueroso probablemente hasta se estaría fumando un cigarro.

Ni siquiera está jadeante.

«Te odio», le digo sin aliento.

Él se ríe, luego vuelve a ponerse serio. «En cualquier caso te he visto, listilla...»

«¿El qué?». Lo miro extrañada.

«Has hecho la cabriola para el cambio de largo...», dice como si con eso tuviera que entenderlo todo.

«¿Y?»

«¿Por qué no la habías hecho ni una vez antes?», me pregunta saltando la corchera flotante y volviendo a la calle cuatro.

Me encojo de hombros. «Porque no quería cansarme mucho».

Él abre la boca como si fuera a decir algo, pero luego se lo piensa dos veces y la cierra. Luego vuelve a abrirla, y la vuelve a cerrar. Parece incrédulo. «¿No querías... cansarte mucho?».

Vuelvo a encogerme de hombros.

«¿No querías cansarte mucho?», repite.

«No». Oso responder, pero mi voz sale pequeña pequeña. Tiene un no sé qué de amenazador en este momento. De hecho empieza a acercarse lentamente por el agua, como un tritón furioso, y yo me echo atrás hasta que doy con la espalda en las corcheras que me separan de la calle tres. En ese momento Andrea viene hacia mí y se apoya con los brazos en las corcheras que hay detrás de mí, cerrándome las dos vías de escape laterales y sobre todo aprisionándome en una subespecie de jaula hecha con su cuerpo. Trago saliva.

«¡Tú *debes* cansarte mucho, Olly!».

Oh no, creo que está a punto de caerme un sermón...

«¡Tu cuerpo tiene que cansarse mucho! ¡Tenemos un cuerpo hecho para moverse, no para estar en el sofá moviendo solo el pulgar para cambiar de canal!»

«¡Quizá el mío sí», replico arrogante.

«¿Quizá el tuyo sí, qué?»

«¡Quizá mi cuerpo está hecho para estar en el sofá cambiando de canal!».

Andrea como única respuesta baja la mirada, y estando a menos de diez centímetros de distancia, termina directa sobre mis senos. Al contrario de lo que habría previsto, no la retira enseguida, sino que se detiene durante un extraño y totalmente inesperado instante. Y, caramba, un velo de sonrojo se abre camino por sus mejillas.

Estoy completamente pasmada. Pasmada.

Se aclara la voz y me mira fijamente a los ojos. «Por lo que he visto hoy, diría que no es absolutamente así».

Dichoso él que sigue con el tema; yo he perdido el hilo por completo.

Cojo aire y me sumerjo en el agua, moviéndome hacia atrás para poder liberarme. Salgo del agua al otro lado de las corcheras. Él me mira. No sé qué espera, pero yo me doy la vuelta y nado rápido hacia la escalerilla de la calle uno.

Estoy por aferrar la escalerilla para salir cuando Andrea me posa una

mano sobre la mía, bloqueándome.

«No olvides que he ganado yo, así que dime cuándo podemos quedar para que pueda cobrarme mi premio».

Ahora lo miro realmente mal. Se ha inventado esta payasada de la competición solo porque quiere que responda a sus preguntas, quiere que le diga todo, incluso las cosas que le he demostrado no querer decir. Él lo quiere todo, no le basta con verme cada fin de semana físicamente reducida a lo peor de mí, a mi estado más animal y desencajado. Quiere verme completamente despojada de todo, quiere verlo todo. Y en realidad no tiene ningún derecho. Es solo mi puto entrenador personal, no es mi psicólogo, ni mi confidente, ni mi mejor amigo, ni Jesús, ni nada de nada.

«Estoy muy ocupada últimamente».

Me coge del brazo y se acerca. «Una apuesta es una apuesta. Hay que pagar cuando se pierde».

Yo no contesto.

«He ganado yo y me debes lo que hemos apostado».

Lo odio, en serio. «Ya te escribiré un mensaje para decirte cuándo puedo». *O sea, nunca*. Pero él no puede leer la mente, así que se relaja al instante.

Estoy a punto de subir el primer escalón y él se queda quieto como una estaca. Me giro hacia él, a la espera, pero él no se mueve.

«¡Bueno, qué!», le digo.

Él me mira con aire perdido.

«Voy a salir, venga, gírate hacia las ventanas», le ordeno duramente, indicando las ventanas con un gesto de la cabeza. Él sonrío moviendo la cabeza y se gira por completo.

Yo salgo y corro hacia el albornoz. Me lo pongo y me lo cierro, y luego vuelvo al borde de la piscina. «Vale, ya puedes girarte».

«Estás fatal de la cabeza», dice pacíficamente con una sonrisa en la boca.

«Y tú eres un jodido prepotente», contesto guerrera.

Sigue sonriendo y se apoya con los brazos en el fondo de la piscina, apoyando el mentón en las manos y mirándome de abajo hacia arriba.

Por Dios, parece la publicidad de un gorro, o de una piscina, o de cualquier cosa. El caso es que parece una publicidad porque él es demasiado guapo para ser de verdad, para estar aquí, en carne, hueso y gotitas de cloro, a dos ridículos pasos de mí.

«Espero tu mensaje», se despide recordándomelo.
Pues espera sentado, pienso mientras me despido, y por fin me voy.

Andrea espera hasta tres semanas de continuas excusas por mi parte antes de entrar como una furia en mi cafetería, un viernes por la mañana.

Estoy detrás de la barra, apaciblemente apoyada en la máquina del café mientras escucho a la señora Barbieri que me está leyendo el horóscopo, cuando lo veo llegar con paso determinado y la mirada torva.

Me enderezo separándome de la máquina del café de los años 50 y la señora Barbieri se detiene en mitad de la lectura. Nos giramos en silencio hacia él, que se detiene frente a mí al otro lado de la barra. «Esta noche sales conmigo».

Yo bajo la mirada deprisa, pero no sin antes ver a la señora Barbieri que se gira hacia mí con una pregunta muda en los ojos, y Rosy que llega justo en ese momento y oyéndolo, se vuelve hacia él mirándolo como si se hubiera vuelto loco.

«Esta noche no puedo».

«El mundo está del revés...». Oigo murmurar a Rosy.

«Sí que puedes», replica él.

Levanto la mirada, sonrojándome un poco. «Esta noche no, quedamos otro día».

Él se pone en jarras. «No. Llevas tres semanas diciendo lo mismo... Esta noche no, mañana tampoco, otro día, la semana que viene, el próximo fin de semana...». Parece bastante enfadado.

Rosy abre los ojos como platos, mirándonos ya a paladinas con la boca abierta.

La señora Barbieri tiene la mirada baja sobre el periódico que tiene delante de sí, sin decir ni mu.

Estoy abriendo la boca para decir algo, cuando él se me adelanta. «No digas nada, de todas formas ya no te creo... Acuérdate de nuestro pacto, Olly».

«Psé», resoplo cruzándome de brazos.

Rosy me mira pasmada, parece casi fuera de sí.

«Si tienes algo que hacer esta noche cancélalo. A las ocho paso a recogerte».

Rosy lo mira, luego me mira a mí, luego a él, como si estuviera viendo un partido de tenis.

«De todas formas no sabes dónde vivo», contesto con una mueca.

«Sí que lo sé. Tengo mis informadores».

Tengo que acordarme de retirarle la palabra para siempre a Linda y a los gemelos. «Bueno, pues no bajo».

«Pues te saco en peso». Insiste manteniendo la mirada. Cuando tiene esa expresión en la cara ya sé que he perdido antes de empezar.

«Pues no te abro».

Apoya las manos en la barra y de repente sonrío. «Bueno, entonces a las ocho. Espero que estés lista cuando llegue». Dicho eso, se da la vuelta y se va.

Antes de que salga por la puerta le grito, desesperada: «¡Te he dicho que no, Andrea! ¡No estaré lista! ¡Peor para ti si decides venir!».

Pero él ni siquiera se gira, como si no me hubiera oído.

Hago un gesto de rabia y noto cómo Rosy me mira, atontada. Cuando levanto las cejas, como diciendo “¿Qué quieres?”, ella me pregunta, seria: «¿Eres tonta?».

Yo vuelvo a cruzarme de brazos y la miro mal: no tengo por qué explicarle nada y no me importa nada su aprecio.

«Siempre sospeché que no eras muy normal, pero ahora lo he confirmado: estás completamente ida de la cabeza. ¡Eres retrasada!», concluye Rosy con una expresión de disgusto y casi de resentimiento. Sospecho que Andrea no le dio su número y nunca salió con ella... O si lo hizo, ya ha terminado todo, si no se saludarían cordialmente cuando él viene y ella no me miraría como si quisiera despellejarme, si tuviera la oportunidad. Coge la bandeja que había apoyado en la barra con una comanda y se va a servirla.

Yo respiro profundamente. Cualquier día, en un momento así, habría cogido lo primero que hubiera pillado, tipo un cruasán o un trozo de torta, o cualquier cosa que pillara a mano, y me la habría metido en la boca.

Hoy tengo la tentación, la idea, pero casi me sale natural el no hacerlo. Casi. Estoy mejorando, claramente. Vuelvo a respirar profundamente y cierro los ojos, intentando dejar pasar este muro energético, porque este ansia y estas cosas feas que siento son solo muros energéticos que se irán solos si les doy el tiempo.

«¿Por qué no quieres salir con el Dios del Sol?».

Vuelvo a abrir los ojos y me doy cuenta de que no estoy sola. Había olvidado la presencia de la señora Barbieri, que me mira con curiosidad.

«Oh, señora Barbieri...», empiezo cogiéndole una mano. «No es lo que parece... No es lo que piensan Rosy y usted... No es una cita romántica».

Ella sonrío y, lentamente, levanta la mano libre y me da golpecitos en la mía. «Pues a mí me parece que sí».

Niego con la cabeza. «Pues no lo es... Sabe, es una apuesta... Hicimos una competición, hicimos un pacto...». me encojo de hombros. «Es una apuesta que ha ganado él», repito para abreviar.

«¿Y la apuesta preveía que tenía que ser un viernes por la noche?», me pregunta entrecerrando los ojos.

«No, podía ser cualquier noche, era solo... salir una noche», concluyo miserablemente.

«Sí, pero nuestro Apolo ha elegido un viernes por la noche...», insiste la señora Barbieri que, como me quiere mucho, se obstina en ver el romanticismo donde solo hay prepotencia. Porque eso es lo que es Andrea: un prepotente.

«No, no ha sido su primera elección... Ha sido casualidad. A él le venía bien cualquier día, soy yo que seguí diciendo que no y probablemente hoy se ha hartado de esperar definitivamente».

«¿Y por qué has seguido diciendo que no?», me pregunta curiosa, de manera totalmente diferente a la de Rosy.

«Porque no quiero quedar con él... Le repito que no es una cita romántica. Será penoso para mí», contesto con los ojos brillantes.

Ella vuelve a guiñar los ojos y se frota el mentón con el dedo. «Si es tan penoso para ti y él lo sabe», y mientras dice la frase yo asiento vigorosamente, «¿Por qué está tan empeñado en que quedéis?», pregunta meditabunda la señora Barbieri.

Yo fijo la mirada un momento sobre su anillo de oro con la piedra azul que le rodea el índice apoyado en el mentón. «Porque es un prepotente», digo al final levantando la mirada, tras lo cual voy a por la comanda que Rosy está ondeando desde el fondo de la barra, y pienso que ni siquiera hemos terminado el horóscopo.

10.

Andrea llega a las ocho en punto, puntual como siempre.

Patéticamente, me he arreglado, porque desde que se fue de la cafetería sabía que era inútil seguir luchando en ese sentido. Además, he pensado que seguiría estresándome hasta que quedáramos, así que más me valía quitármelo de en medio y cerrar el asunto de una vez por todas.

A finales de mayo hace calor por aquí, aunque no exageradamente, así que me pongo unos leggings negros tres cuartos, una camisa rosa muy ancha y larga que me tapa casi hasta las rodillas y la llevo remangada hasta los codos, un par de bailarinas negras y me dejo el pelo suelto. Estaba muy indecisa sobre si maquillarme o no, porque por un lado maquillarme podía dar la impresión de que veo esta cita como algo romántico, pero no maquillarme habría podido hacerme sentir incómoda en el caso de que Andrea llegara demasiado guapo, muy bien vestido, o arreglado, etcétera. No creo que se presente vestido elegante, pero tampoco vendrá en chándal y con deportivas, así que opto por un término medio, es decir, un maquillaje ligero, efecto cara lavada: solo un poco de rimel, brillo de labios y colorete.

Salgo por la puerta de casa y recorro la calle mirando su coche: se ha quedado sentado dentro, solo me ha escrito un mensaje donde decía que estaba aquí fuera, que saliera sola y que no lo obligara a usar malas maneras. Mi madre y yo vivimos en un chalet adosado de dos plantas, rodeado por un pequeño jardincito. Mientras camino hacia su coche intento respirar y calmarme: todo irá bien y terminará pronto. Solo son preguntas, preguntas humillantes claro, pero solo preguntas, y además estamos solos. En el fondo no debería sentarme tan mal: he sido humillada repetidas veces a lo largo de mi vida, así que para empezar ya tendría que estar acostumbrada, y además esta noche será solo delante de él, si hubiera otras personas sería mucho peor.

Cuando me subo asimilo enseguida su ropa y llego a la conclusión de que he hecho bien optando por un maquillaje ligero; va vestido casual, vaqueros azules y una camiseta negra de manga larga, pero esa mano de gomina en su pelo le da ese toque arreglado que me hubiera hecho sentir incómoda.

«¿Dónde vamos?», me pregunta después de saludarnos.

«Si no lo sabes tú... Por mí podemos incluso no ir a ningún sitio y cancelar esta salida».

Resopla. «Te advierto que no pienso tolerar esa falta de colaboración durante toda la noche... Este es mi premio por la competición que he ganado limpiamente. Y además me refería a cenar, ¿dónde vamos a cenar?».

Me giro para mirarlo mejor, como no había hecho antes. «Yo ya he cenado, no sabía que íbamos a cenar... Y además no llames competición a esa payasada que me obligaste a hacer».

Él me mira mientras conduce, parece como si quisiera decir algo, pero luego cambia de idea. En realidad no lo sé, en cualquier caso lo que dice al final es: «Yo no he cenado, y tengo hambre, así que acompáñame a cenar». Ignora mi comentario sobre la falsa competición.

«Como si tuviera elección...», murmulo de mal humor.

«Olly...». Tiene un tono de advertencia en la voz y yo me apresuro a decir: «Vale, vale. Esta era la última. Pero date prisa. Dispara la primera pregunta».

Nos detenemos en un semáforo en rojo y me mira fijamente un momento, antes de resoplar teatralmente. «¡Dios mío! ¡Eres un erizo! ¡Un puerco espín! ¡Un cactus! ¡Llena de púas, y de espinas, y uno se pincha continuamente contigo!».

Trago saliva, porque ya tengo ganas de llorar y llevo menos de tres minutos dentro del coche. Cuando se pone verde vuelve a arrancar y yo me pongo nerviosa. «¿Pero quién te ha dicho que te acerques?», le pregunto ácida. «¡No te pincharías si te quedaras en tu sitio!».

Andrea respira profundamente, pero no contesta. Creo que está intentando calmarse. Cuando abre la boca, entiendo que por nada del mundo se dejará confundir esta noche. «¿Por qué no me has dicho que sabías nadar?».

Respiro profundamente, resignada. «Porque me daba miedo que después me lo propusieras».

«¿Por?»

«Porque no quería», contesto ácida.

«Ya me he enterado, ¿pero por qué?». Ya se ha relajado, le ha bastado darse cuenta que, aunque muy a mi pesar, contestaré y cumpliré mi apuesta, para quedarse tranquilo.

«Tenía miedo de que quisieras venir conmigo».

«¿Y por qué tenías miedo de que quisiera ir contigo?», pregunta pacientemente. Espero agotársela toda esta paciencia, antes de que acabe la cita.

«Porque no quería que me vieras en bañador», contesto rápidamente, también un poco sorprendida porque no lo haya entendido él solo con todo el trajín de mirar a las ventanas, quitarse las gafas de natación, etcétera. «Siguiente pregunta».

Suspira, aparca y me mira. Yo miro a mi alrededor: hemos llegado a un Pizza Hut. «Ah, ¿comida basura? Qué sorpresa...», comento ignorando su mirada fija y bajando del coche.

Me dirijo hacia la entrada del Pizza Hut y lo noto ya a mi lado, me coge del brazo y se encamina hacia la entrada. Yo doy un tirón para liberarme de su brazo y camino un par de pasos delante de él. Lo oigo suspirar otra vez. «Ya estoy perdiendo la paciencia...».

«Bien, tú te lo has buscado».

Una vez dentro, espero a que él elija una mesa y lo sigo. La camarera se materializa en menos de dos segundos y yo lo observo, mientras habla con ella: bajo las luces de neón del local su pelo parece aún más rubio, o quizá sea el contraste con la camiseta negra que crea este efecto. No sé si son las luces o de nuevo la camiseta oscura, pero sus ojos también parecen aún más azules. Esta noche va afeitado perfectamente, lo que resalta sus labios carnosos y los dientes blancos cuando habla o sonrío. Alarga los brazos en su sitio y parece aún más grande de lo habitual. Huele bien, lo noto desde aquí, incluso por encima del fuerte olor de pizza que hay aquí dentro. O quizá solo se me ha quedado impreso en la nariz. La pobre balbucea tomándole nota y le cuesta mantener la mirada sobre mí, cuando se dirige a mí.

«Para mí nada», digo aún de mal humor, pero un poco menos. Observar a la camarera casi me divierte. Suspiro volviendo a mirar a Andrea, que me está mirando otra vez, y pienso: ¿pero cómo será la vida en general cuando se es tan guapo? ¿Cuando todos, vayas donde vayas, reaccionan a tu belleza? ¿Cómo será? En mi opinión todo debe de ser más sencillo, la gente más amable, más disponible... Debe de ser todo más fácil.

Mientras pienso a mi bola nos miramos todo el tiempo, en silencio, hasta que él pregunta en voz baja: «¿En qué estás pensando?».

Y como es la Noche de la Verdad, respondo: «Pensaba en lo fácil que tiene que ser la vida cuando se es guapo».

Levanta una ceja, pero no comenta nada. Tal vez el argumento no le interesa, porque lo que dice después es: «¿Te has maquillado por mí?».

Abro la boca, sorprendida: «¿Cómo? ¡No!». Me echo hacia atrás en la silla. ¡Sabía que no tenía que maquillarme!

«¿Por qué te has puesto guapa si ni siquiera querías quedar esta noche?», pregunta él.

«¡No me he puesto guapa!», protesto.

«Claro que sí. Te has maquillado, te has dejado el pelo suelto... Te has vestido bien... el lápiz de labios...». Y a medida que va nombrando el elenco, mira lo que nombra.

Yo me quedo con la boca abierta. «¡No me he vestido bien!».

Afortunadamente llega la pizza para distraerlo de este argumento, y yo aprovecho para pasar al ataque en cuanto la camarera se esfuma con un suspiro. «¿Tengo derecho a hacer una pregunta esta noche o no?».

Él me mira de reojo mientras corta su pizza y empieza a comer. «Si no prevé una respuesta demasiado complicada... No quiero distraerme».

«¿Cómo haces para conocer tan bien la mentalidad de una persona con sobrepeso? Y luego el libro, el libro que me diste, es casi mágico... Es perfecto, ¿cómo lo encontraste?».

Pone una media sonrisita y mientras cena me lo cuenta: «Fue por mi hermana». Me ofrece un trozo de pizza con un gesto, mientras habla, pero yo niego con la cabeza. «Nos llevamos seis años, y cuando ella tenía doce y yo estaba en el último curso del colegio, había engordado bastante, en realidad no sé cuál fue el motivo que lo desencadenó, en cualquier caso había cogido peso. Mi madre había empezado a llevarla a todos sitios para hacer que adelgazara como fuera».

En ese momento de verdad no consigo no liberar un sentido: «¡Ah!».

Él me mira interrogativo, pero yo hago un gesto con la mano como diciéndole que continúe.

«El comportamiento de mi madre estaba empeorando las cosas, en vez de mejorarlas, y lo sé porque ella, que siempre me ha visto como una especie de héroe», y diciendo eso se sonroja un poco y yo no puedo, de verdad que no consigo, no encontrarlo adorable, «se confiaba conmigo. En ese momento pensé en ayudarla yo. Sabía que para perder peso el deporte ayuda mucho y yo adoro el deporte. Todos los deportes. Adoro

moverme, desde que nació».

Apoyo un codo sobre la mesa y la cara en la mano.

«Así que le propuse que hiciera deporte conmigo y ella aceptó enseguida. Empezamos y poco a poco, a medida que la ayudaba, me apasionaba. Veía sus progresos y me entusiasmaba aún más. Ella empezó a perder peso sin ni siquiera cambiar su alimentación, y cuanto más veía que adelgazaba, más motivada estaba a hacerlo mejor. Yo, por mi parte, empecé a informarme sobre la alimentación, sobre la psicología de las personas con sobrepeso y a buscar y encontrar libros. Todo lo que encontraba se lo pasaba. Ella hacía todo lo que le decía, era muy buena, y se fiaba de mí. Entre todos los libros que leyó, al final, me dijo que el mejor era el que te di, y por curiosidad lo leí yo también».

«¿Fue en ese momento cuando decidiste ser entrenador personal?», le pregunto.

Se mete en la boca el último trozo de pizza y niega con la cabeza. «En realidad no. Con dieciocho o diecinueve años no se es tan lúcido, tan inmediato. Tardé un poco más».

Asiento comprensiva.

Él me mira deteniéndose un momento, como dudoso, y luego añade: «Y además en aquella época tenía una historia un poco tormentosa con una chica, y yo estaba muy centrado en mi vida sentimental, por desgracia. Ella quería irse al acabar el colegio y yo solo quería seguirla, no dejar que se fuera».

«Ah». Pero Andrea no sigue, juega con los bordes de la pizza de su plato y no levanta la mirada. «¿Y entonces?», me siento obligada a decir.

Llega la camarera y pregunta si queremos un café antes de que él pueda continuar, cuando ambos decimos que no, ella duda un segundo de más, y luego se va.

Andrea sigue sin hablar.

«Te lo ruego, ¡no lo dejes en la mejor parte!», lo imploro sin dignidad.

Él me mira sonriente. «Pero acuérdate del trato», me reprende.

Yo asiento y le hago un gesto con la mano para que continúe.

«Pues en efecto ella se fue, como siempre dijo que haría, y yo la seguí. Nos fuimos a Inglaterra. Pero nuestra historia allí no duró ni un mes».

«¡Oh!».

Se echa hacia atrás en la silla, se estira y mete los pulgares en las trabillas de los vaqueros. «Sí, pero en el fondo siempre le estaré agradecido. Si no la hubiera seguido a Inglaterra quizá no hubiera conocido a las personas que conocí, hecho los cursos que hice, etcétera».

Asiento. «¿Y ella ahora?»

«Ella sigue allí. Se casó con un chico de Camerún y tienen una niña».

«¡Caray! Rápida...».

Andrea se ríe. «Sí, siempre fue una que vive a mil...».

Asiento de nuevo, y luego me viene a la cabeza otro detalle. «¿Y tu hermana al final?»

«Mi hermana ya había recuperado su peso antes de que yo me fuera y desde entonces lo ha mantenido. Ahora es una espléndida chica de diecinueve años».

Si se parece a él aunque sea solo vagamente me puedo imaginar la clase de estragos que causará a su paso.

«Estás sonriendo», me dice Andrea, y me doy cuenta de que he vuelto a perderme en mis pensamientos.

«Pensaba en tu hermana».

«¿Te gustaría conocerla?», me pregunta de repente, y yo me quedo un poco sorprendida: francamente no somos tan amigos para algo así, pero sería descortés hacérselo notar...

«Claro», respondo, y me doy cuenta de que en el fondo me haría ilusión conocer a su hermana.

«Vamos», me dice poniéndose en pie. «Y basta de hablar de mí».

Resoplo, pero lo sigo dócilmente.

En el coche descubro que tiene intención de llevarme a un sitio a la orilla del lago y, cuando llegamos al sitio donde dejaremos el coche y a mi alrededor solo veo bosque, empiezo a alarmarme. «Andrea, no quiero escalar una montaña, te aviso... Además llevo bailarinas, no llevo el calzado adecuado para caminar por mitad del bosque durante tres horas...».

Él sonrío. «No te preocupes, está justo aquí, parece lejos pero el lago está a pocos metros».

Fuera del coche, coge una manta del maletero, una cestita con seis cervezas y una antorcha.

«Tu maletero es como el bolso de Mary Poppins...», comento acercándome y mirando dentro. «¡Ya has metido la báscula!».

Él se ríe. «Mañana es día de pesarse».

«Sí, lo sé», murmuro mientras él cierra y echa a andar. Le quito la manta de la mano y camino a su lado. «Si me hago daño en los pies pagarás los daños...».

Él se ríe. «Si te duelen los pies te llevo en brazos».

«Sí, claro. ¡Así te provooco una hernia y adiós Iron!».

Él se echa a reír más fuerte. «¿Tan débil crees que soy?»

«¡No!», le digo desconcertada. «¡Soy yo que peso demasiado!»

«¡Ay, Olly!», suspira mientras caminamos por el bosque.

Todo está oscuro ahora. Andrea ilumina el camino que tiene delante con la antorcha, y ese único trozo de tierra delante de nuestros pies es lo único que se ve.

Procedemos en silencio durante unos metros, con el único sonido de fondo de las ramitas y las hojas que crujen bajo nuestros pies. Mantiene su palabra porque, al poco, veo el espejo del agua oscura, un poco inquietante, y oigo el sonido del lago.

«Aquí estamos», dice Andrea apuntando con la antorcha una pequeña explanada, una pseudo-playa, delante de la orilla del lago. Si siguiera caminando, entraría en el agua: no hay ninguna protección, ni barrera, ni desnivel. Le paso la manta y él la coloca, luego coge las cervezas y las mete en el lago, encastrándolas con piedras, mientras que yo me siento en la esquina derecha más externo de la manta.

«¿Qué es este sitio?»

«Es un lugar tranquilo que descubrí con unos amigos hace unos cuantos años».

«¿Podría llegar alguno de esos amigos, ahora?», le pregunto abrazándome las rodillas con los brazos.

Él se ríe. «No, no creo». Se sienta en el otro lado de la manta y coloca la antorcha entre los dos, dirigida hacia nuestros cuerpos, de manera que pueda verle media cara y él pueda ver media de la mía.

«¿Por qué quieres ser bibliotecaria?», pregunta enseguida, a bocajarro, sin ni siquiera un segundo de titubeo.

Suspiro. Cuánto querría haber terminado ya y estar de camino a casa... «Ya te lo dije, porque amo los libros».

«¿Y por qué no abrir una librería, o una editorial, o escribir un libro? ¿Por qué bibliotecaria?»

«Para tener poco contacto con la gente».

«Escribiendo también tendrías pocos contactos».

«Sí, pero para escribir hace falta talento, y además no es algo que pueda decidirse así. Tipo, ah, quiero ser escritor, mañana escribo un libro, lo publico y me gano la vida con ello. No funciona así. Es difícil ser bibliotecario, ¡imagínate escribir!».

«Tú tienes talento».

«No, no lo tengo», digo dura. «Y si tú sabes de actividad física y de dietas, yo sé de literatura y te digo que no tengo».

«¿Pero te gustaría hacerlo?».

Me quedo un momento en silencio antes de admitir: «Sí, me gustaría».

«Entonces deberías hacerlo igualmente. Prescindiendo del talento», responde de inmediato.

«Sí, vale...», le digo rápido apartando la mirada, para zanzar el tema.

«Deberías hacerlo para vivir tu vida, Olly. Para no dejar que tu vida te pase por delante mientras tú miras los márgenes del campo. Y porque solo el hecho de que te guste hacerlo, es un motivo válido para hacerlo».

Trago saliva y no contesto. Sabía que habría sido lamentable.

«¿Por qué quieres tener poco contacto con la gente?».

Ya estamos.

«Porque me siento incómoda la mayor parte del tiempo».

«¿Por qué?»

«Porque me han tratado mal bastantes veces, mucha gente».

«¿Quién?»

«¿Quieres los detalles?», le pregunto agresiva.

«Sí», responde enseguida, serenamente, sinceramente.

«Ah, de acuerdo, quieres los detalles más truculentos... claro», replico seca, apartando de nuevo la mirada de la suya y fijándola en el suelo oscuro bajo mis pies. «La primera de la lista es mi madre, que no pierde ocasión desde que tengo doce años de hacerme notar lo repugnante que es mi tamaño. Luego llegaron algunos de mis compañeros de clase, algún que otro profesor, personas desconocidas por la calle; hombres y mujeres de una cierta edad, niños, adolescentes, coetáneos míos; gente a la que conocía, gente amiga y gente a la que ni siquiera conocía. Me han dicho de todo y por todos lados: en el supermercado, en el bar, en la gasolinera... por todos lados. Por todos lados. Hay momentos en los que pensé que la gente veía solo eso en mí y que no conseguían retener ese pensamiento dentro de la cabeza; parecía como si por narices tuvieran que

decirme a la cara que estaba demasiado gorda». Hago una pausa y luego pregunto a la oscuridad que hay delante de mí: «Y digo yo, ¿acaso alguna vez le he dicho a las personas que tenía delante que eran bajas, que tenían la nariz grande, o acné, o poco pelo? ¿O que tenían las cejas unidas, o pelos que les salían por la nariz? ¿O que tenían los dientes amarillos y torcidos? ¿O las orejas de soplillo? ¿O que tenían las piernas delgadas y una barriga enorme? ¿O que tenían arrugas alrededor de los ojos, o en el cuello o el pecho caído? ¡No, nunca hice notar a nadie nada de nada!».

Andrea no dice nada. Yo cojo aire y le pregunto, mirándolo de repente: «¿Quieres una anécdota más concreta?». No espero a que responda, y sigo, volviendo a fijar la mirada en la manta bajo mis bailarinas. «Tengo muchas, pero te contaré la mejor: Donato Poggi, un compañero de clase del colegio». Respiro. «Donato Poggi me puso el mote de “Chichabomba” en el colegio, el primer día de clase. Que además en aquella época no estaba en realidad tan gorda, pero cuando tienes once años y estás rodeada de niños idiotas que le buscan tres pies al gato porque se sienten inseguros y no saben gestionar los cambios de su cuerpo, te llaman “Chichabomba” aunque seas normal». Suspiro, aún sin mirarlo. «Chichabomba... Ahora casi me hace gracias la palabra, pero tú no sabes lo humillante que es cuando eres pequeño, y cuando alguien te lo dice delante de todos, y todos se ríen. Chichabomba... cuánto he llorado por las noches, cuando estaba sola en mi habitación, por esa palabra... Una simple palabra puede hacer mucho daño». Sacudo la cabeza y miro hacia el frente, perdiendo la mirada en el lago negro. «En el colegio Donato Poggi quiso evolucionar y empezó a llamarme “Moby”, por Moby Dick, obviamente».

Andrea está tan silencioso que de vez en cuando giro la cabeza y le lanzo fugaces miradas para comprobar que sigue aquí.

«¿Y sabes una cosa? Estaba casi contenta, porque al fin y al cabo Moby no era tan chabacano como Chichabomba. Al menos no lo es para los niños del colegio no demasiado expertos en literatura. ¿Te das cuenta? Estaba contenta porque había cambiado el nombre con el que se reía de mí...».

Sacudo de nuevo la cabeza un poco disgustada por la *yo misma* de doce años. «Más tarde me bajó la regla y me creció el pecho de repente. En poco tiempo me encontré con una noventa y cinco, así que Donato Poggi empezó a alternar entre Moby, “Vaca Lechera” y “Trescabezas”. De

las tres cabezas, una era la que tienen todos, ya te imaginas cuáles son las otras dos». Me detengo un segundo para respirar, porque me doy cuenta de que me estoy alterando incluso ahora, después de más de diez años. «Luego sucedió que, unos tres meses antes de terminar el colegio, Donato Poggi dejó de reírse de mí por completo. Es más, empezó a mirarme diferente, se me acercaba por lo bajini a mis espaldas y me daba besitos en las mejillas. Me susurraba al oído que era guapa y que había sido un imbécil por tratarme mal».

«¡Ah! Típico: donde dije digo... Desde que el mundo es mundo».

Me giro a mirarlo y me doy cuenta, en la penumbra, de que está sonriendo. «Sí, donde dije digo, digo Diego... En cualquier caso, siguió así durante los últimos tres meses. Yo al principio estaba enfadada con él, por todo el daño que me había hecho durante casi tres años, y seguía rechazándolo, pero mientras tanto, con todos los cumplidos y todas las cosas bonitas que me decía, empezó a volverme loca. Sus ojos castaños se volvieron atractivos de repente y me convencí de la existencia de una especie de justicia divina, que había hecho que se enamorase precisamente de mí. Empecé a pensar que yo también, como mis otras compañeras de clase, podía estar con un chico, tener un noviete. Así que cuando me pidió que nos viéramos detrás del gimnasio del colegio en el recreo del último día de clase porque estaba enamorado de mí y quería besarme, yo fui, toda feliz y sonriente. Fui sin pensármelo dos veces».

Me detengo un segundo para coger aire y miro a Andrea, que ya no está sonriendo y me escucha, completamente inmóvil, completamente en silencio.

«Me hizo cerrar los ojos y sacar los labios. No me permitió tocarlo, mientras me levantaba la camiseta y me quitaba el sujetador. El beso nunca llegó; solo oí silencio durante unos minutos, hasta que en un momento dijo: “¡Ey, de verdad son gordas como dos cabezas!” y alguien que se reía. Abrí los ojos y vi frente a mí a Donato Poggi que ondeaba mi sujetador con un dedo, y otra docena de chicos». Trago saliva y veo que Andrea hace lo mismo, si apartar la mirada de la mía. No dice nada.

«Me puse a llorar, me bajé rápidamente la camiseta y le pedí – incluso amablemente, imagínate que idiota – que me devolviera mi sujetador. Él se acercó y me dijo con una sonrisa en la boca: “Pero Moby, ¿de verdad creías que podía enamorarme de una ballena como tú?” , y lanzó el sujetador hacia arriba, a un árbol. Se quedó enganchado en una rama.

Decidí no recuperarlo y me fui de allí corriendo, mientras los demás se reían».

Hago una pausa, pero Andrea no comenta nada, así que concluyo: «Así que no, no tengo muchas ganas de trabajar en contacto con la gente».

Él respira profundamente y se mira las manos, entrelazadas hacia delante; lo respeto en este momento, porque se queda en silencio y no me dice algo tipo “era solo un niño imbécil”. Prefiero el silencio a una frase de ese tipo.

«¿Hemos terminado? ¿Ya estás contento?».

Él levanta la mirada, serio, y dice: «No, y no».

«Ah, genial. Muy bien. ¿Qué más quieres saber ahora?», le pregunto sarcástica.

«¿Qué sucedió luego?».

Suspiro. «Luego sucedió que aquel día volví a casa llorando. Lloré durante toda la tarde. Cuando mi madre volvió a casa del trabajo, le dije que no quería hacer los exámenes finales porque no quería volver a pisar el colegio. Ella me dijo que ni hablar, y me hizo contarle todo lo que había pasado. Le di una versión ligeramente edulcorada: le conté el acoso de meses, años, culminado aquel día, pero... omití la parte del sujetador porque era demasiado humillante. Cuando terminé, me dijo que Donato Poggi solo era un niño imbécil, que pronto me olvidaría de todo y de todos, y que si la hubiera escuchado y hubiera hecho todo lo que ella me decía, estaría delgada y nunca me habría pasado algo tan desagradable. Entonces le dije que cuando acabara los exámenes quería irme a vivir con mi padre, en Roma, porque no quería seguir viviendo con ella, y ella me dijo que muy bien, si él quería. Entonces llamé a mi padre, le conté todo lo que había pasado, omitiendo de nuevo la parte del sujetador, y le pedí si podía irme a vivir con él. Él se quedó fatal por lo que me había pasado, incluso amenazó con venir aquí a hablar con los padres del niño, pero respecto a lo de vivir con él... No, porque no había sitio para mí en el apartamento donde vivía con su nueva mujer y sus nuevos hijos. Así que tuve que quedarme con mi madre, fui a hacer los exámenes finales al lado de los chicos que habían visto y se habían burlado de mis partes íntimas, y fui a un instituto donde estaban algunos de esos chicos. Empecé a comer aún más, y a engordar aún más».

Me detengo solo un momento, para coger aliento. Él no dice nada, y a pesar de que me molesta y me humilla el hecho de estar contándole estas

cosas precisamente a él, por otro lado ya no quiero parar, como si una vez abierto el dique fuera imposible volver a cerrarlo. «Hubo períodos, durante el instituto, en los que intenté de todo para adelgazar. De todo... Intenté vomitar después de las comilonas, ayunar, correr en el sitio dentro de mi habitación, saltar a la comba dentro de mi habitación, hacer abdominales y flexiones también a escondidas, sola en mi habitación; intenté todas las dietas, todas las técnicas. Llegué hasta el punto de hacerme daño físicamente cada vez que tenía ganas de comer, pero eso tampoco funcionó: me hacía daño y luego comía igual. Hasta que un día me harté de ese tormento... oh, infinito, infinito tormento... y abandoné mi propósito, y lo dejé pasar, y me resigné a estar gorda durante el resto de mis días».

Me quedo en silencio durante un momento y Andrea inspira fuerte, aún mirándose las manos, luego se levanta de golpe. «¿Quieres una cerveza? Yo... creo que la necesito».

«Sí, gracias». Y la cojo cuando me la acerca ya abierta.

«¿Y qué te hizo cambiar de idea?», me pregunta una vez que se vuelve a sentar en su sitio.

Suspiro y bebo un poco, antes de responder. «No estaba viviendo plenamente. Como tu decías antes: es como si fuera la vida la que sigue adelante, la gente la vive, y yo estuviera aparte a mirar a los demás. Y luego... Sigo estando incómoda. Por lo menos casi siempre. Y estoy harta de estar incómoda con mi propio cuerpo».

Asiente, luego se aclara la voz, levanta la cabeza y me mira a los ojos. «¿Pero cómo has conseguido darte cuenta de que no estabas viviendo? O sea, qué ha pasado... Quiero decir, tiene que haber un acontecimiento desencadenante, ¿por qué, por qué motivo ahora y no hace tres años, por ejemplo? ¿O hace dos años?».

Yo respiro y titubeo, él me mira fijamente. Bebo otro sorbo de cerveza, que está fría y hace que me maree un poco. «De un punto a esta parte he vivido un poco... *anestesiada*... si se puede decir así, y luego...». Me detengo porque no me apetece contarle lo de Gianca.

«¿Y luego?».

Bajo la cabeza y bebo un poco más. «Nada, luego una noche hace unos meses conocí a un chico».

Él se endereza y se pone atento. Murmura con voz bajísima: «Lo sabía...».

Me encojo de hombros otra vez.

«Continúa», dice moviendo la mano como un molinillo.

«En realidad no hay mucho más... Conocí a este chico, me gustó, y me di cuenta de que... de que...», lo miro un momento sonrojándome antes de apartar la mirada, «de que me hubiera gustado que pasara algo entre él y yo, pero al mismo tiempo no, porque me sentía demasiado incómoda con mi cuerpo, así que... decidí modificar uno de los sumandos de esta suma, con la esperanza de que así cambiaría también el resultado».

Andrea se queda en silencio un montón de tiempo.

Yo miro ami alrededor, a la oscuridad, bebo y juego con el botellín de cristal de la cerveza, me miro los pies y no digo nada hasta que él no rompe el silencio. «¿Es Nic?».

Levanto la cabeza de golpe, sorprendida. «¡No!».

Él se encoge ligeramente de hombros. «¿Entonces quién es?»

«No creo que lo conozcas...»

«¿Cómo se llama?». Tiene la mirada fija, y seria; el botellín que tiene en la mano está aún medio lleno.

Me encojo de hombros, antes de responder: «Se llama Giancarlo. Es un amigo de Nic».

Andrea entrecierra los ojos. «¿Vino al instituto con nosotros?». Se refiere al suyo y de Nic.

«No lo sé, solo sé que hace mucho snowboard».

Él mira hacia delante, aún con los ojos entrecerrados, se rasca la barbilla y al final dice: «Creo que ya sé quién es... ¿Moreno con los ojos azules?», pregunta girándose de nuevo hacia mí, y yo asiento. «Sí, venía al instituto con nosotros», concluye.

Asiento de nuevo sin decir nada más, esperando acabar así el discurso.

Pero él no quiere acabarlo. «¿Y ha pasado ya algo?»

«¿Eh?», le pregunto con una voz que muy a mi pesar me sale chillona.

«Entre vosotros».

«Ah, no, no. No lo he vuelto a ver».

Andrea da un largo sorbo y se rasca la nuca, se aclara la voz antes de hablar. «¿Te gustaría que pasara?».

Me quedo sin aliento y sin palabras; aparto la mirada, pero estoy tan incómoda que apoyo mi botellín en el suelo y me pongo de pie. «Basta, volvamos. Ya te he dicho muchas cosas». Me abrazo y me froto los brazos

como si de repente tuviera frío, pero no hace frío.

Él también apoya el botellín y se levanta rápido, se me pone delante, de pie, y susurra: «Basta lo digo yo. ¿Te gustaría que pasara?».

Ahora tengo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos, pero luego la vuelvo a bajar enseguida, suspirando ruidosamente. «En parte», respondo en voz bajísima, sin mirarlo.

«¿En qué sentido?», susurra.

«Una parte de mí querría... la otra... no», murmulo bajísimo, sin levantar la cabeza.

«¿Y qué quiere la parte que querría, y por qué no quiere la parte que no querría?». No sé por qué hemos empezado a murmurar los dos, de repente.

Está demasiado cerca, demasiado imponente, y no quiero responder. Miro a mi alrededor, buscando un pretexto cualquiera, pero encuentro solo oscuridad y naturaleza, y él, por primera vez desde que hemos llegado, me doy cuenta de que ha elegido bien el lugar para mi tercer grado. «Por favor, basta, vámonos».

«¿Por qué sí y por qué no?», repite inexorable, sin piedad.

«No porque... tengo miedo. No sé de qué, ni por qué. Y también porque...». Si esta es la Noche de la Verdad, que la Verdad sea. «En realidad no me gusta tanto. O sea, es mono, pero... prácticamente no lo conozco... y... casi no me acuerdo ni de su cara ya», confieso en voz baja aún sin mirarlo.

Él no dice nada durante unos momentos, y espera, pero cuando no puedo ya ni hablar, me dice: «Falta un trozo».

Tengo su pecho frente a mí, iluminado desde abajo por la antorcha que sigue entre nosotros. Respiro profundamente porque ya no tengo aire en los pulmones. Mirándole fijamente la camiseta, intento decir algo. «A pesar de todo, a una parte de mí le gustaría porque... porque... quisiera... probar...». Vuelvo a coger aire. «Quisiera... tener... tener...». Vuelvo a inspirar. «Quisiera... tener... experiencias... sentimentales y...». Suspiro y me miro los pies. Cierro los ojos y me paso la mano por el pelo. Vuelvo a suspirar, poniéndome las manos en las caderas. A todo esto, Andrea no dice nada. Cuando vuelvo a abrir los ojos veo su pecho – porque no soy capaz de levantar la mirada ni aunque me pagaran mi peso en oro – que se infla y se desinfla más rápido respecto a antes. «Porque... quisiera tener... una vida completa».

Él se queda en silencio muchísimo rato, yo me abrazo fuerte y me quedo así; me juro a mi misma quedarme callada e inmóvil hasta que no nos vayamos.

«Tú nunca has... nunca has...», empieza un poco después, y al parecer tiene mis mismas dificultades.

Niego con la cabeza, mordiéndome el labio inferior. «No», digo tan bajo que si no hubiera este absoluto silencio habría sido imposible oírme.

Veo que levanta un brazo, se pasa la mano por el pelo y se rasca la nuca antes de volver a ponerla en la cintura. «¿Eres... alguien te ha... nunca te han besado?».

Vuelvo a negar con la cabeza. «No».

Inspira y se aclara la voz. «¿Y... alguna vez te han... tocado? ¿De... alguna manera que no fuera... cómo decir... inocente?»

«No». Vuelvo a morderme el labio; sigo con la cabeza baja, nunca la he levantado y creo que no la levantaré más, y jamás tendré valor para volver a mirarlo a la cara. Me salen lágrimas de la vergüenza, pero yo me quedo inmóvil e intento concentrarme en los muros energéticos.

Él tampoco se mueve, y no habla. Solo lo oigo respirar, suspirar y coger aire de vez en cuando, como si fuera a decir algo, pero luego no dice nada y queda solo el silencio y el sonido del agua y del viento entre las hojas de los árboles.

«¿Podemos irnos?», pregunto en voz baja después de unos momentos, mirándome los zapatos.

«Yo...»

«Te lo ruego...», suplico cerrando fuerte los ojos.

Oigo cómo suspira y al final dice: «Vale».

Ninguno de los dos dice ni mu durante el camino de vuelta.

No sé cómo voy a hacer mañana por la mañana, cuando tenga que verlo en el carril bici y ni siquiera tenga la protección de la oscuridad de la noche.

11.

Pues he hecho que no he ido. Por primera vez desde febrero no me he presentado a un entrenamiento con Andrea, como le contaba esta tarde a Linda.

No sé qué pensará él, ni siquiera lo he avisado, se habrá quedado esperándome un poco antes de entender que no iría; me he sentido fatal por hacer algo así, pero no podía – de verdad que no podía – hacer otra cosa. Él ni siquiera me ha llamado o escrito después, quizá el tampoco se ha presentado... Más probablemente estaba tan enfadado que ha preferido esperar antes de darme el sermón, para no correr el riesgo de estrangularme. No sé qué haré el martes, por ahora no lo pienso y vivo al día; hoy es sábado y estoy yendo con Linda a casa de los gemelos para hacer algo juntos. Nic se queda en casa esta noche y le ha dicho a Linda que me dijera que fuera, así no estará de candelabro toda la noche con ellos. A mí no me apetecía nada, demasiado trastornada desde anoche y esta mañana, pero Linda ha insistido mucho, bajo las rígidas instrucciones de Nic.

Me he puesto unos vaqueros de hace tiempo, no demasiado estrechos, pero tampoco muy anchos como lo son ahora mis pantalones habituales desde hace unos meses, arriba me he puesto una camiseta blanca con la cara de Marylin en blanco y negro que sonrío seductora, y sobre la camiseta un cardigan fino, de algodón, estrecho y de color crema. Me he hecho una coleta y me he pintado un poco, prácticamente como ayer. Empiezo a divertirme un poco con la ropa y los looks en general. Sigo estando incómoda la mayor parte del tiempo, como si no hubiera perdido todos esos kilos, y a menudo solo tengo ganas de ser invisible, pero poco a poco, día tras día, lucho por derribar ese muro y oso; aunque la sola idea de ponerme algo adherente me da un poco de ansia, me esfuerzo y oso.

En la puerta de casa de los gemelos, nos abre la señora Bueno. Saluda a Linda con una sonrisa y dos besos, y luego me mira de arriba abajo y aplaude contenta. «¡Olivia estás preciosa, preciosa!».

Yo me río, porque ya sé lo que está pensando, y sé por qué está tan contenta. Sacudo la cabeza. «Gracias señora». Ya no le digo nada, la dejo

que sueñe con esa imagen de Nic y yo en su cabeza, con el tiempo ella sola entenderá que no hay nada que hacer.

«¡Pasad, pasad!». Nos empuja con las manos hacia las escaleras que llevan a la planta subterránea, donde está la salita del cine. «Nic está abajo, en la salita de juegos».

Linda y yo nos miramos un instante, y luego nos echamos a reír. «¿Y Marco?», pregunta Linda riéndose y mirando hacia atrás.

La señora Bueno sacude la cabeza sin ningún tipo de empacho: «Marco también, claro».

Aún estamos riéndonos cuando entramos en la salita de juegos, una habitación en la que hay un futbolín, una mesa de billar, una mesa sencilla con sillas de madera alrededor – usada para jugar al ajedrez, a las damas y a las cartas – y un sofá de piel negra cerca de la puerta. Yo entro la primera, con la cabeza ligeramente girada hacia Linda y una carcajada moribunda en la boca, y cuando me giro y veo quién está apoyado de brazos cruzados en el futbolín, que está justo delante de la puerta de entrada a la salita, la carcajada muere definitivamente, sin posibilidad de auxilio.

A mi lado aparece de repente Marco, lo veo de reojo. «Lin, ven a ayudarme con las bebidas», dice adelantándose y saliendo de la habitación.

También veo a Nic entrando en mi campo visual, lo miro interrogativa y él se mete las manos en los bolsillos. «Yo voy a mear». Y cuando sale cierra la puerta a sus espaldas, tendiéndome una trampa dentro de esta salita con un Dios del Sol enfadado.

«¿De quién ha sido esta maravillosa idea?»

«Mía», responde Andrea sin titubeos.

Asiento y miro al suelo, sin moverme un paso del umbral.

«Me has abandonado», empieza él, porque Andrea no es uno de esos que pierden el tiempo.

No contesto.

«Al menos podías avisarme de que no querías venir... Me he quedado allí esperando una hora como un capullo».

Sigo mirando el suelo, pero me muerdo el labio inferior, único signo externo de mi sentimiento de culpabilidad. En el fondo no parece tan enfadado, está hablando de una manera muy calmada. Quizá no me pegue.

«¿Es para siempre o solo por hoy?».

Esa pregunta me hace levantar la cabeza de golpe; lo miro con los ojos como platos. «¿Cómo?»

«¿No quieres seguir en general o te has tomado una pausa solo por hoy? Me gustaría saberlo. Te confieso que no me ha gustado tener que esperarte una hora, no quisiera repetir la experiencia».

Aparto la mirada y suspiro profundamente. «¡Oh, Andrea!». Me acerco al sofá negro y me dejo caer en peso muerto, apoyando los codos en las rodillas y escondiendo la cara en las manos.

Lo oigo moverse y luego noto el sofá hundirse bajo su peso. No dice nada, solo espera, tal vez cansado de tener que estimularme continuamente para que me abra. De repente me doy cuenta de cómo debe ser todo esto visto con sus ojos y, francamente, no sé cómo puede seguir aquí. Sin embargo no puedo quitarme las manos de la cara y, aún escondida, digo: «Me siento incómoda...»

«Qué raro. Nunca había oído esa palabra salir de tu boca...», replica sarcásticamente.

Respiro profundamente y me obligo a quitarme las manos de la cara, pero no lo miro... Pasito a paso. «Estoy avergonzada por las cosas que te dije, por... lo que ya sabes».

«Olly...». Suspira. «¿Pero vergüenza por qué?».

Me quedo en silencio y luego me obligo a mirarlo. Error, está terquísima, y sus ojos están demasiado cerca, su cuerpo y sus hombros, y su boca... todo... demasiado... cerca. Me pongo en pie de golpe, pero me obligo a no alejarme. «Las cosas que te dije son embarazosas».

Él se queda en silencio un instante, luego se levanta, me gira y me pone un dedo bajo el mentón, levantando delicadamente mi rostro. «Mírame».

Levanto los ojos reacia, sonrojándome.

«No tienes de qué avergonzarte. Nada». Luego añade, «No eres tú quien tiene que avergonzarse».

Vuelvo a bajar la mirada. «Te dije cosas... muy... íntimas. Y ni siquiera sé si puedo fiarme». Como no contesta, continúo: «Tal vez le has contado todo a Nic, y os habéis estado riendo a mis espaldas. Quizá le cuentes todo a tus amigos, o a las chicas con las que salgas, refiriéndote a mí como “esa obesa amargada” de la que te ocupas tiempo perdido».

Me pone las manos sobre los hombros y yo levanto instintivamente la mirada, encontrando sus espléndidos ojos que parecen un espejo de agua

cristalina. «Para empezar, por si todavía no te has dado cuenta, no eres obesa, es más, ya casi ni siquiera tienes sobrepeso. Es más, ¿sabes lo que te digo? Quizá ni siquiera deberías llegar al peso que habíamos fijado, ya estás bien así».

Yo aparto inmediatamente la mirada y él me da un toque para que vuelva a mirarlo. «En segundo lugar, si no confías en mí esto no funcionará y habrás tirado a la basura el dinero que me has pagado hasta ahora. Y tercero, ¿has oído hablar alguna vez del secreto profesional? Tengo que guardar el secreto profesional, yo».

Inesperadamente eso consigue hacerme reír. «¿De verdad? ¿Los entrenadores personales también tienen secreto profesional?»

«Claro», contesta todo serio, asintiendo vigorosamente. «Conocemos el peso de las mujeres, si no tenemos secreto profesional nosotros no sé quién lo va a tener».

Me río y él sonrío automáticamente. «Te recuerdo que el primer día, en el momento de la báscula, amenazaste con matarme».

Yo vuelvo a esconder la cara entre las manos. «¡Oh!». La voz me sale camuflada.

Él se ríe y lentamente me quita las manos de la cara. «Olly», me dice con una voz tan dulce que me siento obligada a levantar la mirada. «No tengas miedo, las cosas que me contaste quedarán siempre entre nosotros. Es más, no hablaremos más de ellos si no quieres, pero para mí era importante hacerlo. Para que confiaras en mí y para que te enfrentaras a tu pasado, para que afrontes lo que eres reacia a afrontar».

Asiento un poco acalorada y sonrojada, pero ya me siento mejor respecto a ayer.

«Antes de dejar el tema...», dice Andrea como si se acabara de acordar de algo. «¿Puedo preguntarte algo en lo que estuve pensando durante horas?»

«¿El qué?», pregunto enseguida curiosa.

«¿Qué fue de Donato Poggi?»

«Oh», me encojo de hombros. «Creo que hizo la escuela de aparejadores».

«Así que no lo has vuelto a ver»

«No, gracias a Dios no. No estaba entre los que vinieron a mi instituto. Y luego...». Me encojo de hombros. «Hasta ahora he tenido la suerte de no encontrármelo nunca».

Andrea reflexiona un momento. «¿Cómo era?»

«¿Físicamente? Era moreno, de ojos y de pelo, y era bajito y delgadito, pero quién sabe cómo será ahora».

«Moreno, geómetra...», recapitula Andrea como si estuviera memorizando datos para los deberes de clase.

«¿Por qué?».

Él me mira guiñando los ojos. «Si me lo encontrara por ahí, ¿podría molerlo a palos?».

Yo me río negando con la cabeza, pero paro sorprendida cuando oigo la voz de Nic. «¿A quién quieres moler a palos?».

Ambos nos giramos hacia la puerta, luego Andrea vuelve a mirarme un segundo, antes de girarse otra vez hacia Nic y decir: «A ti, obviamente, ¿quién se merece que lo muelas a palos más que tú?».

Nic se ríe. «Sí claro, ¡te los llevarías tú!»

Detrás de Nic aparecen Linda y Marco con las botellas en la mano.

Yo me río, porque no me imagino a nadie ganándole a Andrea en algo físico. Sé que probablemente existe gente aún más exagerada que él, que corre más y más rápido, con los brazos más fuertes y más potencia en general, pero yo no los he conocido hasta ahora.

Nic me mira con el ceño fruncido. «¡Ey! ¿Y esa risa? ¿No crees que podría con él?».

Levanto las manos sin decir nada, sonriendo. «Ni lo sé ni lo quiero saber. Esta noche no habría salido si no fuera por tus quejas y tus lloriqueos».

«¡Lloriqueos!», exclama Nic resentido.

«Yo estoy aquí solo por el fútbolín. ¡Venga, a la mesa!», continuó como si no hubiera hablado.

Andrea, Nic y yo vamos al fútbolín, mientras que Linda y Marco van a la mesa de billar. Ya sé lo que harán, porque los he visto mil veces: harán como que juegan, pero estarán tonteando todo el tiempo, aprovechando la mínima ocasión para rozarse y tocarse, como si no lo hicieran ya bastante sin la excusa del billar. Me detengo un momento a mirarlos, pensando en lo bonito que tiene que ser no saciarse nunca y tener la posibilidad continua de intentar saciar un hambre sin fin.

Cuando me giro hacia el fútbolín me encuentro a Nic por el otro lado intentando recuperar un balón, y a Andrea que me mira. Les echa una mirada a Marco y a Linda y hace un gesto con la mano, como diciendo

“¿Qué?”.

Me encojo de hombros. «Nada».

Nic levanta la cabeza y me apunta sonriente con el balón. «¿Estás preparada?»

«Tú bastante», contesto. Si hay algo en lo que soy buena es en el fútbol. Durante años fue mi respuesta ritual cuando alguien me preguntaba si practicaba algún deporte.

Empezamos una especie de torneo, pero cuando me doy cuenta, después de un puñado de partidas, de que Andrea es un negado, se me ocurre una idea brillante. Muy brillante. Brillantísima.

Espero a que Nic diga, con sus elegantes maneras, “voy a mear”, para girarme hacia Andrea con una sonrisa diabólica. «Vamos a echar una partida, tú y yo».

«No te bastan las que hemos echado hasta ahora?».

Resoplo, cruzándome de brazos. «No lo sé... faltaba algo...». Finjo que se me ha ocurrido una idea de repente. «Se me acaba de ocurrir algo que podría reavivar un poco el juego: ¿por qué no hacemos una apuesta? Sabes, para hacerlo más interesante...».

Él guiña los ojos sin decir nada.

«Si yo gano, estarás en mi poder durante una semana, tendrás que hacer todo lo que yo te diga, todo», continúo, cada vez más exaltada por esa espiral de venganza, y luego pregunto con aire inocente: «¿Si ganas tú qué quieres?».

Se cruza de brazos. «Juraría haber oído decir a alguien que competir con alguien cuyo nivel es muy, muy diferente, era una payasada...»

«¿De verdad?», respondo levantando las cejas. «No me suena. Yo lo que he oído es que una competición es una competición, y quien pierde tiene que pagar la apuesta».

Resopla. «Entonces de acuerdo. Si gano yo... lo mismo. Durante una semana harás todo lo que yo decida».

«Vale», digo enseguida, de todas formas no ganará.

No puedo evitar sonreír. Sonrío mientras nos acercamos al fútbol, él por un lado, yo por el otro; sonrío mientras preparo los balones y pongo a cero los marcadores laterales; sonrío incluso mientras me desabrocho el cardigan, esta partida tengo que hacerla lo mejor posible y quiero estar cómoda.

Andrea estaba resoplando, remangándose la camiseta casi hasta los

codos, moviéndose de manera torpe desde el otro lado del balón, mirándome de reojo de vez en cuando, pero mientras me desabrocho el cardigan de endereza y se detiene, hasta quedarse del todo inmóvil. Me mira las manos, que poco a poco van liberando los pequeños botones, y de vez en cuando levanta los ojos y me mira a la cara. Es lo único que mueve, los ojos, y si no fuera por esa pequeña señal de vida, me costaría creer que está respirando.

«¿Preparado?». Y me cuesta de verdad contener la felicidad en la voz.

Andrea sacude la cabeza y se concentra en el balón, yo lanzo el balón y empezamos. En menos de un minuto ya he marcado dos goles.

«Bueno pero esfuérate un poco, si no, no tiene emoción...», le regaño.

«Sí Andrea, esfuérate un poco...». Oigo al irónico de Nic, que llega en ese preciso instante.

Levanto los ojos y veo que Andrea mira mal a Nic, que observa el balón. «¿Partidilla aparte?»

«Sí, y además hemos hecho una apuesta, así que no me desconcentres...», dice Andrea lanzando el balón.

Noto enseguida que se está esforzando más y me cuesta meterle otros cuatro goles, y mientras tanto él ha conseguido marcarme dos. En ese momento Nic, que está siguiendo y comentando la partida desde mi lado del balón, dice: «¡Me parece que te la tengo que distraer un poco si quieres tener alguna esperanza!»

«¡Ni lo intentes!», lo amonesto sin levantar la mirada de la partida. Al principio no hace nada y yo me olvido de su presencia, pero después empiezo a notar cosquillas en el cuello y empiezo darme golpecitos con una mano mientras juego. Oigo una risita y me giro, y me encuentro la cara de Nic a dos centímetros, que se ríe socarrón, mientras intenta soplar-me.

«¡Para inmediatamente!».

Él se ríe y se aleja. Vuelvo a la partida pero casi enseguida noto ligeramente unos dedos, otra vez en el cuello. «¡Nic, te arranco los dedos de un bocado, te aviso!».

Con cada uno de mis comentarios Andrea levanta la cabeza de golpe y mira a Nic. En uno de esos momentos marco otro gol. «¡Ese no vale!», dice Andrea con la mirada torva.

«Que no lo dudes...», replico poniéndome las manos en las caderas.

«¡Es culpa tuya si te distraes mientras la partida está en juego!».

Andrea aprieta los dientes, coge otro balón y lo lanza con violencia, y casi enseguida me marca un gol. Estamos siete a tres y aún estoy bastante tranquila. Pero Nic sigue molestándome, en el cuello, sin llegar a tocarme de verdad. Yo consigo jugar más o menos, aunque con dificultad, y a marcar otro gol. Andrea marca otro justo después del mío, y durante unos minutos estamos en silencio mientras ambos nos concentramos. En un momento dado noto algo en las axilas, echo atrás el brazo izquierdo de golpe y Andrea marca un gol. Oigo a Nic que se ríe y me giro hacia él.

«¡Tienes cosquillas!», exclama él con caradura.

Me giro hacia Andrea. «¡Ese no vale!».

Él me hace un guiño. «¡Es culpa tuya si te distraes mientras la partida está en juego!»

«¡Eres como un niño!», le grito a la cara de manera muy adulta mientras cojo un balón y lo lanzo al fútbolín con mucho ímpetu.

Ya nada va a desconcentrarme, nada. Tengo que ganar obligatoriamente.

Nic sopla, suspira, me susurra al oído, no se está quieto un momento, y me toca. Sobre todo me toca. Todo muy inocente, que quede claro, me apoya las manos en las caderas, en los hombros, etcétera. El único problema es que yo odio que me toquen. Lo odio. Pero quiero ganar, y lo único que hago es amenazarlo de muerte moderadamente de vez en cuando, sin quitar nunca las manos del fútbolín. He marcado otro gol y ya van nueve, uno más y gano.

Andrea se concentra, pero levanta la cabeza de vez en cuando; mira a Nic más que nada, y mientras este se ríe casi continuamente, él está muy serio, e incluso tiene una mirada yo diría casi de enfado. Andrea es así: se toma en serio hasta el más mínimo reto.

En un momento dado, noto las manos de Nic que me rozan la barriga, yo me sacudo como para quitármelas de encima mientras juego, pero él no las quita, es más, empieza a subirlas muy despacio hasta que se detiene justo debajo del pecho. Yo grito con todas mis fuerzas un desesperado «¡Nic!», antes de darme cuenta que él jamás haría algo así. Pero basta para que Andrea levante la cabeza y, asimilando la visión que tiene delante, se enderece y abra la boca. Yo marco un gol. El décimo. Me enderezo yo también de golpe y grito, esta vez de alegría: «¡He ganado!».

Ahora Nic está a mi lado, no a mis espaldas. Andrea nos sigue

mirando con la boca abierta, y yo empiezo a saltar y a gritar: «¡He ganado, he ganado!». Y a reír. ¡Por fin me puedo vengar! La felicidad y la satisfacción que siento en ese momento son... ¡indescriptibles!

Linda y Marco se acercan para saber lo que ha pasado, mientras que Nic me gira y me abraza. Yo lo abrazo saltando. «¡He ganado!». Luego me separo, me alejo y le digo: «Si hubiera perdido te hubiera matado!».

Andrea no dice nada. Ni siquiera se queja por el último gol que he marcado en un momento en que él estaba totalmente distraído, está apretando los mandos del fútbol hasta dejarse los nudillos blancos.

Me río en su cara. «¡Jode perder, eh!».

Cojo mi cardigan y me lo pongo. «¿Entonces qué semana empezamos? ¿A partir de mañana?»

«No, esta semana no», responde él rígido.

«No, tienes razón. Yo también necesito tiempo para organizarla bien. Ya te avisaré de qué semana empezamos».

«¿El qué?», me pregunta Linda, que ahora está a mi derecha.

«Si me acompañas al baño te hago un resumen». Y antes de salir de la habitación, vuelvo a mirar a Andrea con una sonrisa de triunfo.

Mientras, le resumo a Linda en el baño lo que acaba de pasar. Ella está en silencio, con los brazos cruzados apoyada en la puerta mientras que yo hago pipí. «¿Qué pasa?».

Ella sacude la cabeza. «¿Has visto cómo te mira?»

«¿Quién?»

«Andrea».

«¿Cómo me mira? ¿Como a su experimento de laboratorio?», pregunto riendo, aún con la adrenalina de la victoria.

Linda niega con la cabeza. «No creo que nadie pondría esa cara si alguien abraza a su experimento de laboratorio...»

«¿Pero qué estás diciendo?»

«Cuando tú y Nic os habéis abrazado...», dice Linda con aire pensativo, «de verdad que por un momento he temido que volcase el fútbol con una mano para ir a separaros...».

La miro un momento en silencio, con la boca abierta, y luego me echo a reír muy fuerte. «¡Oh Linda!», digo entre risas. «¿Qué te ha dado Marco para fumar?»

«Mmm». Es el comentario de Linda.

Poco después de nuestra vuelta a la salita me voy. Linda se queda a

dormir en casa de los gemelos, y Andrea también está medio tumbado en el sofá cuando salgo del cuarto de juegos. Prácticamente no ha vuelto a hablar desde la derrota, mientras que yo estoy feliz como no lo estaba desde hacía mucho tiempo.

12.

Estoy orgullosa de lo que he preparado. Esta semana me voy a divertir un montón.

Es la tercera semana de junio, y Andrea y yo la hemos establecido de mutuo acuerdo como mi Semana de Poder. Yo la he elegido porque el sábado por la noche será la tradicional fiesta del verano en la cafetería y ya tengo en mente algo especial, y él no tenía nada planeado y podía quedarse libre. A mi entera disposición. Solo de pensar en esas palabras me sale la sonrisa en la cara.

La Semana de Poder empieza en la medianoche del sábado y termina en la medianoche del sábado siguiente. Hoy es domingo, el primer día, y estoy esperando a que llegue. He preparado una maratón de películas de amor, con muchas palomitas y té helado. La maratón empieza después de comer, a la una y media, y durará hasta noche cerrada. Las películas que he preparado son: Dirty Dancing, Pretty Woman, Posdata: te quiero, Romeo + Julieta, El Diario de Bridget Jones, La Bella Durmiente y La Bella y la Bestia de Disney, y para terminar, Leyendas de Pasión.

Siendo domingo mi madre está en casa, y cuando me ha visto prepararlo todo me ha preguntado: «¿Viene Linda?»

«No, viene un amigo».

«¿Y desde cuando tienes amigos varones?».

Tarde o temprano me iré a vivir sola. «Ahora tengo uno».

«¿El gemelo soltero?»

«No».

«Vaya pregunta...», la oigo susurrar.

Mi madre se ha ablandado viéndome adelgazar; ahora, cuando salgo, a veces hasta me dice algún cumplido y le veo una felicidad en los ojos que me pone más de los nervios que las penosas bromitas de antes, y me dan ganas de ganar un par de kilos, así, lo justo para quitarle la sonrisa de la cara. Yo entiendo que a los chicos no les gusten las ballenas, que todo entra por el ojo, que la atracción está condicionada por el aspecto, etcétera, etcétera, lo puedo aceptar y resignarme. Pero ella es mi madre... *Mi madre...* Su amor debería ser incondicional. Siempre.

Cuando suena el timbre está tan desinteresada que ni siquiera se

levanta a abrir. Mejor.

Corro descalza hacia la puerta y abro con una sonrisa de oreja a oreja. Andrea está en el umbral con las manos en los bolsillos, lleva unos vaqueros claros un poco rotos a la altura del muslo y una camiseta blanca, que le resalta ese ligero bronceado que ya ha cogido, a pesar de que el verano acaba de empezar. No se ha afeitado y tiene el pelo revuelto y un poco mojado. Como mínimo se acaba de duchar después de esas cuatro o cinco horas que corre los domingos por la mañana. Huele bien, a fresco y a menta. Está absolutamente para quitar el hipo.

«¿Estás preparado?»

«No, pero da igual», responde sonriendo. «Con permiso», dice entrando en casa.

«Por aquí», le indico el salón, pasando por delante de la cocina sin entrar.

Mi madre la está recogiendo y no tengo ningunas ganas de presentarlos. Sin embargo a ella, oyendo la voz profunda, le ha debido entrar curiosidad de todas formas, porque se asoma desde la puerta con un trapo en la mano mientras pasamos. Por suerte estoy delante, así la mole de Andrea no me impide ver su cara cuando lo ve por primera vez. Me da la risa, y creo que ha sido una suerte que haya querido asomarse para conocerlo, si no, no habría visto esa expresión maravillosa: tiene la boca abierta y no consigue volver a cerrarla, los ojos como platos y las manos inmóviles en el trapo, que tras un par de segundos cae al suelo sin hacer ruido.

Me da una risita. Esta semana está empezando genial.

Andrea me adelanta y se presenta. «Buenos días señora. Soy Andrea, encantado».

Mi madre estrecha inmediatamente la mano de Andrea, levanta la cabeza como tienen que hacer todos para mirarlo y, por primera vez desde que tengo uso de razón, balbucea. «E-encantada».

Se olvida hasta de decir su nombre. Me sale espontánea otra risita y ella se gira hacia mí con una mirada extraña. Parece casi... de respeto. No estoy del todo segura, porque no la había visto antes. Se me pasan las ganas de reírme. «Vamos Andrea, no hay tiempo que perder, tenemos que ver un montón de películas», le digo gélida.

En cierto sentido, no es que no haya disfrutado viéndola tan sorprendida y sin palabras por una vez, pero ella es mi madre... ¿pretendo

demasiado esperando que me estime y me respete y me quiera prescindiendo de cuánto peso o de la belleza de un chico que traigo a casa?

«¿Por qué te has enfadado de repente?», me pregunta él en voz baja una vez sentados en el sofá.

«Vamos a dejarlo...». Y cuando veo su mandíbula agarrotarse en una expresión que ya conozco demasiado bien, volteo los ojos y resoplo, pero digo: «Digamos que entre mi madre y yo las cosas no fluyen. Te lo ruego», lo miro a los ojos y junto las manos, como en oración. «Te lo ruego, te lo ruego... no hablemos de cosas difíciles. Es mi Semana de Poder y estás aquí para ver películas de amor todo el día... Hazme feliz y sobre todo, respeta nuestro pacto».

Él se relaja al instante y se gira a mirar la montaña de DVD que hay en la mesita enfrente de la tele. «¿Son todas películas de amor?», pregunta levantando una ceja.

Yo sonrío, serena de nuevo. «Ajá».

Se pone blanco. En serio, ha perdido un poco de color. «Ay Dios mío...», susurra de hecho.

Yo sonrío, porque si hay algo que me hace feliz es fastidiarlo, fastidiarlo cuanto pueda. Y hacerle pagar los malos ratos que me ha hecho pasar, tanto en los entrenamientos como – sobre todo, obligándome a decirle ciertas cosas.

Pongo la primera película, Dirty Dancing, y para empeorar la situación, me adelanto a cada frase antes de que la digan los actores. En la tercera película ya está medio tumbado con sus largas piernas rozando la mesita y tiene una mano en la frente.

«Si te duermes volvemos a poner la película desde el principio», lo aviso, y él se gira de golpe con los ojos fuera de las órbitas. Yo, sentada como un indio en el sofá, le sonrío sádicamente.

Durante Postdata: te quiero yo lloro como una magdalena, como cada vez que veo esa película, y lo oigo quejarse cada vez que me pasa un pañuelo para que me seque los ojos y la nariz.

En cambio me sorprende cuando Mark Darcy aparece por primera vez en la pantalla mientras Bridget Jones dice: «¿Darcy? ¿Darcy como el Mr. Darcy de Austen?».

Se encoje de hombros. «Nada».

Pongo la película en pausa. «Andrea...». No me mira. «¿Has leído

Orgullo y Prejuicio?».

Se sonroja.

Me echo a reír. «¡No me lo puedo creer! ¿Cuándo? ¿Por qué no me has dicho nada?»

«No sé por qué te gusta ese libro... Para mí Elizabeth es un poco oportunista, le gusta Darcy solo porque es rico...».

Lo miro con la boca exageradamente abierta durante dos buenos minutos y luego me río, aún más fuerte, mientras que él se pone aún más rojo. Me estiro en el sofá y muevo los pies, como si nadara en el aire.

«¿Olly?». Sigo con mi interpretación. «Déjalo ya, Olly», me advierte, pero yo no le escucho. «Si no paras enseguida me voy». Nada que hacer. Entonces se pone de pie y yo me detengo, poniéndome de rodillas en el sofá y abrazándome a uno de sus brazos. «¡Ni se te ocurra!»

«Pues entonces déjalo ya y vamos a seguir. Ya es horrible así, al menos no empeores las cosas...».

No digo nada, pero en cuanto vuelve a tumbarse en el sofá, le doy al play. «Pues es una pena... me hubiera encantado analizar a Austen contigo...», susurro.

También durante Bridget Jones, ya de noche, vuelve a aparecer mi madre, por primera vez en toda la tarde. Se ha quedado en su cuarto, o al menos arriba, sin molestar; no tengo ni idea de lo que ha hecho, pero ha sido como estar sola en casa.

Se acerca con una sonrisa, sigue vestida de casa, con la coleta y sin maquillaje. «Chicos, ¿queréis comer algo?».

Pongo la película en pausa y no digo nada. La observo sin contestar, pero oigo a Andrea moverse. «Olly, ¿qué quieres comer?», me pregunta él después de unos segundos.

Me giro hacia él. «No sé. ¿Pizza?», le pregunto mirándolo. «Tenemos que comer algo práctico y sin cubiertos porque tenemos que comer aquí en el sofá. No podemos detenernos, si no terminaremos tardísimo...».

Andrea se encoge de hombros.

«Si queréis os preparo algo». Interviene mi madre, y su voz devuelve mi mirada hacia ella. «si no os apetece pizza puedo prepararos unos bocadillos; eso también podéis comerlo en el sofá».

La observo con los ojos guiñados. ¿Quién es esa mujer? ¿Dónde está la arpía de mi madre?

Reacciono de repente y me giro hacia Andrea. «Elige tú».

Él se encoge de hombros. «A mí me da igual».

Volteo los ojos al cielo sin encontrar los de mi madre, y decreto un poco seca: «Entonces yo prefiero pizza».

Ella se queda de pie en silencio al lado del sofá, y luego dice: «Vale».

La oigo moverse e irse a la cocina a hacer cosas, probablemente a prepararse la cena. Voy al pasillo a coger el teléfono de casa y, ni siquiera yo sé por qué, antes de volver al sofá me asomo a la puerta de la cocina. Un poco avergonzada le pregunto. «¿Tú quieres pizza?».

Ella está de espaldas; está sacando los platos limpios del lavavajillas. Veo que niega con la cabeza antes de decirme: «No, no, gracias».

No me mira, y yo espero solo un instante antes de volver delante de la televisión.

«¿Qué pizza quieres?», pregunto con fingida alegría.

«Atún y cebolla», responde Andrea enseguida mirándome fijamente.

Me mira todo el tiempo que dura la llamada y me sigue mirando también cuando ya he colgado y debería volver a poner atención en la pantalla.

«¿Qué pasa?», le pregunto exasperada por su escrutinio.

Él mueve la cabeza y luego se gira a la televisión suspirando. «Nada».

Espero un momento, mientras él mira la cara de Bridget Jones con la pantalla en pausa. Me quedo mirándolo sin darle al play hasta que él no vuelve a mirarme. Cuando nuestros ojos se encuentran, pregunto en voz baja: «¿Qué?».

Él me mira, baja la mirada y luego la levanta de nuevo. Muy despacio, empieza: «Tu madre...».

Levanto la cabeza de golpe, involuntariamente, preparándome para lo que venga.

Él se da cuenta de mi reacción, pero no me dice nada. «Tu madre», retoma unos segundos después en voz baja, para que no se le oiga desde la cocina que está cerca. «Ha sido muy amable».

Me encojo de hombros.

«Se ha ofrecido a prepararnos algo, has sido muy amable».

«¿Y?»

«Y... nada. Podrías haberle contestado mejor».

En cuanto concluye la frase me enderezo, repentinamente encolerizada. Me acerco un poco y, cuando contesto, mi voz es un susurro. «No te atrevas a decirme como tengo que hablarle a mi madre».

Me mira en silencio.

«Tú no sabes nada, ¡nada!». Veo que traga saliva. «El hecho de que yo te haya contado un par de episodios de mi vida no significa que lo sepas todo de mi pasado, de lo que siento, y sobre todo no te da derecho a expresar tu criterio sobre cómo me comporto o lo que le digo a mi madre». Hago una pausa. «Y cuando te confesé en el lago algunos de los momentos más feos de mi vida parecías comprensivo con mis sentimientos... casi partícipe».

«No quería juzgarte, solo quería decir-»

«O ahora que la has visto», lo interrumpo de malas maneras, siempre en voz baja pero con una pizca de inconfundible amargura. «Te gusta y te has ablandado enseguida. Ahora que has visto que es una mujer guapa, delgada y rubia-»

Me detengo de repente porque tengo su mano en mi cara, con la palma me coge una mejilla y con el pulgar, pasándolo bajo el mentón, me agarra la otra mejilla. Su rostro está muy cerca. Su mirada está furiosa y, cuando habla, su voz es poco más que un susurro, pero parece igual de letal. «Tú no sabes *nada* de lo que me gusta o no me gusta en una mujer».

Ahora soy yo la que traga saliva.

«Quizá no tenía que haber hecho ese comentario, pero tú, a tu vez, no te atrevas a hacer alusiones sobre mi comportamiento, pensando que soy tan imbécil como para cambiar mi opinión de una persona en base a su aspecto físico».

Vuelvo a tragar saliva, mirándolo con la boca cerrada.

Nos quedamos así, veo que abre la boca, pero nunca sabré lo que iba a decir porque oímos el timbre, con el consiguiente e inmediato trasiego en la cocina, ruido de pasos rápidos, la voz de mi madre: «Chicos, ha llegado la... pizza».

Andrea y yo nos separamos de golpe y nos giramos; mi madre os está mirando con la boca abierta, pero en cuanto nos damos cuenta, cierra la boca y corre a abrir.

Yo miro al suelo y oigo la conversación con el repartidor. Andrea no habla, pero cuando se calara la voz, levanto la mirada y veo a mi madre llegar con los cartones de las pizzas abiertos. «Ya las he cortado». Apoya los cartones en la mesita. «¿Queréis algo de beber?».

Yo no contesto. Andrea, cuando entiende la situación, pregunta. «¿Hay Coca cola?»

«Claro. ¿Olly?»

«Yo también», contesto rápido mirando mi pizza.

Mi madre, o quien sea que la está sustituyendo hoy, vuelve poco después con las bebidas y unas servilletas, nos dice buen provecho y se esfuma.

Yo le doy al play y lo terminamos en silencio. Diluyendo la situación embarazosa en las historias de Bridget Jones.

Andrea vuelve a hablar solo cuando me ve poner la primera de dibujos animados. «¡No, te lo ruego! ¡Dibujos no!».

Me giro desde mi posición medio plegada delante del lector y no puedo evitar sonreírle, mientras empieza La Bella Durmiente.

Cuando termina también La Bella y la Bestia se ha hecho muy tarde. «Basta Olly, te lo ruego, te lo suplico... Hago todo lo que quieras... Basta...».

Yo también estoy cansada, pero no puedo ceder. «Andrea... lo siento mucho, pero sabes, tú ya tenías que hacer todo lo que yo quiera de todas formas...»

«No puedo más...».

Yo, inflexible, pongo la última película de la lista, Leyendas de Pasión, y me acomodo otra vez en el sofá. Nunca lo admitiré, pero no puedo más. En cualquier caso se lo digo, con la voz ya pastosa del sueño: «Si te duermes, vuelvo a poner la película desde el principio». Y luego, como contradicción, no aguanto ni hasta la muerte del hermano menor.

Me despierto con los rayos del sol naciente que me dan en la cara desde la ventana del salón, tumbada en el sofá, con una manta fina encima. Andrea ya no está y la manta no me la he puesto yo. La televisión está encendida y en la pantalla está la imagen inicial del DVD, como si hubiera terminado y vuelto atrás. Entorno los ojos, seguro que el muy bribón estuvo esperando astutamente a que yo me durmiera y luego se fue. Sonrío de todas formas, de lo que he preparado para esta noche no podrá escapar.

Por la noche quedamos enfrente de la cafetería a las ocho en punto. Esta noche quiero que vayamos en mi coche para que no tenga posibilidad de fuga.

«¿Dónde vamos?», me pregunta en cuanto se sienta con un poco de dificultad en el asiento del copiloto de mi coche, que es un Fiat 500 amarillo.

«¡Sorpresa!», le digo con regocijo.

«Dios mío... y solo es lunes...».

Me río. Esta noche está especialmente guapo: lleva unos vaqueros azules y una camisa celeste, casi como sus ojos. Se ha afeitado y lleva un poco de gomina en el pelo. Sigue teniendo ese buen olor a menta.

Cuando me pongo en marcha, dice todo serio: «Oye Olly, quiero decirte una cosa antes de que empecemos».

«¿Debería preocuparme?», le pregunto mientras salgo del aparcamiento.

«No. Bueno, no te va a gustar, pero te lo quiero decir igualmente».

«Bueno», murmulo para mis adentros.

«Respecto al discurso de tu madre...».

Me agarroto de inmediato, pero no contesto ni lo interrumpo, miro hacia delante y me preparo para sufrir estoicamente.

«Lo que intentaba decirte anoche es que...». Suspira. «Creo que tu madre estaba haciendo un esfuerzo. Y en mi opinión deberías hacer un acercamiento».

Me giro para mirarlo con los ojos como platos, pero luego los vuelvo a poner en la carretera. «Vaya, ahora también eres psicólogo...».

Él hace una mueca. «No seas niña».

Su comentario me hace enfurecer. «¡No soy una niña!». El semáforo se me pone en rojo, así que puedo girarme hacia él. «¿Quieres saber por qué ayer estaba tan amable?».

Él se queda en silencio y yo me lo tomo como un sí. «Porque estoy adelgazando y tú eres... guapo».

Él se encoge de hombros, mirándome fijamente. «¿Y?»

«¿Cómo que “y”?». Lo miro pasmada. «¿Es que no entiendes, Mr. Yo Lo Sé Todo, que lo único que le interesa es la apariencia? ¿La imagen, el exterior? ¡Si fueras un callo no creo que hubiera sido tan amable!», concluyo cantando victoria en este enfrentamiento verbal.

Él hace un chasquido con la boca y luego una mueca. «No sé...».

Lo miro con la boca abierta, pero el sonido de un claxon me hace reaccionar y miro el semáforo. Con movimientos rápidos y un poco bruscos vuelvo a ponerme en marcha, ladrando: «¿Cómo que “no sé”?»

«Bueno esa es tu versión de las cosas. ¿Pero será así de verdad? ¿Alguna vez lo has hablado con ella?».

Cierro la boca mientras conduzco, no le contesto, porque la verdad es que realmente no lo he hablado con ella.

«Deberías hablarlo, en vez de cargar con todo ese rencor. Tal vez las cosas no seas exactamente como tú las ves».

Me quedo en silencio durante el resto del camino, rumiando y enfadándome con él por esta ofensa verbal que acaba de perpetrar con desenvoltura, demasiada desenvoltura.

Cuando aparco fuera del local donde normalmente voy los lunes por la noche, un club que los lunes organiza sesiones literarias, apago el motor pero no me bajo. Me giro hacia él y, notablemente más calmada, le pregunto: «Explícame por qué, no obstante esta es mi Semana de Poder, seguimos hablando de mí».

Él sonrío y se encoge de hombros.

«Es tu turno. Si hay que hablar de la madre de alguien, es de la tuya...».

Se ríe y el coche es tan pequeño que noto el olor de su dentífrico. «¿Qué quieres saber?».

Levanto los hombros. «Cualquier cosa. ¿Cómo es?».

Él mira hacia delante, siempre con la sonrisa en la boca, completamente relajado, como si pudiéramos estar dentro del coche toda la noche. «Es una mujer muy hermosa, tanto por dentro como por fuera. La mejor madre del mundo».

«Cómo no...», comento sarcástica.

Me mira riéndose un poco, yo volteo los ojos y me bajo por fin del Fiat 500.

Él camina a mi lado mientras me dirijo a la entrada del local. «¿Pero sabes lo que te digo? Creo que si le hicieras la misma pregunta a mi hermana, no te daría la misma respuesta».

Levanto la mirada hacia él, caminamos despacio el uno al lado del otro. «¿De verdad?».

Asiente apartando la mirada un instante. «Quizá sea verdad que los chicos estamos más enmadrados...».

«O quizá las madres inconscientemente pretendan más de las hijas...».

Él me observa levantando las cejas mientras yo abro la puerta del local con la cabeza girada hacia él. «Quizá...», lo oigo murmurar.

Una vez dentro, miro a mi alrededor y reconozco los rostros de los presentes. Los lunes siempre estamos más o menos los mismos, ya nos conocemos todos y decidimos juntos el tema de la noche. Durante la sesión, por turnos, quien quiere lee la obra de otros, o la propia, y la comentamos todos juntos. Hoy el tema tenía que haber sido el relato gótico, pero yo he pedido un pequeño cambio previendo la presencia de Andrea y he cambiado el tema del relato gótico a la semana que viene y el de la semana que viene a hoy: la poesía hermética.

Cuando miro a Andrea para ver sus primeras reacciones, veo que está especialmente contento: «Qué bonito...», dice mirando a su alrededor.

De hecho, el local es muy bonito. En las paredes de la sala principal, donde se celebrará la sesión, hay estanterías de madera altas hasta el techo, cuajadas de libros. En un lado del local está la zona bar, con mesas y sillas dispuestas sin orden, y en la parte opuesta a la zona bar hay un pequeño escenario de madera con micrófono y un foco apuntando al micrófono. Miro a mi alrededor y, como casi todas las noches que tiene la poesía como tema, la gente se ha vestido casi toda de negro.

Andrea ve el escenario. «¿Hay un concierto?»

«Mmm, no». Y le sonrío, terriblemente amable, si es que puedo decírmelo yo sola.

Andrea inclina la cabeza y se pone desconfiado. «No puede ser una noche agradable, me estoy confundiendo, ¿verdad?».

Me río. «Te gustará, no te preocupes».

Vuelve a mirar a su alrededor yo veo el local con sus ojos, y luego le veo a él en el interior de este local entre toda esta gente y, cómo decirlo, está como gallina en corral ajeno. Creo que le saca una cabeza a todos los presentes, y no hablemos de la corpulencia.

Estamos a punto de sentarnos en una mesita en mitad de la sala cuando oigo una voz nasal que me llama. «¿Olivia?».

Me giro y veo que viene hacia mí Giacomo, un chico esmirriado con el pelo largo castaño y unas gafas de ver de pasta negra. Él también va vestido completamente de negro. «Hola Giacomo».

Giacomo no está mal, es buen chico, solo... digamos que no tenemos el mismo sentido del humor y, aparte de la literatura, no tenemos nada más en común. A menudo discrepamos también en asuntos literarios, pero hablar con él de esos temas siempre es interesante, como con todas las personas que hay aquí dentro.

Giacomo mira a Andrea de arriba abajo. «¿Es amigo tuyo?», me pregunta levantando la cabeza para mirar a Andrea.

«Sí. Andrea te presento a Giacomo, Giacomo, él es Andrea».

Los dos chicos se estrechan la mano y veo que Andrea sonrío.

«¿Qué vas a leer hoy Giacomo?», le pregunto. «¿Algo tuyo o de algún otro?»

«Algo mío», contesta él recolocándose las gafas sobre la nariz.

Yo asiento sonriente. Giacomo hace un gesto con la cabeza a Andrea. «¿Y él? ¿Es un poeta o un espectador?», me pregunta como si Andrea no pudiera entender la pregunta y responder él solo, pero probablemente no por maldad sino por timidez.

«¡Oh, un poeta!», respondo enseguida: este es el momento que esperaba. Noto cómo Andrea, que está a mi lado, se pone rígido y se vuelve hacia mí.

«¿Entonces leerá algo suyo?», dice Giacomo con los ojos brillantes, mirándonos por turnos a Andrea y a mí.

Intento a duras penas controlarme la risa y consigo responder más o menos seria: «Sí, sí, leerá algo suyo. Pero no enseguida, es la primera vez que viene, es mejor dejar que la sala se caldee con algún habitual, ¿no crees?».

Andrea está inmóvil, y callado, pero puedo notar la vibración de su rabia y el peso de sus ojos sobre mí.

Giacomo asiente con fuerza. «¡Por supuesto! ¡Por supuesto!». Por fin se gira hacia Andrea y le dice directamente: «¡Hasta luego entonces! Tengo curiosidad por escucharte y saber qué piensas de los demás».

Andrea responde con una mueca, y cuando Giacomo se gira, me agarra del brazo decididamente fuerte. «¡Ay!».

Prácticamente está echando humo por las orejas. Me arrastra hasta la mesita de al lado y me sienta como si fuera una muñeca de trapo, luego coge una silla y se me acerca muchísimo, poniendo su cara a un centímetro de la mía y susurrando furioso: «¿Qué coño es esto? ¡Yo no voy a leer ninguna poesía!».

Yo me río y tengo hasta el valor de darle unas palmaditas afectuosas en la mano. Le contesto yo también susurrando: «No te preocupes, poesía hermética normalmente quiere decir pocas palabras e incomprensibles, así que invéntate algo sobre la marcha y te irá bien. Con un poco de suerte ni se darán cuenta de que no eres un auténtico poeta». Andrea tiene los ojos

endemoniados. «O como mucho les darás pena... pero los poetas son gente sensible, nadie te hará sentir mal si no les gustas».

Inspira fuerte y expira ruidosamente, repite esta respiración dos o tres veces más antes de hablar. «Olly, es que no lo has entendido», me dice lentamente con una voz que no había oído nunca. «¡Yo no voy a subir a ese escenario y no voy a recitar ninguna poesía!».

Andrea se gira hacia el escenario, y no vuelve a dirigirme la palabra en toda la noche. Teclea en su móvil y escucha a los demás a medida que van subiendo al escenario. Creo que esta vez he conseguido que se enfade de verdad... Mejor así, mejor enfriar relaciones. No tiene ningún sentido del humor, no me lo esperaba, pero de verdad que está rígido como un tronco, y... no tiene ningún sentido del humor.

«Andrea», oímos llamar desde el micrófono. Tanto él como yo, evidentemente absortos en nuestros pensamientos, damos un salto en la silla como si nos hubiéramos quemado. Giacomo está en el escenario y se está dirigiendo a él con una sonrisa. «Si quieres venir aquí y recitarnos algo tuyo, te estaremos todos muy agradecidos».

Lo miro de reojo y veo que traga saliva. Quizá hoy me he pasado, quizá... Apoya el teléfono en la mesa y me lanza una mirada veloz. Ya no parece enfadado, sino indiferente. Trago saliva, y él se gira de golpe hacia Giacomo, acercándose hasta él con dos simples zancadas.

«¿Cuántas nos vas a recitar?», le pregunta Giacomo, y él responde con calma y seguridad: «Solo una, solo una. Escribo muy despacio».

Me dan ganas de reír y me tapo la boca con la mano, intentando disimular el sonido que me sale de la garganta. Por suerte hay música clásica de fondo y las demás mesas están un poco distantes.

«¿Cómo se llama?», le pregunta Giacomo.

«Se llama “Tú”».

No, no puedo: me estoy riendo, en silencio pero me estoy riendo. Espero que desde fuera parezca solo que estoy sonriéndole a mi amigo poeta para animarlo.

«Pues adelante», concluye Giacomo pasándole el micrófono.

Andrea se gira hacia mí y me mira fijamente: «Tú que eres», dice en voz alta y de manera clara, como ha visto que hacían los demás. «Pálida luz», y hace una pausa con efecto, eso también porque lo ha visto antes. Yo sonrío, controlándome la risa. «Eres», hace otra pausa. «Dulces espinas», pausa. La sonrisa se me hiela en la cara. «Vulnerable fuerza», otra pausa.

«Irresolutos tormentos», mi sonrisa desaparece. «Eres», me obligo a no girarme a mirar para otro lado y a sostenerle la mirada. «Doliente belleza».

Durante un instante nadie habla, hay silencio absoluto, y luego Andrea dice: «Ejem, ya he terminado».

Y todos aplauden. Él me mira, mientras Giacomo llega al escenario y sonrío triunfante. Yo no cambio la sonrisa.

Tras haber intercambiado las típicas formalidades con Giacomo, vuelve a la mesa.

«¿No me felicitas?».

Yo lo miro mal y él levanta las cejas con una expresión de fingida sorpresa. «¿No te ha gustado?».

En ese momento levanto las cejas y lo miro con expresión de suficiencia, como una de mis profesoras del colegio. «Oh, era bonita, una pena que te has ido del tema por completo».

«¿Qué quieres decir?»

«Que no era hermética en absoluto».

Él sonrío, complacido. «A los demás les ha gustado, me han aplaudido un montón».

Yo lo miro fríamente. «Te han aplaudido por tu cara bonita, que evidentemente te allana el camino incluso aquí, y además ya te lo he dicho, los poetas son gente sensible».

Su sonrisa desaparece. «Sssh». Se gira hacia el escenario. «Déjame oír a los demás».

13.

«¿Dónde estamos?», me pregunta Andrea cuando aparco delante de un edificio muy señorial en el centro.

«Ahora lo descubrirás», digo con una risita. Él resopla.

El entrenamiento de hoy ha ido bien, aunque hemos hablado poquísimos; anoche se creó un momento incómodo. Cuando me preguntó cuál era el plan de hoy, le dije que me esperara delante de la cafetería sobre las 18.15. Hoy tampoco quiero darle la mínima posibilidad de fuga, por eso vamos con mi coche.

Delante de un portal de madera de aire antiguo, llamo al timbre y esperamos.

«¿Mañana vamos en tu coche?», me pregunta con voz incolora. «Porque si vamos a ir en tu coche empiezo a prepararme psicológicamente desde ya».

Me río. «Mañana vamos con el coche de Nic».

Se gira de golpe hacia mí, sorprendido, abre la boca para decir algo, pero la puerta se abre y subimos las escaleras hasta el primer piso, donde casi en el mismo momento en que llegamos se abre un portón macizo y negro y aparece el rostro sonriente de la señora Barbieri.

«¡Señora Barbieri!», exclama Andrea sorprendido.

Entramos; la señora Barbieri y yo sonreímos cómplices y nos saludamos en silencio.

«Hola Apolo querido, la cena está lista, venid».

Andrea mira la hora: ni siquiera son las seis y media. «Dime que no vamos a cenar ahora...», me susurra al oído mientras seguimos a la señora Barbieri a través de un largo pasillo que lleva hasta un salón de gran tamaño, con una chimenea gigantesca (apagada obviamente) y una decoración muy clásica. En el lado opuesto a la chimenea hay una mesa ya puesta para tres.

«La señora Barbieri cena pronto, me lo había avisado».

«Olly...». Y su tono contiene una nota realmente poco común, como de advertencia.

No le da tiempo de decir nada más que eso, porque nuestra huésped se gira y nos hace una señal para que nos acomodemos. «Le he pedido a Rita

que me ayude con la cena, y luego le he dado la noche libre».

Rita, que seguro que en realidad no se llama Rita, es su pseudo-cuidadora ucraniana, aunque la señora Barbieri no necesita ninguna cuidadora. Me explicó que le hace ilusión tener a alguien en casa que la ayude en las tareas domésticas, la ocupación diaria más pesada para ella, y que le haga, sencillamente, un poco de compañía.

«¿Rita no cena con nosotros?», le pregunto porque la mesa está puesta para tres.

«Oh no, ella dice que no puede cenar tan pronto».

«Sí, rarezas de la gente...», murmulla Andrea serio.

Nos sentamos enseguida y Rita no pierde el tiempo, empieza a traer los platos de inmediato; como una auténtica camarera, nos sirve un plato detrás de otro. La señora Barbieri ha hecho las cosas a lo grande y nos ha preparado dos entrantes, dos primeros, un segundo, fruta, dos tipos de postres, café y licores.

Y si a mí me permite comer solo lo que me apetece, es decir un cuarto de todo lo que va llegando, a Andrea lo tiene hasta el cuello, atiborrándolo e insistiendo mucho cuando él intenta rechazar algo. Yo me río para mis adentros, y noto que la señora Barbieri me lanza algunas miradas de vez en cuando, con una sonrisita en la boca. No querría autosugestionarme, pero creo que es tan insistente con él solo para hacerme feliz.

Rita me mira y me trata con muchísima amabilidad durante toda la cena; tardo un poco en darme cuenta que debe estar tan feliz por la noche libre inesperada.

Cuando hemos terminado con la comida de Navidad y Nochevieja juntas, la ayudo a quitar la mesa y a recoger la cocina, y mientras trabajamos en silencio, oigo a la señora Barbieri y a Andrea cuchicheando en el salón.

En cuanto termino, vuelvo allí secándome las manos mientras Rita se escabulle de prisa. En cuanto me ve, Andrea se levanta de la silla, se toca la barriga y dice: «Bueno, muchas gracias por la cena señora Barbieri, todo estaba realmente delicio-»

«¿Qué haces?», le pregunto con una expresión inocente en la cara.

«¿No nos vamos?», replica sorprendido.

«No, eso era solo la cena...», respondo como si fuera obvio, cuando en realidad Andrea no tiene ni idea de mis planes hasta el último segundo.

«Siéntate Apolo querido, mientras que Olivia prepara la mesa para las cartas».

«Ah, ¿jugamos a las cartas?», pregunta relajándose.

«Ajá», contesta la señora Barbieri; en ese momento suena el timbre y ella exclama: «¡Oh, parece que ya han llegado!»

«¡Ya voy yo!», digo indicándole que se quede sentada. Andrea tiene una expresión de sorpresa, y yo sonrío.

Cuando abro la puerta me encuentro a dos señoras entradas en años, una más o menos como yo de alta y algo robusta, y la otra un poco más baja y muy delgada, más o menos como la señora Barbieri.

Van enojadas como solo las señoras de otra época pueden hacer, sobre todo la robusta, y van muy maquilladas. También parece que se han echado una frasco de perfume cada una, pero tienen una sonrisa enorme y una vitalidad que rebosa hasta de lejos.

«Tú debes de ser Olivia querida...», dice la más robusta sonriendo ampliamente y mostrando así una fila de preciosos dientes blancos y rectos, pero muy probablemente postizos.

Asiento sonriente, y ella me alarga la mano enseguida. «Letizia, y ella es Silvia».

«Encantada», digo estrechándole la mano a ambas.

Cuando llegamos al salón, sobre la mesa ya está dispuesto el tapete verde, de auténtica timba clandestina, y ya hay una baraja de cartas preparada con una libreta y un bolígrafo al lado.

Andrea se gira y se queda sorprendido, mientras que noto detrás de mí a las dos señoras emocionadas. «¡Oh Elisa, tenías razón, es un auténtico Apolo de carne y hueso!», oigo decir a Letizia.

La señora Barbieri sonrío asintiendo mientras que Andrea se sonroja. Yo me río de manera bastante contenida, para mis adentros. Creo que me voy a divertir mucho.

«¿Y ella?», continúa la señora Letizia mientras va a sentarse a la mesa con lo que parecen gestos habituales. «¡Oh!», dice llevándose una mano al corazón. «¡Una dulzura! ¡Con esos ojos ámbar como la miel!».

Creo que está hablando de mí, así que es mi turno de sonrojarme. Con el rabillo del ojo veo que Andrea se ríe, de manera muy similar a la mía de hace apenas dos segundos.

«Deberías organizar estas reuniones con jóvenes más a menudo, Elisa», dice la señora Silvia. «Solo con mirarlos ya me siento mejor».

Nos sentamos todos y empezamos a jugar a escalera cuarenta. Tras un par de manos más o menos silenciosas, Letizia empieza la conversación. «Entonces dime, dulzura», que soy yo. «¿Cuánto tiempo lleváis juntos?».

Me quedo un instante sin palabras, ya roja porque creo haber intuido... «¿Quién?», pregunto en cualquier caso.

«Nuestro Apolo aquí presente y tú», responde con desenvoltura echando una carta a la mesa.

«Oh no, solo somos amigos...»

«¡Qué desperdicio!», exclama Letizia, y oigo a la señora Barbieri murmurar: «Pues sí».

Andrea no ha levantado los ojos de sus cartas ni una sola vez durante la conversación, pero los levanta de golpe, con una expresión digna de fotografiar, cuando Letizia prosigue repentinamente en voz baja: «Pero eso significa que estás libre, Apolo querido...».

Yo, tras un momento de titubeo, me echo a reír muy fuerte, tan fuerte que tengo que agarrarme la barriga, y veo también que la señora Silvia y la señora Barbieri no pueden aguantarse la risa.

Andrea se queda sin palabras, con la boca literalmente abierta durante unos segundos, y luego se pone rojo como un tomate.

«Tengo una idea», sigue la señora Letizia. «¡Dejemos esta aburridísima escalera cuarenta y juguemos un strip-poker!».

Yo vuelvo a reírme.

«¿Pero tú que sabrás del strip-poker?», pregunta la señora Barbieri con una sonrisita.

«Pues sé mucho más de lo que te imaginas», responde Letizia abanicándose con la mano enjoyada que sujeta el abanico de cartas. «Y no me pongas la zancadilla, mi objetivo de esta noche es hacer que os quitéis la ropa».

Yo me estoy muriendo de risa, mientras que Andrea se ha puesto aún más rojo si es posible.

«Te lo ruego Letizia», suplica Silvia con sus gráciles hombros que se estremecen sospechosamente. «Dale una tregua al chico... En sus mejillas podríamos freír un huevo».

«¡Chicas!», las llama al orden la señora Barbieri. «¡Los jóvenes no van a volver si los tratáis así el primer día que vienen!».

Tras la intervención de la señora Barbieri conseguimos jugar más o menos seriamente, aunque la señora Letizia propone un par de veces que

pasemos al strip-escalera cuarenta, ya que del strip-poker no queríamos oír hablar.

«Lo más interesante», dice Silvia después de un rato, volviendo al discurso que creíamos cerrado, «es que también Olivia está libre...»

Yo me aclaro la voz discretamente.

«Sí, está libre, ¿por qué, tienes algo en mente?», le pregunta la señora Barbieri en mi lugar.

«Estaba pensando en presentarle a mi nieto... Stefano... Es muy buen chico y muy guapo», dice dirigiéndose a mí con una sonrisa.

Me quedo un segundo en silencio, pero en cuanto me doy cuenta de que está esperando una respuesta de algún tipo, me apresuro a decir: «Oh claro, por qué no».

«¡Ey, yo también tengo un nieto que casar!», se entromete la señora Letizia. «Donato, un amor de chico».

Yo no respondo, porque una respuesta amable frente al solo nombre de “Donato” no me sale precisamente espontánea. Aunque seguro que no es el mismo Donato.

«¿Cómo se apellida?», pregunta Andrea, que es la primera vez que abre la boca desde que llegaron las amigas de la señora Barbieri.

«¿Por qué?», pregunta Letizia mirando sus cartas y razonando su próxima jugada.

«Yo conocía a un Donato, tal vez sea el mismo...», insiste él.

«Poggi. Por el marido de mi hija», responde de nuevo sin levantar la mirada, y por suerte, porque yo noto cómo se me hiela la sangre en las venas. Bajo las cartas lentamente-

«¿Hizo la escuela de aparejadores?». Andrea no suelta el hueso, entiendo que quiere estar seguro de que es él.

«Sí, y fue un desastre, repitió dos veces pero al final consiguió diplomarse». Me mira como para asegurarse que no me tome a mal su curriculum de estudios. «Pero no era la escuela adecuada para él, ahora que trabaja no ha vuelto a tener problemas».

Me quedo impasible e inmóvil como una estatua de cera. La señora Barbieri dice de repente: «Cuando acabemos esta yo me voy al sofá a sentarme un rato, estoy un poco cansada».

Cuando la mano concluye, con Letizia ganadora una vez más, la señora Barbieri se levanta y yo hago lo mismo. «¿Os importa si voy con ella mientras vosotros jugáis otra mano?»

«A mí no, en absoluto, habrá que ver si Apolo querido consigue arreglárselas él solo con dos mujeres...», responde la señora Letizia haciéndome sonreír y haciendo estremecer los hombros de Silvia. No contenta con eso, se gira hacia Andrea. «¿Crees que podrás, Apolo querido? ¿Mmm? ¿Eres capaz de llevar las riendas de dos mujeres de una sola vez?».

Andrea se pone rojo como un tomate y baja la mirada sobre las cartas, sin responder. Pobre... Está rojo hasta las orejas, quizá me he pasado esta noche.

«Depende de qué mujeres, Letizia», responde Silvia por él razonablemente.

«Pues sí», suspira Letizia. «Yo sola, por ejemplo, valgo por tres».

Yo me río, aunque ya no despreocupadamente como antes, y lanzo una mirada fugaz a Andrea, que creo que si pudiera querría que se lo tragara la tierra a seis metros de profundidad en este preciso instante.

La señora Barbieri va a sentarse al sofá, moviendo la cabeza mientras camina, y yo la sigo. Me siento a su lado y la cojo de la mano. «Quería darle las gracias por esta noche, me he divertido muchísimo y sus amigas son simpatiquísimas».

Ella me sonrío. «Gracias a vosotros por haber venido a estar un poco con nosotras, pobres viejecitas».

Me río, lanzando una mirada hacia Letizia. «Pobres viejecitas no diría, precisamente...».

La señora Barbieri se ríe.

«Elisa...», digo sin soltarle la mano. «Es un nombre precioso. Hasta hoy no lo sabía...»

«¿Quieres llamarme por mi nombre?», me pregunta ella inclinando la cabeza.

Reflexiono sobre ello jugando y mirando nuestras manos, luego arrugo la nariz. «Es que... ya me he encariñado con “señora Barbieri”...».

Ella suelta una risita y sonrío.

«Mire, si le parece bien, puedo volver el martes que viene... Bueno, obviamente sin Andrea...». Le lanzo una breve mirada y, no sé qué le estará diciendo la señora Letizia, pero él está Burdeos. «Su presencia es una excepción...».

La señora Barbieri asiente, sin decir nada.

«Además quería decirle otra cosa...». Me acerco bajando la voz y

mirándola fijamente a los ojos. «Sé que probablemente no va a ser necesario y que el tema caerá en el olvido por sí sola, pero por seguridad...». Cojo aire. «¿Podría disuadir a la señora Letizia de presentarme a su nieto? Quiero decir si volviera a proponerlo...»

«Claro».

«Ya lo conozco», digo solamente, con una mirada elocuente.

La señora Barbieri me mira intensamente durante un momento, y luego asiente. «De todas formas sería inútil».

«¿En qué sentido?».

Ella se ríe y me da golpecitos en la mano. «Tarde o temprano lo entenderás tú sola».

Tras esas enigmáticas palabras oímos un grito de alegría por parte de Silvia, que por fin ha ganado a Letizia, y entiendo que la partida ha terminado. Aprovecho para levantarme y acercarme a la mesa. «¿Nos vamos?», le digo a Andrea, que antes de terminar la frase ya está de pie.

«¿A qué hora llega Rita?», pregunto a la señora Barbieri, que sigue en el sofá.

«Normalmente entre las once y medianoche».

Miro la hora y son solo las diez y media. «Si quiere llevo a Andrea y luego vuelvo hasta que llegue Rita», le propongo, pero la señora Barbieri ya está moviendo la cabeza. «Están aquí mis amigas, no te preocupes Olivia querida. No es la primera vez que Rita sale... No es necesario, de verdad».

Andrea ya está camino de la puerta de entrada, y yo echo un último vistazo al salón, donde ninguna muestra la mínima intención de acompañarnos a la puerta. «Pero que venga alguna a cerrar con llave... ¡Si no, no me quedo tranquila!»

«¡Voy yo!», exclama la señora Letizia levantándose con esfuerzo. «Quizás así pueda echar un vistazo al lado B...».

Me despido y me encamino riéndome por el pasillo, detrás de Andrea.

Cuando estamos fuera y oímos las vueltas de la cerradura, Andrea suspira. Creo que es un suspiro de alivio. De hecho en el coche me dice: «¡No he pasado más vergüenza en mi vida!».

Yo solo me río.

«¿Ha sido idea tuya?», pregunta mirándome fugazmente.

«Mmm. Digamos que un día me estaba quejando con la señora Barbieri de que me faltaba por ocupar el martes y... ella me propuso una

cena, luego lo de las cartas con sus amigas surgió en un segundo momento, charlando de lo que podíamos hacer».

Andrea mueve la cabeza mirando fijamente la luna delantera, mientras que yo me encamino hacia la cafetería. «No te imaginas las cosas que me ha dicho esa mujer mientras tú estabas en el sofá...», suspira poniéndose una mano en la frente. «¡Al parecer está emparentada con ese tío!»

«¡Ey! La señora Letizia es simpatiquísima, ¡no es culpa suya si su nieto es un imbécil!». La defiende enseguida, porque ella me cae realmente bien.

«A propósito», empieza Andrea enderezándose en el asiento. «Tal vez deberíamos considerar la idea de organizar un encuentro...»

«¿Con quién?», digo enseguida de manera agresiva, muy agresiva.

«Sería como cerrar una etapa...». No se deja amilanar.

«Andrea», aprovecho la ocasión del semáforo en rojo para girarme casi por completo hacia él y mirarlo mal. «¡Me importan un bledo tus teorías psicológicas de pacotilla! ¡Paso de cierres y de etapas! ¡Esa etapa quedó cerrada hace mucho tiempo, gracias a Dios!».

Se queda en silencio y arranco cuando se pone verde. Al rato, cuando estamos cerca de la cafetería donde ha dejado su coche, osa preguntar: «¿Ni siquiera si estuviera yo cuando lo vieras?»

«¡No!»

«Pero si estuviera yo, al menos podría pegarle en caso de necesidad...».

Me detengo con el coche encendido cerca del suyo, en el aparcamiento desierto. «Andrea, no hagas nada, te lo digo muy en serio. No estoy bromeando. Eso no te lo perdonaría... se terminaría nuestra relación laboral inmediatamente si haces una cosa así. Te lo digo en serio». Lo miro con dureza, y luego repito, lentamente y pronunciando bien las palabras: «No te lo perdonaría».

Él me mira un instante, y luego asiente. «Vale».

Y lo dice de una manera tan intensa que le creo enseguida. Respiro profundamente, intentando calmarme y relajarme. «Vale».

Cuando veo que no hace el ademán de querer bajarse del coche, le pregunto, mirando hacia delante. «¿Sabes lo que no entiendo?». Hago una pausa, pero él no responde. «Por qué estamos aquí, el tercer día de mi Semana de Poder, y seguimos hablando de mí, de Donato Poggi, del cierre

de mis etapas». Me giro a mirarlo: me mira en silencio, con una mano apoyada en la pierna izquierda y el otro brazo estirado hacia la puerta en la medida de lo posible.

Apago el coche. «Hablemos de ti por una vez, de *tus* etapas por cerrar».

«Es que yo no tengo ninguna etapa por cerrar».

«Ni yo tampoco», replico rápidamente, y él levanta las cejas pero no se expresa de ninguna otra manera.

Nos quedamos en silencio durante un poco, mirándonos en la oscuridad del habitáculo, aunque hay una farola en el aparcamiento de la cafetería que nos ilumina vagamente sin dejarnos completamente en la oscuridad.

«¿Qué te gustaría saber?», pregunta él en un momento dado.

Me encojo de hombros y me giro hacia delante, reflexionando. «No lo sé, considerando que Donato Poggi representa en absoluto el momento más vergonzoso de mi vida, cuéntame el tuyo».

«¿El momento más vergonzoso?», pregunta, y yo me giro hacia él asintiendo.

Se queda en silencio, pensando.

«¿Entonces?», insisto.

Él me mira fugazmente, no me mantiene la mirada, sino que la devuelve hacia adelante, un poco hacia sus manos y un poco hacia la ventanilla. «Tenía trece años y...». Se detiene, lanzándome otra mirada fugaz.

No digo nada, esperando a que siga él solo.

«Tenía trece años y... estaba en el baño... masturbándome», dice rápidamente sin mirarme, y yo no consigo abrir la boca del estupor, pero no emito sonido alguno, porque claramente la historia no ha terminado. «Y en un momento dado entró mi madre». Cuando concluye la frase levanta por fin la mirada y me encuentra tapándome la boca abierta con las dos manos.

Tras los primeros instantes de estupor, me echo a reír, atenuando el ruido con las manos, pero el hecho de que estoy riéndome es innegable.

Andrea hace una mueca y murmura: «Me alegra que el momento más humillante de mi vida te haga reír...»

«No, no...», empiezo sin poder evitar reírme; me dan pequeños ataques de risa inevitables entre una palabra y otra. «Es solo que... es

que...». Me detengo, respiro profundamente y por fin consigo calmarme. él me mira de reojo, tragando saliva de vez en cuando, creo que está incómodo; es la primera vez que lo veo así. Cuando estoy segura de no correr riesgos, vuelvo a hablar. «Oh Andrea... Lo haces bien todo tú, ¿eh? Todo lo haces bien, incluso lo más mínimo, ¿verdad?».

Él levanta la cabeza de golpe y me mira. «¿Eso qué tiene que ver con lo que te acabo de contar?».

Sonrío moviendo ligeramente la cabeza. «Te he preguntado por el momento más humillante de tu vida y tú... no te has echado atrás. Era realmente humillante... ¡Dios!».

Él me mira unos segundos y luego susurra: «Tú también lo hiciste».

«Ya, yo también lo hice», respondo sonriendo.

«Era justo».

Asiento, y durante un poco nos quedamos así, sin hablar, mirándonos ora el uno al otro, ora al interior del coche, ora fuera al aparcamiento oscuro y desierto.

«De todas formas no es tan grave, es más, yo diría que es casi un clásico». Rompo el silencio.

Él echa una risita. «Créeme, el hecho de que sea casi un clásico no lo hizo menos humillante en aquel momento... Durante una semana no pude mirar a mi madre a la cara, y aquellos días vivía pensando que no lo habría conseguido jamás».

Se me escapa otra risita. «Me lo imagino... Debió de ser horrible», comento, y después, intentando consolarlo, añado: «Pero no te ha pasado solo a ti, es más, yo creo que le ha pasado a un montón de gente. Quizás son más a los que le ha pasado que a los que no».

«¿En serio? ¿Entonces a ti también?».

Me echo a reír más fuerte. «Pues no, a mí claro que no. Ya hemos aclarado que sexualmente soy un caso desesperado... quería decir hablando de personas normales».

«Tú *eres* normal, Olly, deja de verte así... tan... ¡Ah!», exclama repentinamente serio y casi *frustrado*. Mis ganas de reír se evaporan al instante.

«Tú...», empieza, pero luego se detiene; se pasa una mano por el pelo. «Yo sé lo que piensas, cómo te ves a ti misma, pero... pero yo creo que todos tenemos, quien más y quien menos, nuestros momentos de inseguridad profunda, de desasosiego, de sensación de inadecuación».

Levanto las cejas y me giro mejor hacia él. «¿Tú también?», le pregunto en voz baja.

Él me mira casi irritado. «¿Pero por qué no debería, perdona?».

Dudo por un momento, pero luego decido responder con sinceridad. «¿Porque eres guapísimo?».

Él aparta la mirada, ahora *claramente* irritado. Pero cuando habla, vuelve a mirarme. «¿Pero ves como no te enteras de nada?».

Esas palabras me hieren casi físicamente, e instintivamente me alejo un poco, porque en mi vida me han dicho de todo, menos que soy menos inteligente.

Él me observa un segundo. «¿Lo ves Olly lo que acaba de pasar?»

«¿El qué?», pregunto con un hilo de voz.

«Tú estás acostumbrada a pensar que el aspecto físico es el mayor de los problemas, pero no es así para todos. Por eso, estás acostumbrada a pensar que las personas con un aspecto agradable no tienen problemas, ¿pero quién te ha dicho que eso es así? ¿Nunca has pensado que existen otros problemas? ¿De necesidades?».

Me quedo en silencio, tragando saliva, porque efectivamente no, nunca lo había pensado.

«Tú das por hecho que las personas te tratan como a alguien inteligente, y que si hacen alguna bromita maligna, se refiera al aspecto, pero quizá quienes tienen buen aspecto reciben bromitas malignas sobre la inteligencia u otras cosas, ¡y te aseguro que eso tampoco es agradable en absoluto!».

Estoy sin palabras, y siguiendo con el tema, me siento ligeramente idiota en este momento, por haber tenido una visión tan limitada.

«Y no es solo eso...», dice Andrea con ímpetu inmerso en su discurso, pero luego se detiene de repente. Aparta la mirada y se pasa una mano por el pelo, y termina rascándose la nuca. No me mira a los ojos cuando vuelve a hablar. «Llevo toda la vida oyendo que soy guapo, a veces... a veces me pregunto si alguien se ha dado cuenta de que hay un ser... un ser humano aquí dentro». Traga saliva, no me mira. «Las chicas... a veces, algunas, no sé si llegan a conocerme. Casi me hacen sentir... no sabría decirte... casi como un envoltorio» .

No habla más y yo me quedo inmóvil, en silencio, superada por la sorpresa.

Él no se gira a mirarme, hasta que recuperada del pequeño shock, le

toco. Le agarro delicadamente el antebrazo más cercano a mí y él gira la cara, y mira mi mano. «Andrea», lo llamo despacio, pero él no aparta los ojos de mis dedos pálidos. «Tu belleza está tanto por dentro como por fuera, tienes que creerme». Trago saliva esperando que levante la mirada, pero no lo hace. «Eres honesto, disciplinado, constante, valiente... si tienes un problema lo afrontas, sin rodeos. Eres determinado: si se te mete algo en la cabeza, te pones a ello y lo trabajas; te empeñas, no esperas a que te caiga del cielo. Eres inteligente». Cuando digo eso por fin me mira, y se queda en silencio; cuando sus ojos abordan los míos, dejo instintivamente el antebrazo y poso mi mano en su mejilla, deslizando el meñique bajo la oreja y el pulgar sobre el pómulos. lo acaricio lentamente con el pulgar. «Tú no eres un envoltorio». Trago saliva. «No tienes ni idea...». Respiro fuerte, moviendo ligeramente la cabeza. «Prácticamente todos los entrenamientos, cuando llego, cuando empezamos... desearía ser como tú».

Él me mira, inmóvil. Suspiro y nos quedamos así unos instantes, luego cuando me doy cuenta de qué diantres estoy haciendo, intento retirar la mano, pero él se mueve: me agarra la muñeca y yo me alejo aún más, intentando quitar la mano de su cara, pero él me aprieta y no me deja. El corazón empieza a latirme fuerte y, por miedo de que note en la muñeca mi latido enloquecido, tengo aún más ganas de retirar la mano; tiro fuerte, pero en vez de soltarme, desliza su mano de la muñeca a mi mano. Su pulgar me acaricia la palma en círculos, lentamente, yo retrocedo aún más, apoyando la espalda en la portezuela a mis espaldas. Sus ojos no abandonan los míos, creo que el corazón me va a estallar en el pecho. No lo resisto, no estoy acostumbrada a esta tensión, a estas emociones, y cuando hace con el tórax un movimiento hacia mí – minúsculo a decir verdad, podría ser cualquier cosa, no obligatoriamente un acercamiento – me salen las palabras de la boca: «Mañana tengo que levantarme temprano; t-tengo que irme».

Él se detiene; se echa atrás ligeramente sin apartar la mirada y al final me suelta la mano. No dice nada, mientras yo trago saliva, incomodísima.

Cuando pone la mano en el pomo de la puerta, se gira un instante y me pregunta, con voz incolora: «¿Mañana?»

«Mañana trabajo todo el día, así que ven mañana por la noche sobre las nueve a casa de los gemelos».

Asiente. «Vale, buenas noches», dice saliendo del coche, sin volver a

mirarme.

«Buenas noches», respondo prácticamente mientras está cerrando la portezuela.

Me pongo en marcha enseguida y me dirijo hacia casa como una borracha a la que deberían quitarle el carnet. Antes de bajarme aprieto el volante y apoyo la cabeza entre las manos, respirando profundamente. Soy idiota. De verdad. Rosy tiene razón, tengo el cerebro tocado. Hay algo en mí que no funciona, debería mirármelo.

“Tengo que levantarme temprano...”

Me bajo del Fiat 500 odiándome.

14.

Son las siete menos cuarto del jueves por la mañana, Andrea debería llegar de un momento a otro aquí a la cafetería.

Para anoche había organizado una noche de karaoke también con Nic, Linda y Marco.

Mientras estaba saliendo de casa, he tenido un acercamiento con mi madre. Ella se ha asomado desde la cocina, deteniéndome poco antes de que abriera la puerta. «¡Ey, deja que te vea!».

Mirando hacia la puerta he alzado los ojos al cielo, porque desde que he perdido unos cuantos kilos me pide que le enseñe cómo voy vestida, como si fuera una modelo que debe salir a la pasarela, y eso me irrita. Me irrita a morir. Sin embargo me he dado la vuelta sin decir nada, y ella ha deslizado la mirada por mi figura.

Llevaba una falda blanca larga hasta la pantorrilla y una blusa ligera negra. En los pies unas bailarinas negras.

«Estás muy guapa». Decreta satisfecha, y yo normalmente respondo a ese tipo de comentarios como una osa que debe defender a su cachorro de los cazadores, pero las palabras de Andrea deben haberme condicionado involuntariamente, porque no he conseguido contestarle mal.

«Gracias». En realidad, en mi voz no había rastro de calidez, pero ella ha levantado las cejas y ha sonreído de todas formas: acostumbrada a mis gruñidos, un sencillo gracias, aunque dicho fríamente, debe haberle parecido toda una meta.

«Pásalo bien, cariño».

En ese momento he asentido, porque dos gracias en una misma noche me parecían excesivas.

He salido moviendo la cabeza, con el latido ligeramente acelerado y un poco molesta: Andrea consigue condicionarme demasiado con demasiadas pocas palabras. No vale.

Para compensar, en el karaoke me divertí muchísimo y, tras unas quejas iniciales, (“¡Desafino muchísimo!, ¡No quiero cantar!”), “Tranquilo, la gente que va a los karaokes normalmente es muy sensible, ¡no harán que te sientas mal aunque cantes fatal!”), vi a mi entrenador personal reírse y divertirse sinceramente.

Al principio no cantamos mucho porque había bastante gente a pesar de ser una noche entre semana, pero a partir de las diez y media pudimos desatarnos.

Yo elegí todas las canciones de Andrea, durante la primera parte de la noche le hice cantar: “September” de los Earth, Wind and Fire, y en el momento del estribillo Nic y yo no pudimos contenernos, nos levantamos de golpe y fuimos a hacerle los coros saltando y cantando en un molesto y desafinadísimo falsete como dos endemoniados; después “Can’t get you outta my head” de Kylie Minogue, a la que intentó resistirse con todas sus fuerzas al principio, pero luego aceptó su destino y yo, movida por la compasión muy a mi pesar, convencí a Linda para que lo acompañáramos las dos, y viendo que los clientes del local estaban distraídos con nuestras coreografías se relajó un poco; por último, “A natural woman” de Aretha Franklin. Cuando le dije el título me miró fijamente a los ojos e inclinó la cabeza hacia el hombro, pero se abstuvo de hacer comentarios y se dirigió en silencio hacia el escenario, como si fuese al matadero. El caso es que, además de ser un texto puramente femenino, es también difícil de cantar para un desafinado como él. De hecho fue un suplicio para todos excepto para nosotros: yo cantaba sentada en la mesa, haciendo gestos para animarlo, sujetando un micrófono imaginario y fingiendo ser Aretha que lo da todo cuando canta. Él me miraba de vez en cuando y, aunque empezó muy enfadado, al final se echó a reír y cantaba entre carcajadas, mientras que yo reía entre gestos.

Sin embargo reservé lo mejor para cuando el local se quedara vacío, porque en el fondo, muy en el fondo, yo también tengo un corazón. La cuarta canción fue un dúo con Nic: “Je t’aime” de Serge Gainsbourg, en la que Andrea fue Serge y Nic una espléndida Jane Birkin que nos hizo morir de risa. Cuando volvieron a la mesa, yo casi no tenía voz de tanto reírme, y Andrea estaba rojo, sonriente, y se sujetaba la barriga.

La quinta y última canción, mi as en la manga, el *dulces in fundo*, fue mi adorado, gran clásico: “Sexual Healing” de Marvin Gaye. Antes de que subiera al escenario lo cogí aparte y, con expresión y voz serias, lo amenacé: «Por favor Andrea, no me decepciones. Esta canción es cosa seria. Saca lo mejor de ti». Luego le di una palmada en la espalda apretando la boca, como si yo fuera Apollo y él Rocky.

Él hizo una mueca sin responderme siquiera y fue con extrema naturalidad al escenario, (ya superado totalmente el miedo escénico),

afrontando el último éxito. He de decir que nunca nadie alcanzará la perfección de Marvin, pero lo hizo muy bien, ya se había soltado; no bailaba, eso no, pero habiendo vivido en Inglaterra habla bien inglés y cantaba cada palabra con conocimiento de causa, y bueno, digamos que en esta no me reí en absoluto... Es más, lo único que hice fue tragar saliva y pasar calor, un montón de calor.

Yo también canté, no dejé pasar la ocasión: dos veces con Linda, “Fiori rosa, fiori di pesco”, uno de nuestros clásicos del karaoke, y “La canzone del sole”, porque Linda y yo juntas podríamos cantar solo Battisti; y una vez con Nic, “Non amarmi”, en la que Nic fue un tenebrosísimo Alejandro Baldi y yo una superdecadente Francesca Alotta, pero para compensar nos reímos un montón.

El único que no cantó fue Marco, no hubo manera de arrancarlo de la silla, pero creo que en cualquier caso se divirtió, visto que un par de veces lo pillé limpiándose las lágrimas en el rabillo del ojo.

Andrea al otro lado del cristal de la puerta de entrada.

Pero estoy un poco nerviosa, porque con lo que he preparado para hoy creo que se enfadará incluso más que con lo de las poesías.

El local aún está vacío, normalmente abrimos a las siete, y Rosy llega a las siete y media.

«Jueves», dice esperanzado mientras entra en el local.

«Sí, ya te queda poco». Y después de decir eso le abro camino hasta la esquina del lado izquierdo de la cafetería que él ocupará hoy toda la mañana.

«¿Un beso, un euro?!», exclama con los ojos fuera de las órbitas en cuanto lee el cartel de colores pegado en la estructura de madera de un ex teatro de marionetas. Me ha costado mucho preparar físicamente este stand. Lo he recuperado gracias a una amiga de la madre de Elenina, una maestra que quería deshacerse de él porque en su guardería habían comprado uno nuevo. Lo he decorado un poco por los lados, he preparado el cartel y una lata con la foto de un precioso niño africano, he colocado la lata por el lado derecho y he pegado una nota en la que aseguro que los fondos recogidos irán a la beneficencia mediante una asociación que construye pozos en África.

Observo a Andrea mientras lo asimila todo. «¿Tengo que dejar que me besen desconocidas durante toda la mañana? ¡Ni de coña! ¡Olvídate Olly!».

Yo lo agarro dulcemente del brazo y lo acompaño al otro lado del teatrillo, donde he colocado un taburete regulable. «Es por una buena causa». Lo empujo delicadamente hacia abajo y compruebo la medida. «Baja un poco el taburete, sigues demasiado alto». Vuelvo al otro lado a observarlo.

«¡No lo voy a hacer, Olly! ¡Es inútil regular el taburete!»

«No te quejes, que hoy te va de lujo: ¡desde mediodía vas a estar libre!», replico cruzándome de brazos y en el efecto que hace el conjunto con él.

«¿Me va de lujo? ¡¿Me-va-de-lujo?!».

Me acerco con una sonrisita sádica y apoyo las manos en el pequeño alféizar que sobresale, me agacho de manera que tenga los ojos a la altura de los suyos. «Cumplir las apuestas Andrea, cumplir las apuestas...», susurro, mi voz es suave y venenosamente dulce.

Él me mira a los ojos, con intensidad, y luego baja la mirada lentamente hasta... hasta mi boca. Sus pupilas se dilatan, coge aire y luego dice, a quemarropa: «¿Tú serás la primera?».

Me echo atrás de golpe, sorprendida y confusa. El corazón se me dispara como un maldito. «¡Leo!», llamo en voz alta hacia la cocina, solo por hacer algo... No era mi intención llamarlo... ¿Qué estoy haciendo? «¡Ven a ver como queda con él dentro!», añado de repente para cancelar cualquier sospecha de posible confusión mental.

Leo llega instantes después, limpiándose las manos en su delantal blanco, y se pone a mi lado a observar a Andrea detrás de la estructura de madera.

«Tienes el honor de inaugurar la jornada, Leo», le digo con una sonrisa forzada. Todavía no me he repuesto.

Andrea me mira con la boca abierta, devastado, pero antes de que pueda decir algo, Leo responde: «¿Qué? ¡Estarás de broma! Llámame cuando estés tú ahí detrás de esa cosa, entonces ya verás como unos buenos trescientos euros los doy encantado!».

Me giro de golpe hacia él, pero no me da ni tiempo a contestar que ya se ha esfumado a la cocina otra vez. Andrea también está sorprendido. «¡Esto es acoso en el trabajo!», estalla enojado, mirando hacia la puerta de la cocina.

Me río. «¡Pero por favor! ¡Era un comentario del todo benigno! Y además en todos estos años es la primera vez en absoluto que lo oigo

decir algo así...»

«Sí, pero es mucho mayor que tú...».

Me acerco con una sonrisa, esta distracción me ha calmado vagamente. «No seas bobo. El amor no tiene edad».

Él me mira frunciendo el ceño. «Eso en mi pueblo no se llama amor, se llama de otra manera...»

«¡Oh, aquí está Rosy!», lo interrumpo. «Hoy raramente con antelación...». Me sale una risita. «No te preocupes. Empezarás a espetaperros con ella». Andrea prácticamente gruñe, y yo lo dejo con su destino un poco de tiempo, porque hasta las ocho y media (hoy me toca la barra) estaré demasiado ocupada para controlar la situación.

Me parece haber visto una especie de cola de mujeres sobre las ocho, he oído bastantes más risitas agudas de lo habitual, e incluso un chico muy guapo que viene habitualmente, delgado, con los ojos azules y siempre muy bien vestido, me ha dicho en voz baja: «¿Pero también vale para los hombres?».

Yo también me he apoyado para acercarme a él. «¡Pues claro! No hay ningún cartel que discrimine a ninguno de los sexos, ¿no?». Y le he guiñado un ojo, volviendo a ocuparme de mis comandas.

La señora Barbieri no ha querido disfrutar del servicio, pero sobre las nueve menos cuarto ha anunciado que a las nueve llegarían sus amigas, y Andrea, que había aguantado estoicamente semi-impasible hasta ese momento, se ha pegado con una mano en la frente produciendo un lamento de dolor.

La señora Barbieri y yo nos hemos mirado cómplices, riendo.

Ahora son las nueve en punto, y la señora Letizia, puntual como un reloj suizo, entra en la cafetería acompañada por la señora Silvia. Andrea empieza a llamarme desesperadamente, mientras yo finjo no oírlo. Al final tengo piedad y me acerco.

«Tengo que ir al baño», me susurra al oído.

«Oh, ¿en serio?»

«Eh... sí», responde mirándome con cara de pocos amigos.

Lo observo un momento: tiene marcas de barras de labios diferentes alrededor de la boca, y también un par sobre las mejillas, tal vez alguna no ha tenido la osadía. Tiene el pelo revuelto (¿le han puesto las manos en el pelo?) y la cara ligeramente enrojecida. Parece... como si lo hubieran estado sobando, aunque lleva una simple camiseta blanca sin ninguna

marca de sobeteo. Tal vez está sobeteado dentro... Me da pena. Esta vez de verdad me he pasado.

«Ve». Dios, soy tan magnánima.

Cuando lo veo relajar los hombros, añado: «¡Pero vuelve pronto!».

Mientras que Andrea está en el baño, veo a las señoras Letizia y Silvia subirse con esfuerzo a las banquetas junto a la señora Barbieri. Letizia, precedentemente preparada para el acontecimiento de hoy, está sacando un billete de veinte, pero veo cómo Silvia le para la mano y le dice algo que no consigo oír, mientras que la señora Barbieri se ríe silenciosa.

Las dos chicas, las que aquella vez me preguntaron si era mi novio, ya se han gastado un par de euros por cabeza, y ahora siguen riéndose, todo coloradas, mientras hablan de la monedita que han soltado en la mesa. Siendo honesta, verlas a ellas besándolo no ha sido tan divertido como ver a la señora Letizia preparando el billete de veinte.

Cuando a las nueve y media llega Nic, acompañado por Linda, noto que Andrea aún no ha vuelto a su sitio.

«¿Dónde está el Bello Durmiente al que hay que despertar con un beso?», pregunta Nic riéndose.

Linda y yo nos saludamos con un besito. «Ha ido al baño... hace más de media hora».

«Ve a llamarlo, dile que su príncipe ha llegado», dice Nic con una sonrisita divertida en la cara.

Echo un vistazo al local, que a estas horas ya no está tan lleno, y voy al baño de los chicos. Entro con cautela para evitar una situación embarazosa, pero no hay nadie y está en silencio. «¿Andrea?», lo llamo titubeante.

«¿Andrea?». Ahora mi voz es más firme. Ninguna respuesta.

Empiezo a preocuparme. «¿Andrea estás bien?».

Sigo sin recibir respuesta.

Llamo con el dedo a cada una de las puertas, y cuando no oigo nada la abro despacio. Lo encuentro en el último baño del fondo, sentado con las piernas estiradas sobre un váter cerrado, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza inclinada hacia delante. Sabe que estoy aquí, delante de él, pero no se mueve. «¿Andrea?».

Él levanta la mirada despacio cuando lo llamo, una mirada terriblemente triste. «¿Me odias, Olly?»

«¿Cómo? ¡No!», exclamo sorprendida. Instintivamente me agacho

cerca de él. «¿Estás loco? ¡Claro que no te odio! ¿Por qué?»

«Porque hoy», mueve la cabeza ligeramente mientras me mira. «Hoy está siendo realmente tremendo...».

Lo observo un instante, mirándolo fijamente a los ojos, con la boca ligeramente abierta, dándome cuenta de repente que, tal vez, para él ha sido una pesadilla. Ahora me siento muy culpable. Me levanto de golpe, con el corazón que me late a mil por hora. «¡Basta! ¡Basta!», exclamo muy nerviosa. Me siento una mierda. «Vamos a desmontar enseguida la cosa esa, por hoy has terminado». No tengo valor ni para mirarlo a los ojos mientras lo digo, y sin esperar una respuesta me giro y camino rápida hacia la puerta de entrada del baño de hombres, pero él me detiene antes de que salga, agarrándome por la muñeca y haciendo que me gire hacia él.

Espero a que diga algo, pero él solo me mira.

«¿Qué pasa?», pregunto ansiosa.

«¿Ya está?»

«¿El qué?»

Se encoge de hombros. «¿Ha bastado decir “está siendo tremendo” para que te echés atrás?»

«Pero...», le digo sin entender. «Tú no te estás divirtiendo, me parece obvio que hay que dejarlo inmediatamente...».

Él me mira sin decir nada, no sé lo que se le está pasando por la cabeza. Está muy serio.

De repente me acuerdo de una cosa, y arrugo la nariz. «¿Serías capaz de dar solo un último beso?».

Él levanta las cejas, sorprendido, y se queda quieto de repente enderezando la espalda; está perfectamente inmóvil, alerta, como solo otra vez le vi hacer. «¿A quién?».

Yo hago una mueca. «A Nic».

«¿¡Nic?!», pregunta sorprendido, soltándome la muñeca.

«Acaba de llegar, y me ha dicho que te diga que tu príncipe azul ha llegado para despertarte».

Él voltea los ojos al cielo y suspira.

«También están...». Pongo una sonrisita inocente. «Linda y la señora Letizia. No puedes no dárselo a la señora Letizia, Apolo querido, se quedaría hecha polvo... Ha venido solo para eso...».

Andrea vuelve a suspirar. «De los tres que has nombrado se lo daría solo a Linda».

Salgo del baño riendo, noto que él me sigue. «Me estás pidiendo que le de un beso a la abuela de Donato Poggi, ¿te das cuenta?».

Yo frunzo el ceño. «Dios mío... ¡dicho así suena tremendo!»

«Si tengo que besar a la señora Letizia necesito un incentivo...»

«¿Un incentivo de qué tipo?», le pregunto mirándolo desde encima del hombro.

Él me para antes de girar la esquina y volver a entrar en la sala principal, y me gira. Me mira un momento a la cara, sin hablar, y luego lo dice todo de golpe: «El último beso del día, antes de quitar la cosa esa, me lo das tú».

Me quedo sin palabras, sin aliento, sin una idea coherente en la cabeza... Noto un ligero temblor que me invade sin preaviso, y temo que él se dé cuenta porque tiene las manos apoyadas en mis brazos, así que me aparto dando un paso atrás e intento respirar. Sobre todo, me concentro en llevar oxígeno a mis pulmones. Al final, cuando me doy cuenta de que no puedo quedarme ahí plantada para siempre sin dar una respuesta, asiento apartando la mirada y girando la esquina.

«¡Aquí está!». Oigo decir a la señora Letizia cuando divisa a Andrea a mis espaldas.

«Ay Dios mío...». Lo oigo murmurar.

Para hacerle ver el vaso medio lleno, le digo: «Que sepas que la señora Silvia la ha convencido para no usar el billete de veinte que tenía preparado en la mano, creo que desde que salió de casa...».

Lo oigo quejarse.

Él va a colocarse detrás del teatrillo, como antes, y yo acompaño a Nic hasta la fachada de colores fingiendo que lo instruyo: «¡A ver, nada de lengua y manos fuera!».

Nic se ríe. «¿No vale que el mío y el de Linda te los dé a ti?»

«Ey, ¡hoy ya eres el segundo que me lo dice!», le digo alegre. «¡Ya tengo dos compradores!»

«En realidad también un grupo de trabajadores también lo dijeron esta mañana...», se entromete Andrea.

«¿De verdad?», pregunto sorprendida. «¡Guau!»

«¡Tienes bastante más que dos, Olivia querida!», dice la señora Barbieri.

«Pues sí...», comenta Linda.

«¡Pues qué bien!», exclamo satisfecha, y luego me giro hacia Nic. «Adelante, sé breve y conciso».

«Tengo que darle dos, uno por mí y otro por Linda, si no mi hermano me mata». Se acerca a Andrea, mete dos euros en la lata y luego se gira otra vez hacia mí. «¿No puedo darle uno a él y otro a ti?»

«¡Soy yo el que está aquí detrás, así que me los das los dos a mí, y cierra el pico!», dice Andrea.

Nic voltea los ojos de una manera muy similar a Andrea cuando estaba en el baño y hablábamos de él, luego lo besa en los labios, rápido, dos veces.

Linda aplaude riéndose, la señora Letizia exclama con la mirada extasiada: «¡Qué lindos sois!».

La señora Barbieri y la señora Silvia se ríen silenciosamente mientras yo emito un silbido de estadio.

«¿Qué está pasando aquí?», pregunta Leo asomándose desde la puerta de la cocina.

«Nada, estamos caldeando el ambiente», le respondo con una sonrisa, él mueve la cabeza y vuelve a la cocina.

«¡Me toca!», exclama contenta la señora Letizia. «¡Yo tengo que darte tres!».

Andrea se pone blanco.

«¡Uno por mí, uno por Silvia y uno por Elisa!», cuenta mientras hace tintinar tres euros en el bote.

La señora Letizia se acerca complacida y se acerca con esfuerzo a través de la ventanita del ex teatrillo. «¡Ven Apolo querido, hazme soñar!».

Un sonido me hace darme la vuelta y veo a Nic, a pocos metros, que está llorando de la risa mientras observa la escena. La imagen me hace sonreír, y mientras Andrea aguanta estoicamente los besos de la señora Letizia, Nic me apoya un brazo en el hombro en un pseudo-abrazo, mientras que con la otra mano se seca las lágrimas. «Ah, Olly... Te adoro...».

En lo que tardo en volver a darme la vuelta, la señora Letizia ya ha terminado, y yo ya sé lo que tengo que hacer ahora...

Suspirando, me libero rápidamente del brazo de Nic, pensando que, como siempre, cuanto más rápido mejor. Me muero de vergüenza, también por el público que tenemos, pero no es nada comparado con la que ha tenido que pasar Andrea hasta ahora.

«Bueno», empiezo aclarándome la voz y dirigiéndome a todos ellos, que poco a poco han formado un círculo alrededor del stand. «La señora Letizia era la última»

«Olly...». Oigo una advertencia a mis espaldas.

«Bueno la penúltima, luego cerramos», levanto el bote y lo muevo, diciendo irónicamente: «Creo que con esto ya podemos hacer un par de pozos...».

Luego me giro, moviéndome lo más rápidamente posible y fingiendo al máximo de mis capacidades una indiferencia que no siento ni de lejos. Me palpo el bolsillo, cojo un euro, lo echo en el bote y me acerco a través de la ventanita de las marionetas, todo sin ni siquiera mirarlo a la cara ni una sola vez, pero Andrea se aparta en el último segundo.

En ese momento lo miro a los ojos, sorprendida: ¡pero si me lo ha pedido él!

Él me mira solo un instante y luego, lentamente, desgarradoramente despacio, acerca su rostro al mío y apoya sus labios en los míos, que por primera vez sienten la suavidad y el calor de otro ser humano.

15.

No creo que esta tarde pueda mirarlo a la cara. Me lo encuentro de pie junto a su coche. ¿Pero a qué hora llega? Siempre está aquí cuando llego... Vale, yo siempre voy con la hora pegada, pero él...

Me encojo de hombros y respiro profundamente, intentando pensar en cualquier cosa menos en que esta mañana nos hemos besado. Un beso pequeño y minúsculo, breve, pero que he seguido recordando hasta ahora – seis horas después del acontecimiento – como un millón de veces. No sé de aquí a mañana a qué número de películas mentales llegaré recordando ese momento; tal vez pueda probar científicamente que, a fin de cuentas, los números son finitos.

«Hola Olly», me saluda levantando la cabeza levemente de sus siempre perennes folios ondeantes cuando oye el ruido de mis pasos. Sonríe, en absoluto avergonzado, y vuelve a concentrarse.

«Hola». Cuando oigo mi voz flébil como un susurro me doy una sacudida mental y me aclaro la garganta. *Basta Olly, reacciona. ¡Ya! No lo pienses más y fin del asunto.*

«Bueno», empieza reagrupando los folios y ordenándolos en el techo de su coche. «¿Empezamos?».

Asiento, pero él no me está mirando: está abriendo la portezuela trasera y dejando los folios. Cierra el coche y se gira hacia mí, siempre sonriendo. Lo miro apenas unos instantes, suficientes para entender que su sonrisa es amable y educada, como siempre. No está en absoluto turbado por lo que ha pasado esta mañana, es como si para él no hubiera pasado nada. En el fondo ¿qué ha pasado? ¿Un brevísimo encuentro entre labios? Ah, Olly... no es nada, de verdad que no es *nada*. Intenta volver a poner los pies sobre la tierra. Unos pies que tendrán que empezar a correr en breve y, pensando estas cosas, suspiro fuerte.

«¿Qué pasa?», pregunta de inmediato mientras nos dirigimos a la pista uno al lado del otro.

Resoplo. «Hoy no tengo ganas de correr».

Él no responde enseguida y, cuando lo hace, titubea un poco. «¿Y... qué te apetecería hacer?».

Me detengo en seco, en mitad de la calle, y me giro hacia él. «¿Me

estás diciendo que tú, el Hombre de Hierro, el Irreprensible, el Reloj Suizo Humano, podrías saltarte un entrenamiento?».

Él frunce el ceño y hace una mueca extraña con la boca, parece casi ofendido. «¿Reloj suizo humano?».

Su expresión me hace gracia y al final consigo disolver un poco la tensión que me tiene prisionera desde esta mañana.

Se cruza de brazos, inclinando la cabeza.

Yo me echo a reír de nuevo. «¿Qué quieres que te diga? Eres demasiado puntual... No es normal».

Él levanta las cejas sorprendido.

Vuelvo a reírme, luego le agarro del brazo y lo empujo hasta el carril bici. En cuanto volvemos a encaminarnos, lo suelto.

«¿No vas a decirme qué quieres hacer en vez de correr?»

«No», contesto rápido. «Vamos a correr que es mejor», murmuro para mis adentros, pero en el fondo de manera audible, y él no dice nada.

Lo sigo, como siempre, esperando a que empiece a correr. Me quedo en silencio, no busco conversación, no sabría qué decir.

Durante un rato él tampoco habla, luego de pronto dice: «Qué silenciosa estás hoy...»

«Mmm».

Noto por la respiración que se queda estupefacto: aunque siempre me falta el oxígeno cuando corremos, cuando habla siempre intento responder de manera decente.

«¿Algo no va bien, Olly?»

«No».

«No pareces normal», comenta con una pizca de frustración.

Le lanzo una mirada y veo que me está mirando. Tiene una expresión casi preocupada en la cara; si no estuviera completamente incómoda, confusa, indecisa, insegura y avergonzada, lo encontraría adorable. Volteo los ojos y vuelvo a mirar hacia delante. «Todo va bien, aparte de que siempre intentas darme conversación cuando yo estoy muriendo por falta de oxígeno».

«Pero no estás como siempre...», insiste.

«Estaba pensando», digo solo por intentar zanjar cualquier tipo de contacto verbal y volver a mi amado silencio.

«¿En qué?».

Como decirle la verdad ni me lo planteo, se me pasa por la cabeza

decirle lo contrario. «En las cosas horribles de la vida».

Lo oigo respirar fuerte y al final deja de hablar un rato, pero no tengo tanta suerte. «¿Por qué estás pensando en cosas horribles? ¿Ha pasado algo horrible?».

Me dan ganas de reír, pero el estado de muerte previa por estar corriendo me salva quitándome el aliento y la fuerza para hacer algo así. Solo consigo encogerme de hombros, sin responder a nada y sin desequilibrarme.

Noto que se pone algo nervioso; nunca está nervioso, para él correr conmigo es como beberse un té a las cinco de la tarde tumbado en el sofá de su casa. «¿A qué cosas horribles estás pensando en concreto?». Ahí lo tienes.

Resoplo teatralmente sin mirarlo. «Oye Andrea, me estoy muriendo, no tengo ganas de hablar. Y además ¿por qué no hablas tú? Cuéntame el momento más horrible de tu vida», concluyo casi desesperada, desesperada por sacar de mi mente cierto acontecimiento insignificante.

Él se queda un rato en silencio, cuando responde ya estamos volviendo caminando. No sé él, pero yo miro al suelo que hay bajo mis pies. «El momento más horrible de mi vida fue cuando murió mi abuelo».

Al oír esas palabras levanto la mirada instintivamente, con un vuelco en el corazón.

Él me mira sereno, aunque serio.

Cuando no habla, suspiro. «Es genial hablar con los hombres. Fantástico, de verdad. Si no fuera porque hablan por los codos cuando les haces una simple pregunta y no dejan de hablar durante horas, sería aún más maravilloso...».

Él suelta una risita. «¿Qué más quieres que te diga?»

«No sé, quién era ese abuelo, cuántos años tenías, cómo murió... Cosas así».

Él aparta la mirada y empieza a responder. «Era el padre de mi padre, yo tenía quince años. Estábamos muy unidos y era el único abuelo que había tenido. Todos decían que me parecía mucho a él, y también en el carácter. Él era el obseso del deporte de la familia», y diciendo eso se gira brevemente hacia mí y me sonrío. «Participó en un Giro d'Italia y corrió muchos maratones».

No digo nada, recuperando la respiración mientras nos dirigimos hasta el principio del carril bici, intentando imaginarme a ese hombre

parecido a Andrea pero a la antigua, tal vez, y en otra época.

«Tenía sesenta y dos años cuando murió, y solo dos meses antes de morir estaba genial. Se quejaba de vez en cuando de dolores de barriga, fue a hacerse unas pruebas y le encontraron el vientre lleno de metástasis».

«Dios mío...», susurro.

«Sí».

Nos quedamos en silencio, mientras pienso en todo lo que me ha dicho. Me abrazo, porque oír estas cosas siempre me sacude un poco, aunque no conozca a los afectados directos. Tras unos minutos rompo el silencio. «¿Y por qué has dicho que era el único abuelo que habías conocido?»

«Porque los demás murieron todos cuando yo era pequeño».

«Oh». Creo que debería zanjar el tema, pero la curiosidad me puede. «¿Cómo se llamaba?»

«Amedeo».

Se me escapa una risita leve y me mira; me encojo de hombros. «Qué bonito nombre antiguo...».

Él también se ríe. «¡Pues estuvieron a punto de ponerme Amedeo!».

No puedo evitar hacer una mueca de horror y él se echa a reír. «¿No has dicho hace un segundo que era bonito?»

«¡También he dicho ‘antiguo’!», respondo con vehemencia.

Él se ríe. El sonido bajo y ronco de su risa reverbera dentro de mí; la visión de su rostro, con esos preciosos dientes en muestra y los ojos reducidos a dos rendijas me enloquecen el latido cardíaco otra vez. ¡Qué rollo, acababa de empezar a calmarse!

«Mi madre se negó, dijo que elegiría un nombre que empezara por A, pero no Amedeo».

«Bueno, si fuera tú se lo agradecería todos los días del año, en el desayuno, para empezar el día».

Él vuelve a reírse, inclinando ligeramente la cabeza. «¡Qué exagerada! No es tan feo...»

«No, claro. Entonces de ahora en adelante te llamaré Amedeo».

«Ni se te ocurra...».

Llegamos al principio del carril bici y nos sentamos en el suelo para empezar el stretching. Hoy será mejor que no me ponga las manos encima, aunque he de decir que por su manera de comportarse no parece que tenga intención.

«¿Y cuál es tu momento?», me pregunta de repente.

Yo lo miro y reflexiono unos segundos antes de responder: «Creo... que no es un momento concreto, sino un período. Cuando entendí que mi padre no iba a volver».

«Ah...».

Estiramos los músculos en silencio, cada uno en su sitio gracias a Dios.

«¿Cuántos años tenías?»

«Ocho».

«Debió ser...», lo oigo dudar y levanto la mirada: me está mirando con las mejillas ligeramente sonrojadas. «Debió ser realmente tremendo».

Asiento, advirtiendo durante un segundo el pellizco en el corazón que, aún hoy, años después, sigo sintiendo cuando pienso en esa etapa de mi vida. «Sí, lo fue. Encima al principio creía que se había ido por trabajo, o durante un período, solo poco a poco entendí que no volvería, y cuando me di cuenta...». Muevo la cabeza sin terminar la frase, trago saliva. «Pensaba varias cosas: a veces estaba convencidísima de que era culpa mía, porque no había sido una niña buena; otras veces creía firmemente que era culpa de mi madre».

Él me mira sin hablar.

«Sobre todo lo echaba en falta; había momentos en los que su ausencia era casi... *física*, no sé cómo explicarlo».

Él asiente. «No, no, lo entiendo. Sé que puede parecer absurdo, pero a mí me pasó lo mismo con mi abuelo». Aparta la mirada mientras estira en otra posición, que yo copio enseguida. «Aunque estábamos siempre al día sobre el estado de su enfermedad, cuando estaba en el hospital y aunque los médicos decían que no había muchas esperanzas, de hecho ni siquiera querían operarlo, yo acepté su enfermedad y su muerte solo meses y meses después de que se hubiera ido. No sé, es como si el cerebro fuera lento...». Se encoge de hombros. «Estuve peor después que cuando estaba en el hospital».

Asiento solamente.

«También por mí... Yo también sentía su ausencia de una manera devastadora». Traga saliva y no habla más.

No añado nada más, pero él vuelve a hablar de forma espontánea. «Ahora que lo estamos hablando, me vienen a la cabeza algunas escenas...». Sonríe y mueve la cabeza. «Pasaba mucho tiempo con él

cuando era pequeño, me hacía reír y divertirme porque era físico como yo. Siempre en movimiento». Me mira con una sonrisa triste, una mirada triste. «*Mens sana in corpore sano*, me decía siempre».

Aparto mis ojos de los suyos, porque tengo unas ganas terribles de levantarme y abrazarlo. ¿No había empezado hablándole de cosas horribles? ¿Cómo lo he hecho para volver a encontrarme así desesperada porque no puedo tirarme encima y abrazarlo?

Él respira profundamente y se sienta con las piernas plegadas, se abraza las rodillas y entiendo que hemos terminado, pero no tiene intención de levantarse y despedirse de mí. «Pero hablemos de algo bonito de vez en cuando...», dice con un tono diferente. «Cuéntame el mejor momento de tu vida», me exhorta con una sonrisa.

Yo lo miro fijamente y tengo en la punta de la lengua las palabras “esta mañana, cuando me has besado”, pero está claro que no puedo abrir la boca y dejarlas salir, por lo que pienso con furia en algo alternativo. «Quizá... cuando vi que había adelgazado sin hacer una auténtica dieta».

Él levanta las cejas sorprendido.

«¿Qué pasa?», le pregunto ya ansiosa.

Él mueve la cabeza. «No, es solo que... Me hace ilusión haber estado presente, ¿pero de verdad ese fue el mejor momento de tu vida?».

Me siento inmediatamente incómoda, inadecuada, y me doy cuenta de cuánto dice esa respuesta de mi existencia. Me siento imbécil, ¿pero por qué he vivido así? Dios mío...

Me sonrojo, bajo la mirada hasta mis piernas en posición de mariposa y respondo, balbuceando: «Tú no puedes entenderlo, para mí fue una conquista... después de tantos años de lucha... y luego... hay otros momentos», concluyo jugando con los cordones de mis zapatillas.

«¿Por ejemplo?».

Me encojo de hombros sin mirarlo. «Por ejemplo...». Pienso rápidamente y por fin me viene algo a la cabeza. «Por ejemplo la primera fiesta de pijamas con Linda». Sonrío al recordarlo, sin mirarlo a los ojos. «Teníamos doce años y estuvimos despiertas toda la noche, comiendo guarrerías y viendo dibujos animados y videocasetes de Bon Jovi».

Se queda en silencio y al final dice: «Bueno tienes tus motivos... es difícil definir el mejor en absoluto...».

Le echo una mirada veloz y me alegro de descubrir que está mirando hacia los árboles que delimitan las pistas.

«Estoy indeciso...».

No quiero saber el mejor momento de su vida, no lo necesito en absoluto, así que no tengo ni idea de por qué le pregunto: «¿Entre cuáles?».

Cuando oye mi voz, desplaza su mirada de hielo sobre mí. «Entre el nacimiento de mi hermana y la primera vez que hice el amor».

«Ah». No sé qué decir: No he vivido ninguna de las dos experiencias. Sospecho que mis mejillas deben estar entrando en autocombustión, pero a pesar de que puedo entrever el humo que sale de mi cara incandescente, no consigo apartar la mirada de la suya.

Él habla de una manera en apariencia indiferente, como si estuviera calculando la materia magra y la materia grasa y cuántos kilos tengo que perder aún. «El nacimiento de mi hermana fue algo increíble. Yo tenía seis años, y cuando llegó a casa, los primeros días, estaba loco por ese angelito rosa minúsculo... olía tan bien... y luego el día anterior no estaba, y al día siguiente... ¡puf! Una niñita chillaba y dormía en casa».

«¿De verdad? Siempre he oído decir que los hermanos mayores normalmente se ponen celosos...»

«Ah sí, de hecho me puse celoso». Se ríe diciéndolo. «Pero no los primeros días. Los primeros días solo quería tenerla en brazos todo el rato y darle besitos en los mofletes tan gorditos y oler su pelo».

Ay Dios mío, me estoy derritiendo.

«Y ese es un momento que siempre recordaré con cariño, mientras que...».

Creo que las orejas se me han puesto tiesas, no sé cómo, pero he notado el movimiento.

Él aparta sus ojos y mira hacia los árboles. «La primera vez que hice el amor... Nunca olvidaré lo que sentí, las sensaciones tan fuertes, las emociones intensas, pero lo que siguió después...». Mueve la cabeza, guiñando los ojos. Parece perdido en sus recuerdos, en sus reflexiones. «No digo que haya arruinado el recuerdo de aquel momento, pero... no sé, ahora sé lo que pasó después, todo el dolor, y los dramas, etcétera, y no reniego de nada ¿eh?, pero un poco influye en el recuerdo de aquel momento. Ya no consigo pensar que fuera maravilloso al cien por cien», concluye girándose hacia mí. «En cualquier caso sigue siendo un bonito recuerdo». Y dice esa frase mirándome de una manera enervante. «Si no el mejor, seguro en el Top Cinco».

Aparto la mirada aclarándome la voz y levantándome del suelo; me sacudo pasándome las manos por el trasero y por las piernas, para limpiarme los posibles granos de tierra y la hojarasca. Cuando me enderezo, descubro que Andrea no se ha movido un milímetro y sigue mirándome.

Sin dejar de hacerlo se levanta despacio, da un paso hacia mí y me lo encuentro justo delante.

El corazón vuelve a latirme con furia. *Bésame*, pienso intensamente. *Bésame porque tú lo quieras, y no por un estúpido juego. Bésame de verdad.*

«¿Esta noche?», pregunta despertándome brutalmente de mis fantasías.

«¿Eh?»

«¿El plan para esta noche?».

Yo parpadeo rápidamente y frunzo el ceño, sorprendida y confusa. «¿Qué plan?»

«¿No me harás hacer el ridículo esta noche»

«¡Ah!», exclamo entendiéndolo por fin. Estaba tan ensimismada en mi utopía que me había olvidado por completo de la Semana de Poder. «No, esta noche eres libre. El plan de hoy ha terminado. ¿No te ha parecido suficiente?», añado con una sonrisa torcida.

Me río despacio, en voz baja.

«Entonces... ¿nos vemos mañana?».

Asiento. «Nos vemos en el aparcamiento de la cafetería a las dos».

Abre los ojos adoptando una expresión de terror. «¿Vamos en tu coche?»

«Exacto».

«Oh no...», murmura pasándose una mano por la frente. El gesto me hace reír, y él sonrío.

Decido irme enseguida, en este momento de aparente normalidad, antes de volver a desear locamente algo imposible, y sobre todo antes de volver a transmitirlo con los ojos. Me despido sin mirarlo, gritando un 'chao' y levantando una mano, mientras camino ligera con los ojos fijos en mi Fiat 500 amarillo.

Lo oigo decir: «¡Hasta mañana!», y luego, por fin, soy libre para volver a visualizar mentalmente la mañana de hoy un millón de veces sin miedo de que el sujeto en cuestión me lo pueda leer en la cara.

Inesperadamente, cuando entro en casa me encuentro a mi madre.

«¡Mamá!». De verdad que es lo único que consigo exclamar. Creo que es la primera vez en años que está en casa, un día entre semana, antes de las ocho de la tarde.

Ella se levanta del sofá y viene. Me estudia de arriba abajo. Se nota que acabo de hacer deporte: tengo la camiseta empapada en sudor, todavía debo tener la cara roja y algunos cabellos que se han escapado de la coleta para todos lados.

«¿De dónde vienes?».

No me apetece contestarle, ¿pero qué puedo decirle? «Del carril bici», le digo al final, reacia.

Levanta las cejas sorprendida y, cuando veo la Mirada de la Felicidad abrirse paso lentamente en sus ojos, me giro de golpe y corro hacia las escaleras para llegar hasta mi habitación. Ella me sigue.

Noto su presencia en el umbral de mi puerta mientras preparo la toalla y el pijama limpio para ponerme después de la ducha. Cuando tengo todo listo bajo el brazo, me giro hacia ella. «¿Qué quieres?».

Ella reacciona y se endereza un poco. Aparta la mirada y dice en voz baja: «Nada, ejem... ¿qué quieres cenar esta noche? Te lo preparo para cuando salgas del baño».

Levanto las cejas. No sonrío, pero de verdad, si hubiera sabido que era suficiente con perder unos kilos para ver emerger a otra persona, mucho más amable que la de antes, lo habría hecho antes.

Lo pienso un momento, pero luego me doy cuenta de que... noooooo, no lo habría hecho antes.

Y además siempre hay otra posibilidad, la que personalmente considero más probable: un marciano ha poseído el cuerpo de mi madre y ahora ella está vagando por el espacio en el cuerpo de un marciano. Espero que solo le den de comer píldoras con sabor de calabacines cocidos sin aliñar.

«Pizza», contesto descarada levantando una ceja.

Ella asiente sin decir palabra, sin hacer ningún gesto. «Entonces

llamo en cuanto acabes, la pizza fría está asquerosa. ¿Cómo la quieres?».

En serio: ¿dónde está mi madre?

«Margarita». Mi voz es desconfiada, escéptica, y ella asiente relajando los hombros y liberando por fin el umbral.

Después de darme una ducha rápida, me recojo el pelo todavía mojado en una coleta y bajo a la cocina. La visión que me encuentro es de broma, me cuesta elaborarla racionalmente: mi madre me espera sentada a la mesa de la cocina con una pizza delante de ella y otra en mi sitio.

Me quedo un segundo clavada.

«Ven Olly, acaba de llegar y todavía está caliente».

Me siento; tengo que saber algo más sobre estos extraterrestres que están conquistando silenciosamente la Tierra.

Cojo los cubiertos y empiezo a cortar la pizza echándole de vez en cuando una mirada sospechosa a mi madre. Ella parece ajena, completamente ajena a mis pensamientos; corta su pizza y tiene hasta una sonrisa en los labios.

Estoy a punto de decirle “¿tú quién eres?”, cuando ella se adelanta: «¿Desde cuándo vas a entrenar?»

«Hace ya», contesto un poco de mala gana.

«No».

Se queda en silencio, luego oigo el ruido del tenedor apoyado con fuerza en el plato. «¿Con quién?».

La miro, indecisa sobre si contestarle o no, y al final digo: «Andrea».

Ella no dice nada, pero coge un trozo de pizza con las manos, lo dobla y le da un bocado.

Empiezo a comer despacio, sin decir palabra, hasta que ella vuelve a romper el silencio otra vez. «¿Cómo has conocido a ese Andrea?».

Yo suspiro, cerrando los ojos. «Lo conocí mediante uno de los gemelos. Me está ayudando a entrenar». No quiero decirle que le pago, no quiero que me juzgue, no quiero sentir sus comentarios al respecto.

«Muy amable por su parte...», murmura bajísimo, mirando su pizza con una sonrisa extraña en la cara.

«¿Qué quieres decir?», pregunto enseguida a la defensiva.

Ella levanta la mirada sorprendida. «Pues... nada Olly, solo que es muy amable por su parte ponerse a entrenar-», se detiene con una expresión perdida en la cara.

Me trago un bocado de pizza muy amargo. «¿Ponerse a entrenar?».

Se encoge de hombros. «A una chica así, ¿cualquiera? ¿A la que acaba de conocer?», concluye con un tono más interrogativo que afirmativo.

Con el ceño fruncido vuelvo la mirada hacia mi pizza. Me encojo de hombros.

«¿A ti non te parece raro?»

«Le gusta hacer deporte, y me hace un favor», murmullo cortando otro trozo.

«Los hombres no son tan generosos...»

«¿Cómo?», pregunto levantando la mirada; ella deja el trozo que se estaba llevando a la boca y suspira, mirándome con unos ojos extraños, entre duros y tristes, entre amargo y salado. «He dicho que los hombres no son tan generosos», repite en voz más alta, mirándome.

Me siento incómoda; trago saliva un par de veces.

Nos quedamos unos instantes mirándonos en silencio, luego ella suspira y se encoge de hombros y mira su trozo de pizza. «Déjalo».

«¿Por qué eres así, mamá?», le pregunto poco después, y por primera vez en años, me doy cuenta de haber usado un tono de voz normal.

«¿Así cómo?», pregunta ella sorprendida, abriendo los ojos.

Me encojo de hombros. «Tan cínica... tan negativa...».

Ella suelta una risita nada divertida, es más, me da ganas de llorar. No contesta enseguida, se toma su tiempo. Luego levanta un hombro. «La vida, la experiencia...».

Dudo solo un momento antes de decir: «¿Papá?».

Su sonrisa amarga desaparece por completo, deja el trozo de pizza que tiene en la mano y se apoya en el respaldo de la silla. Creo que ambas nos estamos acercando a la desaparición del apetito gracias a estos discursos tan alegres.

«Claro», responde al final. «Pero no ha sido solo él, aunque con él... Con él fue realmente duro».

Levanto las cejas sorprendida. «¿Has tenido otras historias?».

Ella sonrío. «Alguna. No muchas».

Abro la boca: estoy en shock. En shock total.

Ella se ríe, pero la diversión se acaba enseguida.

«¡Nunca me di cuenta de nada!», exclamo estupefacta.

Ella asiente. «Lo sé, lo hice aposta».

Me quedo con la boca abierta. Estoy sin palabras. «¿Por qué?», le pregunto cuando por fin consigo reponerme.

Ella se encoge de hombros, volviendo a jugar con el tenedor. «No quería presentarte a alguien que no estaba segura de que se quedaría. No quería que te encariñaras, no quería-», se detiene levantando una mirada temerosa, antes de continuar. «No quería verte sufrir otra vez... *de esa manera*».

De repente noto un escalofrío y me abrazo, apartando la mirada.

«¿Estás sorprendida?», me pregunta en voz baja.

«¡Sí!», exclamo con sinceridad, levantando la mirada y asintiendo vigorosamente.

Ella se ríe, pero es una risa triste. «¿Te molesta saberlo?».

Frunzo el ceño. «No... en realidad no me molesta saberlo».

Podría equivocarme, pero creo que ahora respira más fácilmente.

Juego con mi pizza, en silencio. «¿Por qué me dices estas cosas?».

Ella suspira ruidosamente. «Bueno, me has preguntado por qué soy así, y yo soy el resultado de mis experiencias».

Reflexiono. «Quizá».

«¿Cómo que ‘quizá’?», responde picada.

Me encojo de hombros. «Tal vez hay diferentes formas de reaccionar a las experiencias y esta es la que tú has elegido».

Se queda sin palabras; me mira con la boca abierta. Se me escapa una risita. «Ahora eres tú la que está sorprendida...».

Ella también se ríe despacio. «Creo... creo que sí».

Le sonrío. Estoy sonriéndole a mi madre. Estoy-sonriéndole-a-mi-madre. O al marciano que ha poseído su cuerpo, claro.

En ese estado de shock y confusión terminamos de cenar, hablando civilmente de diferentes argumentos, como dos personas adultas que conversan agradablemente compartiendo una cena.

16.

Sábado por la noche. Andrea se está cambiando en mi baño.

«Has cogido los pantalones de una talla demasiado pequeña...», resopla desde dentro.

«¡No, te aseguro que el dependiente me ha dicho que tenían que quedar así!»

«¡No me caben!». Dice con tono desesperado.

«¡Inspira hondo!», le digo animándolo al otro lado de la puerta.

«¿Pero cómo que respire hondo? ¿Es que respiro por los muslos?». Tal vez a él no le divierta, pero a mí esa frase me hace mucha gracia. Luego oigo otros ruidos, gruñidos, movimientos...

Yo ya estoy lista para la fiesta de verano de la cafetería. Todos los años, la semana del 21 de junio, Leo hace una fiesta el sábado por la noche. Le alquila al Ayuntamiento, si se puede decir así, el espacio exterior del local, ponemos mesas fuera dejando más espacio en el interior, preparamos bebidas y cosas para picar y ponemos música; a quien le apetezca puede también bailar. Luego el domingo cerramos, para felicidad de las compañeras del fin de semana que hacen una especie de turno maratoniano el sábado en cuestión, trabajando desde por la mañana hasta prácticamente la madrugada.

Me he puesto unos vaqueros cómodos, un top negro muy sencillo (¡ajustado!), unas chanclas y me hago una coleta; como único toque glamuroso, me he maquillado un poco más de lo habitual. El caso es que esta noche, tanto para mí como para las otras camareras de la cafetería, es en parte fiesta y en parte trabajo: somos nosotras quienes tenemos que preparar, colocar, responder y servir si alguien pide algo, y luego recoger.

Andrea sale por fin del baño. «A esta camisa le faltan botones...».

Cuando lo veo me río. El efecto es sorprendente, si el chico de los ojos azules bonitos viene esta noche, se le tira encima... Le he comprado unos vaqueros blancos ajustadísimos y una camisa fucsia, translúcida, con un llamativo y gigantesco dibujo de una piña que le cubre el pectoral izquierdo y sale desde el hombro. También es muy ajustada, con el escote en pico pronunciado, muy pronunciado... el primer botón está

prácticamente a la altura del ombligo. Lo miro de arriba abajo y, si no fuera por el color de la camisa, la franja de pecho bronceado y glabro sería para babear.

Respiro profundamente, como si me esperara un trabajo atroz. «Bueno, ¡ahora hay que completar el look!»

«¿Más todavía?», replica Andrea con una mueca, señalándose con una mano.

De detrás de la espalda saco un pendiente en forma de cruz, hecho con diamantes falsos.

Andrea se echa atrás temblando. «¡Yo no tengo agujeros!»

«No te preocupes, funcionan con imanes...». Lo empujo al baño y lo obligo a sentarse en un taburete que uso de vez en cuando para maquillarme. Le pongo el pendiente, luego le mojo un poco el pelo y le pongo enseguida gomina, para aplastárselo todo hacia atrás. «Jesús...». Lo oigo murmurar de vez en cuando. Su cercanía y el tocarlo me ponen nerviosa, así que sigo riéndome nerviosa. Tengo que tranquilizarme.

Doy un paso atrás y lo miro. «Y ahora... ¡el toque final!».

Cojo el estuche del mueble y saco mi lápiz de ojos negro.

«¿Qué es?», pregunta horrorizado.

Le quito el tapón al lápiz y me acerco, él se está echando hacia atrás y yo me acerco, se echa atrás y yo me acerco, hasta que no estoy prácticamente sentada a horcajadas encima de él. «Solo... una pequeña... rayita... bajo los ojos...».

Él intenta agarrarme las manos y yo las quito rápido poniéndolas sobre la cabeza, detrás de la espalda, a los lados, en fin, moviendo los brazos continuamente mientras que él sigue mis movimientos con sus brazos. «¡Para ya!», le digo un poco jadeante, más que nada por la cercanía física. Me agarra las muñecas decidido, de repente; yo lo miro a los ojos intentando parecer irritada por su insubordinación, pero estamos muy cerca, sus ojos están muy cerca, su boca... Me cuesta controlar la respiración. «¡Es mi semana de poder! Te la podrás quitar... en menos de cinco horas», digo mirando rápidamente el reloj que hay encima del espejo del baño.

Él hace una mueca, mirándome a los ojos. «¿Estás intentando que me ligue a todos los gays de la zona?».

Su aliento huele a menta. «¿Eres homófobo?», le pregunto mientras me suelto la muñeca derecha y acerco el lápiz a su ojo izquierdo.

«No, pero eso no significa que quiera ligarme a un hombre...».

Me suelto la muñeca izquierda de un tirón y lo oigo suspirar. Se está rindiendo. «¡Estate quieto!», le sugiero sin mirarlo. Está realmente demasiado cerca.

Me pongo manos a la obra concentrándome en el pequeñísimo trozo de ojo que tengo delante, es decir el párpado interno inferior, excluyendo todo lo demás: la piel del rostro que le estoy tocando, el color del iris, su respiración cálida que huele a menta, la dureza de los muslos bajo mi trasero... Excluyo todo, porque como me deje llevar por los escalofríos que tengo en mis entrañas soy capaz de dejarlo ciego.

Cuando, con un inmenso esfuerzo de concentración, termino mi trabajo, me echo ligeramente hacia atrás con la espalda y observo mi obra. Por primera vez me quedo con la boca abierta. «Dios mío... ¡te queda genial el maquillaje! ¡Es increíble!». El negro del lápiz hace juego con el negro de la pupila y crea un contraste cromático maravilloso con el azul clarísimo del iris.

Andrea se mira en el espejo que hay a su izquierda y murmura: «Dios mío...», pero con un tono bastante diferente al mío.

«Ya queda poco, ya queda poco...».

Yo lo observo mientras mira su reflejo con aire estupefacto, me dan ganas de reír, pero casi enseguida me distraigo con la imagen que formamos juntos. La sonrisa se me borra de la cara, mientras intento memorizarlo todo: mi cabeza lo supera ligeramente estando sentada sobre él, mi pelo es más oscuro, su brazo izquierdo está apoyado en el mueble del baño, pero en el reflejo casi parece que me está cogiendo a mí, su rostro está tan cerca del mío, que... sería tan bonito si pudiera... De pronto me despierto de ese sueño con los ojos abiertos: él me está observando desde el espejo. No sé cuánto tiempo me he quedado inmóvil, con el lápiz aún destaponado en la mano, ¡y una expresión de vehemente deseo frustrado escrito en la cara!

Me levanto de golpe resoplando y apartando rápidamente mis ojos de los suyos. «Venga, al menos reconoce que anoche te divertiste...», digo intentando cambiar de tema.

Ayer, penúltimo día de mi Semana de Poder, organicé una fiesta para niñas por la tarde. Recogí a Elenina en casa de su abuela, invité a otras cinco niñas, así que seis en total, y le hice ser el animador de la fiesta. Al principio protestó, como con los demás planes de esta semana, pero luego

se metió en el papel y las niñas incluso le hicieron reír. Era su pequeño esclavo, pero la mayor parte del tiempo hizo de Príncipe Azul a todas, por turnos. En un momento dado, cuando Elenina exclamó: «¡Andrea, cuando sea mayor me casaré contigo!», se montó un cirio que necesité hasta quince minutos para calmar los ánimos, porque las otras cinco niñas no se tomaron muy bien las intenciones de Elenina. Andrea consigue enfrentar y poner celosas hasta a niñas de once años...

«Nunca pensé que pudiera decir algo así, pero al final creo que el mejor día fue el día de las películas...». Medita con el ceño fruncido, mientras se levanta del taburete.

«Hoy también te gustará. Aparte de hacerte salir así vestido no he programado nada, así que en la fiesta te divertirás, ya verás», lo animo sin mirarlo; guardo el lápiz y el estuche y le echo un vistazo al reloj. «Venga vamos».

Mientras bajamos las escaleras (gracias a Dios es muy temprano y mi madre aún no ha llegado del trabajo), Andrea pregunta: «¿Con qué coche vamos?»

«Cada uno con el suyo, a medianoche eres libre», le digo sonriendo. Él asiente sin decir nada.

Nosotros llegamos con bastante antelación para ayudar a prepararlo todo, pero la gente empieza a llegar sobre las nueve, también Marco, Linda y Nic, que cuando ve a Andrea se echa a reír hasta dolerle la barriga. Igual el que más se ha divertido esta semana ha sido Nic.

La noche se pasa volando entre risas, bebidas, charlas y algún baile. Es decir, algún baile para los demás, no para mí, que nunca bailo. He obligado a Andrea a bailar YMCA, pero ha sido la única y última cabronada de la Semana de Poder, y si puedo decirlo, yo creo que hasta se ha divertido bailándola. Lo he visto reírse un montón con Nic, y beber, y... bueno, tenía un aire realmente sereno, entretenido y despreocupado. Al menos, aunque ha atraído bastantes miradas por esa abominable camisa, hemos concluido esta absurda semana de una manera no demasiado cruel.

Leo ha estado, como siempre en su fiesta, repanchingado como un

maharajá bebiendo en una de las mesas de fuera. Las otras tres chicas y yo nos hemos ocupado de todo, pero yo siempre lo hago encantada. En un momento dado me ha hecho un gesto para que fuera a sentarme con él, me ha ofrecido lo que había sobre la mesa y que yo he fingido aceptar y, un poco ebrio, me ha dado las gracias. «Olly», me ha dicho, «Quizá nunca te he dicho lo contento que estoy de tenerte».

«Oh Leo...»

«No, déjame terminar. Es verdad que la mayor parte del tiempo soy como un oso encerrado en su cocina, pero quería decírtelo, esta noche quería decirte... que cuando alguna afortunada biblioteca te contrate, yo me suicidaré. O cerraré el local».

«¡Oh Leo, por favor!». Me sonrojo ligeramente y me cubro los ojos con la mano.

«Siempre llegas antes de la hora, y todo lo que haces... lo haces con cariño, a las personas, a lo que estés haciendo, y se nota».

Casi se me saltan las lágrimas, y él se ha debido dar cuenta porque se ha acercado, me ha acariciado la cabeza, me ha tirado hacia sí con un brazo en el cuello y me ha dado un besito en la frente. «Gracias, chiquitina».

Sorbiendo con la nariz, le he contestado riéndome: «¡Solo tú me podías llamar chiquitina!», luego me he soltado del abrazo y he corrido al baño a sonarme la nariz y recomponerme. Andrea ha venido justo antes de que entrara en el de las mujeres. «¿Más acosadores?», me ha preguntado de broma, pero cuando me he girado se ha puesto serio enseguida. «Ey, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?»

«No estoy llorando, solo estoy conmovida», le he contestado escondiendo los ojos. «Leo me ha echado un precioso discurso de agradecimiento».

«Ah, menos mal...», me ha dicho con un tono muy raro.

Luego cuando he salido del baño ha sido el momento YMCA que me ha devuelto la sonrisa enseguida.

Ahora falta un cuarto de hora para la medianoche, estoy apoyada junto a la puerta de entrada, en el interior de la cafetería. Iba a sentarme con ellos en la mesa de dentro en la que se han sentado a hablar, a beber... y creo que a descansar un poco, cuando me he parado a observarlos, porque la imagen, viéndolos tan guapos y sonrientes, me ha ensimismado un momento. Nic, sentado entre marco y Andrea, está diciendo algo, y los

demás lo escuchan con la sonrisa en la cara, Linda de vez en cuando niega con la cabeza. El interior del local está oscuro, pero antes encendí una luz, solo sobre su mesa, para que vieran un poquito más. Ahora ha intervenido Marco, que ha tomado la palabra y los demás lo escuchan.

Andrea, sentado en la esquina de la derecha, se asoma más allá de Nic para decirle algo a Marco, Nic intercepta mi mirada por encima de su cabeza rubia y, tal vez como reflejo de mi misma expresión, se le abre una sonrisa lenta.

«¿Perdona?».

Me giro. Quien me habla es una chica altísima, rubia, con el pelo largo y un vestido negro. Es guapísima y estoy segura de que acaba de llegar, si no me habría dado cuenta antes. «Dime».

«Estoy buscando a un chico alto, muy alto», gesticula mientras habla. En una de las manos lleva una cartera negra, muy elegante, en perfecta sintonía con el vestido. «Rubio... Con los ojos azules...»

«¿Andrea Colucci?», le pregunto aún sonriendo, pero muy lenta entendiendo las cosas.

«¡Sí, exacto!», contesta ella con una sonrisa blanca, rodeada por unos carnosos labios rosa pálido. «¿Lo has visto? ¿Está aquí? Me ha dicho que viniera a medianoche, pero no lo veo...».

Intento controlarme, pero la sonrisa desaparece de mi cara así, de inmediato. Instintivamente me giro hacia la mesa en cuestión. Nic sigue mirándome, mientras que los demás hablan entre ellos. La cara de Nic, que sigue siendo un perfecto espejo de la mía, ahora está seria, concentrada. Yo lo miro, un poco atontada. «Está allí», le digo a la chica parpadeando rápido y señalándole la mesa con el dedo. «Con la camisa rosa».

Ella sigue mi dedo y mi mirada y exclama: «¡Ay Dios mío! ¡Con razón no lo veía! ¡No podía imaginarme siquiera que ese con esa camisa fuera él!».

Nic me mira a mí, serio y silencioso, mira a la chica y luego sin apartar la mirada le da una colleja a Andrea, al que tiene justo delante de sí, entre las manos. Andrea se gira hacia él masajeándose la nuca, y Nic no dice nada. Veo que aprieta los dientes.

«Espero que se cambie... No querría que saliera conmigo así vestido...».

Andrea está a punto de girarse, y lo último que quisiera es que pudiera leer la expresión de mi cara: temo que sea demasiado elocuente.

Miro a la chica: «Tiene una muda, se ha vestido así por una broma».

«Menos mal...», murmura. Me da las gracias de pasada mientras que ya se está encaminando hacia la mesa.

Como necesito hacer algo, me voy a paso ligero detrás de la barra a coger unos trapos y el spray desengrasante que uso siempre para las mesas, y luego me voy fuera, donde algunas personas se están yendo. En poquísimos minutos he liberado cuatro mesas de vasos, botellas y platitos, y me doy cuenta de que presa de muros energéticos negativos limpio mejor. Tengo una energía y una eficiencia que ni Don Limpio. Tengo que recordarlo.

«Un envoltorio...»

Estoy limpiando la cuarta mesa, la de la izquierda que me hace darle la espalda a la puerta de entrada.

Nada que ver con un envoltorio. Maldito sea él y malditos sean todos los guapos y maldita sea yo y esta semana, y...

«Faltan cinco minutos para la medianoche, ¿quieres que haga algo en estos cinco minutos?».

Cierro los ojos un momento para intentar calmarme, para parecer indiferente, para rescatar una sonrisa de las profundidades más negras de mi alma, y luego me giro. Pero sin sonrisa, parece que se me ha caído demasiado al fondo. «No, eres libre».

Vuelvo a limpiar, pero noto que no se va. Soy consciente de que es culpa mía, todo culpa mía si he caído a pesar del mantra, de la concienciación, etcétera, etcétera.

He caído por culpa de todas las cosas que decía la gente a nuestro alrededor, y también un poco por su culpa, con eso de la “doliente belleza” y ese beso...

Me encojo de hombros, no, es culpa mía.

Vuelvo a encogerme de hombros, despacio. En el fondo no cambia nada saber de quién es la culpa, en el fondo lo único que cuenta ahora es sacarme esas ideas de la cabeza y pasar página hacia un lugar mental y emotivo donde no sangre.

«¿Estás enfadada?», me pregunta.

Le contesto sin girarme. «¿Yo? No, ¿por qué tendría que estarlo?»

«No tienes la misma cara que antes...»

«Solo estoy un poco cansada». Refriego la mesa, refriego, refriego incluso donde ya está limpio.

«¿Olly?»

«¿Sí?»

«¿Puedes darte la vuelta?».

Suspiro y me giro enseguida. «¿Qué pasa?».

Se encoge de hombros, y una sonrisita aparece en su cara. «Solo que... ha sido una semana absurda... me has hecho hacer de todo...».

Asiento intentando una sonrisa como respuesta, pero me temo que me ha salido una mueca. Él parece no darse cuenta.

«Me has hecho sobrepasar mis límites... todo el rato», dice con un tono casi soñador.

«Bueno», respondo bajando la cabeza y girándome de nuevo hacia la mesa. «Siempre hay que intentar superar los propios límites».

«¿Tú lo haces?»

«Lo intento a menudo».

Oigo que toma aire para decir algo más, pero la voz aguda de la chica nos interrumpe. «Andrea, ¿estás listo?».

Instintivamente levanto la mirada hacia ella. Es horrorosamente guapa, y me detesto por haber sido tan imbécil de ilusionarme con tener una mínima esperanza por un simple verso de mierda y por un beso que, francamente, le dio a todo el mundo aquel día.

«Sí... ya voy».

Me pongo a limpiar la mesa otra vez.

«Entonces... ¿ya está?».

Me giro una vez más, brevemente. «Sí, Andrea, eres libre. Buenas noches». Estiro la boca imitando una sonrisa y vuelvo a mi mesa, esperando oír sus pasos yéndose. Cuando los oigo, me giro y me permito una mirada sincera, de profunda tristeza, a sus espaldas. La de Andrea tirante en los hombros con esa horrible camisa fucsia, mientras que la de ella está descubierta casi por completo, porque el vestido es más escotado por detrás que por delante. Caminan cerca, sin darse la mano, pero luego ella se coge de su brazo.

«¿Sabes? Tienes un perfil estupendo». Me giro de golpe hacia la voz de Nic, quieto en el umbral. «Y yo tengo un amigo idiota».

«Qué va...», le sonrío cansada. «Ni que fuera culpa suya...»

«¿Ah no?»

«No. ¿Es culpa suya que yo deje de verlo como un simple entrenador personal y empiece a ilusionarme?». Hablo enseguida con sinceridad, de

todas formas me parece inútil fingir cuando se nota perfectamente que lo tiene todo claro.

«Me parece recordar que hubo un beso... Un beso que él te dio a ti, aunque tenía que haber sido al revés». Hace una pequeña pausa, y luego añade: «Y lo vi bien cómo lo hizo, sabes...».

Me encojo de hombros. «Bueno, pensándolo bien, hasta en ese caso me lo pidió en realidad como un incentivo...».

Nic se endereza, se le ve interesado y da dos pasos hacia mí, con las manos en los bolsillos. «¿Cómo, cómo, cómo? ¿Te lo pidió él? ¿Y qué incentivo?»

«Cuando estábamos en el baño, me dijo que si quería que besara a la señora Letizia habría tenido que darle un incentivo... y besarle yo también».

Nic se queda un instante en silencio, con la mirada incrédula, luego echa la cabeza hacia atrás y se carcajea. Niega con la cabeza mientras se sigue riendo, girándose a su derecha, y para de repente, pensando en algo, y murmura: «Hay que ver... hay que ver qué idiota...».

Oyendo esas palabras me giro yo también en la dirección de su mirada y veo que, a lo lejos, al final de la calle, Andrea se ha dado la vuelta hacia nosotros y nos está mirando. «Saluda», me dice Nic mientras saluda sonriente con la mano. Yo le copio tras solo un momento de duda. «Ahora dame la mano», dice despacio mirándome otra vez y ofreciéndome su mano izquierda abierta, en la que apoyo mi derecha. «Y sígueme dentro sin volver a girarte».

Yo le hago caso porque en el fondo el experto en amor es él, no yo, está claro.

«Si supiera lo que tiene en la cabeza», dice Nic enseguida una vez dentro, «te lo diría. Pero de verdad que no lo sé».

«Si yo ya lo he entendido...»

«¿No quieres que se lo pregunte?», pero se corrige enseguida viendo mi expresión de horror absoluto. «¿O que indague de manera sutil sin dejar que me descubra?»

«¡No!», exclamo sin aliento. «Ya sé cómo están las cosas y todo es culpa mía. En el fondo es lo mejor que haya llegado esa chica... Me ha hecho abrir los ojos a tiempo». Dejo vagar la mirada por la cristalera ya oscura de la cafetería. «Quizá debería dejar los entrenamientos con alguna excusa...»

«¡No!», contesta Nic con un ímpetu que me hace girarme. «¡Eso no! ¡Solo te perjudicarías a ti misma!».

Me quedo un rato en silencio, indecisa sobre si confesar lo que pienso o no. «Lo sé, pero viéndolo es más duro...», confieso.

Nic reflexiona un momento sobre ello, levantando mucho su ceja con piercing. «Espera un poco todavía. Entrena lo mejor que puedas por ti misma y mientras tanto ve cómo están las cosas. Si cambia algo en cualquier sentido... bien, si no... lo dejas. Para dejarlo siempre hay tiempo».

Yo sigo su discurso asintiendo.

«¿Pero puedes aguantar un poco más?».

Vuelvo a asentir.

«Ahora vamos con estos dos», dice señalando con un gesto la mesa donde está sentados hablando Linda y Marco.

Se gira, pero yo le tiro de la mano que aún tengo cogida. «¿Nic?»

«¿Sí?», me pregunta volviendo solo la cabeza.

«¿Eres mi amigo? Porque yo te considero my amigo mío ahora...».

Sonríe y se gira del todo. «Sí, soy tu amigo, y tú eres mi amiga. Una buena amiga».

Me abraza, y yo susurro riéndome despacio: «Parecemos dos niños de párvulos...»

«Me la sopla».

17.

Justo una semana después de la fiesta, estoy superando otro de mis límites: estoy en la piscina – piscina al aire libre – con Linda y llevo un bikini. Estoy tomando el sol.

Quizá para la gente normal esa frase de “estoy en la piscina, llevo un bikini y estoy tomando el sol” es la cosa más banal y cotidiana que se pueda decir, pero para mí es casi mágica. Es grande. Es especial. Mucho más que especial... Es una conquista.

Hoy era día de pesarse y estaba en sesenta y ocho kilos. Andrea estaba contento, y yo también, pero he querido celebrarlo con Linda, alguien que se quedará siempre en mi vida. Andrea en unos meses desaparecerá. De hecho esta semana todo ha sido normal entre nosotros, como si la Semana de Poder nunca hubiera existido, como si nunca hubiera existido ninguna poesía, ningún casi beso, ningún beso... nada de nada.

Estoy intentando hacer de tripas corazón concentrándome en mí misma, en mis objetivos, en celebrar mis pequeñas conquistas. Quizá para las mujeres normales sesenta y ocho kilos sea un peso excesivo, el punto que hace replantearse ciertas cosas, que hace que se pongan a dieta, que les hace tener ganas de taparse. Yo en cambio me descubro, o al menos he decidido hacerlo. Claro que he tenido miedo y me he arrepentido varias veces a lo largo de las dos horas desde que lo organicé con Linda justo después del entrenamiento, pero... lo he hecho como lo hago todo desde que empecé: me he esforzado en evitar la incomodidad inicial. Y es verdad que si se tiene paciencia, poco después la sensación de incomodidad disminuye, y se empieza a estar mejor.

Ha sido hoy por la tarde, cuando he tenido que quitarme la ropa, en cuanto hemos llegado, y estar medio desnuda tumbada sobre una toalla delante de desconocidos. Pero he insistido, me he esforzado y lo he conseguido. Ahora estoy tranquila, no digo completamente a gusto, pero tranquila. Llevo toda la tarde tomando el sol, me pongo vuelta y vuelta como un filete empanado, y entre medias me doy refrescantes baños. Linda y yo charlamos, pero en un par de ocasiones también nos hemos quedado calladas, un poco adormecidas. Linda va a terminar la carrera, el mes que viene será Licenciada en Traducción – inglés y ruso – y le

gustaría irse un tiempo, tanto a Inglaterra como Rusia, para perfeccionar los idiomas. Marco, que se ha licenciado este año en Filosofía, no es de la misma opinión. Preferiría quedarse aquí, pero le apetece aún menos dejar que ella se vaya sola. Eso es lo que me cuenta Linda: sus discusiones, sus planes, los sueños de ella, los sueños de él, y todo lo que, cuando estamos con los demás, no puede decirme.

«Yo iré a verte», le digo segura aunque con aire un poco soñador, mientras miro al sol en su parábola descendente.

«¿A Rusia también?»

«¿Están buenos los rusos?», le pregunto seria.

«Sí».

«Entonces sí, también a Rusia».

Nos echamos a reír y nos damos la mano, quedándonos tumbadas una al lado de la otra mirando al cielo.

«¿Qué te dijo Nic el sábado pasado cuando os abrazasteis?», pregunta Linda de la nada. Creo que lleva todo el día intentando sacar el tema sin saber cómo hacerlo.

«Hablábamos de Andrea», le respondo enseguida, porque a Linda se lo digo todo.

«¿De que te gusta?».

Ahí dudo una fracción de segundo, porque soy humana. «Sí».

«¿Y ahora te desahogas con Nic en vez de conmigo?».

Me río. «Qué va... Probablemente vio mi cara de desesperación ante la modelo con la que quedó Andrea a medianoche, y como me hizo unas preguntas muy directas me parecía ridículo negarlo. Solo eso».

Linda se queda un rato en silencio. Está atardeciendo, la gente empieza a recoger sus cosas para irse y yo noto la brisa más fresca en la piel.

«En realidad Nic ya me lo ha dicho todo», dice Linda después.

«Ah, vale».

Noto que coge aire para hablar, pero no lo hace. Vuelve a intentarlo, pero no arranca. entonces me siento con las piernas cruzadas como un indio sobre la toalla, y le digo: «Lindy, sé que quieres decirme algo, deja de darle vueltas y dilo».

Ella resopla mirándome y luego mueve sus faros azules otra vez hacia el cielo, quedándose tumbada. Estoy un poco mareada.

«El caso es que...», empieza. «Yo no estoy nada convencida con la

modelo».

«Ay Dios, no...», digo poniéndome una mano en la frente.

«No sé, Olly... no me explico algunas cosas... cómo te mira, la expresión que pone a veces cuando te mira...». Suspira. «Y el beso. El beso de la cafetería... Nic tiene razón, ese beso... yo estaba allí, exactamente como Nic, y vi muy bien ese beso: su cara y su mirada, justo antes de dártelo...»

«¿Has terminado?», pregunto con aire cansado.

Me mira en silencio. «Yo... de verdad que tengo la sensación de que él siente algo por ti... No deberías dejarte confundir por una tía cualquiera, que con total probabilidad no es nadie y no significa nada».

«¿Has terminado ya?».

Lo piensa un momento. «Sí, he terminado».

«Muy bien. Vamos a analizar la situación un momento: él está conmigo tres veces por semana, la semana pasada además todos los días, pero por obligación. ¿Qué hace cuando estamos juntos? Nada, nada más allá que ser amable y educado. Ah, el beso, sí, ese fantástico beso...». Hago una pausa como para reflexionar, cuando en realidad ya tengo las ideas claras. «¡Era un besillo de mierda! Probablemente, en cierto sentido le molestaba que fuera la única que no me había precipitado con el monedero delante de él y tuvo que remediarlo de alguna manera...». Cojo aire. «Y sí, te permito lo de que siente algo por mí y que se ve cuánto me mira. Probablemente siente un cariño sincero, incluso satisfacción, por todo el trabajo que hemos conseguido. ¿Y sabes por qué estoy segura de eso? Porque en el momento en que está libre, por ejemplo, no sé, al llegar la medianoche en concreto, queda con una pseudo-top model y se va». La miro con los ojos cansados, y ella me escucha en silencio. «Si fuera como decís Nic y tú, se habría quedado, y solo. Así se comporta una persona normal que siente algo por alguien, ¡no se va con otra persona! Sobre todo alguien como Andrea, que no tiene ninguna clase de problemas de autoestima, timidez, etcétera. Normalmente la explicación más sencilla es la buena, Lindy».

«Mmm». Es el comentario de Linda.

«¿Mmm, qué?»

«Bueno, eso por ejemplo también lo vemos diferente. Últimamente lo he observado bastante, y no me parece que sea tan seguro como tú lo

describes. Yo creo que también es un poco tímido... tal vez no tanto como tú, pero lo es».

De pronto lo recuerdo en mi coche, en la penumbra, confesándome con gesto tenso que algunas veces se había sentido un envoltorio. Pero inmediatamente después veo otra imagen: su espalda y la de la pseudo-modelo que se alejan de la cafetería el sábado por la noche; un volunto de ira me invade. Muevo la cabeza. «¿Sabes una cosa Lindy? Tú me quieres demasiado, y no consigues ser objetiva ni conmigo ni con las cosas que me rodean».

En ese momento Linda se sienta de un salto. «¡Y tanto que soy objetiva, cariño!».

Me cruzo de brazos, inclinando la cabeza con una expresión de escepticismo.

«Si no fuera objetiva, si solo pensara en mí y en el cariño que te tengo, insistiría para que salieras con Nic. Pero no con Andrea».

«¿Nic?»

«¡Claro! ¡Seríamos cuñadas! ¡Cuñadas! Significa que en las cenas y comidas familiares, en las festividades en general, te tendría a mi lado... ¡No sé si me explico!».

Levanto las cejas escuchando con interés.

«Pero Nic... te quiere, pero como amiga, o como a una hermana. No tiene esa luz en la mirada... no sé. Y además Nic no está preparado para una relación seria. Y además... no lo sé, tiene un carácter que yo creo que no podrías soportar».

Como no digo nada, ella concluye. «¿Ves como soy objetiva?»

«De acuerdo, eres objetiva, pero no conoces bien a Andrea y... ¡dejad de decirme esas cosas! ¡Todos! Tú, Nic, la señora Barbieri... ¿No entendéis que me hacéis más daño? Así me hago ilusiones. Creo que... tal vez... y luego llega la modelo y... ¡ta-chan! Bofetón de realidad». Suspiro. «Dejadme en paz. Si quisiera algo conmigo ya habría hecho algo. Solo es mi entrenador personal. Punto».

Linda no contesta.

«Voy a hacer como dijo Nic: seguiré hasta que pueda, hasta que no se vuelva demasiado doloroso o hasta que no me vea obligada a verlo cada dos por tres con las chicas con las que sale. Después basta, de todas formas tarde o temprano se tiene que acabar, ni que fuera a estar con entrenador personal el resto de mis días...».

Linda se queda callada un rato, mordiéndose el labio inferior y mirándose los pies. «¿Sabes una cosa? Tienes razón, joder».

«¡Bueno, menos mal!».

Levanta la cabeza de golpe. «¿Nos vamos que me estoy muriendo de hambre?».

Me río mientras me pongo en pie, pero de repente noto un mareo muy fuerte.

«¿Todo bien?».

Asiento. «Me duele un poco la cabeza...», digo rascándome la cabeza y empezando a recoger mis cosas.

Cuando llegamos delante de la casa de los gemelos es aún de día, pero está empezando a atardecer y el dolor de cabeza me ha aumentado a niveles exponenciales. También tengo calor.

«¿Entras un rato?», me pregunta Linda como siempre.

Niego con la cabeza, pero luego me lo pienso. «Entro a beber un vaso de agua, no me encuentro bien...»

«Tienes mala cara...», dice Linda bajándose.

Mientras caminamos hacia la puerta de entrada del chalet de los gemelos, esta se abre y salen Nic y Andrea con dos chicas. Nic va cogido de la mano con la modelo de Andrea de la semana pasada – ¡se las intercambian entre ellos, qué asco! – mientras que Andrea se está riendo junto a otra chica que no he visto nunca, mucho más baja que la modelo, muy delgada, con el pelo largo castaño y los ojos marrones.

Nos saludamos, pero parece que estoy un poco ida y que saludo mal mientras nos cruzamos en direcciones opuestas, porque Andrea y Nic se giran hacia nosotras y nos cierran el paso. Andrea suelta un general: «¿Todo bien?».

Linda y yo nos giramos, y Linda responde: «Sí. Olly no se encuentra muy bien... nada grave».

Cuando dice esa frase, nos damos la vuelta a la vez y proseguimos hacia la puerta, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, pero antes de entrar nos paran otra vez.

«¿Qué le pasa?».

Me doy la vuelta y casi me choco con Andrea de tan cerca que me lo encuentro de repente. Lanzo una mirada vacía y doliente sobre su hombro y encuentro la mirada de Nic, que escucha en silencio y tiene una expresión muy seria.

«Creo que he tomado demasiado sol de una sola vez...», respondo frunciendo el ceño, y el gesto hace que me duela aún más la cabeza; me llevo una mano a la sien.

«Te llevo a casa», dice Andrea poniéndome una mano en el codo.

«No, no, gracias, puedo yo», le contesto dándome la vuelta otra vez hacia la puerta, y liberándome de su contacto. Con el malestar que me ocupa la mente con insistencia, sigo sintiendo la serpiente de la irritación que me reptaba por dentro. ¿Por qué se hace el atento? Preferiría que me tratara mal...

Oigo la puerta de entrada que vuelve a abrirse y Marco aparece en el umbral, lo miro saludándolo en silencio y tragándome un ataque de náusea. No me encuentro nada bien...

Marco, quizá porque se da cuenta de mi estado, da un paso hacia mí alargando el brazo. «Olly...».

Yo le doy la mano y me acerco a él, y Andrea aparece a mi lado, entre él y yo.

«Quizá es mejor que no conduzcas Olly...», dice ceñudo.

Lo miro y lo odio. En serio. «Solo tengo un poco de dolor de cabeza, y calor. Puedo conducir». Lanzo una mirada a las chicas que los esperan, un poco distantes, y me contengo de decirle “vete con tu chica, ¿o tus chicas?” – de milagro, pero me contengo.

Está a punto de decir algo, pero yo lo miro con aire cansado, exhausta y tal vez también algo doliente. Él me mira ceñudo, abre la boca, parece que quiere hablar, decir algo, seguir discutiendo. Parece preocupado. Al final no dice nada, cierra la boca y mira a Marco un largo momento, asiente y se despide.

No me quedo a ver cómo se va, me doy la vuelta enseguida y por fin entro en casa. Me va a estallar la cabeza, me palpita, pero noto un alivio instantáneo del sofoco con el fresco del vestíbulo.

Suspiro y me giro hacia Linda y Marco: él me mira con el ceño fruncido, ella con un gesto de orgullo en la boca.

«Ni te atrevas a decirme nada...», la amenazo, y ella se echa a reír.

Marco nos mira, pero no entiende de qué hablamos. Por suerte está acostumbrado, de hecho se queda indiferente, sin preguntar nada. En la cocina bebo un poco de agua fresca y durante un rato nadie habla. Estoy deseando irme a casa a tumbarme en mi habitación.

«¿Yo puedo llevarte?», me pregunta Linda con una sonrisa sabia.

«Sí, tú sí», respondo enseguida mirando el vaso que tengo en la mano.

Linda mira a Marco. «¿Me sigues con tu coche mientras yo conduzco el suyo?»

«Claro», responde él encogiéndose de hombros.

Cuando por fin me levanto de la silla de la cocina, entontecida por el dolor y el malestar físico, me siento un poco nostálgica, así que abrazo a Linda en un impulso y le digo: «Te quiero».

La oigo decir: «Yo también».

Levanto la mirada, un poco brillante de insolación, hacia Marco y le digo: «A ti también te quiero».

Él se ríe, mostrando una fila de dientes perfectos y blancos, y responde con un gracioso: «Yo también».

18.

Son más o menos las ocho y media de un jueves por la mañana de mediados de julio cuando Donato Poggi entra en mi cafetería.

La señora Barbieri está sentada en su taburete habitual, un poco a la izquierda, y Andrea, con mucha antelación respecto a Nic, está sentado al lado porque hoy me toca la barra.

Estamos charlando de esto y lo otro mientras yo seco los vasos con un trapo. Sonrío relajada, en paz con el mundo, hasta que levanto la mirada y lo veo entrar mirando a su alrededor un momento, antes de dirigirse hacia nosotros.

Han pasado más de diez años, pero lo reconozco enseguida. Quizá mi subconsciente o mi cuerpo lo han reconocido antes que mi cerebro. El caso es que cuando él se acerca a la barra y me mira con sus ojos castaños, me noto el corazón en la boca y temo que me dé un ataque de pánico.

«¿Me pones un capuchino?», me pregunta en tono indiferente.

Durante dos segundos no consigo respirar, luego dejo los vasos y el trapo, me desato el mandil y, mientras me lo quito, me giro hacia Andrea. Mirándolo fijamente a los ojos, le digo glacial: «Tú y yo hemos terminado».

Andrea se pone visiblemente blanco, yo no espero a que diga nada, me dirijo rápido a la cocina donde encuentro a Leo e intento inventarme algo. «Leo, no me encuentro bien, quiero irme a casa». Nunca lo hago, nunca miento sobre la salud para saltarme el trabajo, pero a males extremos, remedios extremos.

Él levanta la cabeza sorprendido y me mira un instante en silencio, con las cejas levantadas.

Yo le devuelvo una mirada feroz y cruzada de brazos. Digamos que no tengo precisamente un aire enfermizo y débil.

«Olly», empieza él despacio. «¿Qué sucede?»

«Sucede que no me encuentro bien y que quiero irme a casa», digo de una manera muy agresiva.

Él me estudia durante unos instantes, luego suspira y me coge de los brazos. «Dime cuál es el problema»

«No hay ningún problema, solo quiero irme a casa», le comunico sin conseguir mantenerle la mirada.

«Eres una mentirosa pésima», murmura casi con cariño.

«Lo sé», replico mirándome los zapatos.

«Dime qué pasa». Su tono es tan tierno y tan dulce que levanto los ojos sin querer.

Y vuelvo a encontrarme soltando la verdad sin querer. «Hay un tío al que no quiero atender».

Él levanta las cejas. «¿Y ya está?».

Asiento.

«¿Si lo atiendo yo te quedas?».

Asiento de nuevo.

Él me mira arrugando la frente, solo durante un momento, luego suspira y mueve la cabeza. Me suelta y se dirige enseguida hacia la puerta que comunica la cocina con la cafetería. «Un tío al que no quiere atender...». Lo oigo refunfuñar. «Vaya problema...». Veo que sigue moviendo la cabeza mientras lo sigo fuera.

Cuando salimos a la barra, vuelvo a coger el mandil y Leo se coloca con toda su mole delante de Donato Poggi. «Dígame», le dice con tono frío.

«Hombre, por fin...», masculla él mirándome fatal. «Un capuchino y un cruasán de chocolate».

Leo asiente y empieza a prepararlo.

Mientras me coloco el mandil a la cadera, oigo que Andrea me llama. «¿Olly?».

Lo ignoro.

«¿Olly?».

Lo veo estirando el brazo y me desplazo a la derecha, hacia Donato Poggi. ¡Mira lo que está consiguiendo!

«¿Olivia?». Levanto la mirada y me detengo con los brazos detrás de la espalda intentando atarme el mandil. «¿Olivia Balestra?».

¡El cabrón me ha reconocido!

Trago saliva. Andrea deja de llamarme y con el rabillo del ojo veo que se gira hacia mi ex compañero de colegio.

Asiento mientras el cabrón osa mirarme de arriba abajo. ¡Qué... cabrón! ¡Dios!

Suelta una sonrisita y coge aire para hablar, así que tengo que huir

inmediatamente.

De hecho termino de atarme el mandil y recorro la barra hasta la otra punta casi corriendo, salgo y voy al baño. No sé para qué, quizá solo a esconderme hasta que se vaya.

No llego hasta el baño porque en el pasillo que separa los baños de la sala principal alguien me gira de mala manera. Me encuentro a Leo ceñudo, a sus espaldas veo a Andrea y detrás de Andrea veo hasta a la señora Barbieri.

Andrea es más alto, pero Leo está más gordo y su mole ocupa casi todo mi campo visual. «¿Lo conoces?», me pregunta bruscamente.

Solo asiento.

Leo duda un momento, antes de preguntarme. «¿Qué te ha hecho?».

Yo lo miro sin responder. Muevo la cabeza despacio.

«¿No me lo vas a decir?».

Niego con la cabeza.

Él suspira. «Dime al menos si tengo que echarlo del local...».

Vuelvo a negar con la cabeza, relajando ligeramente los hombros. «No pero... no quiero *atenderlo*».

Leo asiente. «De acuerdo, de todas formas ya está comiendo y bebiendo. En breve se irá».

Yo asiento, decididamente más serena.

Leo vuelve a suspirar, detiene un segundo con la mirada y luego me suelta los brazos, desapareciendo enseguida de mi campo visual.

En su lugar me encuentro delante a Andrea. Pálido y con la mandíbula apretada. Me mira. «Olly...»

«No-me-dirijas-la-palabra», lo amenazo dura, separándome de la pared y acercándome a él. Estoy vibrando de rabia. «Borra mi número. Borra mi persona de tu memoria. No quiero verte más. No... te atrevas...». Respiro sibilante entre dientes. «A volver a aparecer por aquí».

Él da un paso atrás, sorprendido, como si le hubiera dado un puñetazo. «Olly...»

«Cállate. No me hables», sigo en voz baja. «No me hables. Te avisé...». Él levanta las cejas. «Te avisé de que eso no te lo perdonaría... ¡de hecho no te lo perdono!».

Intento irme, pero él reacciona y me cierra la vía de escape. Me coge por los brazos y me apoya al muro. «¡Espera! ¡No entiendo nada! ¿De qué hablas?», me pregunta con la cara casi desfigurada por una emoción que

no reconozco.

Yo me río, amargamente, claro. «Pero por favor...».

Él inspira. «¿Quién es ese tío?».

Yo guiño los ojos, hasta dejarlos como dos ranuras, dos ballestas.
«Como si no lo supieras...»

«¡Es que no lo sé!», exclama descompuesto.

Intento liberar los brazos, pero no me deja.

«Niños». De repente oigo la voz serena de la señora Barbieri. Había olvidado su presencia. Me giro hacia ella, que ahora está a mi lado. Tiene una mano delicadamente apoyada en el brazo tenso de Andrea. «Explicadle a una pobre vieja qué es lo que está pasando, por favor. Me he perdido».

Estoy enfadada, estoy negra, estoy furiosa... pero a ella no puedo no contestarle. La educación me lo impone y su figura grácil, a la que ya le tengo cariño, me lo impone más aún. Suspirando, me dirijo a ella. «¡Pues pasa que le había dicho a este arrogante y prepotente capullo que no quería cerrar ninguna etapa con Donato Poggi, pero él, como de costumbre, no ha querido escucharme y ha hecho lo que le ha dado la gana!».

La señora Barbieri frunce el ceño, pero no sé lo que quería decir porque Andrea la interrumpe. Me sacude y me hace volverme hacia él. «¿Es él? ¿Es ese?».

Yo lo miro mal sin contestarle.

«¿Quién es Donato Poggi?», pregunta la señora Barbieri.

«Es el nieto de la señora Letizia al que no quería conocer, porque ya lo conozco y...». Dejo la frase suspendida, mirándola fijamente, y veo en sus ojos una luz de comprensión.

«¿Es él?», vuelve a preguntar Andrea; parece incrédulo.

Le ignoro.

«Perdóname, Olivia querida, pero yo todavía no he entendido qué tiene que ver Andrea con el nieto de Letizia...».

Suspiro intentando soltarme los brazos, aunque sin resultado, mirando hacia la señora anciana a la que ya considero mi amiga. «Cuando estuvimos jugando a las cartas en su casa, en el camino de vuelta, él propuso que volviera a verlo para “cerrar una etapa”, y dijo que él estaría presente para ayudarme, pero yo le dije que no, que no quería hacerlo de ninguna manera, ¡y él lo ha hecho igualmente!», concluyo alzando la voz y girándome hacia Andrea, mirándolo con la traición en los ojos.

«¡Que no lo he hecho, Olly!», estalla él zarandeándome con un aire

trastornado y urgencia en la voz.

«Quietos, quietos, niños», se entromete la señora Barbieri. «¿Entonces Andrea sabe por qué no quieres verlo?»

«¡Sí!», exclamo triste.

Algo le pasa a la mujer por la cabeza, pero demasiado rápido para que yo consiga entenderlo, y ella continúa con otra pregunta. «¿Y tú crees que el nieto de Letizia está aquí por culpa de Andrea?»

«¡Sí!».

Se gira a mirarlo. «Mientras que tú, Andrea, no tienes nada que ver»

«¡No!», exclama con vehemencia.

La señora Barbieri suspira.

Él me mira. «¡Yo no he hecho nada Olly, esta vez te juro por dios que no he hecho nada! ¡No he sido yo!»

«¡Esperad!», exclama la señora Barbieri. «Vamos, tengo una idea». Y diciendo eso se gira y corretea hasta la sala. Nosotros la miramos dudando solo unos segundos, luego de común acuerdo la seguimos, pero Andrea no me deja el brazo.

La señora Barbieri se sube de nuevo a su taburete. Andrea me suelta por fin cuando tengo que volver a entrar en la barra y vuelve a colocarse en su sitio.

Leo ha desaparecido, mientras que Donato Poggi se ha terminado el cruasán y está dándole sorbos a su capuchino. Cuando me ve volver, levanta la cabeza y me sigue con la mirada. «Olivia Balestra...», murmura. «Olly».

“Moby para ti, capullo...”

«Olivia querida», interviene la señora Barbieri. «Conoces a este joven?»

«Vagamente», murmuro mirándolo de reojo.

Él queda quieto un momento en la banqueta, se endereza y una lenta sonrisa se abre camino en su boca. Sigue siendo un chico guapo, más maduro, quizá un poco más estropeado pero las facciones siguen ahí. «¿Vagamente?», pregunta sarcástico. «No me lo puedo creer... te has olvidado de mí...». Sus ojos vuelven a deslizarse por mi cuerpo. «Estoy muy herido», dice con el tono de quien está genial.

Me estoy poniendo roja pero de rabia, no de vergüenza. En un momento dado noto un movimiento fugaz en la periferia de mi mirada: Andrea lo está mirando fatal, tiene una mano apoyada en la barra que no

deja de abrir y cerrar, y cuando la cierra, los nudillos se vuelven blanquísimos.

«¿Cómo os conocisteis, Olivia querida?», pregunta la señora Barbieri.

No sé qué quiere demostrar con esta horrenda conversación, pero pienso seguirla a donde quiera que sea que quiere ir a parar. «En el colegio».

«¡Oh!». Se gira hacia Donato Poggi. «Entonces joven, estás aquí por un reencuentro de antiguos alumnos?».

Él se gira hacia la señora Barbieri y cuando la ve hace una mueca. Maleducado, más que cabrón. «¡Pero qué reunión! Ni siquiera sabía que Balestra estaba aquí...».

Yo respiro profundamente, respiro hasta que el aire me llega por fin a los pulmones y miro a Andrea, y él me mira en el mismo momento; nos miramos a los ojos. Tenemos una conversación no verbal, lo tengo muy claro.

“Perdóname, no sabías nada. Te he acusado injustamente”.

“Ya te había dicho que yo no tenía nada que ver”.

“Perdóname”

“No te preocupes”.

Su mirada es tan dulce ahora, que tengo que apartar la mía si no quiero derretirme aquí mismo.

«Pues te bien, Balestra. De verdad muy, pero que muy bien», dice una voz desagradable, aún presente por desgracia.

«Tú en cambio estás igual». No sé por qué le hablo, me había jurado ignorarlo y fingir que no existe si alguna vez en mi vida me lo encontraba pero el hecho de que Andrea no tenga nada que ver con todo esto debe haberme afectado a la cabeza.

«¿Igual de guapo?», pregunta sonriendo con caradura.

«No», contesto seca, y su sonrisa se evapora.

«Oh», dice bajando la mirada hacia su cucharilla, y luego, con estudiada indiferencia, prosigue: «Qué pena, había medio pensado en dejarte mi número...». Me mira a los ojos, la sonrisa arrogante ha vuelto. «Pero quizá no te interesa».

«Pues no, no me interesa», respondo enseguida. Su sonrisa desaparece de nuevo. Decido que... es ahora o nunca... esta es la oportunidad de mi vida, si la desperdicio, muy probablemente no volveré

a tener otra. Siguiendo mi instinto, siguiendo una idea loca, me acerco a él, me apoyo lentamente en la barra para llegar hasta su cara, para que así mis labios no queden demasiado lejos de su oído. «¿Y sabes por qué no me interesa?», pregunto en voz baja, con tono persuasivo. «Porque no saldría contigo ni aunque fueras el único hombre sobre la faz de la Tierra, imbécil».

Dicho eso, me alejo y veo que se pone rojo. ¡Donato Poggi está rojo! ¡Quiero gritar!

«Tengo que pagar», dice seco.

Con una sonrisa doy un par de pasos atrás y asomo la cabeza a la cocina. «¿Leo? ¡El tipo quiere pagar!».

No miro a la señora Barbieri ni a Andrea hasta que Donato Poggi no paga y sale de la cafetería, y cuando lo hago, me los encuentro sonrientes y satisfechos.

«¡He cerrado la etapa de las narices!», exclamo sonriente, feliz, sorprendida... Sorprendida de mí misma.

Andrea solo me mira, sin decir nada, pero su sonrisa se amplía y se vuelve aún más cálida.

19.

El 31 de julio es el cumpleaños de los gemelos y normalmente el sábado de esa semana hacen una fiesta en algún sitio.

Este año, además de su cumpleaños, hay que celebrar el fin de carrera de Linda, así que han decidido hacer una megafiesta en casa. Habrá bastante gente y será algo claramente a lo grande, con servicio de catering y toda la planta baja a disposición, incluido el jardín y la sala de juegos. Llevamos toda la semana con los preparativos de la fiesta; ayer, por ejemplo, había incluso unos tipos montando las luces para el jardín.

Andrea no va a estar, ya lo sé, porque mañana por la mañana vuela temprano a Estados Unidos. Estará fuera dos semanas largas, no obstante el Iron dure menos de un día: aprovechará ir de vacaciones y hacer algo de turismo. Va solo, así que el itinerario lo decidirá sobre la marcha, día a día. Nos hemos despedido esta mañana (también era día de pesarse: sesenta y siete) después del entrenamiento. Por un lado prefiero que no esté, porque seguro que vendría con alguna chica y lo pasaría mal mirándolos durante toda la noche... En cambio así puedo divertirme sin comerme la cabeza y quizá conocer a alguien, alguien que me cure de esta enfermedad rubia.

Cuando entro en casa busco enseguida a los gemelos y a Linda con la mirada. Sé que no encontraré a la señora Bueno porque sus padres han decidido irse el fin de semana.

La amplísima sala de la planta baja ya está llena de gente. En el muro que confina con la cocina han puesto una barra provisional, en la que hay comida y bebida, con los chicos y las chicas del catering esparcidos por ahí. Paso por la veranda para ir al jardín y me quedo con la boca abierta, literalmente, porque el efecto es increíble. Los tipos de las luces han hecho un trabajo magnífico: hay faroles, antorchas y quinqués colocados en círculo por todo el perímetro del jardín y cerca de las mesas, que están colocadas formando una especie de patio. Cada mesa tiene en el centro una vela encendida, y el hecho de que no haya viento ayuda a mantener vivas las pequeñas llamas. Creo que el espacio central lo han dejado para bailar, pero nadie lo hace, todos están de pie o sentados charlando. También hay luces en los árboles, luces pequeñas y amarillas que crean una atmósfera

realmente romántica y también un poco onírica.

En la veranda está colocado el dj, un amigo de Nic que ahora está poniendo a todo volumen un tema de David Guetta. Veo a Linda cerca de la zona del dj, está guapísima esta noche, con el pelo tan rubio largo y suelto, bien planchado, un vestidito corto color plata y unas sandalias a juego. Cerca de Linda diviso a los gemelos, ambos de negro, pero Nic lleva también una delgada corbata rosa y una cadenita que le cuelga de una de las trabillas del pantalón y sigue por detrás. Marco va más elegante aunque no lleve corbata, porque no lleva vaqueros negros sino pantalones de tela con la raya planchada. Al lado de Nic está la modelo de Andrea, otra vez ella.

Me acerco un poco titubeante: junto a ellos y viendo cómo se han vestido, empiezo a arrepentirme de no haberme puesto algo más sobrio...

«¡Olly!», exclama Nic, el primero en darse cuenta mientras me acerco. «¡Estás guapísima!».

Los demás se giran y Linda me sonrío. Me he puesto un vestido vaquero negro, que estoy estrenando – me lo he comprado hoy – ajustado entero. *Entero*. Ha sido arriesgado, pero he querido osar. De hecho ya me estoy arrepintiendo. Ni siquiera tiene tirantes, me deja los hombros completamente al descubierto y me envuelve el cuerpo hasta la pantorrilla. La falda es tan estrecha, aunque el vaquero es un poco elástico, que casi no puedo caminar. Llevo unas sandalias negras, con un tacón no exageradamente alto pero que ya me ha creado algunos problemas hincándose continuamente en el terreno del jardín. El pelo suelo y con bucles, y con el maquillaje también he querido osar un poco perfilando los ojos enteros de negro, mientras que en los labios me he puesto un brillo rosa con purpurina.

«Madre mía, vamos a tener que ponerte guardaespaldas...», dice Linda.

«Espero no tener que pegarle a nadie la noche de mi cumpleaños...», dice Marco casi al mismo tiempo.

Yo me río moviendo la cabeza. «¡Qué exagerados!».

Nos quedamos un rato charlando de todo y de nada, incluso cruzo alguna palabra con la modelo, que descubro que se llama Elena, hasta que Nic me dice al oído: «Ven, vamos a beber algo». Me coge por el codo y nos alejamos. Lanzo una mirada a Elena: ¿sale con Nic oficialmente? No sabría decirlo, está impasible y charla con la gente que tiene alrededor, ni

siquiera sé si se ha dado cuenta de que Nic se ha ido.

«Quería decirte una cosa...», me dice delante de la mesa de las bebidas. «Bueno, mejor luego».

Doy un pisotón al suelo. «¡Oye no! ¡Eso no se hace! ¡Entonces es que no tenías nada que decirme!».

Él se ríe, yo no me aguanto. «¿Qué haces con la modelo de Andrea?»

«No es la modelo de Andrea», responde mientras coge nuestros vasos del chico del catering. «Y además no es modelo».

«¿Ah no?», pregunto con interés y doy un sorbo. «¿Y qué hace?».

Nos desplazamos ligeramente hacia el centro de la sala. «Es farmacéutica».

«¡Te lo ruego, dime que es una broma! ¡Dime que esa tía no es licenciada en Farmacia! ¡El mundo sería demasiado injusto!», protesto con la boca abierta.

Nic se ríe. «Pues entonces sí, es muy injusto...».

Muevo la cabeza y Nic sigue, con una media sonrisita en la boca. «En cualquier caso la tengo ocupada, muy ocupada así no alarga sus tentáculos hacia quien tú sabes».

«Eres muy práctico Nic, una pena que ya los haya alargado...», replico inclinando la cabeza.

«Qué va».

«¿No?»

«No».

Pienso en ello un momento y le digo: «Una pena entonces que de todas formas no sirva para nada...»

«Eso lo dices tú-», se detiene a mitad de la frase mirando a mis espaldas, hacia la puerta de entrada.

Me giro y veo a Andrea entrar con una belleza morena a su lado, alta y escultural. Lo bueno que tiene Andrea es que no utiliza demasiado los colores ni el tamaño físico de las chicas con las que sale, son todas diferentes unas a otras. Claro que lo malo es que todas le pegan, todas menos yo, obviamente.

Resoplo. Está guapísimo... ¡joder! Lleva unos pantalones oscuros y una camisa negra, ajustada pero no demasiado, y la lleva por fuera cubriendo la cintura; ¿y lo bien que le queda el negro con ese pelo tan rubio que tiene? ¿Pero y a qué ha venido si había dicho que no vendría?

«Si, de hecho a mí también me ha dicho que no vendría...».

Oyendo la voz de Nic me doy cuenta de haber pensado en voz alta. Dos segundos de su presencia y ya estoy cometiendo errores.

Nic y yo los observamos mientras hablan. «¿Y esta nueva adquisición?», le pregunto con desinterés.

«Nunca la había visto».

No hace ni treinta segundos que los estamos mirando cuando Andrea se gira con la precisión de un compás hacia nosotros e intercepta mi mirada.

«Joder... Ya me ha pillado...», murmuro de mal humor. Si, de repente estoy de mal humor.

Nic se ríe a mi lado. «Saluda», dice levantando la mano el mismo idéntico gesto a Andrea y a su acompañante, con la misma caradura e idéntico tono de voz de hace algunas semanas. «E intenta sonreír... parece que... como si de repente se te hubiera muerto el gato».

Yo saludo con la mano, luego miro a Nic y le digo sarcástica: «Eres muy gracioso... Dime, ¿es el efecto de cumplir un año más? ¿Cuántos por cierto? ¿Trece?».

Nic se carcajea echando la cabeza hacia atrás.

«Voy a comer algo...», murmuro.

«Yo vuelvo con Elena».

«Hasta luego».

Él asiente y nos encaminamos a direcciones opuestas: yo a la mesa del bufé, él hacia la veranda para salir al jardín.

No es que tenga ganas de lanzarme a la comida, estoy mejorando, es una lucha continua, pero con el paso del tiempo mejora mi manera de gestionar los muros energéticos negativos, el caso es que, en las fiestas, cuando no conozco a nadie, cuando no hablo con nadie y me parece que todos los demás están ocupados... paso vergüenza, y entonces por hacer algo o solo para ocupar la manos... como o bebo.

Calculo qué podría picar que no sea demasiado comprometido y opto por una tartaleta con una alcachofa encima y lo que parece un queso blando debajo. Aún tengo el vaso prácticamente lleno en la mano, así que la tartaleta la tengo que coger solo con una mano, la izquierda, la mano tonta; esta operación requiere mi máxima concentración porque la alcachofa está terriblemente en equilibrio y tiembla todo de la mesa a mi boca. Casi lo he conseguido, tanto que incluso he abierto ya la boca, cuando oigo una voz prácticamente *dentro* de mi oreja derecha: «¿Cuántas

van?».

La sorpresa me sobresalta y la alcachofa, ya en desequilibrio desde el principio, se me cae encima, rodándome por el cuerpo hasta acabar en el suelo. La tartaleta se me vuelca en la mano y me mancha a su vez de una sustancia blanda y viscosa. Reconozco perfectamente la voz y me giro fulminándolo con la mirada: «¡Era la primera!».

Sonríe y se mete las manos en los bolsillos. Parece satisfecho. Tengo un vaso en una mano, en la otra la tartaleta volcada, y una estela untuosa me recorre el vestido desde el pecho izquierdo hasta los pies, donde yace una pequeña alcachofa indefensa. Era el primer vestido que me compraba en diez años. Y seguramente el primero que no me horrorizaba ponerme, aunque me ha hecho falta valor. De repente estoy resentida. «Caray, ¿por qué no dejas de moverte silenciosamente?», le pregunto harta. ¿Y además qué hace aquí? No tenía que haber venido.. ¿Y por qué no está en la otra parte de la sala con la buenorra?

Él ríe por toda respuesta.

«¿Sabes cuánto me ha costado el vestido?».

Él lo mira, entero, desde el escote palabra de honor hasta los pies y viceversa, y tiene una mirada... una mirada que menos mal que no está Linda delante. Me llenaría la cabeza de pájaros. Aún no me ha mirado a la cara y yo ya siento un pequeño e incontenible escalofrío, que intento dejar pasar sacudiendo rápidamente los hombros. Y lo ataco: «Era el primero que compraba desde hace unos diez años y el primero desde que-», me interrumpo: la buenorra se ha materializado detrás de Andrea y tiene claramente cara de enfado. Es más, yo diría que me está mirando mal, pero a mí nunca en mi vida me había mirado mal una mujer. Miradas de escarnio, sí; miradas de piedad, sí; miradas de compasión, simpatía, ternura, sí; miradas de felicidad y alivio, porque no represento una amenaza, también. De esas muchas. Pero miradas con maldad, casi me atrevería a decir... ¿de celos? No, eso jamás. Así que la buenorra debe de estar enfadada por cosas tuyas personales y no debe ser una de esas personas capaces de escindir su cabreo del mundo que le rodea sin hacerlo pesar a quien no tiene nada que ver. Yo, en este caso. Quizá está enfadada con Andrea. Ah, cómo la entiendo.

Andrea sigue mi mirada y se gira, la ve y se desplaza para hacerle hueco, luego nos presenta. «Ah Tiziana, te presento a Olivia. Olivia, esta es Tiziana, una amiga mía».

Con esas palabras, ella se gira hacia él de golpe y lo mira aún peor, si es posible, de cómo me ha mirado a mí. Yo intento calmar las aguas ofreciéndole la mano – que ella no me estrecha – y diciendo: «Encantada».

Ella mira mi mano, se cruza de brazos y dice: «Ah, tu obra de caridad...».

Retiro la mano y me quedo un momento sin palabras, Andrea se pone visiblemente tenso y la mira ceñudo. Por su cara creo, bueno sé, que está a punto de dar uno de sus sermones, y por muy hilarante que parezca no ser yo la destinataria por una vez, no tengo ningunas ganas de asistir o de estar en medio de un momento desagradable. Intento quitarle hierro al asunto con una broma: «Bueno caridad no precisamente, visto lo generosamente que le pago...», digo riéndome.

Andrea me mira y relaja los hombros, pero no sonrío, ella menos todavía, es más, como si no hubiera ni hablado... Pero por Dios, ¿quién me manda a mí...?

«Bueno», empiezo aclarándome la voz. «Ha sido un placer Tiziana», sigo más falsa que Judas. «Pero ahora os dejo porque Linda me está haciendo señas, creo que quiere hablar conmigo».

Linda que ni siquiera está presente en la sala. Espero que la pareja más guapa del mundo no sé dé cuenta, aunque a fin de cuentas no creo ni que les interese, habrán entendido que evidentemente era una excusa. Decido ir al baño a limpiarme el vestido, visto que estoy sola de nuevo, no tengo nada que hacer y tengo que alejarme de la mesa del bufé. Me pregunto por qué sigo empeñándome en salir. Podía haberme quedado en casa, bajo una cálida manta y con un té en la mano, y terminarme el libro que estoy leyendo o ver por enésima vez Dirty Dancing, imaginando que un doble de Patrick Swayze venga a mí en una ocasión tipo... ¡tipo esta! Y diga delante de todos: «¡Nadie puede dejar a Olly de lado!».

O mejor - ¡Ay! Interrumpo mis pensamientos porque alguien me ha empujado tan fuerte que casi me caigo. El maldito vaso, que seguía teniendo en la mano, tiembla y se derrama solo un poco, por suerte, en mi vestido que por suerte es negro. ¡Caray, no hace ni dos horas que lo llevo puesto! No ha empezado muy bien nuestra relación...

«¡Perdona!». Oigo una voz masculina, levanto la mirada y me topo con unos bonitos ojos castaños. Es Sebastiano, un amigo de los gemelos al que he visto algunas veces en casa de ellos.

«Nada...», murmullo en voz baja.

Seba me observa en silencio dos segundos, luego dice sorprendido:
«¿Olly?»

«¿Sí?»

«¡¿Olly?!»

«¡¿Sí?!»

«Caray...», dice empezando a sonreír. «Casi no te reconozco...».

Asiento, más que nada porque no sé cómo responder.

Seba también intuye sonriendo.

Nos quedamos de pie, en silencio, el uno enfrente del otro, un poco cohibidos.

«Bueno», indico en dirección a sus espaldas con mi vaso ya medio vacío. «Iba camino del baño... y...».

Seba asiente aún más vigorosamente y luego, como iluminado por una idea, me coge la mano con el vaso y mira dentro de este. «Pero si no te queda prácticamente nada... te traigo algo de beber mientras que vas al baño, ¿qué era?».

¿Me trae algo de beber mientras voy al baño?

¿Eh?

«Mmm, Negroni», respondo un poco incómoda.

Me coge el vaso vacío de las manos y se va sin pensárselo dos veces. Miro un momento su espalda alejarse, un poco confundida, y me voy en dirección al baño.

Cuando salgo, me encuentro a Seba con los dos cócteles en la mano. Empezamos a charlar un poco y acabamos por retornos a una partida de futbolín, porque no se cree que soy muy buena. Cuando bajamos a la salita ya está ocupado por dos chicos que están jugando. Nos presentamos y empezamos a jugar los cuatro, luego de dos en dos, como si fuera una especie de torneo. Estoy ganando, como siempre, cuando entran Nic y Andrea.

«Lo sabía...», murmura Nic.

Nic y Andrea observan el final de mi partida y, una vez terminada, uno me reta al billar, así que nos vamos todos a la otra mesa de juego.

En un momento dado Seba dice: «Eres una campeona de futbolín, guapa, simpática y también juegas al billar? ¿Quieres casarte conmigo?».

Yo contesto riéndome: «Cuidado, si me lo dices una vez más empezaré a tomármelo en serio...».

No me lo puedo creer, ¡no me puedo creer que yo esté tonteando en

una fiesta con un chico y llevando un bonito vestido! Vale, un vestido manchado entero, pero sigue siendo bonito.

Me da la impresión de que llevamos un montón de rato jugando cuando, casi sin darme cuenta, la salita se vacía y me encuentro jugando al billar sola con Andrea: Nic hace rato que volvió con la modelo-farmacéutica, los demás han ido a por algo de beber y Seba, como ha recibido una llamada y oía una palabra sí y veinte no, ha ido arriba a hablar.

Ahora hay silencio en comparación con el vocerío de antes, hasta que Andrea pregunta: «¿Te lo estás pasando bien?»

«¡Mucho!», respondo sonriendo a la bola roja a la que estoy a punto de golpear.

No vuelve a hablar hasta que le toca jugar a él y, una vez que se echa sobre la mesa, dice: «Ojo que alguno de esos tres querrá algo más que bromitas simpáticas antes de que acabe la noche...»

«Ah», respondo sin inmutarme. «Bueno, ya veremos».

«¿Ya veremos el qué?»

«Ya veremos si pasa como tú dices».

«¿Y si pasa?», pregunta mientras sigue jugando.

«Si pasa... No sé. Ya veré en el momento qué hacer».

Él se levanta, con la boca un poco abierta por la sorpresa, se apoya con la cadera a la mesa y deja el taco en el suelo. «¿Quieres decir que...?»

«¡No lo sé Andrea! Ni que pensara en esas cosas, ¡y claramente no las decido antes! ¡Yo qué sé! De todas formas no tiene por qué pasar...»

«Sí claro, muy bien... claro que pasará... luego no digas que no te avisé», dice casi de mal humor.

Yo decido ignorarlo y seguimos jugando en silencio, hasta que Nic irrumpe en la salita. «¡Olly!».

Me giro, porque soy yo la que está de espaldas a la puerta, mientras que Andrea se endereza al otro lado de la mesa. Estaba jugando él.

«¡Ya puedo decirte lo de antes!», exclama Nic acercándose y poniéndose delante de mí.

«¡Ah, qué bien!». Mientras, veo a Andrea con el rabillo del ojo que le da la vuelta a la mesa y se pone detrás de mí.

«No quería decírtelo antes porque no estaba seguro... bueno... En fin. Gianca está aquí».

Me enderezo instintivamente, y al mismo tiempo noto cómo una

mano se desliza lentamente por mi cadera derecha desde atrás, y se queda apoyada.

Nic baja rápidamente los ojos, divisa la mano y no hace ningún comentario, cuando vuelve a mirarme a los ojos continúa: «Lo he invitado solo por ti, pero no estaba seguro de que viniera, y no quería decírtelo por si no venía...»

«¿En serio?», respondo dando un saltito y aplaudiendo, con la mano aún apoyada. «Pero... habías dicho que no era adecuado...».

Nic se cruza de brazos, sonriendo. «De hecho no lo es, pero mientras seas consciente de que no lo es, un poco de... *diversión veraniega* solo puede ser buena», concluye guiñándome el ojo.

Lo abrazo en un impulso. «¡Oh Nic, eres un amigo!»

«Sí, muy buen amigo...», murmura Andrea, soltando mi cadera y entrando en mi campo visual. Se detiene de brazos cruzados y nos observa, se ve que quiere decir algo, pero no habla.

Ninguno de los dos le respondemos. Yo me suelto del abrazo aplaudiendo de nuevo, luego me detengo por una idea repentina. «Solo...». Me muerdo el labio inferior. «¿Y ahora qué hago? No tengo mucha experiencia en estas cosas...».

Andrea hace una mueca como de escarnio. «¿Y ahora qué hago?». Incluso me imita. «En cuanto te vea se te tira encima. No te preocupes».

Nic y yo lo miramos con la boca abierta, solo un segundo, un poco sorprendidos por esa ocurrencia que debería ser un cumplido, si no fuera porque la ha dicho en un tono claramente poco agradable, luego volvemos a mirarnos el uno al otro sin contestarle directamente a Andrea. «Ahora te vienes conmigo, damos una vuelta, yo voy a saludarlo y a hablar con él y luego me esfumo discretamente...»

«¡Perfecto!», exclamo.

«¡De perfecto nada!», se entromete Andrea. «Yo no creo que sea buena idea. Habíamos dicho que no era adecuado...»

«¡Andrea, si tengo que esperar a uno adecuado igual me da tiempo a morirme!», respondo un poco ácida, luego lo empujo ligeramente hacia un lado y voy hacia la puerta.

«¡No Olly, espera! Déjame hablar un segundo...», dice Andrea a mis espaldas, pero casi enseguida oigo la voz de Nic que contesta por mí, mientras yo abro la puerta. «Perdona que te lo diga, Andrea, pero no eres su padre y... tampoco su novio. Así que... déjala en paz».

20.

El plan de Nic ha funcionado a la perfección, llevo como media hora hablando con Giancarlo. Por ahora parece que va genial; al principio, cuando Nic me condujo hasta él y le ha dicho que ya nos conocíamos, él ha contestado: «Imposible, ¿me acordaría!», y me ha parecido una respuesta positiva. Luego hemos charlado un poco en general, e incluso se ha lanzado, hace dos segundos, a invitarme a un fin de semana en el extranjero con él. No ha sido precisamente una invitación concreta, ha sido así: yo le he preguntado qué deporte hace en verano, a que debe abandonar el snowboard durante unos meses, y él me ha dicho que hace surf, le he preguntado dónde podía hacerse surf en Italia y me ha dicho que a veces va a la Toscana o a Portugal, porque hay buenas olas y no es demasiado caro. Y ha sido en ese momento cuando ha añadido: «Tal vez podrías venir un día tú también». He contestado: «Tal vez». Pero pensándolo bien creo que ha sido algo que ha dicho así, para darme conversación.

Lo he hecho muy bien, porque en todo este rato no me he girado ni una sola vez para ver dónde está Andrea, si está por ahí con la buenorra, si se ha ido o si sigue en la sala de juegos. He conseguido concentrarme en la persona que tengo delante sin problemas. De verdad. Nic le ha dicho que me deje en paz y él ha hecho lo que le ha aconsejado un buen amigo. Además estoy viviendo exactamente lo que quería cuando empecé todo esto. Estoy aquí, meses después, delante de Gianca, y él me está prestando toda su atención; No parece enamorado de otra, es más, está aquí solo, a diferencia de otras personas que conozco. Libre de poder enamorarse de mí. Exactamente como le había pedido al destino hace mucho tiempo. Estoy viviendo mi sueño y de hecho estoy muy contenta, el corazón no me late porque la serenidad y la felicidad son así: son sentimientos positivos, inteligentes, que mantienen el latido a un nivel adecuado para el músculo cardíaco. No como la rabia y el ansia, esos sí que hacen latir el corazón. Caray, necesito una tregua de mis chorradas. También noto un estímulo que necesita sentirse realizado en el menor tiempo posible. O sea, tengo que ir al baño. En el trayecto hasta el baño no miraré a mi alrededor. No lo haré. Iré y volveré aquí con Gianca, y durante todo el tiempo miraré al

suelo delante de mis pies y punto.

Gianca y yo charlando nos hemos ido al jardín, hemos estado un rato de pie y yo, para dejar de hundir los tacones en la tierra, me he quitado las sandalias. A continuación nos hemos ido a una mesa bastante externa que se ha quedado libre y nos hemos quedado un poco apartados, en esta atmósfera romántica hablando en voz baja. Cuando le comunico mis intenciones, responde: «¿Te espero aquí?»

«Claro, vuelvo enseguida».

Visto que tengo que atravesar todo el jardín, dejo las sandalias allí, junto a él, y echo a andar descalza: estamos en casa de los gemelos, no en un sitio público... Y además he visto a alguna que otra chica hacer lo mismo.

Una vez sola, en el baño, hago lo que tengo que hacer suspirando y reflexionando intensamente. Me lavo las manos mirándome al espejo y preguntándome, ¿por qué no estoy contenta?

Saliendo me encuentro a Andrea de frente.

Por un instante, juro que habrá sido solo un segundo, dudo sorprendida. También es culpa de mi corazón: empieza otra vez a latirme tan fuerte que temo que me vaya a dar un infarto de un momento a otro. ¿Se puede tener un infarto con veinticinco años? Porque será autosugestión, pero empiezo a sentir un pequeño dolor en el brazo izquierdo...

Intento de inmediato pasar de largo con la cabeza baja, pero él me para. «Tengo que hablar contigo».

«Ahora no, me están esperando».

«¡Olly!».

Levanto la cabeza ante su tono ácido.

«No me hagas perder la paciencia, no me queda mucha».

«Psé». Es mi única respuesta. Cuando me coge del brazo, me suelto diciendo: «¿Quieres hablar? Adelante, habla. Te escucho».

«No en la puerta del baño».

«¿Ah no? Se pone exquisito, el niño...».

Él me mira mal, fijamente, hasta que no cedo. «De acuerdo, vamos a la cocina».

«No, hay demasiado ruido. Vamos abajo».

Me coge del brazo, y yo enseguida doy un tirón para soltarme, y

empezamos a bajar las escaleras para ir a la planta de la sala de juegos y del cine.

«¿Dónde están tus zapatos?», me pregunta mientras bajamos.

«Al seguro», respondo sin más explicaciones. No quiero estar con él: cada momento con él es agrisulce, últimamente más agrio que dulce, y yo ahora solo tengo ganas de dulce.

Tras haber entrado en la sala de juegos, cierra rápido la puerta y prosigue hasta la del cine. Entra sin abrir demasiado la puerta al principio, y luego la abre del todo y me indica que entre.

Cuando me giro, él está cerrando la puerta detrás de sí.

No le pondré las cosas fáciles, así que me cruzo de brazos y lo miro con dureza, sin hablar.

Él suspira y se mete las manos en los bolsillos cogiendo aire para hablar, se rasca la nuca y por fin abre la boca. «Quería decirte... que no los desperdicias».

«¿El qué?». Solo he dicho dos palabras, pero he conseguido llenarlas de agresividad.

«Tus primeras veces: tu primer beso, tu primer... tu primer todo».

Ya no tiene aire combativo, tiene un aire triste y casi moderado, como un padre que ya ha visto mucho, todo, e intenta infundir a la joven e ingenua hija su sabiduría. Lo cual me pone hecha una fiera. «El primer beso ya pasó».

Él me mira un momento sorprendido, enderezando la cabeza, luego dice despacio: «Eso no fue un auténtico beso, Olly».

Lo que me pone aún más como una fiera, y me duele como un cuchillo hincado directamente en el corazón.

«Bien, ya me has dicho lo que querías, adiós. Hay alguien que me está esperando». Y diciendo eso me dirijo hacia la puerta, pero él me sigue y apoya una mano en la madera, sobre la cerradura.

«¿Harás lo que te he dicho?».

Me río. Amargamente, sarcásticamente. «¿Y qué me has dicho exactamente?»

«No hagas nada con él».

Lo miro con la boca abierta durante un instante, tengo una sonrisa torcida, deformada por la boca desencajada. «Esta sí que es buena...»

«No estás enamorada, los desperdiciarías», dice ahora con cierta urgencia.

Me giro lentamente hacia él, porque el cuerpo lo tengo todavía girado hacia la puerta, y lo miro recto a los ojos. «¿Pero en serio? ¿Es que tú estás enamorado de Tiziana? ¿Y Nic está enamorado de la modelo-farmacéutica? No lo creo, y en cambio a vosotros nada os impide... *desperdiciarlos*».

«¿Qué tiene que ver?», pregunta echándose atrás con un gesto de rabia y quitando la mano de la puerta. «No se trata de la primera vez de nada, ni para Nic ni para mí».

«¿De verdad?». Vuelvo a cruzarme de brazos y lo miro desafiante. «¿Entonces estabas enamorado la primera vez, y Nic estaba enamorado la primera vez?».

Él me mira mal. «Yo sí, estaba enamorado de la chica con la que hice todo por primera vez. Nic no lo sé. Pero deja de tomar a Nic como ejemplo... ¿Te parece un ejemplo a imitar?»

«Me parece que tú lo imitas muy bien...»

«¡Tú no sabes nada de nada!», exclama airado, acercándose.

Yo no respondo y él se aleja, respirando más profundamente. «No tires... Después de todos estos años, ¿estás segura de que quieres tirar tu primer beso, tu primera vez, con uno del que ni siquiera estás enamorada? Y no me digas que lo estás porque no me lo creo... Después de haber esperado tanto, ¿qué te cambia esperar un poco más hasta que llegue alguien especial?».

Ahora soy yo quien se acerca, furiosa. «¿Esperado tanto? ¿Alguien especial?». Respiro profundamente y le doy golpecitos con el dedo. «¿Pero qué te crees? ¿Qué no lo habría hecho ya si hubiera podido? No era mi intención esperar, ¿sabes? ¡Nadie me ha hecho nunca ni puto caso, eso es lo que ha pasado!».

Estoy tan encendida e metida en la conversación que involuntariamente se me acelera la respiración. «Quizá, sin querer, te he dado una imagen equivocada de mí... Tal vez crees que tengo vocación de monja... ¡Pues para tu información no es así! ¡No tengo vocación de monja en absoluto!».

Él da un paso atrás, y yo avanzo un paso. «Quiero vivir Andrea, ¡quiero vivir! ¡Y ahora que por fin he empezado a hacerlo no tengo intención de esperar a nada ni a nadie!». Respiro. «¿Y además no has sido precisamente tú, durante estos meses, el que me ha animado a hacerlo?»

«¡Si con ‘vivir’ quieres decir ‘vivir en el sentido más amplio del

término', sí, he sido yo; si con 'vivir' quieres decir 'acostarte con el primero que pase', no, no he sido yo!». Está casi gritando y nunca había visto a Andrea gritando.

Me quedo sin palabras durante unos momentos. luego me alejo, caminando hacia atrás y respirando mal. «¿Sabes qué es lo más interesante?». Intento mantener una calma que no hay. «¿Y a ti qué te importa si me acuesto con el primero que pase?»

«Porque eres mi amiga», responde él enseguida.

«No, yo no soy amiga tuya en absoluto... ¿Crees que nos veremos cuando termine de entrenar contigo? ¿Crees que iremos a comer una pizza o a cualquier otro sitio juntos?», le pregunto con amargura. «El día que deje de entrenar no volveremos a vernos, ya lo sé. Siempre lo he sabido, así que no vayas ahora de amigo, en este momento, sola y exclusivamente para arruinarme la noche... Una noche que si no sería perfecta», digo sin pensarlo de verdad. Ninguna noche en la que él llegue del brazo de otra puede ser perfecta, pase lo que pase.

Él se queda sin palabras un momento y me mira casi asqueado. «No creía que fueras así...»

«¿Así cómo?», pregunto, pero no estoy segura de querer saberlo.

Me mira de arriba abajo. «Te da igual ocho que ochenta...».

Yo me echo atrás, como si me hubiera dado un bofetón en la cara. *No Andrea, no me da igual ocho que ochenta, pero por desgracia el que me gusta no me quiere, y ya me he hartado de vivir al margen.*

«Contigo es solo una cuestión de velocidad, ¿eh? Quien llega primero, muele primero...».

Tiene una mirada extraña, da escalofríos, furioso y concentrado, como la de un león antes de devorar a su presa.

«Bastaba con decirlo que era una cuestión de velocidad...», murmura para sus adentros, moviéndose lento pero seguro, como un depredador.

Instintivamente me echo atrás hacia la puerta hasta que noto el pomo en la espalda, intento abrirlo desde atrás, sin ver, porque exactamente como una presa, no me parece el momento de darle la espalda.

«Bastaba con decirlo...», susurra, y como una danza con milenios de antigüedad, nos movemos en el mismo preciso instante: yo me giro para abrir la puerta y él me detiene de un salto. No consigo abrir la puerta, Andrea me agarra y me aplasta con la espalda a la pared de al lado de la puerta; está muy cerca, hasta el punto de que puedo sentir su aliento cálido

en los labios cuando murmura: «Porque yo soy el más rápido».

Esas palabras me sorprenden y me quitan la fuerza de la lucha, levanto las cejas mientras relajo las manos a la espalda, las que antes intentaban empujarlo lejos y que ahora están apoyadas suavemente en una señal de fácil, demasiado fácil rendición. La boca se me abre involuntariamente en una mezcla de sorpresa y expectativa, porque lo sé, lo sé desde dentro de mis huesos, lo sé en la barriga y en los escalofríos de la espalda, que Andrea está a punto de besarme. Y esta vez en serio. Esta vez... un beso de verdad.

Una pena que la puerta se abre desde fuera en ese preciso instante, justo un segundo antes de que él colme con su boca esa distancia de un centímetro. Ese maldito centímetro...

«¡Andrea!».

Yo me giro, parpadeando como si hubiera estado a oscuras y alguien me acabara de apuntar a la cara con una antorcha, como si me despertara de golpe de un largo y agradable sueño. Tiziana está ahí, con la boca abierta y la cara descompuesta, con la mano en la puerta y su espléndida figura inmóvil.

«Tiziana...». Oigo la voz de Andrea a mi izquierda.

«No me lo puedo creer...», susurra ella con una mueca torcida en su preciosa boca roja. Luego sale corriendo, en la medida en que sus tacones megagalácticos se lo permiten; corre lejos de mi visual.

Siento frío cuando el cuerpo de Andrea se aleja del mío, y giro la cabeza hacia él, aún vagamente embobada.

«Olly...», susurra mirándome un poco a mí y un poco al umbral vacío de la puerta, indeciso sobre qué hacer.

Si se queda y la deja ir, se lo perdono todo; si se queda y la deja ir, le confieso mis sentimientos.

«Quédate aquí», dice con la mirada triste, y luego sale corriendo.

Y lo más triste de todo es que yo me quedo como una idiota, me quedo sola, descalza, encerrada en esa sala de mierda, durante al menos cuarenta minutos.

Cuando vuelvo a la superficie descubro en poco tiempo que Andrea y Tiziana se han ido de la fiesta, Gianca ha abandonado mis zapatos dejando también la fiesta, y Seba y los demás están en un corro charlando con tres chicas.

Vuelvo a casa sola, con los zapatos en el lado del copiloto,

conduciendo descalza aunque no se debe hacer. Me juro a mí misma que lo de Andrea se ha terminado, en cuanto vuelva de Estados Unidos le diré que no tengo intención de seguir con los entrenamientos ni con nuestro programa.

Y cuando a las cuatro de la madrugada me llega un mensaje donde pone: Olly, cuando vuelva tenemos que hablar, lo borro sin ni siquiera responder.

No sé por qué Nic cree que Gianca no es adecuado. Gianca es un buen chico: es mono, paciente, tolerante, simpático. Tiene un único defecto: no es Andrea.

Durante la semana después de la fiesta de los gemelos vino un par de veces a la cafetería, la primera con Nic y la segunda él solo. La tercera vez me propuso que saliéramos juntos un día. Ha estado simpático y me lo pidió con una gran ironía. Estaba terminándose el desayuno, moviendo la cucharilla en los dos milímetros de capuchino que le quedaban y mirando el fondo de la taza, cuando empezó: «Oye Olly, si me prometes no dejarme tirado con tus zapatos, me gustaría que saliéramos un día».

Yo me reí y le dije que sí. Entre otras cosas porque me parecía correcto hacerme perdonar por mi comportamiento la noche del cumpleaños de los gemelos.

Cuando salió del local, aquel día, observé a la señora Barbieri que había asistido a la conversación sin comentar nada, y le pregunté riendo: «¿No tienes un mote para él?».

Me contestó llevándose la taza a la boca con una mano y abriendo el periódico con la otra, sin mirarme. «Yo soy una artista. Necesito sentirme inspirada para crear. No funciona con órdenes».

«¿Y Gianca no la inspira?», le pregunté curiosa.

«No, Olivia querida, no me inspira nada».

Fui a la cocina sin decir nada porque no quería volver al tema. Por desgracia, la señora Barbieri está obsesionada con el Dios del Sol o Apolo querido que da gusto, y no atiende a razones ni siquiera después de haberle contado con pelos y señales la noche del cumpleaños de los

gemelos.

Gianca y yo salimos aquella misma noche. Me llevó a un cine al aire libre, y cuando me acompañó a casa intentó besarme por primera vez, pero yo me aparté instintivamente. Comprensiblemente, aquella noche no me pidió que volviéramos a salir, y yo no dije nada. Una vez encerrada en la soledad de mi habitación, me enfadé conmigo misma, porque sin darme cuenta había obedecido a Andrea, y al parecer consigue influenciarme incluso desde otro continente.

Me centré en el discurso de vivir mi vida y no esperar a nada ni a nadie otra vez, y al día siguiente lo llamé pidiéndole que viniera conmigo a la barbacoa del 15 de agosto en casa de los gemelos, donde estamos ahora.

Llevo todo el día riendo y bromeando, pero tengo un peso en el corazón. Estoy intolerante con todo el mundo, incluso con Linda, y conmigo misma, y sin ningún motivo válido. Estos días me caigo mal.

Linda y Marco están hablando de Inglaterra, donde se irán en septiembre, y me está costando mucho contenerme de decirles que se separen un minuto, que llevan todo el santo día cogidos de la mano y besándose o tocándose de alguna manera. Además hace un calor horrible, ¿ese contacto continuo no los hace sudar?

Al menos Nic no está pegado a la modelo-farmacéutica cada dos por tres, van a su aire; claro que luego cuando deciden darse cuenta el uno del otro no tienen ni el más mínimo pudor y deberían prohibir a los menores de edad acercarse a ellos, pero por lo menos el resto del tiempo son dos entidades separadas.

Estamos en el jardín, sentados en una mesa a la sombra de un árbol desde hace horas y horas, con los restos de la comida delante: carne, patatas, ensalada, sandía, y una canícula extrema que no da tregua hasta por la noche. Resoplo, probablemente por enésima vez, porque Gianca, fastidiosamente cuidadoso como una madre, me susurra al oído: «¿Quieres que nos vayamos?».

Miro la hora: son las seis. «Sí, vámonos». Porque además no puedo seguir fingiendo un humor de compañía.

Me lleva a casa con su coche, hemos llegado juntos y hemos estado juntos todo el día, cerca, como una auténtica pareja. Antes de llegar a mi casa gira en una callejuela secundaria poco traficada, vamos, prácticamente abandonada a sí misma. Es fácil intuir cuáles son sus

intenciones, y las mías son las de seguirle. Hoy no me echaré atrás; hoy haré lo que quiera, sin pensar.

Apaga el coche y se gira a mirarme. «¿Hoy dejarás que te bese?».

Yo solo asiento, sin hablar.

Cuando se acerca, no escapo; Gianca es un chico muy guapo y yo no escapo.

Sus ojos azules están cada vez más cerca y sus labios también, trago saliva y cierro los ojos un instante antes de que su boca toque la mía. Él empieza a darme pequeños besos ligeros y suaves; yo respiro hondo, intentando dejarme llevar, relajarme, disfrutar este momento que tanto tiempo he deseado.

Lentamente el beso se va haciendo más insistente; su respiración tan cerca, demasiado cerca, sobre mi piel, me pone de los nervios.

Me esfuerzo por relajarme y dejarme llevar; me coloco mejor en el asiento, para darle acceso, para concederle todo lo que quiera. Y no me echo atrás ni siquiera cuando noto la punta de la lengua rozarme los labios como buscando una invitación, y ni siquiera cuando noto cómo entra dentro de mi boca.

Todo está saliendo que ni pintado y no estoy en absoluto desperdiciando mi primer beso: la sensación es agradable, sería mejor si no oyera su respiración, pero es agradable de todas formas. No sé bien lo que tengo que hacer y espero que él no se dé cuenta de mi total falta de experiencia; por nada del mundo querría decirle que es el primero que me besa: no hay suficiente confianza.

Por un momento me dan ganas de reír pensando que esta persona tiene, actualmente, su lengua dentro de mi boca, pero que yo no me siento con la suficiente confianza para decirle algo demasiado personal.

Después de un rato se levanta y se pasa a mi lado saltando por encima de las marchas, poniéndose encima de mí, luego empieza a besarme de nuevo y yo me dejo. Sus manos empiezan a vagar en caricias dispersas por mis caderas, por mi vientre, y yo no escapo. Estoy haciendo grandes progresos. No escapo tampoco cuando, con una caricia en el costado, llega rápido al pecho y con el pulgar me roza el pezón. Me hace cosquillas y me siento un poco impactada, sobre todo siento muchas ganas de quitarle la mano y atársela detrás de la espalda, pero hoy no escaparé, hoy le concederé lo que quiera, que también es lo que yo quiero. Vivir mi vida, no esperar a nada ni a nadie.

Cuando pasa a acariciarme el pecho con dos manos contemporáneamente, tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no reaccionar, para no quitármelo de encima, bajarme del coche e irme a casa. Aprieto los dientes y me quedo.

De repente oigo un claxon que suena furioso; proviene de la calle principal. Poco después alguien, un hombre, grita: «¡Mira por donde vas, gilipollas!».

Oigo otra voz masculina responder: «¡Que te den por culo!».

Y la primera voz diciendo: «¿Qué?».

Luego las voces se superponen y oigo unos portazos. Me aparto alarmada y exclamo en voz baja: «¡Gianca!».

Él ni siquiera me mira, pero empieza a darme besos por el cuello. «¿Mmm?»

«Creo que ha habido un accidente...».

En ese momento levanta la cabeza y mira a derecha e izquierda por las ventanillas. «¿Dónde?»

«En la calle principal, he oído a dos que se estaban insultando y ahora nada, temo que se estén pegando... quizá sea mejor ir a ver...».

Él me mira un poco desconcertado. «¿En la... calle principal?».

Yo asiento. Suspira y vuelve a su asiento tras un breve titubeo; se queda un momento mirando fuera del parabrisas, en silencio, y al final se pone en marcha con el ceño fruncido. «Ahora te llevo a casa y vemos qué está pasando, pero yo no me meto en ninguna pelea. Por mí como si se quieren matar, pero yo no me doy de leches por dos desconocidos idiotas».

Cuando salimos a la calle principal vemos que dos hombres están discutiendo muy cerca, pero sin ponerse la mano encima, así que pasamos lentamente por su lado sin detenernos. O por lo menos, sin llamar a la policía: Gianca no se habría parado en cualquier caso.

Delante de mi casa apaga el coche y nos quedamos en silencio unos minutos. Él no vuelve a intentar ningún acercamiento y yo le estoy agradecida. De repente decido, en ese momento, dejar de fingir con él, con cualquiera, conmigo misma. «Gianca, tú me gustas, pero yo estoy enamorada de otra persona. Lo siento».

Él asiente antes de hablar. «Sí, más o menos me había dado cuenta».

«Lo siento», digo con sinceridad, sin saber qué más decir.

«¿Me has usado para olvidarlo?», pregunta mirando el capó, sin

girarse hacia mí, quizá pensando que me refiero a algún exnovio.

«No, no, yo... esperaba pasar página, empezar algo nuevo... pensaba que... bastaba con esforzarse un poco».

«Y en cambio no ha sido así ¿eh?», dice girándose por fin para mirarme.

Niego con la cabeza, abatida.

Le sale una medio sonrisa. «¿Estás así de triste por la situación con él o conmigo?»

«Ambas. Sobre todo me siento culpable por haber salido contigo con... otra persona en la cabeza».

Él se encoge de hombros de manera muy magnánima. «A veces pasa. Que tire la primera piedra quien no lo haya hecho nunca».

Respondo a su sonrisa. «Buena suerte con... con todo, en el futuro».

«Gracias. Igualmente».

Salgo del coche, me giro para decirle adiós una vez más y luego entro en casa. De cabeza a mi habitación.

La vida es tan injusta: desde la primera vez que vi a Giancarlo, mi plan ha funcionado a la perfección. Todo ha salido como quería, exactamente como quería. Y sin embargo ya no es lo que quiero: ha habido un imprevisto de casi un metro noventa, maldición. Me siento una ingrata con el destino, me siento mal en general y punto.

21.

Ayer me llegó un mensaje donde ponía: Acabo de aterrizar, ¿mañana en el carril bici a la hora de siempre?

He confirmado enseguida, de todas formas antes o después tenía que hacerlo, era inútil dejarlo para más tarde. También he pensado que hacerlo en el carril bici, quizá mientras estoy corriendo y tengo poco oxígeno, era lo mejor: concentrada en seguir viva, tal vez no me sentiría tentada a echarme atrás.

Cuando llego al carril bici y lo veo fuera de su coche, todo bronceado y resplandeciente como el sol, quiero morirme.

La sola idea de no volver a verlo me dan ganas de llorar, se me cierra la garganta y casi no consigo respirar, pero tiene que ser así. Si estuviera leyendo un libro, le aconsejaría a la heroína que hiciera lo que yo voy a hacer.

Aparco y, como aquel primer día de hace tantos meses, apoyo la cabeza en el volante, entre las manos. Aprieto fuerte los ojos y respiro hondo, intentando calmar mis emociones. Más que nada porque no quiero echarme a llorar en su cara.

Cuando me siento preparada, bajo de mi Fiat 500 y voy hacia él. «Bienvenido», digo a sus espaldas, y estoy contenta porque la voz me ha salido bastante firme.

Él se gira de golpe, sonriente y guapísimo, como siempre. «¡Olly!». Me abraza en un impulso y yo me dejo. Cuando se aparta le pregunto: «¿Cómo te ha ido? ¿Qué tal Estados Unidos?».

Él responde mientras aparta sus eternas hojas volantes. «¡Genial! ¡Llegué decimoséptimo y Estados Unidos es una pasada!».

Abro la boca. «¡Oh Dios mío! ¡Decimoséptimo es un resultado grandioso!», le digo, sinceramente contenta por él.

Él sonrío, contento, asintiendo. «Sí, yo también estoy satisfecho». Se dirige hacia la parte de atrás del coche y yo, por costumbre, lo sigo. «He descansado, me he divertido y he sacado un montón de ideas, en parte para mi actividad en cuanto acabe la carrera, y en parte para ti». Yo levanto las cejas. «Para tus entrenamientos. Tengo en mente novedades, si tú estás de acuerdo». Concluye sonriendo.

«Ah, a propósito de eso... De hecho quería hablarte hoy de eso, porque lo he estado pensando y- ¿Qué haces?». Me interrumpo cuando lo veo sacando la báscula.

«Nos pesamos», dice sereno, poniéndola a mis pies como siempre.

«¿Por qué», pregunto escéptica. «Solo es día veinte, no estamos a final de mes...».

Levanta los hombros. «Quiero saber cómo te las has arreglado sin mí».

Me subo en la báscula sin discutirlo más, de todas formas es la última vez.

«Sesenta y seis». Lee. «¡Muy bien!»

«Es solo un kilo desde finales de julio...», comento sin apartar la mirada del display de la báscula.

«Es normal, al final así. Los últimos son los más difíciles; lo has hecho muy bien».

Lo miro, aún sobre la báscula, e intento imprimir en mi memoria su cara tal y como está ahora: su sonrisa blanca, sus ojos luminosos como el cielo de una mañana de verano y el color dorado de su pelo, de las cejas, de la barba desaliñada.

Aparto la mirada bajando de la báscula. «Quería hablar contigo sobre los entrenamientos».

«Dime», me exhorta mientras guarda sus cosas en el coche. Tiene una sonrisa en la cara mientras desempeña esas tareas habituales.

«Hoy es el último día».

Y su sonrisa desaparece.

Se gira hacia mí con una expresión interrogativa y casi... herida.

Me giro enseguida porque si sigo mirándolo no voy a poder llegar hasta el final. Me dirijo hacia la pista y lo noto cerca de mí, lo entreveo con la vista periférica.

«¿Por qué?»

«Porque... está bien así». Durante estas tres semanas he pensado mucho en qué excusa ponerle para acabar con nuestra relación y creo que esta era la única decente.

«¿Qué significa que está bien así?», pregunta con voz glacial.

Trago saliva y respondo mirando al suelo bajo mis pies. «Que lo dejo aquí. Sesenta y seis kilos están mejor que bien».

Nos quedamos en silencio, luego cuando llegamos al principio del

carril bici se detiene y me gira hacia él con un tirón poco elegante. «Visto que me estás liquidando sin demasiadas explicaciones, podrías hacerlo mirándome a la cara por lo menos».

Lo miro, como él quiere, y lo veo enfadado. «¿Por qué estás enfadado? Tus clientas no lo serán para siempre... Vendrán y se irán continuamente...», le digo con dulzura, razonando.

La expresión ceñuda que tiene en la cara, antes tan serena, no se ablanda ni un milímetro. «Faltan aún seis kilos...».

Me encojo de hombros. «No pasa nada. Me siento bien así, no tengo la necesidad de adelgazar más». Pero no es así, claramente intentaré seguir sola hasta que me encuentre satisfecha, pero necesito dejar de verlo.

«¿Es la verdad o hay algo que no me estás diciendo?».

Me encojo de hombros. «Es la verdad».

Él aparta la mirada y mira al horizonte durante unos segundos antes de volver a mirarme. «Entonces vale. Quédate en sesenta y seis, pero podemos seguir de todas formas para el mantenimiento...».

«Perdóname Andrea, pero ochenta euros al mes cuentan bastante... Si fuera una rica heredera encantada, pero no puedo permitirme seguir así a ultranza».

«Podemos disminuir», dice de repente. «Podemos hacer una vez a la semana...».

Se calla porque me ve negar con la cabeza.

«Vamos a hacer una vez a la semana y no me pagas», propone escrutándome a fondo.

Yo me echo a reír negando con la cabeza. «¡Como hagas eso con todas tus clientas no vas a ganar un duro!».

Pero él no se ríe. «¿Entonces?».

Yo vuelvo a negar una vez más con la cabeza, silenciosamente, en un gesto de negación definitiva.

«No... Hay algo que no me estás diciendo, si no aceptarías las sesiones gratuitas...», dice al final con el ceño fruncido.

«De todas formas te pagaré hasta final de mes, me parece lo justo».

Él hace un gesto de rabia y aparta la mirada. «Y a quién le importa eso...». Se pasa una mano por el pelo y vuelve a mirarme. «¿Cuál es el problema, Olly?».

Yo miro el reloj por toda respuesta. «Empecemos, ya son las tres y veinte».

Lo veo luchando consigo mismo: le gustaría seguir discutiendo, pero al final, aunque nervioso, se dirige hacia el carril bici y yo lo sigo.

Está un rato en silencio, a estas horas ya deberíamos estar corriendo, pero él no se decide a arrancar, solo sigue caminando y yo lo secundo. En el fondo no me interesa nada lo que haremos hoy.

«¿Es tu novio el que quiere que lo dejes?». Rompe el silencio después de unos quince minutos.

Yo me río. «¿Qué novio?»

«¿No tienes novio?»

«No».

Lo oigo inspirar y expirar. «No, porque la última vez que te vi estabas totalmente dispuesta...»

«Para hacer eso no es necesario estar saliendo con nadie».

«No, desde luego», concuerda enseguida.

Procedemos en silencio durante un trecho hasta que Andrea afloja el paso, y no es que estuviéramos caminando rápido precisamente... «¿Pasó algo?».

Yo no contesto, sigo caminando.

«¿Qué pasó?», me pregunta con un tono un poco duro.

Me encojo de hombros. «No es asunto tuyo».

«¿Qué pasó, Olly?». Levanta la voz, con un tono de advertencia que me hace enderezar la espalda, pero no cedo: ni lo miro ni le contesto.

Andrea se para en seco; me giro hacia él. Está un poco blanco, pero debe ser la penumbra de los árboles. «¿Quién?». Su tono es frío, autoritario.

«¿Eh?»

«¿Quién ha sido, Olivia?».

Nunca me llama Olivia... «Giancarlo».

Inspira fuerte y se pasa una mano por el pelo, mientras con la otra se rasca el pecho. «¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde?», pregunta cuando expira.

«¿Pero a ti qué te importa?». Estoy vagamente resentida, porque me está distrayendo de mi dolor. Solo me gustaría mirarlo, memorizarlo y recrearme en mi malestar.

En ese momento Andrea se transforma: viene hacia mí como una furia, me agarra ambos brazos y con la cara desencajada de la rabia dice en voz alta: «¡Contéstame Olivia, o juro por Dios que esta vez destrozo algo!».

Como estamos en mitad de la nada, más o menos, y entre sus manos por el momento me tiene a mí... Opto por una rápida respuesta. «Hemos salido un par de veces...»

«¿Cuándo?»

«La semana pasada... Andrea, me estás haciendo daño...». Él afloja la fuerza en mis brazos pero no me suelta.

«¿Por qué?»

«¿Por qué hemos salido quieres decir? ¡Porque me lo pidió!», contesto empezando a intentar liberarme.

«Te lo repito», dice muy despacio. «¿Qué ha pasó?»

«Ay nada...». Resoplo desconsolada.

Me zarandea. «¡Olivia!»

Resoplo de nuevo. «Nos besamos y...».

Él inspira hondo. «¿Y?»

«Y», me sonrojo apartando los ojos de los suyos. «Él... solo... me acarició un poco...», concluyo con dificultad por la vergüenza.

«¿Dónde?»

«No lo dices en serio...», digo mirándolo de nuevo. «No creerás en serio que te lo voy a decir...»

«Lo digo muy en serio. ¿Dónde?».

Yo aparto la mirada y no le contesto. Él vuelve a zarandearme aún más fuerte y levanta la voz. «¡Olivia! ¡Dónde!»

Por suerte nunca pasa nadie a estas horas... «¡Oh Dios mío! En... esta zona...», le digo indicándome el pecho con gestos vagos.

«¿Solo ahí?».

Lo miro con la boca abierta unos instantes, y luego asiento sonrojándome.

Él me suelta, mirándome con ojos de loco. «¿Estabas vestida?»

«¿Cómo?», le pregunto estupefacta.

«Ya me has oído. ¿Con o sin ropa?».

Emito el “psé” más desdeñoso que consigo soltar y me encamino en la dirección opuesta, volviendo a los coches.

No voy muy lejos, porque me agarra del brazo y me hace darme la vuelta hasta que me encuentro a un centímetro de su cara desencajada de rabia. «Olivia, vuelvo atrás y destrozo mi coche y luego el tuyo. Y luego te pediré que me pagues los daños». Vuelve a zarandearme. «¿Con o sin?»

«¡Con!», grito.

Él me suelta de golpe, dando un paso atrás. Tiene la respiración agitada, como si de verdad hubiera corrido, y empieza a pasear adelante y atrás por mi campo visual como un león en una jaula.

«En cualquier caso no es asunto tuyo...», murmuro débilmente. Él ni siquiera responde.

Empieza a crujirse los dedos de las manos. «¿Quieres pegarme?», le pregunto con un tono irónico.

Él se gira hacia mí, aún enfadado, aún desencajado. «Si... sí... te pegaría... te ahogaría...».

Lo miro desconcertada. «¿Estás tan enfadado porque no te hice caso? Ni que fueras mi padre. ¿Sabes? Soy un ser libre... Soy adulta...».

Él me mira, luego se acerca muchísimo y me coge de los brazos aunque no tan fuerte como antes. «¡Yo no he podido tocarte ni con un dedo durante meses! ¡Meses! ¡Ni siquiera para hacer stretching!». Me zarandea, empezando a deslizar sus ojos por mi rostro. «¡No me has dejado acercarme! ¡Ni siquiera un momento, nunca! ¡Me has repetido hasta la saciedad “no me toques”! Esas palabras... no me toques...». Se encoje de hombros, como perdido un instante en algún recuerdo. «Y luego llega este», continúa como reaccionando. «Que... ¿quién es? ¿Uno que has visto una noche? ¡Ni siquiera te acordabas de su cara antes de la fiesta de Nic! ¡Lo sé!».

Aparto la mirada.

«Llega el primer capullo desconocido y te dejas besar, te deja tocar... quizá hasta lo tocaste también...». Se calla, puedo ver su repentina inmovilidad aunque tenga la mirada baja. «¿Lo has tocado?».

Niego con la cabeza.

«¿Y yo?», pregunta en voz alta, zarandeándome ligeramente.

«¿Y tú qué?», pregunto en voz baja, levantando lentamente la mirada hacia sus ojos.

Él respira jadeante con la boca abierta, las mejillas sonrojadas y el ceño aún fruncido. Me mira con intensidad, sin responder. Lentamente levanta un brazo y coloca su mano detrás de mi cabeza, deshaciéndome la coleta con gestos bruscos. Cuando habla, lo hace despacio, pronunciando bien cada palabra. «Hoy no me digas “no me toques”, porque no pienso escucharte».

Y rápido y electrizante como un relámpago blanco en un cielo oscuro, baja su rostro a la altura del mío y me besa. Sus labios tocan los

míos, impetuosa e insistentemente, hasta que abro la boca y lo dejo entrar.

Sus manos están por todos sitios; se deslizan veloces por todo mi cuerpo, desde el pelo, donde hunde sus dedos, hasta la espalda en toda su longitud y hasta el trasero, y vuelve arriba hasta el pelo, que a ratos coge en mechones y luego de vuelta abajo. Me acaricia las caderas mientras me besa la boca apasionadamente, y luego sus manos cogen dos caminos diferentes, una delante me toca la cadera y luego el pecho, y la otra detrás, y luego, tras una exploración separada, vuelven a reunirse de nuevo alrededor de mis caderas, que empuja hacia las suyas haciéndome notar claramente su excitación.

No me da tregua ni un momento, y yo tal vez me haya curado porque no siento ni el más mínimo rastro de malestar, porque lo único que siento en este momento es placer, un placer inmenso que me da escalofríos en los brazos, en la espalda y en el estómago.

Cuando tras un tiempo indefinido deja mi boca, él respira aún más jadeante que antes y yo doy un paso atrás tambaleándome.

Nos miramos sin hablar durante un instante, luego me coge del brazo, me sube a caballito y empieza a correr.

«¿Qué... qué haces?»

«Vuelvo atrás».

«P-puedo caminar sola». Pero no tengo fuerzas para luchar más que así. Su beso, sus manos me han reducido las articulaciones a gelatina.

«Eres lenta». Es su única respuesta antes de encerrarse en un obstinado silencio.

El camino de quince minutos se transforma en uno de ni siquiera cinco gracias a la carrera de Andrea, que no parece ni mínimamente obstaculizado por un peso de exactamente sesenta y seis kilos en su espalda. Vale, es un hombre de hierro, pero por Dios...

Cuando por fin me deja bajar, me suelta en el lado del copiloto de su coche. Me giro a mirarlo interrogativa y él me coge la cara entre las manos y me besa la boca de nuevo. Más que besarla me la come, con los labios, con los dientes, con la lengua. Cuando me suelta estoy casi aturdida y me dejo empujar sin la más mínima queja al asiento del coche, él me pone el cinturón y corre al otro lado. Sube y se pone a conducir como un loco, como-un-loco. Durante el trayecto reina el silencio y yo me agarro con todas mis fuerzas a la manilla de la puerta, con el corazón que me late

como un darbuka marroquí. Cuando me siento vagamente capaz de hablar, le pregunto: «¿Adónde estamos yendo?»

«A mi casa».

Ninguno dice nada más, pero por su forma de conducir creo que se está empezando a calmar.

Aparca delante de su casa, apaga el coche pero no se baja enseguida, ni hace nada, ni siquiera habla. Mira recto ante sí.

Al poco me aclaro la voz y oso preguntarle: «¿Te has calmado ya?».

Parece que mi voz lo devuelve desde algún lugar al que había ido, porque inspira profundamente y se estira en el asiento, apoyándose en el respaldo y deslizándose hacia abajo hasta que su codo izquierdo se apoya en la puerta y con la mano se cubre los ojos. «Perdóname, yo...».

Traga saliva y no me mira, se queda con los ojos cerrados detrás de su mano. «Yo... Es que yo ya no entiendo nada si pienso... cuando pienso...».

«Sí, lo he entendido», le evito la pena de decirlo, porque soy demasiado buena, por eso.

Por fin se quita la mano de la cara y se gira a mirarme. «Hazlo conmigo. Aquí, ahora. No con él».

Aparto la mirada y la dirijo hacia la ventanilla de mi puerta. Hace un día precioso y este barrio residencial está lleno de árboles y vegetación. «Sabes Andrea, esto no es una competición que hay que ganar apretando más, apretando cada vez más...». *Más que nada porque si fuera una competición ya la habrías ganado casi desde el principio. Hace mucho tiempo.* Bueno, igual eso no debería decirlo, visto que acabo de decir lo contrario...

«Lo sé... No es que crea que es una competición, es que...». Hace una breve pausa. «No puedo imaginarte en los brazos de otro, no puedo. Yo... quiero que estés conmigo».

«Andrea», le digo mirándome las manos en el regazo. «Tú tienes tantas ganas sola y exclusivamente porque has sabido que ha habido otro. Si yo estuviera sola, en mi casa, leyéndome un libro, no estarías poseído por esa manía de ponerme las manos encima. Eres un tío deportista... la competición forma parte de ti... lo llevas en la sangre... lo entiendo».

«¡Y es ahí donde te equivocas de lleno!», exclama con un tono tan convencido que instintivamente me giro hacia él. Cuando entrelaza su mirada con la mía, continúa: «Llevo meses poseído con la idea de ponerte

las manos encima... meses».

Suspiro, y vuelvo a mirar fuera de la ventanilla.

«Hazlo conmigo. Ahora», repite simplemente.

Reflexiono un momento, en silencio. Él no está enamorado de mí, eso está claro, si no, no habría esperado todo este tiempo para hacer su jugada, y sobre todo no habría llegado con una chica diferente en cada jodida ocasión en que lo vi antes de que se fuera. ¿Pero y yo? Yo empecé este recorrido porque quería dejar de ver la vida pasar; porque quería empezar a ser la protagonista de mi vida; quería empezar a vivir hasta el fondo, en todos los sentidos; lo quería todo, lo bonito y lo feo, lo bueno y lo malo. Y desde que lo decidí han cambiado muchas cosas. Ahora tengo la oportunidad de hacerlo por primera vez con la persona de la que me he enamorado y, en el fondo, no tiene mucha importancia que él no sienta lo mismo, porque tal vez lo importante es lo que sienta yo. Y sentiré un montón de cosas si lo hago, ya lo sé. Sentiré un caudal de emociones suficiente como para borrar los próximos diez años. Y además me quedará un recuerdo estratosférico de esta experiencia, cuando él me deje tirada como a un calcetín usado.

Lentamente, con la mano temblorosa y sin mirarlo, aprieto el botón del cinturón y lo desabrocho. Lo oigo inspirar fuerte y contener la respiración, pero no lo miro y él no me dice nada. Con gestos lentos me libero del cinturón de seguridad y abro la puerta. Cuando la cierro tras de mí, él ya está a mi lado. Me pasa una mano por el pelo, apoya la otra en mi cadera y susurra:

«Por fin... por fin...», y me besa de nuevo, esta vez con delicadeza, oh, delicadeza como si fuera una flor a la que se le pueden caer los pétalos con una respiración un poco más profunda.

Luego me coge del brazo y se me escapa un quejumbroso: «¿Pero por qué?»

«Sssh...»

«¿Por qué no me haces caminar hoy?», insisto decidida a arruinar la atmósfera romántica. «Habiendo competido en el Iron ya no te importa un pepino la hernia de disco?».

Se ríe y mueve la cabeza, caminando a paso ligero hacia la puerta de un chalet burdeos. Es muy bucólico, lleno de maceteros y flores por toda la entrada, y también el jardín que rodea la casa está lleno de vegetación.

«Déjame caminar... Aún me faltan seis kilos, necesito caminar...»

«No te falta absolutamente nada. Estás perfecta así... Eres muy guapa».

Me va a estallar el corazón y quizá es mejor que no esté caminando: me habría caído al suelo en este momento.

22.

Una vez dentro me deja por fin en el suelo. Miro a mi alrededor y escruto su casa en la penumbra; parece desierta.

«¿No hay nadie?», pregunto mirando hacia la izquierda, donde hay una cocina abierta con isla separada del salón por un pasillo y una escalera. Las dimensiones no son inmensas, pero la disposición y la elección de la decoración dan la impresión de amplitud.

«Mis padres siguen de vacaciones con mi hermana, vuelven la semana que viene». Mientras me contesta me empuja levemente con una mano en la espalda hacia las escaleras. «Mi habitación está en la planta de arriba», susurra mientras avanzamos, y con la sola idea de entrar en su habitación me tiemblan las rodillas.

Es la primera vez que vengo a casa de Andrea, así que miro a mi alrededor, aunque sé que bastará un vistazo para que todo se quede esculpido para siempre en mi memoria, como esta escalera silenciosa recubierta de moqueta color crema, muy a la inglesa, como el pasillo de la planta de arriba, en penumbra por los postigos cerrados de las habitaciones, como esta puerta de madera blanca, la primera a la derecha subiendo las escaleras.

Él abre la puerta y me lleva dentro con delicadeza.

La habitación no es enorme, pero está tan ordenada que parece más amplia de lo que es. «Dios mío...», se me escapa en un susurro.

«¿Qué pasa?», pregunta él desde detrás.

«Tú nunca entrarás en mi habitación...»

«¿Por qué?»

Suspiro mirando a mi alrededor ávidamente. «Porque mi habitación no está tan ordenada ni cuando acabo de terminar de limpiarla...».

Está decorada casi completamente en blanco, y ese color tan limpio es muy de Andrea. La ventana, enfrente de la puerta, es grande y tiene unas cortinas blancas ligeramente corridas, dejando entrar el sol, que ilumina todo. La cama blanca (¡hecha! Y lo digo porque sus padres están de vacaciones, por Dios...), la alfombra blanca, peladísima, a los pies de la cama, este último colocado justo al entrar a la izquierda, y el armario blanco, enfrente de la cama. Solo las paredes tienen un tenue color azul.

Bajo la ventana hay unos cajones con un montón de libros, y también sobre la mesita de noche, donde hay una lamparita muy sencilla, hay apilados un par de libros. Voy a verlos enseguida, sin pedir permiso, lo que lee Andrea antes de dormir. Lo oigo reír detrás de mí.

Me giro con el libro en la mano. «¿El Alquimista?».

Sonríe. «Ya me lo he leído, pero de vez en cuando repaso los conceptos fundamentales...».

Me giro sin decir nada y cojo el segundo libro: “Elige lo que comes”.

«Qué connubio tan interesante...». Dejo los dos libros sobre la mesita y voy hacia los cajones, con el fin de espulgar su librería. *Dime qué lees y te diré quién eres...*

Pero él, probablemente intuyendo mis intenciones, me detiene cogiéndome del brazo. «¡No, no, no! Tal vez luego te deje curiosear. Basta de perder el tiempo».

Me gira y, mientras lo hace, se quita las zapatillas sin agacharse, sacudiendo el talón con la punta del otro pie.

Mirar los libros era también una forma de acabar con la tensión, que ahora inexorable lo domina todo.

«Relájate...», susurra él empezando a besarme el cuello, como si me hubiera leído la mente. Respiro hondo y lo intento.

No me parece posible que yo esté aquí, no me parece posible que él me esté tocando y besando, y cuando lo hace de nuevo, en la boca, vuelven todos los escalofríos que se habían alejado temporalmente.

«Estás temblando...», bisbisea en mi oído.

«No de frío».

Él se ríe. «Lo sé, ¡hará treinta grados!».

Le doy una ligera palmada en el hombro. «Y no me tomes el pelo... ¡No admito que me tome el pelo alguien que no tiene ningún sentido del humor!».

Él se echa atrás, deteniendo todas sus maniobras y mirándome a la cara, serio. «¡Yo tengo un montón de sentido del humor!».

Yo me río. «¡Yo no diría eso! Quizá un poquito, no estás a cero del todo, pero casi...».

Él abre la boca pasmado. «Ah, ¿es así?»

Yo asiento sonriendo. «¡Sí, es exactamente así!»

«Pues mira ahora qué sentido del humor tengo...», dice quitándose la camiseta rápidamente y tirándola al suelo, cogiéndome y tirándome a la

cama de manera poco elegante, haciéndome rebotar en el colchón.

Yo vuelvo a reírme. «¿Qué tiene que ver?».

Él se quita la camiseta y se me quitan las ganas de reír, luego se tumba sobre mí y murmura: «¿Ves como te he hecho reír?».

No consigo responder y, durante un rato, el único sonido que rompe el silencio absoluto es el de nuestros cuerpos que se tocan y el de nuestra respiración jadeante.

Cuando me quita los pantalones y las zapatillas, se detiene un momento, de rodillas en la cama, mirándome desde arriba. «Eres preciosa», murmura despacio, y a mí se me va a salir el corazón. Alargo los brazos en una muda petición de que vuelva conmigo, porque ya echo de menos su piel, ya tengo frío sin su calor.

«Andrea...», suspiro un poco después. Él no me responde, perdido entre los besos y las caricias que seguimos dándonos no sé desde hace cuánto rato, he perdido la cognición del tiempo, podrían ser dos minutos o dos horas, no lo sé: ahí donde estoy ahora, el tiempo no existe.

Cuando me quita el sujetador y me acaricia la piel desnuda, veo su mano que tiembla y casi no puedo creer lo que ven mis ojos...

Me besa el pecho; noto su lengua cálida y sus labios que se cierran y se abren en mi pezón. Todo lo que veo es el color dorado de su pelo, y cuando cierro los ojos, su luminosidad y la de la habitación, en este momento, se me queda impresa en la retina.

Por fin lo acaricio. Por fin puedo tocarlo todo el tiempo que quiera, donde yo quiera. Satisfago todos mis deseos, reprimidos durante meses, hundiendo mis dedos en su pelo, acariciándole la espalda con todo mi amor, el rostro, los brazos. Mis manos recorren su amplia espalda, saboreando la sensación que me deja su piel.

Él me besa por todos sitios, lentamente, sin prisas; me toca por todos sitios, sube y baja como una ola cálida por mi cuerpo. Me encuentro completamente desnuda y no sabría decir con exactitud en qué momento me ha quitado las braguitas.

No tiene importancia, delante de él no me da vergüenza, ya no, no en este momento; me siento tan bien como si estuviera en mi casa, como si no fuera la primera vez que lo hacemos sino la centésima, y es una sensación absurda, porque también siento toda la excitación de la primera vez. Tenía razón: lo que estoy sintiendo ahora lo recordaré toda la vida.

Cuando su rostro vuelve a mi visual, está todo rojo y sus ojos casi

brillantes. «Olly», dice en un susurro. «Ya no puedo más».

Aunque nunca lo he hecho antes, entiendo enseguida lo que quiere decir y asiento, tragando saliva. Está a punto de pasar, y aunque sé perfectamente lo que está a punto de pasar, entre el dicho y el hecho siempre hay un trecho, como se suele decir.

«No te preocupes, iré despacio».

Vuelvo a asentir, mientras que un escalofrío de excitación me invade.

En cambio cuando Andrea se lo quita todo, porque se ha dejado los pantalones hasta ahora, creo que no lo conseguiremos, es imposible.

«No te preocupes», repite como leyéndome la mente por enésima vez. Tal vez no sea él que me lee la mente, sino yo que no sé disimular bien mis emociones y mis pensamientos.

Asiento, incapaz de emitir ni un pequeño sonido de mi garganta.

Se echa sobre mí, su rostro está exactamente sobre el mío, tan cerca... Lo acaricio, estirando el cuello para besarlo despacio, solo una vez. Él me mira, mientras se sostiene apoyando con los codos en la cama, me acaricia una mejilla con el pulgar. «Olly...». Luego deja de hablar, demasiado concentrado en entrar lentamente dentro de mí, entrar físicamente, porque por lo demás ya lleva dentro de mí mucho tiempo.

Me observa así de cerca todo el rato; observa cada una de mis expresiones, cada uno de mis suspiros, y me da un beso cada vez que un gemido de dolor se me escapa involuntario.

Cuando está dentro de mí, ambos respiramos mal; él está temblando visiblemente. «Es solo... la primera vez así...», intenta tranquilizarme. «Solo la primera... Dios mío...».

Se queda inmóvil durante un instante, respirando despacio, intentando relajar los músculos y habituarme a su grandeza. De repente me besa con un ímpetu de pasión, temblando más y más; inspirando fuerte. «Tengo que... ¿Puedo moverme ahora?», me pregunta hablando en voz baja, como si alguien fuera a oírnos.

Solo asiento, porque creo que he perdido la capacidad del habla.

Él se mueve despacio primero, y luego, lentamente y de forma gradual, aumenta el ritmo, hasta que se deja llevar por completo ya sin mirarme, con la cabeza hacia abajo y la respiración entrecortada, concentrado en el movimiento y el placer y con los brazos en tensión que lo sostienen... Y después, con un último y fortísimo impulso y un sonoro suspiro, se desploma sobre mí. Se me desploma con todo su peso, por

completo. Si no escuchara la respiración acelerada y no viera su espalda subir y bajar, dudaría de que sigue vivo de tan inmóvil que está.

Quizá esa sea mi parte preferida: sentir su peso, su relajación, su cercanía; su cabeza abandonada en mi pecho, a la altura del corazón; estar pegados, en silencio, después del acto de amor más íntimo que puede haber entre dos personas. En realidad no sé elegir mi parte preferida de todo. En cada momento he pensado “es este, este es mi momento preferido”.

Suspiro, feliz.

«Olly», oigo su voz, ligeramente pastosa de sueño, mientras su respiración se regulariza rápidamente. «Lo siento».

Me río despacio. «¿Por qué? ¿Por haberme hecho feliz?».

Lo oigo suspirar. «Por haberte hecho daño, mientras que para mí ha sido uno de los momentos más bonitos de mi vida».

Me quedo un momento sin aliento. «No ha sido tan trágico», minimizo cuando creo poder hablar con normalidad.

Lo oigo suspirar otra vez, mientras alarga un brazo sin mirar y mueve los dedos despacio para jugar con mi pelo. «La próxima vez iré mejor, y luego mejor, cada vez más, hasta que sentirás un placer inmenso tú también».

No digo nada porque, aunque me haya hecho daño, ya he sentido un placer inmenso.

Nos quedamos así, en silencio, hasta que oigo su respiración lenta y profunda. Entonces lo abrazo todo lo fuerte que puedo desde esta posición, muy fuerte, y cierro los ojos yo también con una sonrisa en la cara.

Nos despertamos poco después. No sé ni qué hora es, el sol sigue alto y luminoso, y yo personalmente sigo en esa dimensión sin tiempo. Es una dimensión fantástica.

Andrea se quita de encima y de echa a mi lado con una mueca, estirándose, la cama debe de ser de plaza y media porque es lo suficientemente grande para estar cómodos los dos. No me da tiempo ni a

sentirme vagamente incómoda cuando me tira del brazo hacia sí, invirtiendo nuestra posición, apoyándose mi cabeza en el corazón y acariciándome perezosamente el pelo.

Durante un rato ninguno habla, hasta que él rompe el silencio. «No me puedo creer que estés aquí...».

Esa frase dicha por él me hace gracia.

«¿Por qué te ríes?»

«Porque pienso lo mismo, solo que no creía que tú pensaras lo mismo...».

No contesta enseguida, me acaricia perezosamente el brazo apoyado en su pecho. «¿No te habías dado cuenta de que me gustabas?»

«¿Cómo? ¿Cuándo?», contesto riéndome. «¿Cuándo aparecías con una chica diferente cada vez que te veía en algún sitio?»

«Salir con chicas no significa nada...».

No opino igual y me gustaría preguntarle más cosas, pedirle todos los detalles, pero no sé si soportaría las respuestas.

«Y además creía que tú me odiabas...»

«¿Quién? ¿Yo?», pregunto apoyándome en un codo para mirarlo a la cara, demasiado sorprendida.

Él se ríe, apartándome un mechón de pelo detrás de la oreja. «Sí, tú».

«Pero si te he dicho no sé cuántas veces que eres guapísimo... Bueno quizá no con esas palabras, pero te he dicho cosas que lo dejaban entrever... No, te lo he dicho claramente en una ocasión o dos».

Él sonrío sin decir nada durante un rato, luego se ríe despacio moviendo la cabeza. «La noche de la poesía hermética pensé de verdad que me odiabas...».

Recordándolo bajo rápidamente la cabeza sobre su pecho, escondiéndome entre mi pelo que se desliza hacia delante como una cortina. «Era solo una broma...»

«Y además», sigue con el mismo tono. «Ninguna chica a la que le gusta un chico organiza una cosa para que a ese chico lo bese un montón de gente, hombres y mujeres, porque te recuerdo que ese día me besaron incluso dos chicos».

«Una chica muy idiota y muy masoquista sí que lo haría...».

Nos quedamos en silencio, luego yo me estiro pegando mi cara a su cuello, respirando su perfume de menta, y acariciándole el pecho con la mano izquierda. «Andrea», susurro. «La noche del cumpleaños de los

gemelos... no estabas... no era verdad que no querías que desperdiciara mi primer beso, ¿solo estabas... celoso?»

«Sí, estaba celoso».

«¿Por qué...?», sigo sin mirarlo, porque he descubierto que si no lo miro soy más valiente. «¿Por qué no te quedaste conmigo, por qué no volviste?».

Él suspira. «Porque no me parecía correcto. Había ido a la fiesta con ella y... me pilló casi besando a otra. Me sentí muy culpable, y quería dejar las cosas claras antes de volver contigo».

«Pero cuando volví arriba ya no estabas».

Vuelve a suspirar. «Sí, ella quiso que la llevara a casa enseguida, y aclarar las cosas supuso bastante más tiempo de lo que tenía previsto; mi avión salía temprano aquella mañana».

No hablo enseguida, necesito sacar valor de dentro para preguntarle lo que quiero preguntarlo. «¿Pero... con ella...?». Me callo, suspirando de frustración por mi incapacidad de seguir hasta el final.

«No Olly, no hice nada, si es lo que quieres saber».

Sí, era precisamente lo que quería saber...

«Al contrario que tú, que te faltó tiempo». Noto una pizca de acidez.

«Andrea». sigo ignorándolo. «Antes de aquella noche... con Tiziana... ¿alguna vez...?»

«No, nunca. Ni antes ni después de aquella noche», responde enseguida.

Suspiro, esta vez de alivio, antes de preguntarle: «¿Y por qué ella puso esa cara cuando la presentaste como a una amiga? Parecía como si estuvierais saliendo juntos y le estuvieras haciendo un feo por no reconocer su estatus de novia».

«Porque... no sé. Ella me había pedido bastantes veces que saliéramos juntos antes de aquella noche, así que quizá cuando por fin la contenté automáticamente pensó que era una señal de apertura por mi parte a una relación más que amigable».

No vuelvo a hablar, aunque me encantaría preguntarle: “¿Por qué tuviste que llevarla? ¿Por qué tenías que salir con ella a la fuerza? ¿No eres capaz de ir solo a una fiesta?”

Poco después él rompe el silencio. «Pregúntamelo Olly, pregúntame lo que quieres saber».

«¿En primer lugar por qué fuiste con ella?».

Él no responde enseguida, noto su mano en mi pelo, en un masaje lento y dulce. «Tal vez... tal vez solo la quería como una especie de escudo... aunque ya sé que eso no me honra».

«¿Escudo?»

«Sí, por lo que habría podido encontrarme en la fiesta, si... si te hubiera encontrado con alguien... para... no dar a entender...». Deja la frase suspendida, concluyendo con un “ah” que no significa nada.

Visto que responde diligente a todas mis preguntas, me gustaría preguntarle por todas las chicas con las que lo he visto: la modelo-farmacéutica, la tipa con la que se reía cuando yo estaba mal; y también por las que no he visto, pero no creo que sea el momento de dejarme ver tan obsesionada por todas las chicas con las que ha salido... Además, mientras reflexiono sobre si “preguntar o no preguntar”, él rompe el silencio de repente. «Cuando llegué aquella noche y te vi...». Se mueve lentamente, hacia arriba, empujándome con la espalda a la cama. «Con ese vestido...». Se mueve despacio, cauto, hasta ponerse de nuevo sobre mí, hasta tomar mi rostro entre sus manos. «Ese vestido...», murmura besándome dulcemente en los labios, acariciándomelos con el pulgar, apretando su parte más dura contra la mía más blanda. «Tienes que ponértelo otra vez», pasa la lengua por mis labios. «Solo para mí». Y luego se calla, y durante un tiempo indefinido la habitación se llena únicamente del sonido de nuestros gemidos.

Después de hacerlo por segunda vez, hemos comido desnudos en la cama, porque nos ha entrado hambre; Andrea ha bajado a la cocina a coger algo, diciendo que no quería que se me ocurriese salir de su habitación ni vestirme hasta que no lo dijera él.

Por fin he podido curiosear en sus cajones; nos hemos duchado juntos en el baño de la planta de arriba y hemos hablado de muchas cosas, interrumpiéndonos a menudo para besarnos y tocarnos. Hemos bromeado y reído, y jugado, y luego hemos vuelto a hacerlo otra vez. Si existe el paraíso creo que deber ser así, exactamente así. Nunca he sido tan feliz, nunca he tenido el corazón tan lleno y ligero al mismo tiempo.

Estoy tumbada de través sobre él, con la cabeza apoyada en su barriga mientras hojeo su copia de “Orgullo y prejuicio” por encima; voy leyendo por aquí y por allá solo los fragmentos que más me gustan cuando me doy cuenta de que la luz de la habitación ha disminuido notablemente. Me levanto de golpe, dejando el libro en la cama; voy a la ventana y corro un poco la cortina, el cielo se ha oscurecido y quizá ha llegado el momento de mirar el reloj...

Cuando me giro me encuentro los ojos de Andrea bien abiertos sobre mí, y yo creía que estaba durmiendo. «¡Estás despierto!».

«Y tú estás guapa», dice todo serio.

Sonrío, por millonésima vez y, como si fuera la cosa más natural del mundo, vuelvo con él y lo beso con ternura, por millonésima vez hoy. «Tú también».

Luego me levanto y empiezo a vestirme de prisa; él se endereza inmediatamente y se sienta en la cama. «¿Qué haces?»

«Me estoy vistiendo».

«Ya lo veo, ¿pero por qué?». Tiene la mirada confusa y ceñuda, completamente adorable.

«Porque es tarde, tengo que irme».

«No». Se levanta e intenta quitarme la camiseta otra vez.

Le quito las manos riéndome. «¡Para ya!»

«¿Por qué? No es necesario... Te he dicho que mis padres están de vacaciones hasta la semana que viene, ¡quédate a dormir!».

Lo abrazo por instinto, luego lo miro a los ojos y le digo razonando: «Sabes que no puedo hacerlo... Vivo con otra persona – por desgracia – pero vivo con otra persona, no puedo desaparecer sin avisar... Además mi teléfono está en el coche. Cerca del lago». Miro a mi alrededor para ver si hay un reloj por la habitación. «Necesito saber qué hora es, necesito mi teléfono e ir a casa».

Resoplando va hacia una bolsa negra apoyada junto al armario y rebusca algo dentro, luego dice, poniéndose de pie: «Son las nueve y media».

«¿Ves? es tarde. Mi madre habrá vuelto del trabajo y se estará preguntando dónde estoy, porque además cuando salgo antes de que ella vuelva normalmente le dejo una nota en la cocina».

Él se pone en jarras, mirándome ceñudo y en absoluto consciente de su desnudez. «Vamos a hacer una cosa: te llevo a por tu coche, pasas por

casa a avisar a tu madre y luego vuelves aquí. De prisa».

Le sonrío, con el corazón que me va a estallar de felicidad. «Pues claro que sí. Si eso es lo que quieres».

«Eso es lo que quiero», dice empezando a ablandarse y vistiéndose a la velocidad de la luz. «Date prisa».

23.

Cuando llego a casa me encuentro a mi madre sentada en el sofá. El sofá está de espaldas a la puerta de entrada, así que gracias a Dios no me ve, porque no se gira para mirarme cuando me pregunta: «¿Cómo llegas tan tarde? ¿Dónde has estado?»

«Por ahí», respondo vaga, y luego subo corriendo por las escaleras antes de que se le pase por la cabeza echarme un vistazo profundo. Arriba, en mi cuarto, decido de repente darme otra ducha y lavarme también el pelo, y ponerme una crema perfumada por todo el cuerpo. Con una toalla en la cabeza y otra alrededor del cuerpo, me quedo delante del armario, indecisa sobre qué ponerme. Por un momento he pensado optar por el vestido negro, pero al final decido dejarlo para otra ocasión sorpresa y elijo un par de leggings negros y un top. Algo fácil de quitar.

Me masajeo el pelo, canturreando para mis adentros en voz baja mientras reflexiono intensamente sobre un dilema existencial: ¿me maquillo o no?

Al final decido que no. En realidad es prácticamente de noche, nos quedaremos encerrados durante horas en esa espléndida habitación blanca y temo parecer demasiado ansiosa por gustarle si me maquillo para estar en el dormitorio...

Me dejo el pelo mojado, cojo el bolso y meto dentro el cepillo de dientes. Cuando bajo las escaleras otra vez corriendo, no sé cuánto tiempo ha pasado, mi madre sigue en el sofá.

«¿Olivia?». Se gira y me ve con el bolso en el brazo. Levanta las cejas. «¿Te vas otra vez?»

«Sí».

Ella mira instintivamente el reloj que lleva en la muñeca. «Son las once y media...».

Creo que, a pesar de todos mis esfuerzos, un tono sonrosado está coloreando mis mejillas. «Mamá...». Ella no hace ni el ademán de hablar, así que me obligo a terminar la frase. «Esta noche duermo fuera».

Se pone de pie, sorprendida. «¿En casa de Linda?», pregunta sabiendo ya la respuesta, a sabiendas de que la idea de dormir en casa de Linda no basta para sonrojarme.

«No», respondo en voz baja, porque me parece inútil decirle una mentira a estas alturas.

Se queda en silencio un instante, tal vez demasiado sorprendida. «¿Y dónde, si puede saberse?»

«En casa de Andrea».

No habla, luego suelta un suspiro que no me había dado cuenta de que estaba reteniendo y se echa una mano a los ojos, sentándose de nuevo en el sofá y dejándose caer ligeramente. «Olly...», susurra; parece casi disgustada.

Yo no digo nada. Ya sé que no me gustará, sea lo que sea lo que está pensando, sea lo que sea lo que está a punto de decirme... no me gustará.

Cuando se da cuenta de que no pretendo pedirle nada, levanta la mirada, una mirada triste, casi de compasión. «Olly, los chicos como Andrea...». Mueve la cabeza, respirando hondo mientras hace una pausa, como si lo que quiere decir fuera demasiado duro.

Me enderezo, quizá de forma involuntaria. Me pongo rígida. «No te cortes, mamá. No lo dejes en la mejor parte».

Ella me mira con la misma mirada triste, la misma mirada llena de compasión. «Haz lo que quieras, pero... no te hagas ilusiones».

«Oh».

«Siéntate un momento», dice acariciando el sofá junto a ella.

«No gracias, estoy bien de pie».

Suspira. «No me mires como si fuera una bruja malvada... Te lo digo solo por tu bien, para que estés preparada... Solo tengo miedo de que te haga daño. Ninguna madre quiere ver sufrir a su hija».

«¿De verdad?», pregunto sarcástica. «Es realmente interesante que digas eso, porque Andrea, desde que lo conozco, no me ha hecho más que bien. En todos los sentidos. En cambio la que me ha hecho más daño que nadie, la que me ha hecho sufrir innumerables veces, has sido precisamente tú».

Me mira como si la hubiera abofeteado. «¿Pero qué dices?», pregunta con la voz pequeña pequeña.

Algo en mí se desata definitivamente. Doy un paso hacia ella sin dejar mi bolso, que agarro con fuerza como si fuera un salvavidas en mitad de una tormenta marina. «¿Crees que todas las cosas que me has dicho, todo tu desprecio durante estos años, no me han hecho nada? ¿Que no me ¿han herido? ¿Todas las veces que me denigrabas solo porque físicamente no

era como tú querías? ¿Y ahora que he perdido unos kilos? ¿Unos kilos de mierda? ¿Ahora eres toda amable y haces de madre que se preocupa por mi bien? ¿Que se preocupa porque alguien pueda hacerme daño? ¡Piensa en todo el daño que me has hecho tú, con las palabras, con las miradas, durante años, antes de acusar a nadie!»

«Pero Olivia...», responde devastada. «Lo hacía solo por tu bien, para estimularte...»

«¿Para estimularme?», pregunto incrédula. «¿Estimularme? ¿Así? ¿Ese era tu estímulo?». Me río con amargura.

«Claro». Tiene un tono calmado, razonable. «Este es un mundo superficial, basado en la imagen, en el aspecto... Y te puedo asegurar que nadie lo sabe mejor que yo. La gente te juzga por tu apariencia, y es cruel, y le importa un bledo cuántas cualidades tengas dentro. Le importa un bledo...», repite moviendo desconsoladamente la cabeza.

Tiene una voz y una mirada que me dejan sin palabras.

«Cariño mío...», susurra, y yo tengo que girarme de golpe para que no vea las lágrimas que repentinamente se me han saltado.

Noto un movimiento a mi espalda y después una mano que me toca. «Olly... ¿qué creías? ¿Que no te quería? ¿Que no veía lo maravillosa que eres?».

Se me escapa un sollozo y suelto el bolso para taparme la boca antes de que se me escape otro.

«Cariño, solo quería protegerte».

«Lo has hecho fatal...», le digo entre los sollozos que ya no consigo frenar. «Lo has hecho fatal...».

Ella me da la vuelta despacio y me abraza. «Perdóname».

Nos quedamos así hasta que me calmo y me suelto, dándome cuenta de que ella también está llorando. «Creía que... no me querías por culpa... de mi aspecto».

Ella mueve la cabeza y vuelve a abrazarme. «Imposible. Solo quería que perdieras peso por tu bien, por una cuestión de salud y... social». Suspira. «No sabía cómo hacerlo, y me parecía... a veces pensaba que era imposible hacerte reaccionar. No importaba lo que te dijera, permanecías impasible y no cambiaba nada. No sabía cómo llegar a ti y quizá, con el tiempo, empecé a exagerar sin darme cuenta».

Reflexiono un instante, pensando en todos estos años antes de la noche de la iluminación. «No, me hacías reaccionar, solo... no llegabas a

mí. Porque quizá yo no quería que lo hicieras», concluyo ceñuda.

Ella me acaricia el pelo, las mejillas, secándose los últimos restos de lágrimas. «No importa. Eso es pasado. Ahora estás espléndida, y yo no puedo esconder mi felicidad, pero no por...».

Me río despacio, en voz baja. «Sí, lo he entendido mamá».

Se sienta de repente. «Siéntate un momento».

Titubeo, porque Andrea me está esperando.

«Solo cinco minutos...». Parece casi una súplica.

Me siento y ella me coge y me abraza a sí, con mi cara sobre su hombro. Cinco minutos no cambiarán nada...

Durante un rato ninguna habla, nos quedamos así, en el sofá, mirando hacia el frente. Tras unos minutos, mientras me acaricia el pelo, mi madre dice en voz baja. «Tu padre fue un trauma para mí, sé que dicho así parece una exageración, pero lo fue».

Contengo la respiración porque nunca ha hablado espontáneamente de él, incluso cuando he intentado que diga algo, nunca me ha contado nada.

«Oh», suspira despacio antes de continuar, «tú no sabes las promesas que nos hicimos, que me había hecho... Yo le creí», concluye con un tono triste sin alzar mínimamente la voz.

Me gustaría que siguiera hablando, pero no quiero presionarla... Por suerte retoma el tema ella sola después de un rato. «Me decía que no había ninguna como yo, que era su gran amor, que íbamos a estar siempre juntos. A veces me imaginaba nuestra vida de ancianos, cuando nos hubiéramos jubilado, rodeados de nietecitos tenidos de ti y de tus hermanos».

«¿Hermanos?», murmuro.

«Sí, ese era el plan inicial... Cuando tú tenías cinco años y yo empecé a pedirle que te diéramos un hermanito o una hermanita, él soltaba una excusa tras otra: “el año que viene”, “no es el momento”, “demasiados gastos”... Entonces yo aún no sabía que ya había empezado su historia con Lea».

Me levanto de golpe para mirarla a la cara. «¿Cómo?»

Ella asiente desconsolada. «Sí, tesoro, nunca he querido decírtelo...». Su mirada es tan triste... pero una parte de mí intuye que en este momento está más triste por mí, que estoy descubriendo la verdad ahora, que por lo sucedido.

«¿Cómo es posible?», pregunto con un hilo de voz.

Ella se encoge de hombros, aún con esa mirada de resignación. «Lo tuyo no era una aventura, tesoro. No te casas con una aventura...». Mueve la cabeza, perdida entre recuerdo y pensamientos. «Él era muy romántico conmigo, había conseguido hacerme creer de verdad que era especial, que me amaba por cómo era yo. Yo. ¿Entiendes?». Cuando me pregunta si la entiendo, levanta la mirada hacia la mía y yo asiento enseguida, porque es como me ha hecho sentir Andrea esta tarde. Exactamente.

«Y luego cuando vi a Lea», sigue con una pizca de amargura en la voz, apartando la mirada. «Oh Olly, cuando la vi...», suspira moviendo la cabeza, con la mirada baja hacia sus piernas plegadas en el sofá. «Joven, guapa, delgada... Cuando vi a Lea algo se desató en mi cerebro, algo irrevocable. Me di cuenta de que todo lo que había escuchado de su boca, todo en lo que creía ciegamente desde hacía años, era una montaña de gilipolleces, perdona por la franqueza». Sus ojos vuelven a buscar los míos, y yo solo asiento, con un nudo en la garganta. Nunca había sabido estas cosas, nunca.

«Hace un tiempo me preguntaste por qué era tan cínica. He reflexionado mucho sobre ello desde que me lo preguntaste, ¿sabes? Y yo creo que lo soy a causa de esa experiencia. Sí, no quiero decir que la culpa sea solo de tu padre, yo también tengo mi parte de responsabilidad, pero mi vida cambió aquel día. Me convencí de que lo único que cuenta hoy, para los hombres pero también en general, es el aspecto. Y yo... como consecuencia... yo no quería que tú estuvieras fuera de los cánones de la sociedad porque... porque no quería que sufrieras».

«Oh, mamá...», susurro sin conseguir decir nada más.

«Solo quería evitar que sufrieras como... como he sufrido yo...». Se echa a llorar de nuevo y yo me acerco para abrazarla, tragando saliva varias veces. «Si tú eras perfecta, delgada y guapa, nadie... nadie podría hacerte daño... ¡qué idiota! ¡No se puede huir del sufrimiento!», concluye con un sollozo más fuerte que los demás y luego empieza a llorar en serio. Yo la abrazo, murmurando de vez en cuando “Sshh”, como si fuera una niña pequeña. La verdad es que estoy desolada. Totalmente. Y me da pena y ternura. Sí, mi madre me da ternura. Este día hay que marcarlo en el calendario.

Nos quedamos así, meciéndonos abrazadas, hasta que ella se calma. «Y entonces este Andrea...», suspira. No consigo verle la cara, porque

tiene la cabeza entre el mentón y el hombro, pero el tono es casi atormentado. «¿Qué quiere de mi niña? Como te trate mal, como te haga sufrir...»

«Mamá», la interrumpo. «Yo también tengo miedo, créeme, pero es un riesgo que quiero correr». Trago saliva.

La noto asentir despacio en mi cuello y sorber con la nariz, y yo sonrío.

«¿Qué hora es?», pregunto poco después, soltándola.

Echa un vistazo rápido a su reloj de muñeca. «Es más de medianoche...».

Dios... ¿solo una hora? ¡Ha sido con diferencia la más intensa de mi vida!

Nos miramos unos instantes, al final sonrío. «Será mejor que me vaya; se estará preguntando qué ha sido de mí».

Ella también sonrío, asintiendo, y yo la abrazo en un impulso, otra vez. «Teníamos que haber hablado hace mucho tiempo».

«Sí», responde acariciándome la espalda.

Cuando salgo de casa me siento veinte kilos más ligera. Mientras subo al coche miro mi teléfono, esperando encontrar un mensaje o una llamada de Andrea, pero en la pantalla no hay nada.

Cuando llego a casa de Andrea me detengo detrás de un coche aparcado delante de su casa. Apago el coche y observo el que tengo delante: antes no estaba y no es el de Andrea. Una sensación de malestar me invade el estómago y el corazón me late más rápido, de repente.

La puerta de entrada está entreabierta, oigo unas voces confusas que discuten y entro silenciosamente.

La escena que me encuentro me deja pasmada, cuando solo he dado un paso dentro de la casa. Andrea está de pie con el torso desnudo, en la cocina, con el pelo mojado, mientras que Tiziana está al otro lado de la isla, con un ajustado vestidito rojo, unos tacones exagerados y el pelo suelto, liso y largo, que le acaricia la espalda de manera invitante.

Aunque he sido muy silenciosa, ambos se giran hacia mí de

inmediato.

«¡No me lo puedo creer!», exclama Tiziana con la boca roja, a juego con el vestido, abierta en una expresión de sorpresa. Se gira hacia Andrea. «¿Me has estado dando largas por esta?». Se ríe, pero no es una risa de diversión. «Esta sí que es buena...».

Andrea se cruza de brazos sin decir nada.

Tiziana vuelve a reírse con esa risa vacía, que da escalofríos. «¿Tu obra de caridad? ¿Pero en serio Andrea?». Se gira hacia mí, que sigo inmóvil en el umbral, y me mira de arriba abajo con dos ojos malignos. «¿Incluirás también esta noche en tu tesis?», le pregunta a él, pero mirándome a mí con una sonrisa malvada en la cara.

No puedo evitar levantar las cejas y mirar a Andrea sorprendida.

Tiziana se ríe. «¿No se lo has dicho?». Oigo su voz, pero no la estoy mirando, lo miro a él que evita mis ojos.

«Si has terminado, Tiziana», dice Andrea sereno, con el ceño fruncido, «ya sabes dónde está la puerta. Como te he dicho, esta noche estoy ocupado».

Tiziana se ríe. «Sí, ya lo veo. Bueno, que te lo pases bien con tu experimento, entonces. Cuando te canses de estudiar, Andrea, ya sabes dónde encontrarme».

Yo me aparto sin mirarla cuando ella viene hacia mí; espero a que salga del todo antes de hablar. Avanzo hacia él solo cuando oigo el clic de la puerta de entrada. «¿Qué... quería decir?».

Él sigue sin mirarme, con la cabeza inclinada hacia abajo y con los brazos en tensión, apoyados en la encimera de la isla.

Me quedo quieta al otro lado, esperando una respuesta que no llegará. «¿Andrea?». Alzo la voz. «¿A qué se refería? ¿Qué tesis?».

Él se rasca la cabeza; veo cómo su pecho sube y baja cada vez más rápido.

«¿Qué tengo yo que ver con tu tesis?», pregunto exasperada, y mi tono debe haberle afectado porque por fin levanta la mirada. Lo que leo en sus ojos de hielo no me gusta, no me gusta nada.

Él se encoge de hombros. «Nada, yo... solo he recogido algunos datos...».

Me cruzo de brazos. «Enseñamela».

Él respira hondo. «Olly... No es nada, solo he...»

«Si no es nada no será un problema que me la enseñes».

Resopla. «¡No hablemos de mi tesis ahora! Has llegado tardísimo, quiero estar contigo esta noche... como antes... ya hablaremos mañana de mi tesis».

Lo intenta.

«Pues no, lo hablamos ahora. Enséñamela o me voy directamente».

Resopla de nuevo, se pasa una mano por el pelo y va a cogerla. Sube las escaleras de dos en dos, creo que va a su habitación, pero no le sigo. Me siento en una de las banquetas junto a la isla y lo espero.

Me la apoya delante sin decir nada, y se queda a mi lado, de pie.

Empiezo a leerla y casi enseguida me tapo la boca. Andrea ha construido su tesis sobre nuestro trabajo. Están todos mis pesos hasta el final de julio, están todos mis datos físicos, y una tabla de mis entrenamientos, desde el principio hasta final de julio. Poco a poco voy pasando las páginas cada vez más rápido, presa de un sentimiento que no reconozco enseguida. Leo pequeños fragmentos, saltando de aquí a allá. «¿Por qué no me lo has dicho?»

«En ningún sitio está escrito que eres tú».

«¿Por qué no me lo has dicho?»

«No hay nada de malo».

«Si no hay nada de malo, ¿por qué no me lo has dicho?».

No responde. Yo trago saliva mientras la hojeo porque, me doy cuenta con efecto retardado, de que ya está encuadernada... «¡Me has estado estudiando como... a un insecto... de laboratorio!»

«¡No!», responde intentando quitármela de las manos. «¡No es así en absoluto! Es solo mi trabajo, y pensé... que era interesante...».

La retengo por la fuerza, mirándolo con desprecio. «¡Aún-no-he-terminado!».

Él cede y me la deja, porque si hubiera querido arrancármela lo habría conseguido, obviamente.

Se hace el silencio mientras yo leo y hojeo, adelante y atrás, al azar, presa del ansia y de un sentimiento de traición y de desilusión. Y de desprecio hacia mí, porque yo le había creído. Durante unas horas le había creído.

«Has puesto...», murmuro sin aliento cuando llego a un punto especialmente doloroso. «Has puesto la noche del lago... entre líneas, pero... ¡la has puesto!». Y en ese momento la cierro y la apoyo en la encimera. Creo que no quiero seguir con esto.

Me bajo de la banqueta sin mirarlo. Me dirijo lentamente hacia la puerta.

«¿Dónde vas?»

«Te dejo», le respondo sin darme la vuelta. «Así tendrás tiempo de escribir algo también sobre esta noche».

Me detiene agarrándome la muñeca izquierda antes de que yo llegue al pomo de la puerta. «No seas boba, sabes perfectamente que esta noche no tiene nada que ver-».

No termina la frase porque yo, por primera vez en absoluto soy más rápida que él, y lo callo con un bofetón en la cara. Un bofetón que le gira la cara y le deja la mejilla roja. Me mira sin decir nada, sin reaccionar. Cuando me suelto de su mano de un tirón y me voy, él me deja ir.

24.

Cuando salgo de casa de Andrea me doy cuenta por el reloj del coche que leer esa tesis estupenda me ha llevado un montón de tiempo. Son casi las dos.

Conduzco con normalidad, sin correr ni frenar bruscamente ni saltarme ningún semáforo. Exteriormente estoy muy serena.

Voy de camino a la autovía. Estoy a punto de hacer algo que solo he hecho una vez desde que me saqué el carnet con dieciocho años, pero este muro energético es demasiado grueso, demasiado... Se parece a la desesperación.

Cuando llego a Autogrill, el único sitio que vende comida a estas horas, miro a mi alrededor, esperando no encontrarme por casualidad a alguien que conozca. Cuando entro veo que por suerte no hay nadie, solo dos chicas detrás de la barra: una pequeña y delgada, con el maquillaje corrido alrededor de los ojos que debe haber perdido su frescura inicial después de horas de trabajo, y otra alta y gorda, que va de aquí para allá, limpiando la máquina del café. Espero que sea ella la que esté en la caja cuando tenga que pagar.

Doy una vuelta fría, externamente, intentando parecer indiferente, como una autómatas, y sé que soy capaz porque ya lo he hecho muchísimas veces, aunque en realidad por dentro soy presa de una serie de sentimientos y pensamientos tumultuosos, que por desgracia conozco bien. Sé lo que estoy a punto de hacer, lo sé todo: consecuencias y motivaciones, y sin embargo quiero hacerlo igualmente; nada me lo impedirá, y si no pudiera hacerlo aquí y ahora, encontraría la manera de conseguirlo. También estoy ansiosa pensando en cómo me juzgarán las dependientas de este Autogrill: ¿Qué pensarán de mí? ¿Qué van a pensar de una tía que llega en mitad de la noche y compra un montón de guarrerías, demasiadas para una sola persona, y sobre todo que podrían comprarse tranquilamente por la mañana en cualquier supermercado? Lo sabrán; sumarán dos más dos y lo descubrirán, y me juzgarán como a una amargada, débil, sin voluntad. Lo que soy. Pero eso no me detiene, no me detiene... El demonio me ha poseído... yo ya no estoy... está solo él, solo él...

Compro dos paquetes de todas las cosas que más me inspiran, de prisa; me muevo rápido. Llego a la caja y está la tipa gorda; de todas formas no la miro a la cara, miro fijamente el display de la caja, esperando la cuenta para coger el dinero lo más rápido posible mientras ella guarda mi compra con una lentitud extenuante. Casi me da la sensación de que lo hace aposta.

Las luces fuertes del Autogrill y el olor del café me están oprimiendo. Oigo la puerta abrirse y a mis espaldas dos voces masculinas que parlotean. Con el rabillo del ojo los veo ir a la barra y pedir dos cafés. No me giro a mirarlos, no levanto la mirada hacia la dependienta, no cruzo ninguna mirada; dejo el dinero en la bandejita al lado de la caja, cojo las dos bolsas que por fin están listas y me voy sin ni siquiera despedirme.

Aún estoy a tiempo de evitarlo, pero no lo haré. Ya lo sé. Reconozco el estado en el que estoy. Sé que lo haré y empiezo a odiarme en parte ya desde ahora, pero eso no importa, no importa... Al demonio no le importa nada...

Llego a casa y entro lo más silenciosamente posible. Mi madre está durmiendo, por suerte.

Me encierro en mi habitación y empiezo a vaciar las bolsas, silenciosamente: aunque está dormida, no quiero correr riesgos.

Me siento en el suelo y miro todo lo que hay, solo tengo que decidir por dónde empezar. Y cuando empiezo, efectivamente, el demonio está exultante de felicidad. Frenado durante meses y casi derrotado hasta el punto que ya ni lo oía, que ya no oía su voz, ahora ruge de placer de una manera casi ensordecedora. Por un momento había creído que se había ido para siempre...

Y resulta que no, está aquí, está aquí conmigo ahora, es él quien me está cebando, el que me está llenando de bollitos, uno detrás de otro, y luego galletas, y chokolatinas, y luego otro tipo de bollitos.

El problema, o la suerte, es que mi cuerpo ya no es el que era y me sacio hasta el punto de explotar mucho antes de lo habitual, mucho antes que la última vez. El demonio ni siquiera está satisfecho, pero mi cuerpo no cede, no cede a su furia...

Noto cómo el estómago me tira y empieza a dolerme. Aparto toda la comida que ha sobrado, que es muchísima, y los envoltorios vacíos, todos de colores como intentando tomarme el pelo con una alegría ficticia, tentadora y traidora justo después, bajo la cama.

Empiezo a encontrarme mal y me echo en la cama esperando a que se me pase, a que el tiempo pase y el estómago se vacíe lentamente. Casi enseguida, mirando al techo con la mano sujetándome la barriga, me encuentro mal también a un nivel no físico: el demonio se está yendo y ahora solo quedo yo, yo sola recogiendo los fragmentos de la destrucción que una vez más ha traído a mi vida. Empiezo a llorar en silencio y me arrepiento, como todas las veces; me siento débil, fea y desmerecedora de todo, como todas las veces.

Me levanto porque el dolor físico, esta vez, es demasiado fuerte. No consigo esperar a que pase. Estoy decidida a hacer algo que no hago desde que estaba en el colegio.

Abro la puerta de mi habitación y con la mirada húmeda echo un vistazo al pasillo, solo para asegurarme al cien por cien de que no me voy a encontrar a mi madre justo ahora. Obviamente el pasillo está oscuro y reina el silencio del sueño.

Voy al baño, cierro la puerta despacio tras de mí y, llorando en silencio, me arrodillo delante del váter, como arrepentida ante mi confesor. Un confesor blanco y frío, y degradante.

Me meto los dedos en la garganta y lo devuelvo todo enseguida, mientras lágrimas de dolor se deslizan por mis mejillas: dolor físico, tangible, porque la comida que acabo de devorar duele cuanto el camino de vuelta, va rascando a su paso, como recordándome que no se hace así, que no es así que funciona, que no es esto lo que quiere la naturaleza; dolor invisible, en la mente y en el corazón.

Cuando termino, cierro todo y tiro de la cadena, abrazándome en un abrazo frío a mi confesor, un abrazo fútil que no me dará ninguna consolación.

En el silencio de mi miseria oigo un ruido y el ansia de que mi madre me pille así me hace levantarme de golpe, secarme las lágrimas y abrir la ventana del baño. Con la brisa nocturna me quedo escuchando un segundo, pero no vuelvo a oír nada. Para no correr más riesgos salgo rápido y vuelvo a mi habitación, donde me tiro en la cama y me quedo mirando el techo durante horas, odiándome ya sin llorar.

Cuando los párpados empiezan a pesarme, suena el despertador.

En la cafetería no hablo con nadie; la señora Barbieri intenta sacarme alguna palabra, pero no lo consigue, y poco después se rinde, quizá también por mis ojos hinchados que traicionan sin respeto alguno a mi noche de llanto. También me queman por la absoluta falta de sueño.

Sobre las nueve Andrea entra en la cafetería. Ya conociendo los ritmos del local, sabe perfectamente que a estas horas estoy menos ocupada y es por eso que hace completamente absurda aparición ahora. Hoy me toca la barra, y me basta con verlo de reojo que viene hacia mí para no volver a cruzar la mirada con él voluntariamente. Voy enseguida a la cocina, pero no puedo quedarme ahí toda la mañana... Cuando vuelvo a la sala, veo con el rabillo del ojo que se ha sentado al lado de la señora Barbieri, pero se pone de pie en cuanto me ve.

Yo me alejo rápidamente de ellos, pero él me sigue. «Olly, tengo que hablar contigo».

«Yo no», le contesto seca.

«Por favor, escúchame solo un momento, y luego me voy».

No respondo, me dedico a poner orden con las bandejas en un par de mesas sucias que Rosy ha dejado para mí.

«No lo he hecho con maldad...», empieza él imperturbable.

En ese momento levanto los ojos. «¡Me da igual, Andrea! ¡No quiero escucharte! ¡Lárgate!»

«¡Escúchame!», exclama él con ímpetu y una expresión de compasión en los ojos.

¡Todo vale menos la compasión! «¡No!», y aunque no quería gritar, parece que he levantado mucho la voz sin darme cuenta, porque veo más de una cabeza que se gira hacia nosotros. «Además estoy trabajando por si no te habías dado cuenta», digo bajando notablemente la voz.

«Tengo derecho a réplica... No puedes hacer esto... No es justo...»

«Yo soy libre de hacer lo que quiera. Es lo que hacen los seres libres y adultos: hacen lo que quieren... y ahora quiero *no* escucharte, porque no me interesa lo que tengas que decirme. No cambiaría nada».

«No puedes saber si cambiaría algo o no antes de escucharlo...».

Me cruzo de brazos. «Tú ahora te vas, me dejas trabajar y desapareces de mi vida. Eres libre. Sé agradecido: eres libre para buscarte otro conejillo de Indias, así igual puedes hacer la tesis de master o del

doctorado...». Me callo un momento, dudando si decir la última frase que tengo en la punta de la lengua, porque quizá es demasiado dura pero al final la digo porque esta noche también ha sido muy dura para mí. «Y luego si eso te la tiras también».

Él casi da un paso atrás, con la boca abierta, como si le hubiera dado una bofetada, luego suelta un suspiro de frustración y se pasa la mano por el pelo. «No... tú no eres así, la Olly que yo conozco no es así... cerrada e incapaz de razonar. Y no es tan malpensada...»

«¡Tú no conoces a ninguna Olly!», respondo furiosa sin sentido alguno, solo para herirlo de alguna manera, para contradecirlo.

Vuelvo a la cocina y espero, con Leo que no dice nada, ni me grita; espero hasta que Rosy me llama diciendo que se ha ido y que hay gente esperando y que a ella no la pagan para trabajar el doble.

Cuando vuelvo a entrar en la sala él ya no está, respiro aliviada, pero los hombros se me bajan y los ojos se me llenan de lágrimas.

Me ocupo enseguida de tomarle nota a la gente que está esperando en la barra y de hacer todo lo que me piden, intentando mirar a los clientes lo menos posible.

Al rato, una vez atendidos todos, oigo la voz pacífica de la señora Barbieri. «Olivia querida...».

Niego con la cabeza y exclamo: «¡No!», sin mirarla siquiera.

El jueves de la semana siguiente estoy aterrorizada por si Andrea aparece con Nic como si nada, pero no viene, gracias a Dios. Sí, gracias a Dios no lo he visto ni oído desde el día en que le dije que desapareciera.

En cambio Nic aparece con Linda, extrañamente. Me saludan y yo les sonrío como si estuviera bien, como si un camión invisible no me hubiera arrollado, como si corazón no estuviera hecho pedazos y como si no luchara cada noche desde hace una semana con mi demonio. A veces gano yo, a veces gana él, pero el resultado es que, independientemente de quien gane, por las mañanas estoy exhausta.

«Te veo un poco pálida...», dice Linda escrutándome a fondo Cuende le llevo el desayuno a la mesa.

«No, estoy muy bien», miento, y Nic ríe.

Volteo los ojos y me voy.

Linda calcula bien el momento de llegar por detrás y preguntarme si podemos hablar, porque todas las mesas están servidas y nadie me está llamando. Me giro con la bandeja vacía en la mano, que llevo apoyada en la barriga. «Dime».

Linda se toca el pelo, juguetea con los mechones. «Solo quería decirte... ¿todo bien?».

La miro con aire cansado inclinando la cabeza. «Escúpelo».

Linda suspira, titubeando solo un instante. «Sabemos que has discutido con Andrea porque vino a llorarnos a casa de los gemelos la otra noche».

Yo me enderezo al instante, levantando las cejas.

«Llorar en sentido figurado, no con lágrimas...», se corrige Linda gesticulando y entendiendo al vuelo la expresión de mi cara.

«Claro».

«Sabemos lo de la tesis... Y, aunque es algo muy feo, ¿no es quizá excesivo cerrarle las puertas así, sin ni siquiera darle la oportunidad de explicarse?».

Abro la boca pasmada. «¡Oh, pobrecito! Y es tan hombre que os pide a vosotros que vengáis a hablar bien de él, ¿no?»

«Nos ha dicho que intentó hablar contigo enseguida y que también vino aquí, pero que no quisiste escucharlo».

Es verdad, pero no me apetece darle la razón en cualquier caso. «Eso no significa que tenga que meteros a vosotros por medio...».

Linda suspira. «Venga Olly... Al menos escúchalo, parecía realmente triste».

«¿De verdad?, pregunto bajando la voz y acercándome mucho a ella para hablarle al oído. «Y dime, ¿también te ha dicho que me enteré de que era su conejillo de Indias de boca de Tiziana? ¿Te acuerdas de Tiziana? La buenorra morena que llevó al cumpleaños de los gemelos». Gesticulo mientras hablo. «¿Y te ha dicho que ella me lo dijo cuando la encontré en su casa después de que él y yo lo habíamos hecho tres veces pocas horas antes? La primera de ellas era mi primera vez en absoluto, como tú bien sabes...».

Linda tiene la cara desencajada y la boca abierta sin conseguir cerrarla. «Oh Dios mío».

«Sí». La miro cansada, abrazando fuerte mi bandeja.

«No... no me ha dicho nada...».

Me encojo de hombros. «No me apetecía mucho hablar de eso al día siguiente».

Linda asiente y durante unos momentos no habla. «No lo sabía, Olly. Eso... eso cambia las cosas... debe haber sido horrible para ti...»

«Exacto».

Linda reflexiona, mirándose las manos. «Sigo pensando que deberías darle la oportunidad de decirte lo que quiere antes de cerrar, pero ahora... ahora entiendo por qué has sido tan dura».

Yo no contesto: no quiero prometerle nada ahora, no quiero decidir nada.

Tras un momento violento, tan inusual entre Linda y yo, ella se aclara la voz. «También quería decirte otra cosa...».

Suspiro. «Dime».

«¿Mañana por la noche sales con nosotros?».

Estoy ya cogiendo aire y negando con la cabeza, pero ella no me deja negarme enseguida.

«Hace un montón que no nos vemos, y los gemelos quieren ir a una fiesta donde yo no conozco a nadie, así que... necesito el apoyo de mi amiga».

«Mira Linda, de verdad... no me apetece salir; necesito estar en casa compadeciéndome».

«Venga Olly...», insiste poniendo mirada de cachorro. «Hazlo solo por mi, haz una pausa de unas horas en tu conmiseración mientras le haces un favor a una amiga, y luego vuelves otra vez a compadecerte todo el tiempo que quieras».

Resoplo, porque ya sé que diré que sí, aunque es algo que me pesa muchísimo. De hecho Linda empieza a sonreír. Volteo los ojos al cielo mientras me dirijo a la barra. «De acuerdo, pero voy con mi coche, así me voy cuando quiera».

«No», objeta cruzándose de brazos y frunciendo el ceño. «Que luego te vas a los cinco minutos... Ven a casa de los gemelos y luego vamos todos juntos».

Apoyo la bandeja en la barra y me cruzo de brazos. «No tienes piedad ninguna, ¿eh?».

Vuelve a poner la mirada de cachorro. Tiene una movilidad facial

alucinante, esta chica. «Que además me voy dentro de poco... ¡Y no nos vamos a ver más!».

La miro guiñando los ojos, escéptica. «Mmm».

Ahora sonrío satisfecha. «Entonces mañana en casa de los gemelos sobre las nueve y media, y ponte guapa».

«¿También?».

Linda se ríe, encogiéndose de hombros y levantando las manos como si fuera inocente.

«¿Y qué más?»

«Y ya está», responde serena, y mientras estoy a punto de darme la vuelta y volver al trabajo, me para de nuevo un momento, como acordándose de repente de algo. «Ah no, una cosa más...»

«¿Sí?», digo falsamente cordial.

Linda se acerca y se apoya en la barra, instintivamente me acerco a ella; susurra en voz baja: «Sé que no quieres hablar de eso, pero... dime solo... ¿qué tal la primera vez? ¿Cómo fue?».

Me echo atrás de golpe, con la intención de no decir nada bueno sobre él, de ninguna de las maneras. Cuando hablo, las palabras que me salen son: «Fue precioso».

25.

Y como soy una persona de palabra, a las nueve y media en punto estoy en casa de los gemelos.

Me he puesto unos pantalones negros estrechos y un top verde oscuro, muy vaporoso; en los pies unas bailarinas negras y el pelo suelto. Espero que la nazi de Linda esté contenta.

Espero fuera y le mando un mensaje para avisarla de mi llegada y decirle que salga sin que yo tenga que entrar: no estoy de humor para sufrir el ataque de la señora Bueno...

Linda sale primero, seguida poco después por los gemelos.

Cuando se acerca me examina de arriba abajo. Me pone morritos. «No te has maquillado...».

Abro la boca, pasmada, y volteo los ojos al cielo. «Me pongo el rimel en el coche, ¿pero te has vuelto loca? ¿Dónde vamos? ¿Dónde es la fiesta, en el Ritz?».

Ni siquiera responde y, en cuanto llegan los gemelos, empezamos a subir al coche de Nic, aparcado delante del mío.

«Nunca me has montado estos numeritos ni cuando salía mucho peor que ahora...», la regaña una vez sentada en el asiento trasero, a lado de ella.

Cuando Nic arranca saco del bolso el rimel y un espejito. Con cuidado, me lo aplico lentamente en las pestañas. «¿Contenta?».

Linda me echa un vistazo rápido, y luego declara severa: «Brillo de labios», antes de darse la vuelta y seguir mirando por la ventanilla.

La miro con la boca abierta unos instantes, pero ella no me concede la mínima aprobación porque sigue mirando el paisaje que se mueve rápido al otro lado del cristal, con el mentón apoyado en una mano. Resoplando deslizo el brillo de labios por la boca.

No digo nada, y también los demás, dentro del coche, mantienen un religioso silencio. No hago ninguna escena, ni regaña a nadie: me quedo serena. Cuando Nic aparca delante de una casa Burdeos que, como imaginaba, se quedó impresa en mi memoria con pocas y breves miradas, me bajo sin decir una palabra y me dirijo hacia la calle principal. Estoy dispuesta a caminar hasta el chalet de los gemelos, donde cogeré mi coche

y volveré a mi habitación a compadecerme en santa paz. Muy serena. Muy tranquila.

Oigo a Linda llamarme un par de veces, pero yo no la escucho; sigo caminando tranquila, como si me estuviera dando un paseo.

Ni siquiera acelero cuando, ya casi en la avenida arbolada que lleva hasta la calle principal, oigo un coche que se me coloca en paralelo y me sigue despacio con la ventanilla bajada.

Sin mirarlo, le hablo directamente: «Creía que eras mi amigo, Nic, pero está claro que me equivocaba».

«Sube al coche, Olly».

Pero la voz no es de Nic, y estoy tan estupefacta que me detengo un segundo, solo un segundo; vuelvo a caminar sin contestar mientras mi corazón está haciendo cabriolas, y luego cae dándose un batacazo sordo hasta el fondo de mi estómago.

«Olly, ya vale. Basta ya de rabietas. Sube al coche y me bajo y te subo a la fuerza».

«Psé».

Oigo un frenazo brusco y una puerta abrirse y cerrarse con cierta violencia, luego unos pasos rápidos. Reconozco que eso me hace acelerar un poquito...

Andrea se me pone delante, y de repente, su visión me deja sin aliento, a pesar de todos mis esfuerzos por odiarlo... Me deja sin aliento. Después de un primer momento de desconcierto intento adelantarlo, pero él se desplaza poniéndose de nuevo frente a mí, como un muro. «Basta ya, déjame hablar y escúchame».

Suspiro, pensando que nada de lo que me diga podrá hacerme cambiar de idea, mientras que él seguirá estresándose hasta que lo escuche, así que cedo. «De acuerdo, habla». Me paro de repente, cruzándome de brazos.

«Oh». Se endereza; claramente no esperaba que me rindiera tan rápido. Cuando se repone, sus facciones se relajan de inmediato. «Entonces ven, sube al coche y vamos a algún sitio-», dice haciéndome un gesto de acompañamiento hacia el coche que se ha quedado a mis espaldas.

«No, no. O aquí o nada», respondo sin moverme.

«¿En mitad de la calle?», pregunta perplejo.

«Sí».

Me observa un momento, tal vez indeciso sobre si insistir o no. Luego probablemente decide no seguir tentando a la suerte y suspira. «De acuerdo. En el fondo no es importante».

No digo nada: no voy a ayudarlo de ninguna manera.

Suspira otra vez y se rasca la nuca, con un gesto que le he visto hacer muchísimas veces. «Olly», empieza sin mirarme y luego, lentamente, levanta sus ojos de hielo hasta encontrarse con los míos, que lo miran con dureza. «Olly. No te imaginas cuánto lo siento...».

No le contesto ni hago ningún comentario. He dicho que lo habría dejado hablar y lo hago hasta el final, a menos que eso sea todo, pero por su actitud no lo parece.

«Yo... el caso es que...», retoma el discurso, antes de suspirar otra vez y volver a pasarse la mano por el pelo. «El caso es que estaba demasiado entusiasmado con nuestro trabajo, por eso lo hice. No lo pensé enseguida, cuando te conocí estaba escribiendo una tesis totalmente diferente, pero luego, a medida que veía tus progresos en todo, tanto en el peso como en los entrenamientos, estaba tan enganchado y tan satisfecho y... feliz... que pensé en documentar ese trabajo como tesis». Me mira. Si espera que intervenga en la conversación la lleva clara. Echa un vistazo rápido a la avenida desierta y un leve sonrojo cubre sus mejillas. «Y...», baja la mirada a sus zapatos antes de volver a mirarme. «Y como necesitaba un tema que fuera más complejo que una simple progresión de datos y ya está...», se encoge de hombros, visiblemente incómodo. «Pensé en añadir la influencia del aspecto psicológico de este trabajo, por eso cité entre líneas la noche del lago».

Se detiene, yo asiento.

«He sido un idiota...».

Vuelvo a asentir, sin hablar.

«Aunque yo no creo del todo haber hecho algo malo, porque solo he recogido una serie de datos sin poner tu nombre, ni siquiera se especifica el sexo porque he usado el término “el sujeto” desde el principio hasta el final...», levanto las cejas, porque para ser una disculpa me parece bastante rara, «me arrepiento, me arrepiento terriblemente de no haberte pedido permiso para hacerlo en cuento se me ocurrió la idea».

Ahora mejor.

«Y me arrepiento de haber incluido la noche del lago, que ya en su momento entendí lo... difícil que era para ti».

Vuelvo a asentir.

«Perdóname Olly. Perdóname, de verdad... De ninguna manera quería hacerte sufrir».

Vuelvo a asentir y suelto los brazos. Mirando al suelo, hablo por primera vez. «Me has hecho sentir... como tu pequeño experimento...».

«¡No!». Da un paso hacia delante y me tiende la mano, pero yo me aparto enseguida, dando un paso atrás. «¡Nunca te había visto así! No lo hice con esa intención... No...». Suspira otra vez antes de seguir. «En cualquier caso, sé que las palabras a veces no sirven de nada. Las palabras se las lleva el viento, los hechos no».

Levanto la mirada de nuevo.

«Quería esperar una respuesta segura antes de contártelo, pero esto requiere un tiempo inestimable y ya no podía más. Necesitaba verte...».

Levanto las cejas, sorprendida y curiosa por saber adónde quiere llegar.

«Por eso le pedí a Linda y a los gemelos que me ayudaran esta noche... No podía seguir esperando una respuesta que no se sabe cuándo llegará... Quería verte». Traga saliva y titubea antes de seguir. «Te he echado mucho de menos. Te eché de menos en América, donde pensaba en ti todos los días, y te he echado aún más de menos estos días, cuando durante unas miserables horas creía que lo había conseguido, que por fin te había aferrado, que te había hecho mía definitivamente... y en cambio te me has escurrido entre los dedos antes de que yo pudiera cerrar la mano».

Abro la boca, pasmada.

«He retirado la tesis. Bueno más bien... estoy intentando retirarla. No voy a leerla».

Me tapo la boca con una mano. «Oh Dios mío...», susurro entre mis dedos.

Él asiente, muy serio, metiéndose las manos en los bolsillos. «Sí, mi profesor estaba muy enfadado, pero estoy intentando convencerlo para que me la retiren y que me den un año más para preparar otra. Así que... si me lo conceden acabaré la carrera el año que viene, si no, no la terminaré».

«¡Oh Dios mío, Andrea!», exclamo en voz alta, con los ojos como platos por el shock. «¡No puedes hacer eso!».

«Sí que puedo».

«¡No puedes tirarlo todo!»

«Claro que puedo, porque lo único que cuenta... eres tú».

Me enderezo, devastada, dando un pequeño paso atrás. «Andrea...».

Él mueve la cabeza. «No me digas que lo has entendido, que me perdonas, que no pasa nada y que lea tu tesis, porque no lo voy a hacer. A una pequeña parte de ti siempre le quedaría la duda... la duda de que yo haya fingido todo, solo para reconquistarte, para nadar y guardar la ropa. Voy a hacerlo hasta el fondo, digas lo que digas, y pase lo que pase».

No consigo decir nada y él continúa, bajando la voz y mirándome fijamente a los ojos. «No quiero que quede ninguna duda en tu cabeza...».

Lo miro inmóvil, casi sin respirar.

«Ninguna duda... de que te quiero».

Instintivamente, la mano vuelve a cubrirme la boca.

«Te quiero con toda el alma». Y, después de decirlo, empieza a sonreír relajado, con las manos en los bolsillos.

Los ojos se me llenan de lágrimas y mi mano, que por suerte aún me cubre la boca, disimula un pequeño sonido que me sale inevitable de la garganta.

Él se ríe despacio. «Eres tan guapa... tan dulce y tan frágil, que basta una palabra para conmoverte, y al mismo tiempo eres tan fuerte y tenaz que puedes resistirlo todo. Todo».

Me cubro toda la cara, ahora con ambas manos, porque las lágrimas han empezado a caer. Lo noto acercarse. «¿Y yo?», murmura riendo. «Yo que creo ser tan racional y disciplinado y luego, cuando me enamoro, pierdo la cabeza por completo».

Me sorbo la nariz, intentando secarme las lágrimas de una manera elegante para que no se dé cuenta de que estoy llorando como una magdalena.

«Racional...». Se ríe acercándose aún más. «Por mi primer amor cambié de país, y por ti... mi gran amor... estoy dispuesto a tirar por la ventana años de estudio y trabajo».

Sigo sin poder hablar, mientras intento recomponerme con la cabeza gacha, y ahora noto que me toca; acerca su mano y la mete con dulzura entre mi pelo. «¿Y sabes una cosa?», pregunta divertido. «Si estás conmigo, si te quedas a mi lado... Ni siquiera me pesa. Podría hacer mucho más por ti, amor mío».

Ya está, me acababa de tranquilizar un segundo, y gracias a esas palabras vuelvo a llorar sin contención.

Él vuelve a reírse despacio, y luego, lentamente, me rodea con sus brazos. «¿Qué significan esas lágrimas? ¿Significa que me perdonas?».

Me dejo llevar, abrazándolo y escondiendo el rostro en su cuello, hasta que me calmo y susurro: «Ya me tenías con el ‘hola’, Andrea. Ya me tenías con el ‘hola’».

Duda solo unos segundos. «¿Ya me tenías con el ‘hola’?».

Suspiro en su cuello, murmurando para mis adentros: «Lo sabía...», luego, abrazándolo fuerte, me alejo justo lo necesario para mirarlo a la cara. «Jerry Maguire, Andrea, Jerry Maguire».

Él frunce ligeramente el ceño, me quita las manos de la cintura deslizándolas por toda la espalda hasta llegar a mis mejillas, donde con una dulce caricia de los pulgares me seca las lágrimas. «¿Quién? ¿Debería pegarle?».

Me río negando con la cabeza. «No me puedo creer que no conozcas a Jerry Maguire...».

Él se encoge de hombros con una expresión de puro desinterés.

Suspiro teatralmente. «No te preocupes, el domingo por la tarde nos ocuparemos de llenar esa imperdonable laguna tuya».

Él se queda quieto, deteniendo el movimiento de sus manos solo durante un instante y luego, cuando una iluminación le hace comprender, los voltea hacia arriba resoplando. Pero solo un momento después me sonrío, lentamente, cada vez más, mostrando todos los dientes. «Solo si justo después nos ocupamos de llenar algunas de tus lagunas».

Vuelvo a reírme, por fin serena, y le empujo dulcemente la cabeza hasta mis labios, para hacerle entender lo que pienso de su plan.

AGRADECIMIENTOS, NOTAS, CONTACTOS

Antes de nada, me gustaría darle las gracias a mi traductora, Marta Barajas Alonso. Es evidente que mi buena estrella me ha echado una mano cuando estaba enviando e-mails a varias traductoras españolas y Marta me contestó. Mientras trabajaba con ella me he preguntado muchas veces cómo he conseguido encontrar a una persona tan eficiente, competente, precisa, simpática y disponible... He tenido muchísima suerte. Gracias de corazón, Marta, ha sido fantástico trabajar contigo.

Quiero darle las gracias a mi amiga Isa, por haberme apoyado en este proyecto y por haber sido mi entrenadora personal de la escritura. En ocasiones más una carcelera sin corazón que una entrenadora personal, pero la intención era hacerme llegar hasta el fondo a pesar de mis continuos esfuerzos por no llegar. ¡Te quiero!

Gracias a una persona que conocí hace poco, otro hallazgo por parte de mi buena estrella, o sea Azzurra, mi gráfica. Gracias Azzu por haber creado esta preciosa portada y por poner siempre tu creatividad a mi disposición.

Gracias a mi marido, por creer en mí, por leerme a escondidas y por repetirme a menudo: «Tú avísame cuando pueda dejar de trabajar». Tatins, siento mucho decírtelo, pero creo que tendrás que esperar bastante.

Gracias a Francesca Diotallevi, a Francesca Marchesi y a todas las personas que me han dado opiniones sinceras, juicios y consejos sobre la versión original: vuestras palabras me han hecho reflexionar y me han ayudado, espero, a mejorar esta historia.

Un agradecimiento especial para Manuela Busatta, que se ha tragado toda la novela otra vez, la ha comentado conmigo y ha analizado con sinceridad cada punto, dedicándome un montón de tiempo y atención. ¡Gracias Manu!

Gracias a ti, seas quien seas, que has leído hasta aquí, por haberme dado tu confianza y tu tiempo.

Pequeña nota

El libro “La respuesta no está en el frigo” existe de verdad. Los conceptos más interesantes sobre la alimentación y sobre la relación comida-mente-emotividad provienen de este pequeño texto, *no* son una invención mía ni producto de mi creatividad. El libro en cuestión, con el título “La risposta non è nel frigo”, fue editado por una pequeñísima editorial italiana pero ya está descatalogado. Tras hacer una breve búsqueda, no me resulta que haya sido traducido en español. La única manera de leerlo es en original, cuyo título en inglés es “Loving yourself thin”, de la autora Patricia Bacall.

Contactos

Si alguien quiere ponerse en contacto conmigo, puede escribirme a: manuela.pigna@gmail.com

Si queréis agregarme en Facebook me encontraréis con un pseudónimo: Bella Stevens.

Me gusta hablar de los libros que leo o que quiero leer, así que podréis encontrarme a menudo en Goodreads. Estoy registrada con mi verdadero nombre en el caso de que queráis agregarme.

Si queréis visitar mi página web, donde podréis encontrar el Epílogo de *Entrenar contigo* y una Playlist de las canciones que escuchaba mientras lo escribía, me hará mucha ilusión: www.era-una-nocte-buia-e-tempestosa.webnode.it

